

ÓLEO SOBRE NEGRO



VALLE MIRANDA

ÓLEO SOBRE NEGRO

VALLE MIRANDA

OceanofPDF.com

Título: *Óleo sobre negro*

©Mayo 2023, Valle Miranda

Diseño de portada y maquetación: Verónica Monroy

Obra registrada en Safe Creative

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

OceanofPDF.com

Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris.

Nescio, sed fieri sentio et excrucior.

Catulo

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;
mas no, de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Francisco de Quevedo

OceanofPDF.com

A todos los que me atáis a esta vida.

OceanofPDF.com

1

JOAQUÍN

Sevilla. Domingo de Ramos, 10 de abril de 2022.

Joaquín Lobato sonrió. Por fin era suyo.

Admiró el cuadro una y otra vez, con parsimonia, perdiéndose en sus detalles. No sabía mucho de arte, ni le hacía falta. No había invertido su malograda fortuna en ese tipo de valores. Se había dedicado al cambiante mundo de la especulación y las cosas no le habían salido bien. Su economía se sustentaba en esos momentos en un castillo de naipes sobre los que estaba a punto de soplar el viento. Sin embargo, había sacado el dinero negro a resguardo en un banco de un país extranjero, a nombre de una sociedad ficticia, y lo había apostado todo al Goya.

La historia del lienzo había llegado a él por casualidad a través de un antiguo manuscrito de Juan de Ourense. Nunca había oído hablar de aquel fraile, aun así, se había obsesionado con su historia. Ahora lo contemplaba extasiado, casi seguro de estar a punto de resolver el enigma que encerraba. Si lo lograba, supondría el final de sus desgracias. Una nueva vida, con poder y dinero, otra vez.

En las calles del barrio de Los Remedios reinaba ya el silencio a aquellas horas, a pesar de estar en plena Semana Santa. El olor a la flor del naranjo embriagaba las calles aquel abril, pero ese aroma no llegaba a su casa, un ático con todas las ventanas cerradas a cal y canto. El espeso calor que emanaba de las calles y del aire tampoco penetraba en el piso, grande,

elegante y sobriamente decorado por un profesional y su exmujer, que lo había abandonado cual rata de un barco a la deriva.

Silencio, luces apagadas y únicamente el resplandor tenue de una lámpara estratégicamente colocada encima de la pintura, negra, como la noche; misteriosa, como la ciudad que los envolvía.

Joaquín estaba excitado, no podía dormir. Se había puesto sobre el pijama de seda un batín de color marrón y se había servido una generosa copa de whisky, mientras maquinaba el siguiente paso que debía dar para obtener todos los elementos necesarios para ejecutar el rito. Habían sido varios años de intensa búsqueda, de investigación, de contactos, de dinero gastado. ¿Serían, las mujeres que custodiaban el otro objeto, corrompibles? ¿Bastaría el dinero o necesitaría de otras artes para someterlas? Poco o nada le importaba, porque, una vez embarcado en esa dudosa cruzada, había dejado de ver el resto del paisaje y únicamente vivía para ello.

Ensimismado en la contemplación de la obra de Goya, no oyó el crujir de la cerradura de la entrada a su casa, que estaba siendo manipulada en ese mismo instante; no escuchó el chirriar de la puerta al abrirse, pues su despacho estaba alejado de la entrada, ni tampoco se percató de una sombra furtiva, que, tras recorrer despacio todas las habitaciones que los separaban, buscándole, entró con sigilo y se situó tras él, que se encontraba, para su beneficio, de espaldas a la puerta de la habitación.

La sombra, sin vacilar, cogió a Joaquín por detrás y cortó su yugular con un cuchillo que portaba en una de sus manos, mientras, con la otra, lo mantenía inmóvil sujetándolo por el pecho. La sangre chorreó abundante y manchó la alfombra de tonos marrones y cremas que vestía el caro parqué.

Dejó caer el cuerpo exánime que, golpeando la madera amortiguada por el tejido de la alfombra, se dobló sobre sí mismo quedando finalmente

tirado en el suelo ligeramente encorvado. A la sombra la postura le daba igual. Tampoco le importaba que los ojos hubieran quedado abiertos. Lo único que le interesaba en ese momento era coger el cuadro y salir de la casa lo antes posible. Mas, por un instante, también se quedó atrapada en la observación del lienzo que pensaba robar. Era magnífico. Ejecutado por un artista sin mácula, ofrecía una gama de negros que perfilaban figuras de horrendas mujeres con horrendos planes. Una de ellas portaba una cesta llena de niños lactantes, otra, un libro y a sus pies, un pobre varón vestido de blanco, a punto de ser vencido por el poder maligno que emanaban las féminas.

Si se hubiera tratado de una obra más grande, habría perdido algo de tiempo quitándole el marco, pero no era necesario. Lo ocultó entre sus ropas y desanduvo la casa hasta salir por donde había entrado. Cerró la puerta, pues la cerradura no estaba rota, y bajó en el ascensor tranquilamente, sin miedo a que su imagen quedara capturada por cualquiera de las múltiples cámaras que apuntaban al edificio.

Dejó atrás al dueño de la casa, sin vida, rodeado de cristales de la copa caída y su sangre mezclándose con el líquido ambarino. Los ojos, vacíos, apuntaban al lugar donde hacía sólo unos minutos había reposado el cuadro de sus desvelos. El guardián de un saber ancestral que estaba listo para ser invocado de nuevo y utilizado por la voluntad de los hombres. Joaquín ya no sería ese hombre, había quedado fuera del juego. Su ropa blanca se había manchado levemente de la sangre de su víctima y ya estaba alcanzando el color ocre al contacto con el aire. La oscuridad de la noche cerrada le amparaba, cualquier viandante con el que se cruzara apenas se fijaría en el hábito, pues gente vestida como él danzaban por la ciudad a puñados esa semana. Con calma se fue alejando del lugar de un crimen que aún nadie sabía que se había cometido.

La cuenta atrás había empezado. Sólo faltaba una cosa y podría conseguir todo lo que quisiera, lo único que quería. A cambio, ¿un alma? Rio. ¿Qué alma? Si ya no tenía.



Sevilla. Lunes, 11 de abril de 2022.

Dolores entró en el piso de Los Remedios a las nueve de la mañana. Llevaba trabajando para Joaquín más de veinte años y habían vivido mucho juntos: su viudez, sus problemas económicos, sus desavenencias familiares... Había sido, además, un gran apoyo para su hijo. Más que un jefe, y aunque trabajaba para él, habían devenido amigos. Se tenían gran confianza y se contaban sus cosas, o eso creía ella. No se había atrevido a inmiscuirse en su vida personal, pero no se extrañó de que finalmente Lobato se divorciara. Nunca había tragado a la esposa, que siempre se había dirigido a ella con altivez, sin la llanura ni el cariño con que la trataba su marido.

Finalmente, Rocío se había marchado, dejándola sola con Joaquín. La relación de ambos, entonces, se había estrechado, sin que en ninguna ocasión pasara a una relación más íntima que la amistad. Ahora tenía los mismos cometidos que cuando el hombre vivía con su mujer y su hijo, que también había abandonado el nido. Únicamente había menguado la carga de trabajo: cocinar para uno, poner menos lavadoras, planchar sólo su ropa, recoger sólo sus trastos. Bueno, eso y la libertad de gobernar la casa sin acatar las órdenes de aquella estirada. El sueldo se había mantenido e ignoraba que la situación financiera de su jefe era próxima a la quiebra.

No esperaba que hubiera nadie en la casa, así que se cambió como siempre en el cuarto de la plancha y empezó a pasar el aspirador. Al llegar a una determinada altura del pasillo, le extrañó ver la puerta del despacho cerrada, pues únicamente la dejaba así cuando estaba en casa. Llamó con los nudillos, y abrió con desparpajo, aunque nadie hubiera contestado dándole permiso. La familiaridad y los años le daban esa clase de confianzas.

Empujó la puerta de madera oscura, a juego con el mobiliario del interior, posó sus ojos inmediatamente en el centro de la habitación y chilló horrorizada. Sobre aquella preciosa alfombra que tanto trabajo le daba, se hallaba el cuerpo de Joaquín Lobato, doblado en una incómoda postura y mirando a la pared que se encontraba a la derecha. En un movimiento reflejo ella también miró hacía aquel lugar. La pared estaba vacía, tal y como la había dejado el jueves cuando se fue de la vivienda tras su jornada laboral. No echó nada en falta. Excepto la vida de Joaquín.

Le fallaron las piernas y cayó en el rellano de la puerta, afligida e incrédula, intentando digerir lo que veían sus ojos, pero sin osar acercarse al cuerpo. Nerviosa, asustada y enfadada consigo misma por no atreverse a socorrerlo, se santiguó y murmurando una letanía conocida “Virgen María santísima...”, sacó el móvil del bolsillo del delantal y llamó al 112.

Horas después supo que de haberse acercado en ese momento tampoco habría conseguido nada, pues su jefe y amigo llevaba ya varias horas muerto.

2

EL CUADRO

Sevilla. Lunes, 11 abril de 2022.

Valeria Jara llevaba viviendo algo más de un año en Sevilla. Había alquilado un piso de dos habitaciones en Pio XII, luminoso y coqueto. Lo había ido adaptando a ella poco a poco, convirtiéndolo en algo suyo. Al principio se había sentido fuera de lugar y muy sola en aquella ciudad bulliciosa, afortunadamente, sus compañeros la habían acogido con alegría y amabilidad y, después de ese tiempo, podía decir que había hecho algunos amigos.

Lo que más extrañaba, sin duda, era la presencia constante de Javier en su vida. Con tesón, habían establecido una rutina de llamadas y mensajes; habían aprendido a acallar el deseo inmediato y a disfrutar de los momentos en los que se podían ver, sin excesivos dramas al separarse. Cada segundo contaba, la pantalla del teléfono era una ventana a su mundo, un mundo privado, un mundo hecho a la medida de los dos. Quizás les separaban kilómetros, pero a golpe de teléfono se sentían próximos y sobrellevaban aquella situación con bastante entereza.

Durante los primeros meses le habían asaltado muchas dudas, dudas acerca de si Javier sería capaz de adaptarse a aquella comunicación virtual compuesta por llamadas y mensajes, por vídeos y voces enlatadas en audios de *WhatsApp*. Aunque nunca se lo había dicho abiertamente, ella sabía que le había resultado difícil.

Contra todo pronóstico, contradiciendo a propios y a extraños, que no daban un duro por ellos, los sentimientos entre ambos se habían fortalecido, porque lo que les unía era más grande que las pequeñas incomodidades cotidianas. Además, se veían bastante, dadas las circunstancias. Quizá mucho más que algunas parejas convivientes en el mismo domicilio, porque, cuando estaban juntos, físicamente o a través de una pantalla, se miraban.

Desde luego, lo mejor era cuando estaban piel con piel, rozándose, tocándose, besándose como si no hubiera otros labios en el mundo. No los había en su mundo. Aquellos primeros meses lo cierto es que nunca se habían sentido solos. Porque estar acompañado no es estar rodeado de gente, es saber que hay alguien con el que puedes contar de forma incondicional y eso era exactamente lo que les sucedía a ambos.

Su despertador se había convertido en el sonido del primer mensaje que recibía en la mañana, antes de las siete.

“Buenos días, cariño”.

Esas tres palabras eran suficiente para levantarse y enfrentar el día.

Al menos, así había sido al principio. Siempre dispuestos, siempre esperando el momento del día en el que estuvieran juntos, sintiendo que aquellos minutos mutuos eran mejores que horas con cualquier otra persona. Había pasado un año ya y empezaba a notar el cansancio que acusaba su compañero. Las llamadas eran menos frecuentes y las conversaciones algo más frías. Los cambios habían sido sutiles, progresivos, pero ella, aferrada a él con una angustia feroz, la angustia que dan los años de una intensa soledad, los había ido sintiendo en su estómago, epicentro de sus emociones. No sabía bien cómo afrontar aquella situación, de lo único que era consciente es que las estrategias adoptadas con

anteriores parejas habían sido erróneas. Sin embargo, las personas somos animales conductuales, tendentes a repetir un mismo patrón y el hallarse así, sabedora de que tenía que reescribir en líneas tachadas, la angustiaba. Para calmar su ansiedad se decía que eran imaginaciones suyas, que todo estaba bien y continuaba su vida, cubriendo ella sola las carencias del otro, sin enfrentar de raíz aquello que estuviera pasando. Sin querer ser partícipe de un problema que quizá no tuviera solución, para no tener que renunciar.

La temperatura de aquel lunes de abril era agradable y el sol entraba por los pocos resquicios que le dejaba la persiana de su habitación. A la hora fijada sonó el despertador del móvil, de nuevo el mensaje que solía recibir había sido olvidado por su interlocutor. El sonido agudo y vibrante de la alarma le produjo un vuelco en la tripa, manifestándose físicamente, el dolor del olvido. Se incorporó de un salto y trató de concentrarse en las actividades matutinas cotidianas, para no pensar en él. Pero pensaba.

Se había acostumbrado a desayunar tostadas con aceite acompañando el café con leche. Después se acercaba a la comisaría y dependiendo del día, se reunía con el equipo o continuaba con los quehaceres que tuviera pendientes. En esa ocasión se sentó en su mesa e hizo un repaso de las tareas que debía abordar. Hacia las diez y media Marta se plantó delante de su mesa.

Marta Arenal era la inspectora jefe con la que trabajaba desde que aterrizó en aquella ciudad sureña. Era alta y con algunos quilos de más. Morena, con los ojos negros y el pelo corto y liso siempre detrás de las orejas. Gastaba un acento cerrado, con eses muy aspiradas, y una simpatía que desentonaba con su aspecto marcial. Siempre vestía traje pantalón pulcramente planchado y vivía con otra mujer, una profesora de instituto.

Marta había acogido a Valeria como una madre. Era dura, implacable cuando las cosas no estaban hechas como ella quería. Sin embargo, también era paciente para explicarle sus formas y cariñosa. Solían quedar los viernes con otra oficial, y la pareja de Marta para tomar unas cañas por el centro; habían formado una extraña familia que, sin reparos, había acogido a Javier como una mascota exótica en un mundo creado por y para mujeres. Su mundo.

—Vamos Jara, tenemos un cadáver.

Valeria se levantó enseguida y siguió a su compañera, que ya se dirigía a la puerta de la comisaría. Salieron a la avenida Blas de Infante y rodearon el Parque de los Príncipes hasta llegar a Virgen de Luján. Marta no había abierto la boca durante el trayecto y a Valeria le extrañó que parara en esa calle. No estaba acostumbrada a que los homicidios se sucedieran en barrios de alta alcurnia como aquel, pero al parecer, así había sido, pues Marta entró en un edificio residencial franqueando una cancela de hierro forjada.

El portal era de techos altos y elegante, con solería de azulejos y paredes revestidas de las mismas losas. Un angosto ascensor las llevó al ático. El oficial apostado en la puerta las dejó pasar, con un breve saludo inclinando la cabeza, en cuanto reconoció a Marta. Dentro, un equipo de cinco personas ya se había puesto a procesar el lugar. Enseguida localizaron a una mujer hecha un manojo de nervios sentada en una butaca de piel en el salón. Otro oficial les salió al encuentro antes de dirigirse a ella.

— El forense y la comitiva judicial están de camino. La víctima es Joaquín Lobato, un conocido hombre de negocios. Varón de 68 años. Degollado. Hay mucha sangre, pero no parece que se hayan llevado nada.

—¿Un ajuste de cuentas?

—A todas luces, Marta. Esta gente con dinero nunca es trigo limpio... A saber los chanchullos en los que andaba metido. Bueno, eso ahora ya es cosa vuestra. —A continuación, señaló a la mujer que estaba sentada—. Esa es la empleada del hogar, encontró el cadáver esta mañana.

Valeria se acercó a la llorosa asistenta y se sentó frente a ella.

—Lamento mucho lo que ha ocurrido —le dijo.

—Gracias. Nadie más que usted va a darme el pésame, pero lo cierto es que Joaquín y yo éramos familia. Desde que me quedé viuda nos ha ayudado mucho, tanto a mí como a mi hijo. Estoy destrozada, no me lo creo.

Dolores mostraba abiertamente su pena. Como su nombre, se dibujaba en cada gesto, en cada palabra y en todos sus silencios.

—¿Cómo se llama? Después ya le pediremos los datos completos, simplemente para dirigirme a usted...

—Dolores Parra —atajó la empleada.

—Si no le importa, me gustaría hacerle unas preguntas. Aunque le sea difícil, hacerlo cuanto antes es importante. Es usted la que más información nos puede dar ahora mismo.

—Lo entiendo. Lo que sea por ayudar a Joaquín. Bueno —rectificó—, ahora ya no lo puede ayudar nadie. Dígame.

Las lágrimas surcaban su rostro, Su aflicción era patente, descarada, ruidosa. Marta se preguntó qué habría habido realmente entre la víctima y su criada, historia vieja, hartó repetida.

—¿Me puede contar lo que sucedió esta mañana cuando usted llegó a la casa?

—Claro, claro —dijo intentando serenarse—. Llegué a casa de Joaquín a las nueve, como siempre. Tengo unas llaves y él no suele estar, así que entré y me dispuse a hacer mi trabajo. Limpiar, hacerle la comida, hacer la compra, lo de cada día. Abrí la puerta con la llave y entré en el cuarto donde me cambio de ropa.

—¿Estaba cerrada? —la interrumpió Valeria.

—Sí, sí... Recuerdo abrirla, sacar las llaves... Yo diría que sí. Si no hubiera sido así no habría entrado, me habría asustado.

La policía asintió, dándole pie a continuar con su relato.

—Fui al cuarto de la plancha, que es el primero a la izquierda y me cambié. Empecé a pasar el aspirador, como hago habitualmente a primera hora. Cuando llegué a la altura del despacho de Joaquín me extrañó ver la puerta cerrada. Si no está él, suele estar abierta, por lo que pensé que quizá se había quedado en casa a trabajar, así que llamé para saber si estaba dentro y si el ruido le estaba molestando. No contestó. —La mujer sollozó—. Como no respondía abrí y me lo encontré, ahí, tirado. Todo lleno de sangre el pobrecito ¡Oh, Dios mío! —Volvió a llorar—. ¿Quién ha podido hacer una cosa así?

—Eso es justo lo que vamos a averiguar —aseguró Valeria.

Dolores, de repente, pareció darse cuenta de algo y exclamó preocupada:

—Mis huellas estarán por todas partes porque trabajo aquí, pero yo nunca le haría nada a Joaquín, era un buen jefe y una buena persona.

—No se preocupe, nos hacemos cargo —le respondió la inspectora—. ¿Se ha acercado al cadáver? ¿Lo ha tocado?

—Por Dios bendito, ¡no! Yo tengo mucho respeto, ¿sabe? Me dan mucho miedo estas cosas... Les llamé a ustedes inmediatamente, para eso están,

¿no?

La policía volvió a asentir intentado disimular un amago de sonrisa.

—Dígame, ¿Joaquín estaba casado? ¿Tenía familia, vivía con alguien?

—No. Se divorció hace unos tres años, algo más, creo. Vivía solo. Tiene un hijo que se independizó hace tiempo.

—¿Quién tiene llaves de este piso?

—Pues yo, Manuel, su hijo, y creo que nadie más.

—Dolores, sé que esta pregunta es muy difícil, pero ¿se le ocurre quién podría haber hecho esto?

—No, señora. Que yo sepa no tenía enemigos, aunque era un hombre de negocios y, ¿yo qué sé de eso? Sólo le puedo decir que conmigo fue siempre bueno, que a su hijo lo quería mucho, que trató al mío casi como a uno... Y que siempre estaba rodeado de amigos.

—¿Cómo de cercana era la relación que mantenía usted con Joaquín?

—Éramos amigos, casi familia. Llevo muchos años trabajando en esta casa y hacer confianza es casi inevitable, ¿no? Bueno, casi, como le he dicho. Pero nunca pasó de ahí. Ni yo era su tipo de mujer, ni él mi tipo de hombre.

—¿Qué ha querido decir con el casi? ¿Se refiere a su exmujer?

Dolores la miró con sorpresa, a aquella inspectora no se le escapaba nada, ni lo que no decía.

—En realidad sí. A mí no me gusta hablar mal de nadie, pero Rocío era una mala pécora, con perdón. Nunca me trató como a una igual, siempre con aquel desprecio y aquella soberbia.

—¿Cree usted que pudo hacerlo ella?

—No, no. Era una tirana. Estirada, antipática, altiva y desagradable, aunque sólo con los que no consideraba de su categoría, claro. En sociedad debía ser encantadora a juzgar por como medró. En cualquier caso, y a pesar de todo eso, no la veo como una asesina. Además, ella y Joaquín nunca se llevaron mal. Él la trató bien incluso tras su abandono. Creo que aún la quería y tenía esperanzas de que volviera.

Valeria asintió. Marta se encontraba inspeccionando la habitación. Se trataba de un despacho decorado sobriamente con muebles caros. Estanterías de libros y carpetas de anillas flanqueaban el escritorio de caoba en el cual, además de algunos papeles y un plumier, había un marco con una fotografía del difunto y un chico joven. Marta presumió que debía ser un hijo. Se iba a dar la vuelta para preguntarle a Dolores, cuando le llamó la atención que bajo un folio parecía haber algo. Lo levantó con sumo cuidado y allí estaba: el teléfono móvil de la víctima. Pidió que lo metieran en una bolsa de plástico transparente y que, en cuanto lo registraran, se lo dieran en mano directamente a ella.

Se giró hacia la asistente, pero vio que Valeria seguía interrogándola así que se detuvo ante el cadáver. El cuerpo descansaba en una postura incómoda, desmadejado. Las piernas estaban levemente dobladas y los brazos estirados hacia la pared vacía que miraba con el cuello torcido. A su lado, una gran mancha oscura de sangre que había empapado la cara alfombra se mezclaba con la bebida alcohólica que había caído de sus manos. Los ojos abiertos apuntaban a un lugar en el que no había nada. Unas gotas redondas y rojas se situaban detrás de la espalda de Joaquín, la inspectora pensó, con acierto, tal y como les diría el forense más tarde, que se trataba de sangre que se habría escurrido del arma antes de que el asesino la ocultara de alguna manera o se la llevara consigo.

Marta se acercó a la pared. Había una pequeña lámpara cromada con la bombilla hacia abajo. Miró con interés y percibió dos pequeños agujeros con una alcañata dentro. No era verdad que no se habían llevado nada. Allí, poco antes, había un cuadro, una foto o lo que quiera que hubiese, pero le pareció sospechoso aquel vacío. Volvió a echar un vistazo a la habitación. No había ninguna otra copa en la estancia. Cuando lo sorprendieron, estaba solo.

—¿Había algo aquí colgado? —Se dirigió a Dolores.

—No, no que yo sepa. El jueves cuando me fui, no había nada.

—¿No trabajó el viernes?

—No señora. Como es mi santo Joaquín siempre me daba fiesta.

—Ya —repuso la inspectora, y murmuró, como para sí—: Debíó recibirlo después.

Luego volvió a elevar el tono para preguntar:

—¿Compraba Joaquín muchas obras de arte?

—Bueno... No sé... Lo que haya por la casa... Todo es caro, seguramente. Lo que sí sé es que de la decoración se encargaba la exmujer. Joaquín no estaba para esas cosas, creo que le daba igual.

—¿Quién es el chico de la foto?

—Manuel. El hijo de Joaquín. Un buen chico. Es médico, ¿saben? Aunque bueno, en realidad se dedica a la cirugía estética en una clínica no muy lejos de aquí. Le va muy bien, ha sabido sacarle partido al dinero de su padre.

Marta pidió que localizaran al hijo y lo citaran para más tarde, cuando, presumiblemente, el cuerpo de la víctima ya hubiera sido retirado. Prefería

que el reconocimiento del cadáver se llevara a cabo en un lugar más aséptico y sin tanta carga emotiva como el propio domicilio.

En cuanto el forense terminó su primera inspección, se acercó a él para mantener una breve conversación. El juez y el letrado de la administración de justicia participaron de la misma.

—Todo apunta a que se acercó por detrás y lo cogió por sorpresa. La forma del corte lo avala. Le debió rodear con un brazo y desde esa posición le rajó el cuello. Por la trayectoria del arma, era diestro. Se trata de un arma blanca, un cuchillo, muy bien afilado, pero no dentado. Cuando examine con más detenimiento la herida, os diré más. No hay señales de forcejeo ni piel bajo las uñas que denoten que intentó defenderse. Parece obvio que no lo esperaba. Todo debió suceder muy rápido, cuestión de segundos. Fue certero... Parece que era más alto que él y debe tratarse de una persona fuerte. Imagino que buscamos a un varón, dada la mecánica de los hechos. No hay más heridas que la del cuello.

—Todo parece indicar que entró por la puerta, aunque no rompió la cerradura. Era de noche, debió aprovechar la falta de iluminación para acercarse con sigilo. ¿Crees que es un profesional?

—Es difícil decirlo... Le salió redondo, eso es cierto. No debió tardar mucho en morir, se desangró inmediatamente. Es evidente por la profusión de sangre que hay. La herida es profunda y secciona por completo la carótida, no tuvo ninguna oportunidad.

—Bueno, espero tu informe en cuanto lo tengas. No ha aparecido el arma, se la ha llevado.

Manuel, el hijo de la víctima, llegó poco después de las dos de la tarde. Era un hombre alto, que rondaba los cuarenta años. Iba vestido de forma elegante y con el pelo engominado peinado hacia atrás de esa forma clásica

tan andaluza, lo cual no le restaba un ápice de su atractivo. Sus ademanes seguros y su manera de proceder, altiva y exquisita, no dejaban lugar a dudas de su cuna.

Dolores se le tiró a los brazos llorando y él la consoló con cariño pero con firmeza en un primer momento, para, finalmente derrumbarse y llorar como un niño en brazos de su niñera. Marta y Valeria esperaron con paciencia y empatía a que aquel encuentro emotivo y trágico, impúdicamente observado por tantos extraños, acabara para poder dirigirse al recién llegado.

—Le acompaño en el sentimiento, Manuel. Lamento ser portadora de noticias tan funestas.

—Gracias, inspectora.

—Luego le acompañaremos a la morgue para que pueda usted ver a su padre y reconocer el cadáver. Si es tan amable, me gustaría hacerle algunas preguntas *in situ*, entienda la importancia de la inmediatez.

—Lo entiendo. Estoy en shock aún. Hasta que no lo vea no terminaré de creerla. Cuenten conmigo para todo en lo que yo pueda ayudar. Lo más importante para mí ahora es saber quién le ha hecho esto a mi padre.

—Gracias. Dolores nos ha dicho que no tiene usted hermanos.

—La verdad es que no, soy hijo único.

—Entonces, supongo que es usted el heredero de su padre.

—Pues eso supongo yo también, pero vamos, hasta que no se abra el testamento no le puedo decir. Nos llevábamos muy bien, hacíamos muchas cosas juntos, especialmente en esta época del año, ya me entiende. Aunque no tengo ni idea de cómo habrá dispuesto.

Manuel se refería a la Semana Santa, días en los que las hermandades concentraban numerosos actos en los que padre e hijo debían de participar, a juzgar por la alusión del reciente huérfano.

—Discúlpeme, ha sonado fatal. No quería hacer ninguna insinuación capciosa, ¡Dios me libre! Únicamente lo digo porque al parecer hay por la casa algunas piezas de valor... Y quisiera saber si guardaban algún inventario o si puede comprobar qué es lo que falta.

—Miren, perdónenme, llevo aquí ya unos minutos y salvo las pocas palabras del policía que ha venido a la clínica a darme la noticia, todavía no he recibido una explicación de lo que ha pasado, ¿me lo van a contar o tengo que esperar a que salga en los periódicos? —preguntó Manuel ya sin disimular su enfado.

Valeria se dio cuenta entonces de que habían empezado la casa por la ventana y habían olvidado que el hombre se acababa de enfrentar a una inesperada tragedia respecto de la cual necesitaba respuestas. En pocas frases le resumió lo que sabían hasta entonces. Manuel Lobato le agradeció a la inspectora sus explicaciones y después, tal y como le había pedido Marta, recorrieron la que había sido su casa hasta hacía unos años con tranquilidad, pero sin pausa. Tras ese breve reconocimiento, afirmó que no echaba nada de menos.

—En cualquier caso, todo lo que vale algo está debidamente asegurado. Ya buscaré los papeles del seguro, si quieren. La que mejor le podría decir si falta algo es Dolores, no en vano viene a esta casa cada día desde hace... no sé cuántos años ya. Me ha visto crecer.

—Lo ha hecho —afirmó Valeria —, el que lo está corroborando es usted. Y sí, por favor, facilítenos los papeles de los seguros que tengan.

Manuel sonrió a la policía a pesar de las circunstancias.

—Verá —continuó Marta—, lo que ocurre es que nos ha parecido que quizá podría haber algo colgado en la pared que se sitúa a la derecha según se entra en el despacho de su padre, pero Dolores nos dice que ahí el jueves no había nada. ¿Estuvo aquí el fin de semana?

—No estuve, no. La última vez que entré en el despacho la pared estaba vacía, efectivamente. Es todo lo que les puedo decir.

—¿No sabe si su padre tenía pensado adquirir un cuadro?

—Bueno, hace tiempo mencionó que tenía un negocio entre manos. Algo relacionado con un cuadro. No sé más. Lo siento.

—¿Sabe cuál?

—No, no lo sé. Tampoco sé si se trataba de uno en particular.

—No pasa nada, Manuel. Si lo había, daremos con él. En otro orden de cosas, ¿su padre tenía pareja?

— No, no la tenía. No como tal. Tenía amigas íntimas, ya está. Se divorció de mi madre hace unos tres años más o menos y desde entonces ha salido con algunas mujeres, pero nada formal, porque no me llegó a presentar a ninguna.

—¿Estaban ustedes unidos?

—Claro, era mi padre. Hacíamos muchas cosas juntos. En estas últimas semanas nos hemos visto casi cada día o, como mínimo, hablado por teléfono —repitió.

—¿Y eso no era habitual?

—No he querido decir eso. Normalmente, durante el año cada uno vamos más a lo nuestro, ambos estamos muy ocupados. Sin embargo, estos días siempre nos los reservamos, en la medida de lo posible. Ya sabe... La hermandad, todos los actos, los preparativos... Estábamos muy implicados.

Mi padre era una persona influyente dentro de la organización, aunque nunca quiso estar al frente como Hermano Mayor.

—¿Cuándo salían ustedes?

—El Miércoles Santo.

—¿Su padre tenía enemigos?

—Rotundamente no. Uno siempre genera enemistades a lo largo de la vida, no puedes gustar a todos. El mundo de los negocios además es algo descarnado, pero no se me ocurre ni una sola persona, ni un solo motivo, para que alguien asesinara a mi padre.

—¿Vio usted a su padre el domingo?

—Sí. Quedamos por la mañana y estuvimos por Sevilla, de iglesia en iglesia, viendo a unos y a otros... Lo normal de un Domingo de Ramos.

—¿Hasta qué hora estuvieron juntos?

—Hasta las seis de la tarde, más o menos. Me dijo que había quedado con unos amigos.

—Manuel..., hemos encontrado el teléfono móvil de su padre. Nos facilitaría mucho las cosas si usted nos dijera cómo se desbloquea.

Manuel lo pensó un poco. Decidió que, tarde o temprano encontrarían lo que hubiera contenido en el terminal.

—Si no lo ha cambiado, el patrón es este —respondió haciendo un gesto con la mano.

—De acuerdo, muchas gracias. Le citaremos para una declaración formal. Ahora vaya usted con ese hombre —dijo señalando a uno de los policías que ocupaban el inmueble y que se dirigía a ellos—. Le llevará al lugar donde descansa su padre.

Una vez se hubo despedido del hijo de la víctima, Valeria acompañó a Marta por el resto de las habitaciones del lujoso piso. En el cuarto de la plancha vieron colgadas y perfectamente planchadas la túnica y la capa de Joaquín, todo listo para un Miércoles Santo en el que, este año, faltaría uno de sus hermanos. Ella ya había experimentado el año anterior el fervor y la seriedad con la que se tomaban los sevillanos esa semana. Sevilla no se paraba, pero caminaba a golpe de martillo. A ritmo de marcha y saeta. Todo aquel misticismo la había cautivado enseguida y, aún sin comprenderlo del todo, se había empapado de la popularidad de la fiesta. En la comisaría, la mayoría de los policías pedían permiso un día u otro para acompañar a un misterio o a un paso de palio. La propia Marta salía los martes, con la Candelaria, y se la notaba fastidiada porque aquel crimen le había estropeado el día. La mañana, entre claros y lloviznas, no auguraba una buena tarde para las cofradías que procesionaban ese lunes.

Marta se acercó a dos oficiales que acababan de llegar a requerimiento suyo y les pidió que interrogaran a todos los vecinos puerta por puerta y que, cuando acabaran, se dirigieran a cualquier establecimiento próximo al domicilio que tuviera una cámara de seguridad y les requisaran las grabaciones. El forense había determinado que llevaría unas doce horas muerto, por lo que el crimen debió cometerse la noche anterior. Ese era el intervalo de tiempo que debían revisar.

Antes de salir del piso, llamaron a la exmujer de Joaquín y la citaron para esa tarde.

3

INTERROGATORIOS

Sevilla. Lunes, 11 de abril de 2022.

En Sevilla llovía ya abiertamente mientras esperaban a la exmujer del difunto. Las cofradías que se habían aventurado en su estación de penitencia buscaban refugio en iglesias ajenas. A eso de las seis de la tarde apareció Rocío. Era una señora alta, delgada y elegante. Operada, sin duda, pero con mucho gusto. Valeria se preguntó si era obra de su hijo. Si, el vástago, había moldeado a la madre, devolviéndole el favor que ella le hiciera muchos años atrás, en su propio vientre.

—No tengo nada que ver ya con Joaquín. Ni siquiera nos hablábamos — fue lo primero que dijo, incluso antes de que le preguntaran.

—¿No tuvieron contacto ese fin de semana?

—Ni ese ni ninguno desde hace ya más de tres años. Habíamos estado muchos años juntos, no nos quedaba ya nada que decirnos.

La frialdad con la que la mujer se había tomado la muerte de su expareja era cuanto menos sorprendente. Los policías estaban hartos de ver cómo los posibles sospechosos al menos fingían dolor ante ellos, aunque no lo sintieran. Era una cuestión estética y también, de alguna manera, una forma de protegerse de las sospechas.

—¿Por qué se divorciaron?

—Pues cuando no hay amor... uno puede aguantar, si lleva una buena vida, si el otro no le molesta demasiado. Pero cuando tampoco hay dinero, seguir juntos carece de sentido.

—¿Dice usted que las finanzas de Joaquín no iban bien?

—Así es. Iban fatal. Había hecho muy malas inversiones últimamente. No sabía ni si iba a poder salvaguardar el negocio. Discretamente fue vendiendo las propiedades que tenía para obtener liquidez. Las que no me quedé yo, obviamente. —Rocío sonrió con sarcasmo—. Se le acababan los recursos. Y el dinero.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño?

—Pues no. Hace mucho que nuestras vidas se habían separado. Mi hijo quizá sepa más de esto, ¿han hablado con él?

—Bueno, evidentemente lo llamamos cuando sucedió, pero tendremos que volver a hablar con él.

—Yo poco les puedo ayudar. Desde que me separé no sabía nada de su vida.

—¿Le gustaba el arte a su marido?

—¿El arte? No especialmente. A Joaquín le gustaba el deporte, los coches, los caballos..., la juerga... No estaba interesado en el arte.

Calló un instante, sopesando si debía seguir hablando.

—Poco antes de separarnos vino un día a casa eufórico. Dijo que tenía entre manos un negocio que iba a ser el final de nuestros problemas. Algo relacionado con un cuadro —añadió tras una breve pausa—. Sí, eso dijo.

—¿Un cuadro? —repitió Marta entonándolo como pregunta. Precisamente sin querer habían llegado al quid de la cuestión—. ¿Qué cuadro?

—Y yo qué sé. No le presté atención a sus delirios de viejo acabado. ¡Bah! Yo ya había hecho las maletas, no me iba a quedar a contemplar un espectáculo lamentable, la persecución de un imposible.

—¿Sabe con quién iba a hacer negocios?

—Pues no, la verdad... Tal vez con Julio.

—¿Quién es Julio?

—Es un amigo de Joaquín, se conocen de toda la vida. Tiene un taller de pintura en Triana, pero vamos, que pintar, pinta poco. Carece de talento, aunque sí sabe apreciarlo. Se gana la vida como marchante de arte. Como pintor, la habría perdido hace tiempo.

A pesar de la antipatía de Rocío, debía reconocer que sus frases eran certeras e irónicas, lo cual hizo apreciarla no solo como alguien frío e interesado, sino también inteligente. Y la inteligencia asociada con la maldad eran cualidades peligrosas.

Valeria apuntó la calle en la que el tal Julio tenía la galería.

—Díganos, Rocío, ¿qué hizo usted anoche? Cuéntenoslo todo, paso por paso.



Sevilla. Lunes 11 de abril de 2022.

Antes de que el día hubiera concluido le entregaron a Marta el teléfono de Joaquín Lobato. De la declaración de Rocío se presumía que, si había

algo colgado en aquella pared desnuda, debía de ser valioso. Como ella estaba acabando el atestado, le pidió a Valeria que le echara un vistazo.

La policía intentó desbloquearlo con el gesto que había interpretado el hijo de la víctima y comprobó con agrado que funcionaba. Se sentó en su escritorio y cuando se disponía a abrir la aplicación de *WhatsApp*, una intuición le hizo dirigirse, en primer lugar, a la galería de imágenes. Casi da un salto en la silla al ver que la última foto que Joaquín había capturado era un selfie de sí mismo con un cuadro al fondo de la estancia en la que se hallaba. ¡El cuadro!

Corrió al despacho de Marta, que había apagado el ordenador y se disponía a irse a casa.

—¡Marta! ¡Lo tenemos!

Marta le cogió el teléfono sin decir palabra y se detuvo unos instantes a ver lo que Valeria le mostraba. Seguidamente cogió su móvil e hizo una foto a la pantalla del teléfono de Joaquín, luego se la envió a alguien.

—Un atajo, *miarma* —le dijo guiñándole el ojo. Valeria supuso que se lo había enviado a su mujer, que era profesora de historia del arte en un instituto—. Vamos, te vienes a cenar.

Se subieron en ambos coches y pararon unos minutos a comprar la cena en una freiduría de pescado que había en Triana. Valeria nunca antes había comido el pescado así y, a pesar de que no le gustaba demasiado, enseguida se aficionó esa forma de cocinarlo.

Pepi les abrió la puerta con una gran sonrisa. Ya había dispuesto platos y cubiertos sobre el mantel, así como había abierto una botella de vino blanco.

—Mañana no sales —afirmó.

Se refería a la procesión.

—Eso ya lo veremos... —contestó enigmática la inspectora—. ¿Has visto la foto?

—Claro, no soy tonta, sé que las frituras son un mero chantaje. Sé que ambas sólo me queréis por lo que sé.

Las tres mujeres rieron al unísono y empezaron a comer. Una vez hubieron dado buena cuenta del bacalao, con la segunda botella de vino ya iniciada, Pepi empezó a contarles lo que sabía.

—Se trata de “El conjuro”, de Francisco de Goya. El pintor nació en un pueblo de Zaragoza y vivió a caballo entre los siglos dieciocho y diecinueve. Se trasladó y vivió en Madrid la mayor parte de su vida. Entre sus obras destacan “Los caprichos”, por ejemplo, y otra pintura que conoceréis sin duda “Los fusilamientos del 3 de mayo”, o la serie de Pinturas negras. Se quedó sordo aquejado de una enfermedad, y murió finalmente en Burdeos.

—Estupendo, Pepi, pero del cuadro, ¿qué sabes?

—Me lo guardaba para el final. A ver... “El conjuro” o “Las brujas”: se trata de una obra pequeñita, cuarenta y tres por treinta centímetros. Usó la técnica del óleo sobre lienzo. Pintó una serie de cuadros con esta temática de brujas, aquelarres y similares, estaba muy de moda para la élite en aquella época. “El conjuro” fue un encargo del Duque de Osuna, al que se lo vendió en... 1798.

—¿Qué se supone que representa?

—Pues un rito satánico, ¡mirad! —Pepi las situó frente a un ordenador portátil en cuya pantalla se veía el cuadro y fue describiéndolo—. En la parte central hay mujeres viejas y feas, ataviadas de negro. Son brujas. Una,

la de la derecha, lleva un cesto de niños recién nacidos. Es de sobra conocido que las brujas sacrificaban a bebés, e incluso, se los comían. Pocas cosas puede haber más terribles que esa. La de al lado lee un libro de conjuros, probablemente esté formulando uno en ese momento. Las otras dos completan la tétrica escena, fijaos que una de ellas está como clavando agujas en un muñeco... o ¡peor! En un niño chico. Ante ellas hay otra mujer agachada, de amarillo. Se supone que es otra bruja, que está aterrorizando a un pobre hombre. Este lleva camisa blanca, que simboliza su pureza, su papel de víctima en el aquelarre. Fijaos: el cielo está lleno de búhos, aves asociadas a la brujería, y hay una especie de cuerpo volando... Otra bruja, sin duda. El cuadro es realmente aterrador ahora, así que imaginaos en la época en la que fue pintado.

—¿Dónde había estado hasta ahora?

—En una galería de Madrid. El museo Lázaro Galdiano.

—¿Cuánto puede costar?

—Pues no tengo ni idea, Marta... Lo que alguien quiera pagar, como siempre en el arte.

—Seguro que no vale una vida —murmuró Valeria.

—¿Decías?

—Nada, chicas, que me voy a ir ya, porque mañana será otro día duro. Marta, siento mucho que te hayan fastidiado el martes santo. Hasta mañana.

—Bueno, bueno... Eso ya lo veremos. Cuando llegue pondré a alguien a investigar sobre el pintor y el cuadro en sí, pero nosotras ya tenemos la información como punto de partida. Hazme un favor, llama a la galería y entérate de todo acerca del robo del lienzo. Igual tienes que hablar con alguien de Madrid.

—Eso está hecho, jefa.

Valeria se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. Su compañera fue detrás.

—Te noto una *mijita* tristona, ¿qué pasa, Val? —preguntó Marta apoyada en el quicio de la puerta.

—Nada, nada.

—¿Es por Javier? ¿Habéis discutido?

—No, qué va. No hemos discutido, es difícil discutir cuando se coincide tan poco. —Hizo un gesto con la cabeza, como alejando los pensamientos negativos—. Sé que es complicado y que ambos tenemos trabajos muy absorbentes, pero, de vez en cuando me gustaría que mostrara algo más de interés. A veces siento que soy yo la única subida al carro.

—Las personas no actúan como una quiere, sino como son. Eso es algo que, lamentablemente, a algunos nos lleva toda una vida aprender. Y Javier te quiere, de eso estoy segura.

—Quizá el amor haya dejado de ser suficiente —respondió Valeria, y acto seguido se despidió y se fue a casa. Había pasado otro día más sin tener una mínima conversación con su novio.



Sevilla. Martes 12 de abril de 2022.

El martes por la mañana, cuando Valeria llegó a la oficina, Marta ya estaba reunida con la comisaria. Redactó el informe volcando la

información que el día anterior no tenían, en cuanto al robo en casa de la víctima. Esperaba que llegara la hora de apertura del museo en el que se encontraba el cuadro hasta ser adquirido, no sabía si legal o ilegalmente, por Joaquín Lobato.

Llamó a la pinacoteca, se identificó como policía y pidió hablar con el gerente o responsable del lugar. A su entender, cabían dos posibilidades: que se hubiera tratado de una venta legal y todavía no hubieran actualizado la página web en la que constaba la obra en exposición, o que se hubiera cometido el agravio muy recientemente y, en ese caso, o bien aún no hubieran denunciado, o bien no se hubiera volcado en la base de datos policiales. Únicamente así se explicaba que no les constara la pintura de Goya como objeto de un delito. Sin embargo, tuvo una de las conversaciones más extrañas y surrealistas que recordaba haber mantenido.

Esperó pacientemente a que Marta saliera del despacho. Cuando ésta lo hizo se dirigió directamente al de Valeria.

—Aquí hay algo raro seguro. Lo lógico es tratarlo como un robo de obra de arte con resultado de homicidio, pero ¿cómo es posible que Joaquín adquiriera el cuadro si según su exmujer estaba sin blanca? Aún no sabemos el alcance de sus problemas económicos, aunque sabemos que los tenía. No se me ocurre que alguien en esa situación se compre un cuadro tan valioso. Y, lo que es seguro, es que no lo tenía anteriormente, pues su hijo lo habría sabido, o la mujer, que no hace tanto tiempo que se separaron y, ¡coño! Si mañana viene Pepi con un Rembrandt a casa, por mucho que lo guarde bajo el colchón, yo me acuerdo de que lo tiene. Otra cosa que me llama la atención: Si era suyo previamente, ¿por qué no exponerlo hasta ahora? Y, ¿justo lo cuelga y se lo roban? Y encima lo matan, eso sí que es acumular mala suerte en poco tiempo, ¡Qué malaje, *miarma*! Por eso tenía

que ser nuevo. Recién comprado. O ¿robado? Tú sabes, quien roba a un ladrón... —Se rio—. ¿Has hablado con el museo Galdiano?

—Marta... —apenas susurró Valeria.

—Luego iremos a ver a Julio, porque, además, su número es el último que consta en la lista de llamadas de Joaquín. El móvil poco más ha arrojado... Pero sí que el artista fue la última persona con la que el muerto habló. Aprovecharemos para llamar a su hijo y, con su declaración, le pediremos que contraste los números de teléfono de la agenda del padre a los que llamó con más frecuencia, a ver si surge ahí algo interesante. Llamaba mucho a una tal Paloma... Habrá que ver quién es. —Marta hablaba muy deprisa, de manera que a su interlocutora le costaba meter baza.

—Marta... —insistió Valeria elevando el tono.

—Lo que me resulta extraño es que no se llevaran nada más que eso, pues en la casa había más objetos de valor. Además, había una caja fuerte en la misma habitación en la que se cometió el crimen, que no intentaron ni forzar. Estoy pensando que quizá el robo se haya cometido por encargo, alguien que quisiese esa pintura específicamente. Una especie de sicario.

—¡Marta! —gritó Valeria tocando a su jefa en el brazo.

—¿Qué? Ay, hija, por Dios, que prisas tienes...

—Que nadie ha robado, ni ha comprado, ni nada de nada, un cuadro en el museo Lázaro Galdiano —dijo la inspectora Jara muy despacio y vocalizando—. Que "El conjuro" de Goya sigue ahí tan campante, en la pared del museo. Que no lo han vendido, que no han denunciado nada porque no les ha pasado nada. He tenido una conversación muy absurda, creo que el gerente me ha tomado por tonta... —Se rio de sí misma—. En fin, que no. Que no sé, que creo que han matado a un hombre por una obra falsa.

—¡Ojú! ¿Pero qué te han dicho?

—Nada, mujer —contestó ya riendo abiertamente recordando la conversación esperpéntica que había mantenido—. Que voy y le suelto al tipo toda una retahíla acerca de que el cuadro se había visto envuelto en una investigación policial por homicidio y que si me podía dar detalles del robo o de la venta del mismo. Y me dice: Señora, ¿de qué me habla? ¿Quién me ha dicho usted que es?

Marta ya se reía, más por contagio que por el contenido del relato.

—Y yo: “¿No les han robado “El conjuro” de Goya?” Y él: “No”. Y yo: “Ah, pues lo han vendido, ¿me puede decir a quién?” Y el hombre ya mosqueado me dice: “Haga el favor de identificarse otra vez”.

Marta soltó una carcajada al oír aquello, justo cuando Verónica se acercó a ellas.

—¿Qué pasa, Marta? Hoy no sales, ¿eh? —dijo.

Marta asintió apesadumbrada. El problema ya no era que estuviera involucrada en la investigación de las primeras horas de un homicidio, sino que aquel Martes Santo llovía y que, tras los acontecimientos del día anterior, en los que tantas imágenes se habían mojado, con casi toda probabilidad nadie se iba a atrever a salir de su templo.

Verónica cambió de tercio.

—Anda, venid, ya he visionado todas las imágenes. Os va a resultar muy interesante —añadió, misteriosa.

Verónica Fuentes se dirigió a la sala de audiovisuales en la que tenía preparadas las imágenes de las cámaras de la calle Virgen de Luján. Sabían que Joaquín estaba vivo a las diez de la noche, puesto que había hablado con un amigo por teléfono y lo habían confirmado con el interlocutor, que había añadido que durante la conversación le había dicho que estaba solo en casa y que no pensaba salir ya a aquellas horas. Por ello, Verónica acotó el

visionado a una franja que abarcaba desde las nueve hasta las tres de la mañana. Antes de llegar al momento que les interesaba, fue pasando las imágenes a cámara rápida y les fue contando.

—Como veis hay mucho trasiego, lo normal un Domingo de Ramos. Hemos enviado a un par de oficiales a interrogar a los vecinos con algunos fotogramas imprimidos de la gente que sale y entra, por lo que podemos explicar la presencia de todos los que van saliendo y entrando a cara descubierta. Pero mirad aquí... Poco después de la hora que el forense certifica como de la muerte de Joaquín... ¡Un nazareno! —exclamó, triunfante, mientras las otras dos mujeres veían las imágenes por primera vez.

—Y túnica y antifaz blancos... como La Candelaria...

—Sí. Pero tú sales el martes. El domingo hay unas cuantas hermandades a las que echarle el ojo...

Durante el intervalo mostrado habían visto entrar y salir a diversas personas con la túnica de nazareno, como era habitual en muchas casas aquella semana y en todos los barrios de la ciudad. Algunas de ellas iban a cara descubierta, pues, tras procesionar, agotados y con el calor, preferían quitarse el capirote e ir más cómodos, aunque estuviera oficialmente prohibido. Otros, más rigurosos, lo llevaban puesto.

—Descartando a los niños, durante el intervalo que hemos visto entran dos hombres vestidos de nazareno y sale tan solo uno, el que veis. Porque, además, al otro hemos podido identificarlo como vecino del inmueble. Por lo que me parece más que probable que la persona que se oculta tras ese ropaje sea el homicida al que buscamos.

Marta ni se inmutó, pero Valeria no pudo disimular su sorpresa. Desde luego, la época del año era propicia para ocultarse de las cámaras y, sin

duda, el asesino había aprovechado la tesitura para evitar que se le reconociera a pesar de haber sido grabado.

—Se le ve a pie, aquí. —Señaló la pantalla, haciendo retroceder las imágenes—. Entra en el portal y desaparece en su interior. Lleva puesto el capirote, por lo que solo nos podemos hacer una idea de su estatura y corpulencia. Ni siquiera se le ven los zapatos porque arrastra la túnica. Sale del portal unos quince minutos después. Rápido y limpio. Le importaba una mierda que lo grabaran, porque sabía perfectamente que nadie lo iba a reconocer.

Había sido una jugada inteligente, con esa vestimenta no sólo pasaba desapercibido su físico, sino él mismo, pues las calles de la ciudad estaban inundadas de gente igualmente ataviada esa semana del año. Además, como apuntó la propia Marta, la corpulencia podía haber sido simulada con ropa debajo, e incluso el sexo al que pertenecía el criminal era imposible de determinar mediante las imágenes obtenidas.

Una vez vistas las grabaciones, Marta se dirigió de nuevo a Verónica encargándole que averiguara lo que pudiera sobre el cuadro que habían robado en casa de la víctima, así como que hiciera un barrido por las hermandades vestidas de blanco por si habían registrado cualquier incidente de interés. Aquella tarde, ella y Jara tomarían declaración a algunas personas relevantes para el caso.

4

EL CONJURO

Sevilla. Martes, 12 de abril de 2022.

El primero en pasar por la sala de interrogatorios fue Manuel. El sevillano, impecablemente vestido y peinado, emanaba aires de suficiencia y seducción, mas, no por ello, dejaba de parecer circunspecto por la muerte de su padre.

Se sentó frente a las investigadoras y las miró con ansiedad, quizá esperando que le dieran una solución, un culpable que no tenían. Las mujeres le volvieron a dar el pésame e iniciaron la conversación con preguntas generales, para que Manuel se sintiera cómodo.

—Paloma... Paloma creo que es la nueva amiga de mi padre. No hace mucho tiempo que la conoce. Yo no la he visto nunca, solo la ha mencionado en alguna conversación.

—¿Sabía usted que su padre había adquirido muy recientemente un cuadro?

—No estoy al tanto de las inversiones de mi padre. Como les dije ayer, sabía que andaba detrás de un negocio. Me lo había mencionado de pasada alguna vez, nunca especificó más. Lo cierto es que mi padre no era muy dado al arte. No tenía un espíritu... ¿Cómo lo diría...? Contemplativo. Era una persona inteligente y práctica. Algo obsesivo cuando quería algo, pero nunca lo vi en ese estado por una obra de arte.

—Sin embargo, su padre ha sido encontrado muerto en su domicilio. Se trata de una muerte violenta y el móvil parece el robo de un lienzo. Es lo único que falta en la casa, según nos dijo usted.

—A falta de una inspección más exhaustiva yo no eché nada de menos. Que falta un cuadro lo dice usted.

—No tiene hermanos, ¿verdad? —preguntó Marta cambiado de tercio.

—Sí, salvo sorpresas inesperadas —Manuel hizo un amago de sonrisa. Al parecer, a pesar de lo ocurrido, le quedaba espacio para el humor.

—¿Cuándo van ustedes al notario?

—El lunes que viene.

—Muy pronto, ¿no?

—Usted sabe...

Manuel dejó colgada la frase, esperando que las inspectoras completaran la ecuación de amistades y favores.

—En cuanto al cuadro desaparecido déjeme enseñarle una foto. —Marta le puso delante una copia imprimida a color de la fotografía extraída del teléfono de la víctima. No era de una gran calidad, pero se distinguía la pintura perfectamente—. ¿Lo reconoce?

—Lo cierto es que no. No lo había visto nunca y no sé mucho de arte. No sé de cuál se trata.

—Es “El conjuro” de Goya. Expuesto en el museo Lázaro Galdiano de Madrid.

Las dos policías estaban muy atentas a la reacción a cada pregunta, a cada comentario y, especialmente, a sus gestos en cuanto a todo lo relacionado con las revelaciones acerca del objeto sustraído. Manuel no denotó con ningún gesto que supiera algo más de lo que le decían ellas.

—En el caso de que su padre la hubiera comprado, ¿cree que se la pudo vender Julio?

—Es muy probable, por su profesión. Pero vamos, no lo sé. ¿Qué ha querido decir con “en el caso”? ¿De qué otra manera podría tenerla?

—Bueno, barajamos diferentes líneas de investigación, como es lógico.
—Tras unos segundos de silencio, Valeria añadió—: Su madre nos dijo que Joaquín estaba pasando por apuros económicos, ¿qué sabe usted al respecto?

—¿Apuros? No sé qué decirle. El global de las empresas fluctúa, depende del momento, de las inversiones que hayas hecho... Creo que la situación no era preocupante. Mi madre es muy exagerada.

—¿Tiene usted algún tipo de intervención en la empresa familiar?

—No. Sé que figuro en los papeles y de vez en cuando mi padre me hacía firmar cosas, pero hace ya años le di poderes para que actuara en mi nombre si necesitaba mi firma. Imagino que ahora, en cuanto se abra el testamento, me tocará a mí recoger el testigo.

—¿Se le ocurre alguien que podría haber hecho esto?

—En absoluto. Mi padre no tenía enemigos. Tenía rivales en el sector, pero una relación cordial con todo el mundo. Y en la esfera personal era una persona querida, con muchas amistades. No puedo creer que haya ocurrido, no puedo entender cómo hemos llegado a este punto.

Las policías siguieron realizando las preguntas necesarias para cubrir todas las lagunas, vislumbrando que Manuel poca luz les iba a arrojar.

—¿Qué hizo usted la noche del domingo al lunes?

—¿Soy sospechoso, inspectora? —inquirió Manuel, con voz profunda y mirando fijamente a Valeria, tan profundamente que ésta apartó la mirada,

azorada.

—En este momento, cualquiera lo es —atajó Marta.

—Como les dije estuve con mi padre hasta eso de las seis. Luego di una vuelta por Sevilla acabando de ver las procesiones y después me fui a casa, solo.

Antes de que el interrogado se fuera le pidieron que ahondara más en la persona de Julio, la última que había hablado con el difunto. Manuel les dijo que su padre y él eran compadres, que para él era como un tío, aunque no carnal y que lo conocía de toda la vida. No le extrañaba que hubieran hablado porque era algo tan frecuente como que hablara con él mismo. Se refirió a él como un gran pintor hiperrealista y restaurador. Valeria le comentó lo que había dicho su madre acerca del artista. Manuel se rio y afirmó que lo que pasaba era que Rocío nunca había tragado a Julio.

La policía ya había hablado telefónicamente con el amigo de la víctima para corroborar la llamada, pero tendrían que interrogarlo formalmente.



Sevilla. Martes, 12 de abril de 2022.

Cuando el hombre se fue entró en la sala Dolores Parra, la asistente del hogar que había hallado el cadáver, para formalizar la declaración que había empezado a emitir en el lugar de los hechos. La mujer, llorosa, les volvió a relatar la misma historia que había referido entonces, sin cambios sustanciales en su versión. Había llegado a casa de la víctima a las nueve de la mañana como hacía todos los días de lunes a viernes. Su cometido era

limpiar la casa y hacer la comida. No notó nada raro, pero al ver el despacho cerrado llamó para preguntar si el aspirador molestaba y fue cuando se encontró con una escena dantesca: Joaquín tirado en el suelo y mucha sangre. Lo llamó a gritos, sin atreverse a entrar en la estancia y, como no contestaba, sacó su teléfono móvil del bolsillo y llamó a la policía.

—¿Dónde estuvo usted la noche anterior?

—Pues en casa, como todas las noches.

—¿Alguien que lo pueda corroborar?

—Estaba con mi hijo. Soy viuda.

—¿Estuvo toda la noche con su hijo?

—Sí, sí. Bueno, me acosté pronto, porque es dar las diez de la noche y ya no soy persona. —Calló unos segundos, cómo tratando de hacer memoria—. Sí. Me puse a ver la tele en mi cuarto, Fabián rondaba por allí, oía el televisor del salón, incluso en una ocasión le grité para que lo bajara. Ya sabe, siempre peleábamos por la televisión, hasta que decidí comprarme una e instalarla en el dormitorio. Se acabaron las discusiones.

—Entonces, no sabe a ciencia cierta si su hijo salió o no.

—No salió, ¿por qué iba a salir? Tenía la tele puesta.

—¿Y la bajó cuando usted se lo dijo?

—Si...

—¿A qué hora fue eso?

—La verdad es que no tengo ni idea.

—Tiene que darnos los datos de su hijo, lo llamaremos. ¿Conocía su hijo a Joaquín?

—Pues claro. Lo trató siempre muy bien, nos ayudó mucho. Hasta le procuró el empleo en la galería de su amigo.



Sevilla. Martes, 12 de abril de 2022.

Cuando acabaron ya era la hora de comer. Marta propuso que pararan en algún bar camino de Triana.

La galería de Julio González se encontraba en la calle San Jacinto. Era un espacio de apenas ciento cincuenta metros, pintado de blanco y bien iluminado en el que se exhibían toda clase de pinturas, pero en el que, quizá por la época del año, predominaban las de carácter religioso. Las dos inspectoras contemplaron algunas mientras Marta, que reconocía a la mayoría de los cristos y vírgenes pintados con muy buena mano, le iba explicando a Valeria a quiénes representaban. Pronto un señor canoso y elegante, con un traje gris y corbata morada sobre una camisa blanca, les salió al encuentro.

—¿Puedo ayudarlas, señoras? ¿Buscan algo en particular?

Marta exhibió su placa identificándose. Acto seguido el hombre se presentó como Julio, el dueño de la galería. Las llevó al fondo de la estancia y las invitó a sentarse en unas butacas de líneas modernas.

—Gracias por atendernos. Hablamos por teléfono porque usted es la última persona que tiene alguna referencia del señor Lobato, pero entienda que teníamos que venir a hacerle algunas preguntas.

—Lo entiendo. ¿En qué les puedo ayudar?

—Eran amigos, ¿no?

—Más que eso, éramos compadres.

A Valeria ya no le extrañaba aquella palabra, que en Sevilla se utilizaba con tanta frecuencia.

—¿De qué hablaron el domingo por la noche?

—Me llamó para invitarme a su casa a tomar una copa. Era algo habitual, solíamos quedar por lo menos una vez a la semana. Él venía aquí o yo iba a su casa. Le gustaba el ambiente bohemio de los artistas de Triana. Le gustaba el cante y el buen vino. La verdad es que venía más él aquí, solo de vez en cuando nos encerrábamos en su casa con una buena copa de lo que fuera... Y arreglábamos el mundo, ya me entienden.

—¿Se vieron ustedes?

—Lo cierto es que no. Me dijo que me pasara al día siguiente, pero no podía y le dije que ya nos veríamos el miércoles. Ahora lo lamento. Tal vez, si yo hubiera estado allí no habría pasado lo que pasó.

Guardaron unos segundos de silencio mientras el hombre se recomponía. Marta le extendió un folio con una imagen impresa en color.

—¿Lo reconoce usted?

—No. ¿Debería?

—No debe ser un gran entendido en pintura, entonces...

Al hombre se le notó la indignación en la cara.

—Mire señora, yo no tengo estudios. Sólo sé pintar. No conozco todos los cuadros del mundo y me muevo más en el arte contemporáneo. También en el sacro de esta ciudad, que es lo que me da de comer. Ilumíneme, si es tan amable... —A Julio le salía la mala leche sin poder evitarlo, por más que intentó darles un tono educado a sus palabras.

—Por supuesto —repuso Marta—. Se trata de “El conjuro”, una obra de Goya. Tenemos motivos para creer que Joaquín la había adquirido recientemente y fue el único objeto que no se encontró en su casa. ¿Se lo vendió usted?

—Obviamente, no.

—¿Nunca lo había visto?

—Nunca hasta hoy.

—¿Le había hablado Joaquín de su intención de comprarla?

—No.

—¡Qué raro! Siendo usted su amigo y dedicándose a esto...

—Pues ¿qué quiere que le diga?

—¿Sabe usted quién podría habérselo vendido?

—No, lo siento, pero no tengo ni idea.

—¿Dónde estaba usted el domingo por la noche?

—En la hermandad, claro. Muchas personas podrán confirmárselo.

Tras acabar el interrogatorio las dos mujeres salieron del establecimiento. Al marcharse se cruzaron con un chico que a Valeria le resultó vagamente familiar, aunque no sabía de qué. Desde luego no tenía ningún rasgo particular por el que destacara, así que lo dejó correr sin darle importancia.



Sevilla. Martes, 12 de abril de 2022.

Una vez de vuelta en la comisaría, Verónica Fuentes les salió al encuentro.

—Os traigo el informe del cuadro que me habéis pedido. De las hermandades aún estoy esperando contestación.

—Perfecto. Lo lees y te vas a casa —dijo Marta dirigiéndose a Valeria—. Yo voy a redactar el informe con lo que nos han contado testigos y familiares.

Valeria se sentó en su mesa y leyó deprisa, pero con atención, el informe que les había preparado la agente Fuentes.

“El Conjuro o Las Brujas

Descripción: Un grupo de brujas vestidas de negro practican magia en plena noche. A sus pies hay una anciana con túnica amarilla y un hombre que viste un camisón blanco. Una de las brujas porta una vela, otra lleva un cesto con niños. Al otro lado, otra bruja clava una aguja a un muñeco de cera. En la parte superior se ve una figura desdibujada. Para algunos es el diablo, para otros, la reina del aquelarre.

Iter del cuadro: Se trata de un encargo de los duques de Osuna para decorar su casa de campo. Más tarde estuvo en posesión del duque de Tovar y lo adquirió después de 1928 José Lázaro Galdiano. En la actualidad se encuentra expuesto en el museo de Madrid Lázaro Galdiano. No se ha vendido ni se ha denunciado robo alguno.

Personas de interés:

- Francisco de Goya y Lucientes ([Fuendetodos](#), [30 de marzo](#) de [1746](#) - [Burdeos](#), [16 de abril](#) de [1828](#)). Nació en una familia de posición social

media. Ingresó en la Academia de Dibujo de Zaragoza, dirigida por [José Luzán](#), en 1759 a los trece años. Después fue a Italia a seguir formándose. Cuando regresó a Zaragoza se dedicó a la pintura religiosa. Posteriormente se trasladó a Madrid, donde elaboró tapices para los reyes de España. Tuvo grandes apoyos en la corte, como del murciano [José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca](#) que le proporcionó algunos de sus más importantes encargos o el de los duques de Osuna, especialmente el de la esposa, María Josefa Pimentel.

Tras el levantamiento del 2 de mayo de 1808 se inició la guerra de la Independencia contra las tropas francesas. Goya nunca perdió su cargo como pintor de la corte, sin significarse políticamente. Tras la vuelta de Fernando VII continuó pintando para la corte, pero en 1824 se instaló en París, temiendo la represión absolutista, Murió en Burdeos.

- [Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Pacheco](#) IX **duque de Osuna** (Madrid, 8 de agosto de 1755 - 7 de enero de 1807). Se casó el 29 de diciembre de 1771 en Madrid con su prima hermana [María Josefa Pimentel y Téllez-Girón](#), (Madrid, 26 de noviembre de 1750 – 5 de octubre de 1834). Fueron los principales clientes particulares de [Francisco de Goya y Lucientes](#).

Para el palacete de “El Capricho” le encargaron varios cuados con la temática de brujas: *El aquelarre* y ***El conjuro***, *El vuelo de brujas*, *La cocina de los brujos*, *El hechizado por la fuerza* y *El convidado de piedra*.”

A continuación, Verónica había imprimido la imagen de las pinturas que mencionaba.

Tras leer aquel breve informe, a Valeria le sobrevinieron muchas preguntas a las que tendrían que dar respuesta: ¿Por qué habían matado a

Joaquín en vez de simplemente robar el lienzo? ¿De dónde había sacado Lobato la pintura? ¿Quién sabía que obraba en su poder? ¿Era el cuadro que estaba en posesión de la víctima una falsificación? Y, si lo era, como parecía, ¿por qué robarla? ¿Por qué matar? Muchas incógnitas para el caso de que lo hubieran matado a consecuencia del robo, pero ¿y si no?

Marta tardó unas dos horas en poner por escrito todo lo que habían averiguado aquel día y las impresiones que habían tenido. Después, se fue a casa. La espesa lluvia, la tormenta, había impedido su cita de esa noche en los Jardines de Murillo, por donde debía pasar la Hermandad de La Candelaria. Mientras conducía avivó sus recuerdos del momento, con la calle atestada y el murmullo del gentío que sólo cesaba cuando el palio se les situaba de frente. De la Virgen que se mecía al compás de la música y el marco sevillano, entorno perfecto para desplegar su majestuosidad. Imponente, conmovedora, onírica. Su cara iluminada por la candelería, sus manos temblorosas, su mirada triste. Subyugante, dolorosa, velada por el humo de los incensarios, majestuosa.



Sevilla. Martes, 12 de abril de 2022.

Sola, en casa, Valeria le daba vueltas al misterio del cuadro sin poder entender qué estaba pasando en ese caso. Parecía evidente que se trataba de una falsificación, pero, si lo era, ¿por qué habían pagado por él con la vida? Quizá cuando tuvieran procesadas las pruebas forenses la motivación sería obvia si apuntaban a un culpable.

Aquella noche Javier no la llamó. Por un escueto mensaje de texto le anunció que iba a ser imposible pasar con ella el próximo puente. De nuevo sus inseguridades crecieron. La línea que separaba lo real de lo temido era muy tenue en su caso. Supo que iba a ser en vano seguir pensando en el caso en el que trabajaba cuando Javier, o mejor, dicho, su ausencia, lo copaba todo y se fue a la cama con la seguridad de que no iba a poder conciliar el sueño. Intentó convencerse de que todo estaba bien y de que exageraba un poco la dejadez que presentía en su pareja. Como siempre en su vida, el saber estaba a una llamada de distancia, a una pregunta hecha a tiempo. Valeria era de las que prefería moverse en el terreno de la incertidumbre, aunque la atormentara, pues, mientras no lo torpedeara una certeza, cualquier escenario, incluso el del amor, era posible aún.



Sevilla. Miércoles 13 de abril de 2022.

No había sido necesario que Marta las convocara para que las tres policías asignadas al caso de Joaquín Lobato se reunieran a primera hora en el despacho de la inspectora. Era obvio que tenían que poner en común las pruebas que había arrojado el procesamiento de la escena del crimen, que ya empezaban a llegar y marcar una hoja de ruta.

—El informe forense preliminar no nos aporta ningún dato nuevo. Joaquín no fue drogado, así que me inclino a pensar que el acto fue sorpresivo. Por la espalda y rápido. Debemos suponer, porque nada indica lo contrario, que Joaquín estaba solo en casa. Las cámaras nos ofrecen una aproximación al asesino, pero su vestimenta nos impide verle el rostro.

—Además es posible —apuntó Valeria—, que haya simulado su corpulencia, vete a saber lo que hay debajo del atuendo... ¡Puede que incluso una mujer!

Marta sonrió incrédula, si algo le había enseñado aquella profesión es que los varones eran mucho más dados a ese tipo de actos violentos, y continuó:

—Han encontrado fibras de algodón, compatibles con la túnica que llevaba. Eso es todo, no hay nada más. La sangre era la de la víctima. Analizar todas las muestras de cabello de la habitación y las huellas va a ser de locos, titánico, y probablemente, para nada, pues todas tendrán una explicación. Serán de las personas que frecuentaba la casa, pero, en cualquier caso, nos irán llegando poco a poco.

—El nazareno llevaba guantes.

—¿Qué?

—Que el nazareno que se ve en las imágenes llevaba guantes blancos también, así que yo no esperaba nada revelador de las huellas dactiloscópicas —repitió Valeria.

—Mierda, no me había fijado. No es nada infrecuente, muchos llevan y es el complemento ideal para cometer un asesinato. Está bien, hablaré con el laboratorio para que lo sepan. De todos modos, como decía, con bastante seguridad tampoco nos iba a arrojar luz. Se tomaron muestras de sustancias halladas en el suelo —añadió Marta cambiando de tercio—, por si los zapatos habían dejado algo interesante... Parece que es cera, ¡vaya sorpresa! Lo raro sería lo contrario.

Era el primer año desde que Valeria estaba en Sevilla en que salían procesiones y, si algo había llamado poderosamente su atención, era el estado de las calles, especialmente las del centro de la ciudad, cubiertas por

la cera de los ciriales que complicaba mucho andar por ellas, pues los pies quedaban pegados a los adoquines. Mientras pensaba en ello, Marta continuaba con el análisis de la situación.

—No se ha encontrado el arma ni la túnica o el capirote, aunque seguimos buscando.

—Igual lo ha llevado a una lavandería —sugirió Verónica, y las tres mujeres rieron. Luego prosiguió con la investigación acerca del nazareno—. He buscado cuántas hermandades llevan túnica y capirote blancos. El Domingo de Ramos salen, por orden, estas nueve cofradías: La Borriquita, Jesús Despojado, La Paz, La Cena, La Hiniesta, San Roque, La Estrella, La Amargura y El Amor. De estas, los nazarenos van completamente de blanco en La Paz, La Cena y La Amargura. La Borriquita también va de blanco, con una cruz de Santiago en el antifaz y está compuesta mayoritariamente por niños. Hay más cofradías que llevan también túnicas blancas, aunque como los antifaces son de colores diversos, las podemos descartar.

—Eso, como ya sabíamos, son un montón de nazarenos.

—Así es. Unos seis mil solo el Domingo, por concretar un poco. Investigarlos a todos sería una tarea ingente. Pero te digo más: de las cincuenta y dos cofradías que se echan a las calles durante el resto de la semana, al menos tres, si mal no he contado, llevan túnica y antifaz completamente blancos con pequeñas variables, como la botonadura, el cingulo, la cola o el cinturón de esparto, por ejemplo, La Candelaria o San Gonzalo. Por otra parte, no hay que olvidar que la hermandad de Las Siete Palabras va de blanco, aunque lleva escapulario rojo o Los Negritos, que lo llevan azul. Se lo pudo haber quitado. En fin, no podemos saber si el nazareno en cuestión realmente está hermanado en alguna de ellas, o si compró, robó o se hizo la ropa en una modista. Sinceramente, no creo que

el tema de la ropa, salvo que la encontremos, nos pueda dar ningún dato relevante.

—Mucho me temo que tengas razón —admitió Marta—. A ver qué te dicen las tres hermandades del domingo sobre algún tipo de incidente en sus filas. Si no hay nada, abandonaremos esa línea de investigación, por el momento.

—En cuanto al cuadro robado, resulta que no ha sido robado. Ya os conté lo que me dijeron en el museo. Tras el desconcierto de la primera llamada volví a hablar con ellos, les expliqué lo que había sucedido y les planteé la posibilidad de que la obra hubiera sido suplantado por una copia. El conservador del museo se mostró bastante preocupado al respecto y me ha dicho que iban a revisar las cámaras de seguridad por si hubiera alguna anomalía y que me avisaría con el resultado. Además, van a confirmar que el cuadro que tienen colgado es el verdadero mediante sus peritos. También nos avisarán de lo que determinen, si bien esa cuestión, obviamente, tardará más.

—Pues, recopilando —intervino Verónica—: Hemos interrogado a todas las personas próximas a la víctima y a las que se comunicaron con él en sus últimas horas. Rocío, la exmujer, tiene una coartada que hemos verificado, si bien se trata de su actual pareja. Manuel, el hijo, no tiene coartada. Dolores y Fabián presentan una coartada mutua, o los creemos a ambos, o a ninguno. Julio dice que no se movió de una fiesta entre amigos. Los vecinos no vieron ni oyeron nada. Las cámaras nos muestran el camino que siguió el nazareno, pero de forma tan breve que no se puede concluir nada concreto de ello, sabía por dónde tirar para que le perdiéramos la pista. La ropa es un callejón sin salida... ¿Qué hacemos ahora?

—¿Has hablado con el hijo de Dolores?

—Sí. Lo llamé ayer por la tarde, confirma lo que dice su madre punto por punto. Lo del encuentro del cadáver no, porque no estaba, lo de la noche anterior.

Valeria rio por la puntualización de Verónica, mientras Marta contestaba la pregunta de la oficial, que había quedado colgada.

—Pues hay que seguir investigando a su círculo más íntimo, las cuentas de Rocío, por si encargó el crimen a un tercero, y las del resto, nunca se sabe. —Luego, cambiando de tema casi susurró—: No acabo de entender qué pasa con el cuadro... Creo que deberíamos contactar con algún experto en esa época o en el pintor... No sé, lo comentaré con la comisaria. Por otra parte, no me creo que, siendo tan amigos, Julio no estuviera involucrado en la adquisición.

—Yo tampoco le creo, la verdad. Imaginémonos por un momento que es cierto que Julio no tiene los contactos para encontrarlo... ¿No sería normal que su amigo al menos se lo comentara para que le orientara en la búsqueda? ¿Por qué ese secretismo? ¿Por qué con esa obra? Hay muchas cosas que se nos escapan aquí.

—¿Qué quieres decir, Valeria?

—Creo que lo normal para una persona pudiente que quiere comprar arte como inversión es acudir a exposiciones o subastas, asesorado debidamente, y ¡mirad qué fácil lo tenía Joaquín para apoyarse en un entendido! Sin embargo, según el relato de Julio, no lo hizo. Pueden pasar dos cosas: que diga la verdad o que realmente le ayudara, pero no nos lo quiera decir. Eso unido a que, según su hijo, a la víctima no le gustaba especialmente el arte y que, según su exmujer, tenía problemas económicos, me lleva a pensar que ni el cuadro es el cuadro, ni ha sido una adquisición limpia.

—Hombre, experto, experto ya nos demostró que no es —repuso Marta maliciosamente, tras lo que Valeria soltó una carcajada—, yo no lo contrataría como asesor.

—¡Eres mala! —replicó Jara sonriendo—. Y sí sabe. Se hizo el tonto.

—Pues eso lo hace todavía más sospechoso. Volviendo a que la adquisición no haya sido limpia, ¿qué tienes en mente?

—Falsificaciones —contestó Valeria, entonando más bien una pregunta.

—Es interesante ese apunte... ¡Ojú! Hablaremos con la unidad de Patrimonio Histórico, a ver si tienen noticias al respecto de que se esté moviendo algo. Está claro que si es verdad que Joaquín no andaba boyante, aunque su hijo nos lo haya querido suavizar, no tiene sentido que se dedique a invertir en arte, pero sí lo tiene que se meta en asuntos turbios para ganarlo.

—Quizá por eso Julio echó balones fuera. Es probable que esté metido en el ajo. ¿No es restaurador?

—Es muy posible, sí. Me gusta esta nueva línea... Vayamos por ahí y a ver qué sale. Por ahora, salvo la investigación económica, que está pendiente, las demás líneas están muertas.

—Es una pena que no tengamos el lienzo para someterlo a una pericial forense —dijo Valeria.

—Tarde o temprano aparecerá... o eso espero. Tenemos que volver a hablar con Julio.

—¿Lo citamos mañana?

—Sí. Encárgate tú.

JACINTO

Sevilla. Miércoles, 13 de abril de 2022.

En cuanto Marta comentó con la comisaria la posibilidad de consultar a algún experto en historia que le pudiera orientar, la mujer le dijo que se dirigiera a la Universidad Pablo Olavide y preguntara por un catedrático en historia del arte amigo suyo. Mientras, ella le avisaría de la visita.

Cuando salió del despacho se tropezó con Valeria, que le dijo que Julio estaba citado al día siguiente a las diez para prestar declaración.

—Jara, conmigo —contestó escuetamente Marta. Valeria la siguió hasta el coche y se subió en el asiento del copiloto. Mientras conducía, la inspectora le contó a dónde iban.

—Lo cierto es que, aunque lo he pensado bastante, no sé muy bien cómo abordar este interrogatorio —añadió al cabo.

Valeria calló meditando la cuestión. Después le dijo a Marta que no se preocupara, que dejara que ella lo hiciera. La mujer asintió. Pensó que era una suerte haber dado con una compañera como Marta. Javier había sido un gran mentor, le había enseñado mucho, espoleado y cuidado. Nunca le había discutido ninguna de sus iniciativas. Sin embargo, era cierto que, en su relación profesional, aún pesaban mucho los grados. Además, se había enamorado de él, lo cual había dificultado su trato, dado que las inseguridades de Valeria y el miedo a defraudarle, en muchas ocasiones habían hecho que se retuviera al dar algunas de sus opiniones. El carácter

de Marta había logrado que la tratara como a una más y no como lo que era, su jefa. Marta era firme, pero comprensiva. Y la seguridad que tenía en sí misma, la que le daban todos sus años de profesión, hacía que no se sintiera amenazada por nadie de su equipo y que delegara en ellos sin ningún tipo de comezón. Una vez se hubo ganado su confianza y demostrado que era una gran trabajadora, seria y constante, con buena intuición y sin miedo a arremangarse, se creó entre ellas una relación en la que funcionaban como un tándem, sin temores de arrebatarse méritos que, a juicio de ambas, siempre debían recaer en el equipo y no en individualidades.

El edificio de ladrillo rojo, cuadrado, anguloso y funcional las recibió con un montón de estudiantes diseminados por el exterior y los distintos pasillos. Preguntaron por la secretaría y se dirigieron a aquel cubículo en el que unas cuantas mujeres se afanaban por no levantar la vista de sus respectivos ordenadores. Valeria se identificó y después preguntó por el hombre que la comisaria les había sugerido.

—El señor Jacinto Miraflores me ha avisado de su llegada, síganme.

Tras subir escaleras y recorrer unos cuantos pasillos, llegaron a un ala del edificio llena de despachos. Se detuvieron ante el tercero a la derecha y llamaron. La mujer que los acompañaba entró sin esperar respuesta del interior, dejando la puerta lo suficientemente abierta como para que pudieran ver el interior de la habitación.

El despacho era inusualmente alegre para tratarse de un lugar de trabajo en un edificio público. De las paredes colgaban bonitos y coloridos cuadros que a ambas les parecieron muy bien ejecutados. Una ventana arrojaba luz a raudales sobre un escritorio de madera en el que se dispersaban libros y folios sin concierto. Tras dicho mueble se encontraba un hombre de unos sesenta años. Su cuerpo atlético se intuía bajo la camisa blanca que llevaba

puesta. Sus ojos celestes se posaron en Marta y después apreciativamente en Valeria, a la que sonrió seductor. Las dos mujeres pensaron que era un tipo atractivo y a lo largo de la conversación se las ganó definitivamente con su voz de barítono y sus ademanes gentiles.

—Gracias por recibarnos, señor Miraflores.

—Llámeme Jacinto, por favor, inspectora —le interrumpió.

—Jacinto —carraspeó Valeria—, verá, tenemos un caso entre manos en el que necesitaríamos asesoramiento específico.

—Sí, sí, Concha me ha puesto al día, denme el contrato, lo firmaré sin ningún problema.

Marta le tendió un documento por el que el experto se comprometía a guardar la confidencialidad de todo lo que allí se dijera y de toda la documentación relacionada con el caso que pudiera ver o recibir.

—Bien —les dijo depositando los folios firmados encima del atestado escritorio—. Ustedes dirán en qué puedo ayudarles. Estoy especializado en pintores españoles. He publicado varios ensayos, sobre Goya, por citar uno de ellos... Pero confío en poder ayudarlas, aunque se trate de otro autor.

—Perfecto. Estamos investigando el robo de un cuadro: “El conjuro”, precisamente del pintor que ha citado, Goya.

—¿Lo han robado? Ese lienzo está expuesto en Madrid... ¿Por qué lo investigan ustedes? ¿Creen que lo han escondido aquí, en Sevilla?

Valeria se dio cuenta de que se había precipitado y había iniciado la conversación con una frase poco afortunada.

—No, verá, el cuadro de Madrid sigue en Madrid... Hace dos días se cometió un asesinato aquí, en Sevilla.

—¿Joaquín Lobato? —la interrumpió el catedrático.

—Sí, ¿lo conocía?

—Humm —suspiró el hombre—. Poco en verdad. Me enteré del suceso por la prensa, claro.

—Claro... Pues veré, en su domicilio había objetos de valor, una caja fuerte, bastante dinero en efectivo fuera de ella... Sin embargo, nada de aquello fue sustraído. El único objeto que se llevaron fue un cuadro y tenemos razones para creer que se trata de “El conjuro”.

—Pero me acaba de decir que sigue en Madrid.

—Sí, eso parece. Lo que pasa es que sabemos que antes de su asesinato, minutos antes, de hecho, un lienzo exactamente igual colgaba de su pared. Cuando el cadáver fue hallado la pintura ya no estaba. Lo único que nos atestigua su presencia, es una fotografía tomada minutos antes, como le acabo de decir.

—Por lo que ustedes piensan que podría tratarse de una falsificación.

—Es una de las hipótesis sobre las que trabajamos, efectivamente. No creo que mediante una fotografía pueda ser autenticado.

El hombre se rio.

—No, inspectora, para eso es necesario un trabajo que requiere tener el lienzo *in situ*, hacer unos análisis muy específicos y... aun así... ¿Conocen ustedes el caso de Han Van Meegeren?

Las dos policías negaron con la cabeza.

—Verán, este holandés se hizo famoso por sus falsificaciones. Reproducía obras con gran maestría. Nació a finales del siglo XIX y ejecutó su ardid en el siglo XX. Compró lienzos auténticos del siglo XVII para “producir” obras de Vermeers, fundamentalmente. Pues bien, sus pinturas falsas fueron dadas por auténticas por el Dr. Abraham Bredius, ¡imagínense

qué mancha en su prestigio! De esa forma consiguió vender, por auténticas millonadas, cuadros a museos, como, por ejemplo, *La cena de Emaús*. De hecho, falsificaciones suyas cuelgan aún de algunos museos europeos. El pobre tuvo un aciago final debido a que vendió un cuadro a Hermann Göring, como saben ustedes, la persona más próxima a Hitler. Van Meegeren fue procesado por ayudar y apoyar al enemigo por los nazis y murió en pleno juicio de un ataque al corazón. Lo que quiero decir, disculpen si me he ido por las ramas, es que, teniendo en frente la obra, es fácil equivocarse, imagínese si lo que tienen es una fotografía... ¿Y no podría tratarse de algo legal, como una reproducción o un retrato, por ejemplo?

—No. Estamos prácticamente seguras de que no, mire. —Le tendió al hombre la fotografía impresa—. ¿Qué le parece a usted?

Jacinto Miraflores estudió la fotografía con detenimiento.

—Parece real. Pintado a mano y muy fiel a la realidad por lo que se aprecia. No es una imagen de la pintura. Es, supongo, una falsificación en toda regla.

—¿Es fácil falsificar un cuadro?

—Bueno, pintar es un don. Si uno lo tiene, puede hacer lo que quiera.

Valeria se sonrojó por la respuesta de Miraflores que había hecho, quizá sin querer, que la pregunta le pareciera una tontería tras formularla.

—Lo que quiero decir es...

—A ver —la interrumpió el hombre—, lo que normalmente se hace es falsificar sobre un lienzo auténtico, de la época, con una obra menor. Así es mucho más fácil porque ya partes de algo que sí es auténtico. Luego basta un estudio pormenorizado de los materiales que se usaban y de los que no,

en cada época... Grandes falsificadores de cuadros han sido descubiertos por el uso del blanco titanio que se comercializó a partir de 1921, por poner un ejemplo. Es un tema muy interesante sobre el que he profundizado algo —Jacinto volvió a reír—. Yo mismo he sido requerido para realizar algún trabajo de autenticación y también publiqué un libro muy curioso que versaba sobre grandes pintores de otras épocas que, además, habían sido grandes falsificadores, cómo Miguel Ángel...

Ambas se sorprendieron por el dato, la verdad es que la comisaria, Concepción Lázaro, las había dejado en buenas manos.

—Descubrir si un cuadro es falso o auténtico es un proceso bastante complicado. Se hacen pruebas con luces, se pasa la obra por rayos X, se analizan los componentes de la pintura... En fin, no es fácil, hay que ser muy minucioso. La pregunta que usted me hace no se puede contestar taxativamente con un sí o un no. No basta con tener buena mano. De hecho, estas acuarelas que ven aquí colgadas son mías. Soy un apasionado del arte y me gusta pintar.

—Son muy bonitas —dijo Valeria amablemente mientras Marta asentía.

—Gracias. A mí me gustan, claro, pero estoy muy lejos de ser bueno. Me refiero a que no basta con que se te dé bien. Para reproducir obras de tal calibre, tienes que ser excepcional. Es más, con eso tampoco basta. Debes tener conocimientos de arte, porque si no, estás vendido. Es decir, tienes que saber sobre materiales y técnicas de la época que quieras emular. Por eso les decía, si uno parte de una materia prima auténtica, todo es mucho más fácil. Por perfecta que fuera la ejecución, si el trapo es actual, se sabría enseguida que la pintura es falsa.

—Ya. Lo malo es que la calidad tanto intrínseca como extrínseca la tenemos que suponer, ya que no la tenemos. Sin embargo, si tenemos a una

persona asesinada y todo apunta a que el cuadro tiene un papel clave en la historia. Por eso hemos acudido a usted.

—Sí, lo entiendo, cuentan ustedes con una dificultad añadida.

—¿Qué valor podría tener esa obra en el mercado, Jacinto? Y, sobre todo, ¿por qué iba alguien a falsificar un cuadro que se encuentra expuesto?

Jacinto Miraflores pensó bien la respuesta antes de hablar.

—No es lo normal, sin duda. Verán... Lo que se suele hacer es “crear” obras de periodos menos conocidos, o menos prolíficos para, de repente, “descubrir” que existía esa pintura y ponerla en el mercado. Pero, en ocasiones, hay alguien, una persona rica, por supuesto, que se encapricha de un lienzo en particular. El hecho de que esté expuesto en algún museo no le frena, encarga la copia y posteriormente organiza una trama para dar el cambiazco del cuadro, por ejemplo, aprovechando una restauración del mismo.

—¡Qué interesante!

Jacinto siguió un rato más contándoles acerca de las falsificaciones y salpicando su exposición con un montón de anécdotas, algunas incluso en las que había intervenido de manera personal. Cuando la charla se agotó, se despidieron del profesor dándole las gracias, les había dado algunas claves que les podían ser útiles.

—Por lo que nos ha contado el profesor, es posible que Joaquín estuviera metido en una red de falsificación. Que alguien hubiera encargado la pintura, alguien que planeaba un robo del auténtico... Quizá otra organización de falsificadores se enterase de la operación, y que por eso lo robaran, para hacer ellos el negocio —comentó Valeria mientras volvían a comisaría para preparar el interrogatorio de Julio González.

—Sí, tiene sentido, lo que no tiene sentido es porqué tenía el cuadro Joaquín en su casa. Quiero decir, que sepamos no tenía ninguna cualidad artística.

—Sí, es raro.

—Hasta el lunes no he quedado con el jefe de la unidad de Patrimonio Histórico, porque se ha pillado unos días de asuntos personales... Ya se sabe, estamos en Semana Santa.

—No pasa nada por esperar un par de días. Mientras investigaremos los asuntos económicos.

—Y ahora al lío, a ver si desentrañamos qué papel jugó Julio en todo esto, si es que jugó alguno.

—Estoy empezando a pensar que podría ser el mismísimo falsificador —respondió Valeria.

6

UNA VISITA

Sevilla. Miércoles, 13 de abril de 2022.

Valeria se sentó y empezó a releer la declaración de Julio González para preparar el interrogatorio del día siguiente. Tendrían que descubrir sus cartas si querían que el hombre hablara, por eso tenían que medir muy bien hasta dónde desvelaban sus sospechas y tener fresca su declaración anterior.

Habían recibido ya el extracto de las llamadas de la víctima y repasando el historial, tras leer la declaración del pintor, vio algo que le resultó curioso. Julio había afirmado que Joaquín lo había llamado para invitarlo a tomar algo y charlar, sin embargo, el historial del teléfono de Lobato contaba una historia diferente: era Julio el que había efectuado esa llamada.

La policía levantó el auricular y marcó la extensión de Verónica.

—Vero, ¿tenemos la grabación completa del día que mataron a Joaquín?

—Sí... Pero, como dijimos, me circunscribí al visionado de la franja horaria pactada.

—Ya... Verás, quiero comprobar una cosa. ¿Nos vemos en la sala de audiovisuales?

—¿Ahora?

—Ahora.

Tres horas más tarde, Valeria había encontrado lo que quería. Llamó a Marta y le pidió que fuera a la sala donde Verónica y ella se encontraban.

—Julio nos ha mentido —aseguró—, y tenemos las pruebas. —A continuación, le extendió la hoja con las llamadas del muerto y puso el vídeo en la pantalla, mientras se explicaba.

—Nos dijo que Joaquín le había llamado para quedar, como tantas otras veces; sin embargo, mira, el que llama es él. Por eso pensé que quizá sí fuera a verlo ese día y aquí está la prueba gráfica: Julio entrando en el portal de Lobato a las siete de la tarde.

—No parece que lleve un cuadro en las manos...

—No, ya... pero la lámina es pequeña, la puede llevar escondida en el interior de la chaqueta, puede que el marco lo tuviera preparado Joaquín.

—Podría ser. En cualquier caso, es un buen hilo del que tirar, una más que documentada mentira. A ver qué le sacamos mañana. Buen trabajo, Jara.

—Gracias Marta.

—Y ahora vamos, las dos —dijo señalando a ambas mujeres—, sin chistar. Nos espera Pepi. Hay que ir a ver a los Panaderos por donde los pillemos.

Marta se refería a La Hermandad de Los Panaderos, que procesionaba los Miércoles Santos. El Miércoles, preludio de dos de los días más relevantes de la Semana, era un día cargado de tallas únicas y misterios espectaculares y bien llevados. Tal era el caso de aquella cofradía a la que Marta se refería y que Valeria se prestó a ver envuelta ya en esa vorágine de incienso y devoción que asolaba la ciudad, tras la engorrosa lluvia de los últimos días. Nunca había sido una persona religiosa, pero debía reconocer que lo que se vivía en Sevilla trascendía lo humano y lo divino.

Cenaron cualquier cosa en el primer bar decente en el que cupieron y regaron la comida con varias cañas. No era sencillo transitar por la ciudad en aquellas circunstancias. A rebufo de Pepi, que veía un hueco entre la gente donde no lo había, fueron acercándose al centro y situándose en un buen lugar.

—¡Ojú! ¡Cuánta gente, coñe! Venga, aquí nos quedamos, que ya se oye la banda, así que el misterio está a puntito de llegar —ordenó la mujer de Marta empujando sin disimulo a una pareja con aspecto extranjero para situarse en primera fila. Agarró a Valeria y la puso a su lado—. No te lo pierdas, niña.

Decenas de nazarenos caminaban lentos sobre el adoquinado en medio del bullicio reinante cuando uno de ellos le cogió la mano a la inspectora Jara. Instintivamente se llevó a la vista a la mano que le habían agarrado y, al soltarla el desconocido, descubrió en el interior de su palma una pequeña medalla brillante de plata. Alzó los ojos para encontrarse con los del encapuchado que le devolvió intensamente la mirada para después, seguir su estación de penitencia.

—¡Ojú, *miarma*! Tú sí que levantas pasiones... ¿Qué te ha dao? —preguntó Pepi.

—Una medalla —respondió ella todavía azorada. Luego, dirigiéndose a Marta añadió—: Estoy convencida de que era Manuel.

Minutos después sonó el teléfono. Valeria, con el paso encima, vio quién la llamaba, pero no lo cogió, en cuanto pudiera llamaría a Javier.

Un par de horas más tarde devolvió la llamada. Javier, que se encontraba en un bar con unos amigos, ni siquiera la oyó. Cuando se metió en la cama, se percató de la llamada perdida. Ni se le pasó por la cabeza intentar contactar con ella a aquellas horas.



Sevilla. Jueves 14 de abril de 2022.

A la mañana siguiente Julio González no se presentó solo en comisaría, lo acompañaba un señor bajo, gordo y con una alopecia galopante. Su abogado.

Se sentaron en la sala de interrogatorios, frente a los dos hombres, e iniciaron la conversación. González se mostraba con la tranquilidad de aquel que se ha aprendido bien la lección y no espera que el examen le sorprenda.

—Julio, le hemos llamado para repasar su declaración. Nos dijo usted que Joaquín le había llamado para quedar pero que usted no había podido acudir, por lo que quedaron en verse otro día... ¿Quiere cambiar algo de esa declaración? ¿Lo ha *recordado* usted mejor? —preguntó Marta haciendo hincapié en el verbo.

—No señora, es correcto.

—Pues explíqueme por qué la llamada que nos consta entre la víctima y usted es entrante... Y por qué tenemos una grabación suya entrando en el portal de Joaquín a las siete de la tarde.

La seguridad que había mostrado hasta ese momento se transformó en desconcierto, y perlas de sudor adornaron su despejada frente.

—Quién llamó o dejó de llamar no tiene ninguna importancia —contestó el abogado por él—. Tenían una relación de amistad y, en cualquier caso, mi cliente ya ha reconocido que hablaron. En cuanto a la segunda pregunta, ¿se

trata de un interrogatorio como investigado? Porque si es así, se están ustedes saltando las leyes a la torera. Yo no he visto lectura de derechos alguna, esto es muy irregular ¡un atropello!

—Nadie le imputa nada a nadie por ahora, letrado, tranquilícese. Sólo queremos saber por qué nos mintió.

—Mi cliente no va a decir nada más, inspectora.

—Está bien, ¿quieren derechos? Les leeré los derechos.

Marta estaba enfadada, no quería haber llegado a tanto, pero lo cierto es que el abogado tenía razón. Además, el hecho de estar protegido le permitía a ella ser más agresiva en el interrogatorio y desvelarle todas sus sospechas. Tal vez consiguiera que declarara poco o nada, aunque seguro que lograría ponerlo nervioso, lo cual era fundamental para que diera un paso en falso. Una vez establecido que formaban parte de una red de tráfico de obras ilegales, seguro que se mostraría más colaborador en cuanto a atrapar al asesino de su amigo. Porque, eran amigos, ¿no? Ella confiaba en que así fuera. O a lo peor, podría ser el asesino. En cualquiera de los escenarios que se planteaba, poner a Julio contra las cuerdas, era su única alternativa.

—Julio, ¿para qué llamó usted a Joaquín?

—Le llamé para saber de él, inspectora, como tantas otras veces, ya se lo dije. Le llamé o me llamó, no lo recuerdo. Si ustedes dicen que le llamé, ¡sea! Le llamé.

—¿Por qué nos dijo que no había ido a su casa?

—Lamento haberlo hecho, me puse nervioso, pensé que iba a ser sospechoso. Era absurdo, ridículo que yo pudiera haber matado a mi compadre, pero ustedes no saben nada de nosotros. Supuse que sería una presa fácil, por eso mentí. Lo siento. No volveré a mentirles.

—No se preocupe, si lo hace, lo sabremos. ¿Para qué fue a su casa?

—Fui a verle, a charlar sobre unos asuntos de la hermandad. Teníamos previsto hacer una reunión de amigos hoy Jueves Santo, ya sabe, lo típico.

—Ustedes no están hermanados a la misma cofradía.

—No, no, yo salgo con El Cachorro, mañana, si Dios quiere. No era eso a lo que me refería, me refería a chascarrillos y cosas así.

—¿No le llevaba usted el cuadro?

—¿Qué cuadro?

—“El conjuro”. El que adornaba la única pared desnuda de su despacho. El único objeto de la casa que han sustraído.

—No, señora, no. Yo no le llevaba nada, ¿acaso no se ve en las imágenes? Yo iba a ver a mi amigo, estuvimos un rato charlando en el salón y me fui. Eso es todo.

—Un momento —espetó el abogado que había mantenido los ojos fijos en unos folios que había colocado sobre la mesa hasta entonces—. Julio fue a verle a las siete de la tarde y lo ha reconocido. Posteriormente hablaron por teléfono, lo llamó él a las diez. Si lo hubiera matado no lo habría llamado horas después. Vamos, es absurdo.

—O sí. El contenido de la llamada no lo tenemos. No sabemos con quién habló. No sabemos si quiso fabricarse una coartada.

—Pues triangulen los teléfonos, no nos molesten con zarandajas —protestó de nuevo el letrado de malas maneras.

—Lo haremos —zanjó Marta la cuestión—. Si Joaquín se hubiera comprado un cuadro tan importante, tan caro... ¿No se lo habría dicho? ¿No se lo habría enseñado?

—¿Qué quiere que le diga? Supongo que sí, pero no lo hizo. No sé nada sobre ningún cuadro ni estoy especialmente familiarizado ni interesado en la obra de Goya. Trabajo con autores actuales, con arte moderno. Y, fundamentalmente, arte sacro.

La relevó entonces Valeria, formulando las mismas preguntas una y otra vez, de distinta forma, intentando pillarle en un renuncio. No lo consiguió. Después de un buen rato de preguntas repetitivas y respuestas cada vez más escuetas, perdieron la paciencia y decidieron apostar por la ofensiva final.

—Mire, Julio, su amigo tenía en su poder un cuadro muy famoso y valioso de uno de los mejores pintores de todos los tiempos. Lo malo es que esa obra, la verdadera, está colgada en un museo de Madrid y ahí sigue, por lo que el cuadro que había adquirido Lobato era una falsificación. ¿El propósito? Se lo diré yo: dar el cambiazo. Robar el auténtico y venderlo en el mercado negro. Su amigo formaba parte de una red de falsificadores y no nos creemos que usted no esté implicado. Fue a su casa esa noche, le llamó para acudir a ella. ¿Quién nos dice que bajo el antifaz del nazareno que le visitó más tarde no se esconde usted mismo? ¿Quién nos dice que no mató a su amigo? Y si no lo hizo, si la operación salió mal... Es el momento de que colabore, porque las cosas para usted se pondrán cada vez peor.

Julio palideció, pero no dijo nada. Por el contrario, habló su acompañante.

—Mi cliente no tiene nada más que añadir. El interrogatorio ha concluido.

—¿Pintó usted ese cuadro? —casi gritó Marta.

—He dicho que mi cliente no va a decir ni una palabra más. Hemos acabado aquí, inspectoras.

Los dos hombres salieron de la sala ante la frustración de las dos mujeres, las cuales no tenían ningún argumento para retenerle. No habían conseguido ninguna declaración que mereciera la pena ni les había proporcionado ninguna pista.

Pasaron la tarde cada una en su mesa, haciendo labores de oficina y esperando que quizá la conversación con la Unidad de Patrimonio Histórico les arrojara algo de luz. No tenían más líneas de investigación que aquella y se les estaba agotando. Pronto todas las vías se cerrarían al no tener más pistas que rastrear y su trabajo habría sido estéril, pero lo importante era que un asesino seguiría suelto por las calles de Sevilla si no lograban dar con él.

Marta se acercó a Valeria y le dijo que tenían pensado salir aquella noche. Al día siguiente era festivo y aquella era una noche muy grande para la ciudad, que se volvería a vestir de gala para recibir algunas de las tallas más importantes de la Semana. La majestuosidad de El Gran Poder y la alegría de las Esperanzas invadirían la ciudad esa Madrugá. Valeria declinó la oferta. No era solo que estuviera cansada, que lo estaba, es que llevaba ya varios días sin ver ni hablar con Javier y lo echaba de menos. Lo necesitaba. Así que, esa noche, teléfono mediante, iban a cenar juntos y a charlar de todo un poco hasta que se durmieran, como solían hacer antes.

Llegó a su casa y se preparó la cena. Lejos de ponerse cómoda, se había cambiado la camiseta por una más sexy y se había retocado el maquillaje y el peinado. Sentada ya en la mesa con una cerveza, intentó hacer una videollamada a Javier, pero no se lo cogió.

Un par de horas más tarde la llamó por teléfono aludiendo una vaga disculpa. Valeria pensó que era mejor aprovechar el tiempo con él a enfadarse por la ausencia. Intentar una aproximación a recriminarle que

hacía demasiado tiempo que no se veían. Se tragó su pena y sus reproches e intentó mantener una conversación animada, una charla que lo mantuviera al teléfono, que no le diera un pretexto para colgar.

OceanofPDF.com

PATRIMONIO HISTÓRICO

Sevilla. Lunes, 18 de abril de 2022.

Verónica Fuentes se levantó temprano tras sonar la alarma del móvil, que usaba como despertador. Estaba cansada porque se habían acostado tarde, tener un hijo estaba resultando una tarea más ardua y cansada de lo que habían previsto. Todo el mundo crece con la seguridad de que se trata de un proceso natural y sencillo, e incluso placentero y, al principio, había sido así. Llegados a ese punto, estaba empezando a acusar el estrés de tantos meses de intentos fallidos, de calendarios de ovulación y actos mecánicos desprovistos de pasión. Suspiró y miró a su marido, que dormía a pierna suelta. Sin duda el proceso no estaba siendo el mismo para ambos o él lo llevaba mejor.

Se metió en la ducha y dejó que el agua se llevara la suciedad y las preocupaciones que la asediaban a deshora, se concentró en hacer una lista mental de todas las tareas que tenía que realizar aquella mañana. Había recibido aquel caso como una bendición, pues estaba convencida de que inmiscuirse en la resolución de un homicidio tan enigmático como aquel, iba a conseguir que pensara menos en sí misma y se preocupara un poco menos de aquel deseo que le sorbía el alma a borbotones. Sin embargo, el caso daba sus últimos coletazos casi antes de haberse iniciado. La falta de indicios que seguir les estaba llevando a un callejón sin salida que acabaría por dar carpetazo al asunto sin que se encontrara al culpable, o, cuanto menos, a un sospechoso con entidad.

Se vistió con un traje de color claro y una blusa verde bajo la chaqueta y después, se sirvió el primer café de la mañana mientras le daba mordiscos distraídos a una galleta de chocolate. El primer lugar al que tenía que acudir era la notaría en la que se iba a leer el testamento de la víctima, aquel lunes. Salió de su casa pensando que probablemente sería lo último de interés que le depararía el asunto.

Cogió el coche y se dirigió a comisaría primero. Verónica no vivía en Sevilla, sino en Bormujos, lo cual hacía que tuviera que levantarse para ir a trabajar mucho antes. Aquella casita pareada había sido un capricho suyo. Había visualizado a los niños jugando en el espacioso patio trasero. Ahora no sabía si habría niños. Desechó aquel pensamiento nocivo y aparcó en el parking de la comisaría. Allí pasó apenas media hora cuando tuvo que volver a salir, de camino a la diligencia que le habían asignado.

La notaría se encontraba en pleno centro, muy cerca del ayuntamiento y la catedral. Llegó a las nueve en punto, la hora señalada, y subió temiendo que ya hubieran empezado, pero no era así. Justo detrás de ella entró un chico joven, desgarbado y alto, que la miró con interés. Tendría apenas unos años menos que ella y Verónica, alta, morena, delgada y guapa, no pasaba desapercibida. Subieron juntos en el ascensor sin intercambiar más que un breve saludo. Resultó que iban al mismo lugar.

La recepcionista, seca, aunque eficiente, les dirigió, tras preguntarles el nombre, a lo que Verónica respondió enseñando su placa, y el asunto que la llevaba allí, a la misma sala de juntas, en la cual, esperaban ya un hombre y Manuel Lobato.

El notario se giró hacía ellos interrumpiendo la charla que mantenía con el hijo de la víctima y les invitó a sentarse alrededor de aquella gran mesa cuadrada. El chico saludó a Manuel con un abrazo que se prolongó unos

segundos y se sentó a su lado. Ambos tenían los ojos brillantes como de contener las lágrimas. Mantenía la cabeza baja y sus mejillas se sonrojaron un poco. Verónica entendió que aquella actitud se debía a su timidez. Probablemente, no estaba acostumbrado a asistir a aquella clase de actos. Se equivocaba, pues ya había tenido que asistir en una ocasión, por lo que les llevaba ventaja, tanto a ella como a Manuel, en aquellas lides.

—Estamos todos ya, así que vamos a empezar y no hará falta robarles excesivo tiempo.

Abrió una carpeta de cartón de color gris claro con el anagrama de la notaría y leyó con voz clara, pero velozmente, el inicio de los folios que conformaban la última voluntad de Joaquín Lobato. Verónica se dejó llevar por sus pensamientos hasta que una inflexión en la voz del hombre la devolvió al lugar en el que se encontraba.

—Joaquín Lobato instituye como único heredero a su hijo, Manuel Lobato, y además constituye dos legados: uno de 30.000 euros y otro de un piso sito en la calle Conde de Halcón número 17 a favor de Fabián Portillo. También dispone algunas cantidades para la Iglesia y obras de caridad, que son condición para heredar. Eso es todo. ¿Lo han entendido?

Por el sobresalto del chico que se había sentado al lado del heredero, Verónica comprendió que éste era el tal Fabián Portillo. Pensó de qué le sonaba el nombre hasta que dio con la clave, tiempo después de haber salido del lugar tras despedirse brevemente de los asistentes, que aún se quedaron para discutir cuestiones diversas como la aceptación y los cambios de titularidad, así como los impuestos. Era el hijo de Dolores, la asistente del difunto.



Sevilla. Lunes, 18 de abril de 2022.

Durante los días festivos de la Semana Santa muchos sevillanos aprovechaban para retirarse a descansar a sus segundas residencias a pie de playa en provincias como Huelva, Cádiz o Málaga. Sin embargo, la ciudad no acusaba demasiado su ausencia, puesto que hordas de foráneos acudían para conocer de cerca la renombrada festividad.

En la comisaría, Marta y Valeria seguían procesando las escasas pruebas que tenían e interrogando a las pocas personas que aún no habían identificado en la vida de Joaquín. Intentaban cuadrar teorías y tiempos con el objeto de avanzar en una investigación que amenazaba con estancarse.

La prensa nacional le había dedicado unas líneas al asesinato, seguramente por el sensacionalismo del “disfraz” que había usado el asesino. Dicho dato había trascendido a las portadas y se habían visto, incluso, debates acerca de la conveniencia o no de mantener aquella tradición. A Valeria, en plena España post covid, aquellas discusiones de tertulianos televisivos trasnochados le parecían una soberbia estupidez. Era como si en su momento se hubiera cuestionado el uso de las mascarillas por el mero hecho de que escondían la mayor parte del rostro del portador.

Tras los dos primeros días el asunto había quedado únicamente relegado a los medios locales ya que la influencia de la víctima nunca había trascendido más allá de la ciudad. La policía sospechaba que en pocos días ya no lo recordaría nadie excepto su hijo, pues tenía pocos allegados y los

amigos, ya se sabe, eran volátiles, incluso, puede que asesinos... Valeria arrugó su nariz, en aquel gesto tan típico en ella que encantaba a Javier. Julio no le olía bien, no era trigo limpio, aunque tenía muchas dudas acerca de que fuera el homicida. Le había parecido, por sus gestos y su mirada, que apreciaba realmente a aquel que llamaba su compadre.

El domingo se habían acercado al entierro de Joaquín Lobato. Manuel había comparecido junto al pintor. Herméticos, unidos por el dolor. Y junto a un chico que no identificaron hasta poco después, cuando lo vieron abrazarse a una mujer a la que conocían bien, Dolores, la asistenta. Tenía que ser su hijo, el parecido con la madre era más que patente.

Lo más relevante del acto había sido la aparición estelar de la viuda y madre del hijo del difunto, la cual fingió estar allí como apoyo a Manuel, pero se veía a la legua que lo único que esperaba era un poco de notoriedad, y si fuera en prensa, mejor. Su elegancia al vestir era irrefutable, su clase, ya era otra cosa.

Aquel lunes Sevilla se despedía emocionada de sus imágenes mientras miraba con alegría la feria. Otro gran acontecimiento para los oriundos de la tierra. Marta intentó convencer a Valeria de que se comprara un traje y lo luciera por el albero mientras desayunaban. Ella no parecía convencida, había mirado por encima los precios y le parecían un escándalo. Marta dijo:

—Eso es como todo, *miarma*, hay chaquetas de mercadillo y las hay de alta costura. No son comparables, pero a cada uno le vale con lo que pueda pagar. Creo que estarías impresionante enfundada en un traje estrecho, con tus pendientes, tu mantón y una flor en el pelo. Creo que a Javier se le caería la baba...

Valeria enarcó una ceja. No lo había visto desde aquella perspectiva y le parecía interesante. Javier de traje. Javier a su lado, de la mano, paseando

por las casetas. Javier bebiendo rebujito. Javier bailando con ella. Javier durmiendo con ella. Apuntó mentalmente preguntarle al inspector si iba a poder pedir unos días libres para la fecha y, en función de la respuesta, decidiría si comprar.

Cuando acabaron con el pequeño descanso para llenar sus estómagos de cafeína, volvieron a comisaría. Poco después, Verónica entró, tras llamar a la puerta, en el despacho de Marta.

—Cuéntame, ¿algo interesante?

—Un único heredero, su hijo —explicó escuetamente la oficial—, y dos legados, de un piso y de una cantidad de dinero, considerable pero no excesiva, 30.000 euros. Ambos legados eran para Fabián Portillo, que se encontraba presente en la lectura.

—El hijo de Dolores —contestó, rápida, Marta—. ¿Y no dejó nada para ella?

—No, ni siquiera estaba allí. También dispuso pequeñas cantidades para la capilla de su hermandad y alguna institución de beneficencia, a cargo de la herencia. A Manuel no pareció sentarle mal.

—¿Y lo de Fabián?

—Para nada. Se ve a la legua que se tienen cariño. Es posible que se hayan criado, no como hermanos, pero sí como una especie de familia.

—Puede. Eso dijeron. Lo comprobaré.

Verónica salió del despacho y Marta siguió con sus quehaceres tras grabarse la nota mental de llamar más tarde a Manuel Lobato.



Sevilla. Lunes, 18 de abril de 2022.

Habían quedado con Eduardo Falero, de la unidad de Patrimonio Histórico, a las seis de la tarde. Ambas, sin confesárselo mutuamente, esperaban que aquella conversación derivara en otras vías de investigación que les permitieran vislumbrar siquiera un posible culpable.

Haciendo gala de una puntualidad británica, llegaron al despacho del inspector que las esperaba sonriente. Su despacho no distaba mucho del de Marta, un cubículo de unos dieciséis metros cuadrados, dos estanterías en un lateral y una mesa alrededor de la cual se disponían tres sillas. Todo, material de oficina feo y funcional. A ninguna de las dos les sorprendió que no hubiera detalles personales en el despacho, dándole así al lugar cierto aire de provisionalidad.

—Bienvenidas, soy Eduardo Falero —dijo el hombre tendiéndoles la mano. Era alto y grueso, con una sonrisa franca y poco pelo, moreno y muy corto, en la cabeza. Debía rebasar los cincuenta años no muy bien llevados. Valeria se fijó que, a pesar de la ausencia de detalles en el despacho, en su dedo lucía una alianza de color dorado.

—Muchas gracias por recibirnos, Eduardo. Yo soy Marta, ya hablamos por teléfono. Ella es mi compañera, Valeria Jara. Me da que esta va a ser una conversación un pelín larga, ya lo siento.

—No te preocupes —volvió a sonreír el inspector—, digamos que tengo toda la tarde para ustedes. Si me apuráis, hasta podemos ir a cenar.

Y se rio con ganas. Valeria pensó, con malicia, que seguramente la comida era lo que más le apetecía de aquel plan de trabajo. Luego se rio por lo bajo al darse cuenta de que a ella le sucedía lo mismo.

—El Lunes Santo descubrimos el cadáver de un hombre en su domicilio: Joaquín Lobato —empezó a relatar Marta.

—Sí, lo sé —le interrumpió Eduardo—. Le dedicamos una levanta^[1] a su alma durante nuestra estación de penitencia.

—¿Es usted nazareno? —preguntó Valeria sin sorpresa—. ¿De la misma hermandad?

—Soy costalero, Valeria —contestó Falero haciendo gala de memoria. La inspectora no se engañaba y cualquier otro compañero, habría olvidado su nombre un segundo después de que Marta lo hubiera pronunciado—. De Monte-Sión.

—Si es precioso el misterio, más bonita es la Virgen del Rosario —contestó Marta. Y Valeria supo que, al margen de que lo pensara, lo había dicho para ganarse al hombre. No tardaron en comprobar que lo había logrado. Tras una breve pausa, continuó—: Las circunstancias del hallazgo eran extrañas. Se trataba sin ninguna duda de un crimen violento, lo degollaron. La puerta de la casa no estaba forzada y no faltaba nada en ella, en un principio, y según la inspección que hicieron en el lugar tanto la asistenta, que lo encontró, como el hijo de la víctima. De hecho, había una caja fuerte que no tocaron, pero también toda clase de aparatos electrónicos que en el mercado negro alcanzarían un gran valor, intactos. Es más, había dinero en efectivo, una cantidad nada desdeñable, que tampoco se habían llevado.

—Lo que nos lleva a un crimen pasional.

—Fue nuestra primera hipótesis... Sin embargo, el despacho contaba con una pared desnuda, un lugar privilegiado para colgar algo... De hecho, estaban las alcayatas y un foco prendía de la misma pared para iluminar el lugar desde arriba.

El hombre se removió en su asiento presintiendo que llegaba el plato fuerte.

—Preguntamos a la asistenta, que era la que más frecuentaba el domicilio, ya que el hijo vive de forma independiente. Nos dijo que el último día que había estado allí no había nada colgado. Así que no le dimos más vueltas hasta que, revisando el móvil de la víctima, pues tampoco se lo habían llevado, dimos con una foto hecha el día de los hechos. Era un selfie ante la pared que mencionaba al principio... Sólo que no se trataba de una pared desnuda en la imagen, sino que, en ese lugar presidencial, prendía un cuadro. A todas luces se trataba de uno importante, pero nuestro conocimiento de arte —añadió señalando a Valeria y luego a sí misma—, es limitado. Consultamos con una experta y resultó ser una obra muy importante y conocida, de un pintor internacional, quizá nuestro pintor más internacional: Francisco de Goya.

Valeria sonrió divertida al oír lo de *experta* en alusión a Pepi.

—Increíble. Han robado un Goya entonces.

—Sí. Para ser más exactos, “El conjuro”.

Eduardo abrió la boca, con sorpresa.

—¡Pero si ese cuadro estaba expuesto en un museo de Madrid! ¿Se lo han robado al propio ladrón? ¿Cómo es posible que no me haya llegado la noticia de algo así?

—Veo que empezamos a entendernos, Eduardo —ironizó Valeria, tomando la palabra—. Ahí es donde lo necesitamos a usted. Porque vimos claro que el móvil del asesinato había sido el robo de semejante obra hasta que llamé al museo para preguntarles por la transacción y me dijeron que el lienzo seguía en sus paredes tan campante. Entonces fue cuando ya no entendimos nada.

El hombre permaneció callado un minuto aproximadamente.

—Pueden haber pasado dos cosas, a mi entender —dijo por fin—. Que el cuadro de la casa de la víctima sea el verdadero y en el museo no se hayan enterado del cambiazó, o bien que aún no hubieran perpetrado el robo en Madrid. ¿Había documentos de autenticación en la escena del crimen?

—No, no los había —contestó Marta.

—¿Han examinado el cuadro en la galería?

—Nos enviaron la documentación y dijeron que iban a examinarlo especialistas. Aún no nos han llamado con el resultado.

Eduardo exhaló sonoramente.

—Supongo que no lo han recuperado.

—No, aún no.

—La recuperación de las obras robadas suele ser dificultosa y se debe, casi siempre, a un golpe de suerte. ¿Tienen a un sospechoso?

—Sí. A un nazareno —contestó Valeria.

Eduardo soltó una carcajada.

—Vamos, ¡no me jodas! —exclamó el policía. Las dos mujeres rieron también.

—Sí, sí —confirmó Marta todavía con la sonrisa en la boca—. Las cámaras detectaron a un nazareno de túnica y capirote blanco entrar y después salir. Es claramente nuestro sujeto, porque cuando entró la túnica estaba intacta pero cuando salió estaba manchada. Presuntamente era sangre de la víctima.

—Madre mía. El crimen perfecto.

Ambas lo miraron con desesperación.

—Lo único que se nos ocurre es seguir el hilo del cuadro, ya que evidencias físicas no hay. Igualmente seguimos investigando el entorno de Lobato, claro.

—Pues no voy a engañarles: lo tienen muy difícil. O, mejor dicho, lo tenemos. Supongo que entenderán que, desde ahora mismo, nos ponemos a ello y su recuperación pasa a ser cosa nuestra.

—Claro, claro, Eduardo. Aunque me gustaría darle un nombre por si lo tuviera fichado. A Joaquín Lobato, obviamente, no lo relaciona con nada similar hasta ahora, porque me lo habría dicho.

—Correcto. ¿Cuál es el nombre?

—Julio González Palomas.

—Déjeme ver, pero así, *a bote pronto*, no me suena de nada. —Se giró hacia la pantalla de su ordenador y empezó a teclear. Al cabo de unos minutos añadió—: No, no. No tenemos nada contra él, nunca le hemos investigado. Deme todo lo que tenga al respecto y nos ponemos a ello.

—De acuerdo.

—De cualquier avance en esta investigación las mantendremos al corriente, por favor, hagan lo mismo con la suya. Cualquier vestigio o

testigo que les pudiera conducir al culpable, nos ayudaría a nosotros, y viceversa.

—Por supuesto —dijo Marta tendiéndole un dossier—. Esto es todo lo que hemos podido recopilar sobre el sujeto.

—Gracias —contestó el hombre tendiendo la mano hacia la inspectora. Luego, como pensándolo mejor, añadió—: No quiero engañarlas. Será difícil y probablemente, no inmediato. Tanto si resulta que el cuadro que obraba en su poder era el falso como si era el auténtico tardarán un tiempo en sacarlo a la luz, por el tema del revuelo al haber una víctima mortal. Estaremos pendientes de cualquier cosa extraña en el museo, por si quisieran seguir con el plan, pero igualmente, tardarán en hacerlo si tienen un mínimo de inteligencia. También sería posible que falsificaran la documentación e intentaran colárselo a un coleccionista privado. Tenemos nuestras fuentes y estaremos atentos. Poco más se puede hacer, ya lo siento.

—Claro, Eduardo, no te robamos más tiempo. Muchas gracias por tu ayuda, estamos en contacto.

—Seguro que sí, que tengáis suerte.

—Lo mismo digo.

Se estrecharon las manos y el policía las condujo con caballerosidad a la puerta de su despacho. Se volvieron a despedir brevemente y se dirigieron al coche. La conversación con el jefe de la Unidad de Patrimonio Histórico no había sido muy esperanzadora. Ambas acabaron la jornada con la sensación de que habían llegado, por cualquiera de las vías, a un punto muerto.

En cuanto salieron del despacho, el inspector Falero, empezó a hacer llamadas a expertos, colaboradores de su unidad, para averiguar si alguien

había oído algo sobre la desaparición de una obra de arte del siglo XVIII cuyo autor presunto era Francisco de Goya. Nadie le supo dar razón.

Ya subidas en el coche, Marta recordó la conversación con Verónica y, mientras Valeria conducía, llamó desde su móvil a Manuel. Tras una breve conversación con el médico comprobó, tal y como había especulado Verónica, que el trato entre él y el hijo de su asistenta era excelente y que le había parecido natural que su padre le beneficiara. Añadió que, desde que muriera el padre del chico, Joaquín había actuado como una especie de mecenas para él, muy aficionado al arte.

Tras colgar el teléfono le narró a la inspectora los retazos de la conversación que ella no había podido escuchar. Cuando acabó Valeria movió la cabeza significativamente, como recordando algo.

—¡Ya lo tengo! Le he dado vueltas a por qué el chico me resultaba familiar en el entierro, no es solo por el parecido con su madre. Nos lo cruzamos en la galería de Julio, creo que debe trabajar para él. No me extrañaría que Joaquín lo hubiera colocado en la galería de su amigo si Fabián sirve para ello.

Marta asintió, todo lo que descubrían moría en Julio.

MARGA

Norte de España. Martes 19 de abril de 2022.

Marga Reina estaba pelando patatas aquel lunes de Pascua cuando sonó el timbre de la puerta. Torció el gesto, contrariada, no esperaba visita. Ante la insistencia del timbre, se lavó las manos y las secó rápidamente con el paño de cocina que llevaba prendido de la cintura del delantal, como siempre le había visto hacer a su madre. Se dirigió hacia la entrada del piso y observó por la mirilla mientras preguntaba quién era a la persona que esperaba al otro lado.

—Señora estamos revisando los niveles de gas, ha habido una pequeña fuga en el edificio y estamos comprobando que todo está bien y que no hay que evacuar la zona. Si es tan amable de abrirme... No la molestaré ni un minuto.

Marga observaba al joven a través del agujero de cristal mientras pronunciaba educadamente aquellas palabras. Era obvio que él sabía que lo miraba porque sonrió hacia ella como si la tuviera delante, sin que le obstara aquel impedimento cuadrado de madera contrachapada. Era un hombre alto y bien vestido con un traje de color gris. La mujer abrió la puerta confiada en que no le llevaría mucho tiempo y algo asustada por lo del escape. Sería la última vez que abriría a alguien.

9

DENUNCIA

Sevilla. Martes, 19 de abril de 2022.

Un hombre bajó de un coche negro marca BMW a las nueve de la mañana y se dirigió a paso ligero hacía la comisaría. De porte elegante, alto y canoso, su rostro, que solía expresar bondad, reflejaba ahora una sutil preocupación, no porque fuera un asunto menor, sino porque estaba acostumbrado a la contención. Su atuendo, un traje de buen corte de color negro, no delataba su profesión, sin embargo, sí lo hacía el alzacuello, así como la solemnidad que emanaban sus movimientos.

Sobre las diez y media de la mañana salió de la comisaría tras haber interpuesto una denuncia ante el mando. No era cualquiera. Y su coche se perdió en el tráfico de Sevilla.

Eduardo Falero se reunió con su jefe a las once de la mañana. Éste le pidió que cerrara la puerta y tomara asiento.

—Han denunciado un robo en el convento de San Leandro, Eduardo. No es un robo cualquiera —empezó a relatar—. Ha venido un alto cargo de la iglesia católica hace apenas unos minutos a formalizar la denuncia, su alerta es máxima, pero lo más importante es la súplica de discreción.

—De acuerdo. ¿Qué han robado?

—Un cuadro. Un cuadro cuyo autor es Francisco de Goya. Un cuadro que, según palabras textuales, “recordaría mucho a “El conjuro””.

—Pero ese es el cuadro que...

—De sobra lo sé, Falero. Sin embargo, haremos la investigación por nuestra cuenta, de forma discreta, sin levantar rumores. No trascenderá la denuncia, no trascenderá el lienzo sustraído. No trascenderá de nuestro equipo la investigación que llevemos a cabo y solo, únicamente —resaltó de nuevo el adverbio—, en el caso de que nos llevara a una detención y creyéramos que puede tener relevancia para la investigación de homicidio a la que te referías, lo pondremos en conocimiento de las inspectoras. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

El hombre asintió y, a continuación, le brindó los detalles de la denuncia, facilitándole asimismo una copia de ésta, impresa.

Cuando Eduardo supo todo lo referente al nuevo caso que se le encomendaba, salió del despacho y se reunió con el único miembro que conformaría su equipo, tal y como le habían indicado: Gonzalo Trebejo. Tras intercambiar cierta información, se dirigieron al Convento de San Leandro, situado en la Plaza de San Idelfonso, en pleno centro.

El lugar era muy conocido en Sevilla dado que las monjas que lo habitaban manufacturaban unos dulces típicos que vendían para su manutención: las yemas de San Leandro. Se trataba de una orden de clausura por lo que los policías sospechaban que no iban a poderse entrevistar con ninguna de ellas.

La belleza del sitio les sobrecogió. La iglesia estaba dotada de un retablo espectacular, vestido en dorado. La ornamentación barroca dejaba con la boca abierta a cualquier espectador. El arte que envolvía las paredes del convento era incuantificable. Allí les esperaba un hombre de mediana edad, con sotana, que se dirigió a ellos al verlos entrar.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Soy el padre Antonio.

—Inspectores Falero y Trebejo. Cuéntenos.

—Únicamente hablarán con las monjas si lo consideran completamente imprescindible. ¿Les parece? En realidad, no necesitan su declaración, porque en la historia que les tengo que contar, intervine yo, por desgracia.

—Bueno, ya veremos...

Antonio empezó a caminar por la iglesia llevándolos por pasillos blancos y desconchados, únicamente interrumpidos por puertas en sus laterales. No vieron en el lugar otro signo de vida que aquel hombre, a pesar de que ya se habían adentrado en el convento, anexo a la iglesia por la que habían accedido.

Se pararon en una de las puertas y entraron en una habitación que quería ser un despacho, austero y despoblado. Tomaron asiento en unas viejas e incómodas sillas de madera y el cura empezó su relato.

—Como ven esta iglesia es preciosa —dijo con orgullo—. Contamos aquí con piezas de gran valor, que cuidamos como el tesoro que son. Para eso necesitamos, en ocasiones, ayuda externa, restauradores que, con sus conocimientos, permiten su conservación. Además, el convento en sí también tiene obras de valor. Dada la condición de las monjas, normalmente soy yo el que hace las gestiones cuando es preciso restaurar algún cuadro o escultura. Ese fue el caso, hace un mes. Solicitamos los servicios de un pintor que es conocido en la parroquia y, en general, en nuestra comunidad. No somos unos cándidos, tras el caso de Manuel Tobaja, andamos con cuidado, pero nunca hemos tenido ningún problema y siempre usamos a los restauradores habituales. Son hombres de fe, aunque bueno, este sujeto también lo era supuestamente y mire qué ocurrió.

Eduardo asintió. Conocía el caso del reputado restaurador de arte sacro. Doctor en Historia del Arte y uno de los mayores expertos en Castillo Lastrucci, había pertenecido a un conocido taller de restauración que realizó numerosos trabajos para iglesias y hermandades. Su vinculación con muchas de las hermandades sevillanas era tal que llegó a ser vestidor^[2] de la Soledad de San Lorenzo entre otros cargos, hasta que, de la noche a la mañana empezó a acumular un sinfín de denuncias por estafa, llegando a ser denunciado incluso por el Palacio Arzobispal. Para colmo, había logrado huir a Suramérica y allí se había autoproclamado cura y ejercido como tal. El colmo del despropósito.

—Verá, aquí no entra nadie, nunca. Quiero decir al convento. Hace pocas semanas se le dio un permiso especial a una persona para que entrara. La cuestión es que había un cuadro al que ya le tocaba una “puesta a punto”. Lo normal es que lo cojan, se lo lleven al taller, y cuando acabe la restauración nos lo devuelvan, pero, en ocasiones, algunos trabajos los realizan aquí mismo. Lo planteó como un favor: su incomodidad para nuestro sosiego. Como no era la primera vez que trabajaba con él, reconozco que a ratos me ausenté y le dejé sin vigilancia. Acabó la restauración y todo había ido sobre ruedas. La pintura estaba colgada en la pared, perfecta. Así que le pagué y nos despedimos hasta la siguiente ocasión.

El hombre paró unos segundos para tomar aire. Hasta ahora no veían el robo por ninguna parte.

—Cuando ocurrió lo de Joaquín Lobato —continuó—, llegó a nuestros oídos que faltaba una obra de arte, un cuadro. La mayoría no tenía ni idea de cuál, pero las preguntas que ustedes empezaron a hacer a algunos expertos, con los cuales también nosotros tenemos relación desataron nuestras alarmas. En realidad, me he enterado tan rápido porque una de las

personas con las que contactaron estaba conmigo cuando recibió la llamada, así que no pude evitar escuchar parte de la conversación. Al preguntarle al respecto, reconstruyó las partes que me faltaban. Más que nada por mi tranquilidad, entré en una habitación adyacente a donde el restaurador había trabajado. Dicha estancia está bajo llave, aunque en el convento no puede entrar nadie externo, pero la cerradura estaba forzada. No nos habíamos dado cuenta ya que normalmente no solemos visitarla. Allí guardamos algunos cuadros que, por diversas razones que no vienen al caso, no se hallan expuestos. Examiné las pinturas almacenadas y en seguida me di cuenta de que faltaba una. Se trata de una obra nada más y nada menos que de Don Francisco de Goya, donada a este convento en vida del autor. Forma parte de su serie de pinturas negras y, permítame que les dé un breve apunte, ya que están ustedes aquí para ayudar a la Iglesia....

—Dígame.

—Un ojo poco experto o adiestrado lo podría confundir, al desconocer la existencia de este cuadro en concreto, con otro lienzo muy parecida llamada “El conjuro”, ¿entiende?

Los inspectores no dijeron nada, lo que solía producir el efecto de que el interlocutor siguiera hablando.

—Quiero decir que supongo que ustedes están buscando “El conjuro” como el desaparecido en la casa del difunto. Y siguiendo la lógica, habrán hecho gestiones para averiguar dónde estaba. Evidentemente el resultado de las mismas ha sido que el lienzo sigue colgado en el museo de siempre, por lo que habrán empezado a valorar posibilidades como la falsificación... Por eso es importante que les diga esto: estoy convencido de que la pintura que desapareció en casa de Joaquín Lobato era la que nos han robado y, por tanto, sinceramente, no se trata del cuadro que ustedes creían. Pero sí tiene

idéntico valor —terminó de hablar el padre Antonio. Ninguno de los dos policías se percató de que, cuando alguien utiliza en una frase el adverbio “sinceramente”, con bastante probabilidad, te está mintiendo.

Apenas un segundo después de que el sacerdote callara, Trebejo, cuyo ojo derecho rebotaba de impaciencia casi le gritó, sin poder contenerse:

— ¡Por el amor de Dios! ¿Nos va a decir el nombre del restaurador?

El padre Antonio dejó pasar la desafortunada expresión de Gonzalo y le contestó.

—Sí, claro. Julio González. Ese era el restaurador.

OceanofPDF.com

10

TORTURA

Norte de España. Miércoles, 20 de abril de 2022.

En la comisaría el ambiente era tranquilo. Javier Martín estaba en su despacho evacuando papeleo cuando Blanca Cabrera entró con cierta urgencia.

—Javier, ha habido una denuncia por ruidos molestos en un bloque de pisos de las afueras, han ido los de la patrulla ciudadana. No contestaba nadie así que han llamado a los vecinos y les han comentado que vivía una mujer mayor sola. Al parecer la señora tiene dos hijos, pero ninguno vive en la ciudad. Además, desde el rellano se percibía un olor muy desagradable, por lo que han abierto la puerta. Hay un cadáver.

—¿Y nos importa por qué...? —preguntó Javier. Lamentablemente ancianos que mueren solos era una escena común en aquella ciudad, así como en el resto del mundo. Poblaciones envejecidas, jóvenes que no se preocupan más que de su ombligo.

—Porque la escena es dantesca, me han dicho. Hay que ir.

Llegaron en unos veinte minutos a la dirección señalada y un oficial apostado en la entrada les cedió el paso. Accedieron por un pequeño distribuidor al salón que se encontraba absolutamente destrozado. El sofá y los sillones habían sido rajados con un cuchillo por todos sus vericuetos, la mesa y las sillas estaban tiradas por el suelo y rotas casi todas ellas. El

mueble tenía todas las puertas abiertas y su contenido se hallaba ahora en el suelo formando un revoltijo informe.

Una sola silla se encontraba intacta, en el centro de la habitación. En ella, sentado, atado por todas sus extremidades y amordazado, permanecía el cuerpo sin vida de una mujer que, según les dijeron respondía al nombre de Marga Reina, amén del testimonio de los vecinos y de la placa del buzón del portal.

La víctima estaba cubierta de sangre. El vestido empapado del líquido ya parduzco y coagulado, el suelo encharcado. Gotas redondas y alargadas pintaban de forma siniestra la pared blanca de gotelé.

Javier se acercó al cadáver y lo observó circunspecto. Aquello era una masacre. Le faltaban todas las uñas de los dedos de las manos y una oreja. Cuando preguntó por ella, alguien le mostró una bolsa de pruebas en la que habían arrojado el amasijo cuasi morado en que se había transformado lo que había sido el pabellón auditivo de la desdichada anciana, lo habían logrado recuperar a trozos, quizá ni completo. Algunas de las falanges de sus manos también habían sido cortadas. Ninguno de los dedos de los pies conservaba sus uñas. El cuerpo estaba tan morado que Javier no sabía si obedecía a la evolución de la descomposición o a algo peor. Le interrumpió en su examen el forense, que había llegado en ese momento exclamando sonoramente un exabrupto, así que el inspector se giró. Se saludaron brevemente y el hombre empezó a trabajar, mientras Martín se alejaba para inspeccionar el resto de las habitaciones junto a Blanca, que se hallaba claramente conmovida ante aquella escena.

Poco después llegó el forense y, tras un estudio preliminar sin mover el cuerpo, cortaron las cuerdas que sujetaban a la mujer. La víctima cayó en posición de decúbito prono. Le dieron la vuelta para continuar el examen.

Javier y Blanca inspeccionaron el resto de las dependencias del domicilio una por una. Un pasillo que partía de la puerta por la que habían accedido al salón, distribuía el resto de la casa. Primero entraron en la cocina. Algunas puertas de los muebles estaban descolgadas y todos los cajones estaban abiertos. No sólo los habían vaciado, sino que los botes de pasta, harina, arroz y legumbres habían sido derramados por el suelo. Hasta el frigorífico y el congelador se hallaban vacíos. El inmueble se componía, además, de un cuarto de baño completo, que habían dejado en las mismas condiciones que la cocina y los tres dormitorios. Estos estaban igualmente desvalijados. Colchones rajados, cortinas descolgadas, muebles rotos. La ropa de los armarios tirada por doquier. No había ni un solo rincón que hubieran dejado por escudriñar.

—Un robo —musitó la oficial. Javier se giró hacia ella.

—Eso parece... Pero este ensañamiento... No me parece normal. Sin embargo, a la vista del estado del domicilio hay que entender que se trata de un robo con violencia, claro. Vamos, echemos otro vistazo y larguémonos. Mañana hablaremos con el doctor, en cuanto haga la autopsia.

Javier le daba vueltas a la exhaustividad del registro que habían efectuado los asaltantes. Quizá la anciana había presumido de joyas o de dinero ante los vecinos o en cualquier comercio que soliera frecuentar. Lamentablemente, una conversación banal puede convertirse en una imprudencia si llega a oídos inadecuados. También podría ocurrir que los que habían entrado en el domicilio fueran muy puestos y, al no encontrar lo que creían que escondía la víctima, la torturaran hasta lograr un resultado mortal.

Antes de salir del edificio dieron órdenes a los agentes que por allí quedaban para que interrogaran a los vecinos del inmueble. La mujer que

los había llamado, la vecina de al lado, les comentó que llevaba un día escuchando el televisor muy alto. Cuando se fue a trabajar no le dio importancia, pero al volver, le extrañó que siguiera en el mismo tono. Se había acercado a la puerta de la señora y había llamado varias veces sin obtener respuesta. Ya entonces percibió un olor raro en el rellano que procedía del piso en cuestión. Entró al suyo y se asomó a una ventana que daba al patio de luces para llamarla a gritos. Tampoco había contestado. Pasó una noche terrible sin pegar ojo, pues el televisor seguía a todo volumen. Cuando se levantó de la cama, temiendo que le hubiera pasado algo a Marga, llamó a la policía. Ningún otro vecino pudo ampliar aquella información. Se les fue la tarde haciendo el informe y hablando con los hijos de la difunta, que, tras quedar impactados por la noticia que otros agentes les habían dado en persona, se acercaron a comisaría a última hora. Por la noche el suceso ya estaba en todas las televisiones a nivel nacional.



Norte de España. Miércoles 20 de abril de 2022.

—Hola Val —respondió Javier a la llamada—. Me pillas muy liado.

—¿Qué pasa?

—Hemos encontrado esta mañana el cadáver de una mujer. La escena del crimen parece indicar que se trata de un robo, pero a la pobre la habían torturado hasta la muerte. Mañana sabremos más, aunque pinta fatal... Tú sabes, nadie ha visto ni oído nada. La fallecida vivía sola y lo hemos

descubierto por una denuncia por ruidos molestos. A saber cuánto tiempo llevaba así.

—¡Qué horror! Supongo que es lo que sale en las noticias.

—Sí. Nos ha tocado.

—Tremendo.

—¿Cómo va vuestro caso?

—Pues no va, Javi, no va. No tenemos pistas. El lunes hablamos con los de Patrimonio Histórico, pero no nos dieron grandes esperanzas. Lo único que nos quedó claro es que ahora mismo no estaban trabajando en ningún caso similar y no les consta ningún tipo de investigación precedente sobre el tal Julio. Veremos lo que arroja la investigación patrimonial de los allegados, por ahora estamos estancadas.

—Es una mierda cuando pasa eso. Odio los casos sin resolver. Espero que no me pase con este. Ya hemos mirado si ha habido casos similares en las últimas semanas y no, es el primero. Espero que sea el último también.

—Lo malo es que Joaquín Lobato era una persona conocida y poderosa, a pesar de haber venido a menos. Su familia sigue teniendo estatus y dinero. Al hijo le va muy bien. Creo que no tardará en presionarnos exigiendo resultados y cuando eso suceda, no sé lo que le vamos a decir. Es muy complicado, no tenemos pista alguna... Y encima, la investigación del paradero del cuadro, aunque diera resultados, no van a ser inmediatos. Marta está de un humor de perros.

—Normal, a todos nos gusta resolver el caso lo antes posible, pero, por desgracia no siempre puede ser así. Tu caso es complicado, cariño: en un lugar cerrado, con disfraz, sin testigos. Es casi irresoluble.

—Si la científica hubiera encontrado algo...

—Pero no ha sido así. No pueden exigir peras al olmo. Cuando una investigación se estanca, no hay nada que podamos hacer, no somos superhéroes ni tenemos poderes paranormales. Se trata de un homicidio muy limpio.

—¿No eras tú el que decía que no hay crimen perfecto sino investigación torpe?

Javier rio por lo bajo.

—No cuando se trata de ti, preciosa.

Valeria rio abiertamente ante la parcialidad medio fingida de su pareja.

—Confío plenamente en ti y en tus capacidades. Y en las de Marta también. Es una gran policía, pero cuando no hay por donde avanzar, no se avanza. De todos modos, esperad, igual aparece un testigo de repente, o alguien da un paso en falso. No te des por vencida.

—La comisaria está a punto de delegarlo como no prioritario.

—Eso es una mierda.

—Bueno, no hablemos más de mí, ¿qué hay de ti?

—Estaba deseando que dijeras eso.

Ambos rieron cómplices de una broma privada.

—No hay mucho más de lo que te he contado. Ahora me iré a casa a descansar. Mañana veremos el informe preliminar forense y determinaremos si hay algún vestigio de los asesinos.

—Hablas en plural con mucha seguridad.

—Es que tú no has visto la escena, es brutal. Creo que al menos debieron hacerlo entre dos personas, porque una tardaría mucho.

—Si sabía que nadie iba a ir a verla, tenía todo el tiempo del mundo.

—Sí, claro, eso es cierto. Ya veremos.

Javier llegó a su casa agotado, se duchó y, tras cenar sobras, se fue directamente a dormir. Antes de llegar a su habitación, pasaba por delante de la que ocupaba su hijo, que en esos momentos se encontraba vacía, pues rara vez pernoctaba los días laborables y había estado el fin de semana anterior. Todos los divorcios son difíciles y el de Javier había empezado con una discusión, seguramente como todos. Sin embargo, las aguas se habían calmado rápidamente. Su mujer había comprendido que en realidad llevaban distanciados mucho tiempo, que habían hipotecado su vida personal por el cuidado de un niño que, evidentemente, se lo merecía todo. Entendió que no iba a dejar de tenerlo por el mero hecho de que sus padres se dieran una segunda oportunidad e hicieran sus vidas por separado. A partir de esta premisa, las cosas habían sido más fáciles. Mantenían una buena comunicación y, de referirse sólo al niño, en un principio, habían pasado a comentarse también sus devenires personales. Habían encontrado un equilibrio perfecto y envidiable.

No echaba de menos a Arancha, pero sí la comodidad de compartir con ella las tareas tediosas.

No echaba de menos a Valeria, quizá porque ésta se esforzaba mucho en mantenerse presente en su vida, aun en la distancia.



Norte de España. Miércoles 20 de abril de 2022.

Lali Ruiz le abrió la puerta al señor que venía a revisar el gas. Era un chico joven y con cara de buena gente, no creyó que hubiera nada que

temer. Se equivocaba.

—Muéstreme donde está el aparato, señora —dijo con voz serena.

—En la galería de la cocina —respondió la anciana—. Sígame, por favor.

En cuanto se giró, el hombre se abalanzó contra ella, la tiró al suelo de un empujón y se sentó a horcajadas sobre su espalda para ponerse, a continuación, unos guantes de látex. Sacó diestramente del maletín unas bridas y la maniató, luego la sentó en una silla del comedor y le ató un pie en cada pata. La mujer aún no se había repuesto del susto inicial y no era capaz de procesar qué era lo que estaba ocurriendo.

—¿Dónde está? —gritó el intruso.

—No tengo mucho dinero en casa, pero todo está en el primer cajón de la cómoda. Tampoco tengo joyas valiosas. Todo lo que poseo se encuentra en el joyero del dormitorio.

—No se haga la tonta, señora, usted sabe bien lo que he venido a buscar.

Y por la cara de horror absoluto que puso Lali, el asaltante supo que le había entendido perfectamente.

—Usted dirá —dijo—. Puede hacer esto fácil y rápido o lento y doloroso, está en sus manos.

Pero Lali ya no volvió a abrir la boca si no fue para gritar. Así que el agresor le puso cinta americana para impedir que hablara, rodeando con ella varias veces la cabeza, como había hecho con la mujer anterior, y se dispuso a registrar todo el domicilio. El proceso fue lento y exhaustivo. No encontró nada. De pura frustración, volvió al salón con furia y de un tajo, certero e imprevisto, le cortó la oreja.

—Si en algún momento está dispuesta a hablar, mueva la cabeza en sentido afirmativo. Si no, dispóngase a morir.

Empezó a hacerle cortes poco profundos por el cuerpo. Lo cierto es que no le gustaba tener que hacer eso. No creía ser mala persona, pero las circunstancias habían hablado por él y, cuando la desesperación llama a tu puerta, la cordura sale por la ventana. Se enfocó en su objetivo, sacó la rabia, el odio y el dolor de todo lo que había confluído para estar hoy allí, y así, pudo seguir con aquel juego mortal de necesidad.

Luego se entretuvo en quitarle las uñas de los dedos de los pies. Regueros de sangre corrían ya por el cuerpo de la mujer y por el suelo. Las salpicaduras le habían alcanzado, pero no le importaba. En el maletín llevaba un mono impecable que se pondría en cuanto hubiera acabado. De tanto en tanto se detenía y la miraba duramente, esperando el gesto que le había solicitado. No se produjo. Cuando, por enésima vez la miró y se dio cuenta de que se había desmayado, comprendió que todo había acabado, así que le dio un corte más profundo que los demás en el cuello, y la dejó morir.

Se puso la ropa limpia encima y se encaminó a la salida. Luego condujo el coche que había aparcado dos calles más abajo hasta la habitación del motel.

Dos ancianas y nada. Ya era mala suerte, cojones, aunque también sabía que, de haberlo encontrado a la primera, igualmente habría tenido que matarlas a todas.

11

JULIO

Sevilla. Miércoles, 20 de abril de 2022.

La pequeña unidad que formaban Eduardo Falero y Gonzalo Trebejo se reunió con su superior a primera hora del miércoles. Tenían ya las declaraciones testificales y habían redactado el atestado, pero, por las singularidades del caso, debían consensuar con las altas esferas los pasos a seguir. Esa falta de autonomía les tenía algo enfadados pero ciertas cosas nunca cambiarían. La omnipotencia del que tiene poder era una de ellas.

—Recapitulando —dijo el jefe—, todo apunta a que el autor del robo fue Julio. Fue el que tuvo la oportunidad. De las demás pesquisas que hemos realizado no ha surgido ningún otro sospechoso.

La tarde anterior la actividad de los policías había sido frenética. Para su sorpresa inicial, el convento contaba con cámaras de seguridad que cubrían todos los accesos con una minuciosidad sorprendente. No quedaba un rincón en el recinto por el que alguien pudiera colarse, que no fuera grabado las veinticuatro horas del día. Inmediatamente habían puesto todo aquel metraje a su disposición. Situaban el robo la semana antes de Semana Santa, que era cuando se habían llevado a cabo los trabajos del sujeto. Y, tras el visionado, les quedó claro que sólo una persona había tenido la oportunidad.

No obstante, habían hecho su trabajo entrevistándose con todas las personas que tenían relación externa con el convento. La lista de personas que accedían habitualmente al recinto era corta y pronto dieron con todas

ellas. De las breves conversaciones que mantuvieron con cada una de ellas no pudieron considerar que tuvieran que ampliar el espectro de sospechosos y se centraron en el pintor y restaurador.

—El problema que tenemos aquí es que no vamos a hallar la pintura en su casa, ni en su taller, pues ya se ha deshecho de ella. ¿Cómo vamos a imputarle la sustracción? Nos basamos en simples datos circunstanciales.

—De todos modos, no estaría de más hacerle una visita. Ponerlo nervioso.

—Hágalo. No lo podemos detener. No con las pruebas que tenemos. Así que ¡trabajen!

Salieron de la reunión y se dirigieron a preparar la visita a la galería del restaurador.



Sevilla. Miércoles, 20 de abril de 2022.

El mismo miércoles por la tarde los inspectores Falero y Trebejo visitaron a Julio González. Les recibió en persona nada más entrar por la puerta con una gran sonrisa que desapareció en cuanto se identificaron. Le pidieron que los acompañara a comisaría para tener una conversación tranquila. Julio no tuvo más remedio que aceptar y subió con ellos en el coche, pero, antes les pidió un momento para ir al aseo. Tiempo que empleó, realmente, en llamar a su abogado. Cuando el coche llegó a las dependencias policiales, el letrado ya estaba en la puerta. Eduardo torció el gesto. Desde luego, el interrogado estaba en su derecho a pesar de no estar

detenido y, más pronto que tarde, tendrían que haberle ofrecido esa posibilidad.

El abogado pidió el atestado y los antecedentes del caso con anterioridad al interrogatorio de su cliente. Una vez instruido se reunió con el pintor. La consecuencia fue que, una vez dentro de la sala de interrogatorios, el hombre se cerró en banda. No contestó ninguna pregunta comprometida, aunque admitió lo que era incuestionable: que había realizado los trabajos de restauración en el convento. Más allá de eso, por mucho que lo intentaron, nada obtuvieron.

Cuando terminaron, los dos policías estaban de un humor de perros. Sólo se les ocurrió una salida: llamar para tomar declaración a los empleados de la galería de Julio. Redactaron las citaciones y llamaron a una patrulla de seguridad ciudadana para que las llevara a las direcciones pertinentes. Al día siguiente, a primera hora, empezarían a interrogar empleados. De nuevo, no era una lista larga. Tan sólo tres.

OTRA MUERTA

Norte de España. Jueves, 21 de abril de 2022.

El jueves, a las once, el equipo se reunió en la sala. Blanca, Fran y Adrián esperaban al jefe para recopilar toda la información y trazar una línea de actuación. Javier apareció un minuto después, con el informe del forense en la mano.

Había pasado un año desde que Valeria dejara la unidad y no había habido ninguna nueva incorporación, tal vez porque el equipo había trabajado con bastante solvencia en todos los casos que hasta entonces le habían sido asignados. El asesinato que ahora les ocupaba era sin duda el más escabroso que habían visto desde la resolución del caso de las niñas de las trenzas, pero siendo sólo uno, el comisario había considerado que podían encargarse sin problemas.

—La autopsia preliminar —empezó Javier—, desvela que Marga Reina, de 77 años, gozaba de un estado de salud relativamente bueno teniendo en cuenta su edad. Tenía los achaques propios de cualquier persona mayor, según su historial médico. No le fue suministrado ningún fármaco. Sufrió la tortura completamente despierta. Las múltiples heridas y puñaladas que recibió derivaron en un fallo multiorgánico que le causó la muerte. Se desangró, para que nos entendamos, con todo lo que ello conlleva. Algunas cuchilladas fueron algo más profundas, afectaron a órganos importante, vitales... Lo dicho, fallo multiorgánico. —Javier paró para tomar aire—. Debió sufrir una agonía tremenda y apuesto que, los que lo hicieron, se

hallaban bajo los efectos de cualquier sustancia, porque tanto ensañamiento si no, no me lo explico. Llevaba muerta desde el martes. No solía tener muchas visitas hasta el fin de semana, que iban sus hijos a comer. Si los vecinos no hubieran dicho nada, probablemente su familia se la habría encontrado el sábado en unas condiciones de descomposición mucho más desagradables. Tuvieron la suerte de que los agresores no apagaran el televisor y la vecina se atreviera a llamarnos.

—Lo raro es el móvil —dijo Blanca—. A pesar de que en la casa estaban la televisión y algún otro aparato electrónico, enseguida supusimos que pretendían robarle. Pero esta mañana he estado con el hijo de Marga, tras haber inspeccionado la casa de la madre y no parece que hayan robado nada. Según él, la anciana no tenía joyas. Comparte con él la libreta del banco y no hay ningún movimiento extraño, así que no parece, a priori, que hubiera una gran cantidad de dinero en esa casa. Además, el bolso se hallaba intacto, con todo en su interior, hasta el monedero, que contenía apenas unos doce euros.

—¿Le has preguntado si su madre le había referido tener algún temor últimamente?

—Por supuesto y dice que no tiene ni idea. Que su madre llevaba una vida normal, que no tenía nada más que cualquier otra viuda pensionista y que, desde luego, no tenía enemigos. La hija no ha añadido nada diferente a lo dicho por su hermano.

—¿Qué hay de los vecinos? —preguntó el inspector dirigiéndose a Fran.

—Nadie vio nada, jefe. El testimonio más amplio es el de la mujer que nos llamó, pero no aporta nada que nos ayude, sólo nos detalla los motivos por los cuales dio la voz de alarma.

—¿Y de las cámaras?

—Las más próximas estaban al principio de la calle, que hay un banco. Aún estamos visionándolas, por ahora no hay nada fuera de lo habitual. Era un día laborable y había mucha gente por la calle. Poco más puedo añadir.

—¡Pues vaya mierda! —exclamó Javier.

—Aún nos quedan los análisis de la científica.

—Cierto —volvió a intervenir Adrián—, pero tardarán unos días en analizarlo todo. Por ahora los cotejos de las huellas no han dado ningún resultado esperanzador, todas son de ella o de sus hijos.

—Estamos parados antes de empezar. Increíble. —El mal humor del jefe de la unidad era palpable—. Bueno, vamos a investigar casos anteriores similares y próximos en el tiempo. A ver si podéis hablar con algún delincuente habitual de esos que por una cerveza venden a su padre. Quizá alguno ha visto u oído algo.

—De acuerdo.

—Blanca, no creas que no te he escuchado con atención —añadió Javier mientras todos se levantaban para empezar con sus tareas—, lo que ocurre es que, mientras no sepamos más, hay que barajar el móvil más verosímil, lo entiendes, ¿no?

—Por supuesto, tan solo divagaba... Pensaba que tal vez en este caso nos encontremos con la maldad a secas, sin excusas. El daño por puro placer, sin ningún otro motivo.

A todos les entró un escalofrío por las palabras de la chica y, sin decir nada, se dirigieron a sus mesas de trabajo.

Javier se hallaba redactando un atestado ampliatorio con las declaraciones vecinales cuando el comisario llamó a su puerta. Piedrahita

entró sin esperar a que Javier le invitara y se sentó frente a él. Su gesto serio denotaba malas noticias.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado el comisario Candanedo ahora mismo, ayer mataron a una mujer en su distrito.

—¿A una señora mayor?

—Eso es. Le han saltado las alarmas y me ha llamado. Las circunstancias son muy similares. La encontraron maniatada y amordazada en una silla. Había sido torturada. *In situ* el forense aseguró que la causa probable de la muerte era la disección de la yugular. Tenía un corte bastante profundo en el cuello. Todo el piso había sido registrado, el desorden era evidente. Todavía no saben si falta algo de valor, aunque el monedero de la mujer, con unas pocas monedas y todas sus tarjetas de crédito, se encontraba en el recibidor, intacto. Su nombre era Lali Ruiz. Tenía tres hijos que están siendo entrevistados en este momento. Al parecer los tres vivían en el mismo barrio que la madre y la visitaban con frecuencia. Me temo que tenemos a un asesino recurrente con un perfil de víctimas muy claro. Ya no tienes entre manos un crimen aislado difícilmente resoluble, tienes dos. Y tienes que resolverlos. No hay más que hablar. Ponte en contacto con Castaño, coordinaos y a trabajar. No quiero más muertas, ¿estamos? —Hizo esta última pregunta retórica elevando la voz. Javier Martín contestó en el mismo tono.

—Estamos. —Y, mientras Piedrahita salía por la puerta, el inspector llamó a su compañera.

Tras la conversación con Castaño, que no había podido resistir la tentación de saludarle diciendo “Con que me quitas otro caso, ¿eh?”, reunió a los chicos de nuevo y los puso al corriente de la situación. Los policías del

equipo reaccionaron con horror, no podían creer que hubiera un segundo cadáver tan pronto.

Después, imprimió el archivo que le había mandado Castaño con el atestado y el poco material que tenían hasta el momento, gráfico fundamentalmente, para empezar a estudiarlo. Las escenas del crimen eran muy similares, hasta el punto de que, si no hubiera sido por las distintas solerías, podría haberse pensado que se habían tomado en un único lugar. Enseguida se dio cuenta de que era mucho mejor verlo con sus propios ojos, así que volvió a llamar a Castaño y le pidió visitar la escena. Ella accedió y quedaron en la puerta del edificio en treinta minutos.

A última hora de la tarde, Blanca llamó a su puerta.

—Dime.

—Poca cosa Javier, muy poca cosa. Las cámaras han grabado a muchísima gente, una aguja en un pajar. Fran se acaba de ir a la calle, a hablar con los habituales, a ver si alguien sabe algo. Yo he llamado a la prisión para saber de qué pie cojean los reclusos puestos en libertad últimamente. A un par de meses vista, no hay nadie que *a priori* nos encaje.

El hombre asintió.

—Otra cosa que tienes que saber es que los periódicos digitales ya han puesto la noticia en portada. No tardará en saltar a los informativos de televisión.

—Eso ya lo sabíamos. ¿Qué dicen?

—Por ahora que hay una banda que roba a ancianas que viven solas, que desvalijan el piso y las matan. Hacen bastante hincapié en la muerte violenta... Y...

—¿Qué? Blanca, suéltalo ya.

—Pues que te mencionan. Algunos casi han hecho un monográfico de ti, recordando el caso de las trenzas.

Javier Martín se llevó las manos a la cabeza y se tapó la cara en un claro gesto de vergüenza. No le gustaba ser un personaje público pero el caso que habían llevado un año antes había tenido un gran seguimiento en los medios.

—Era previsible —concluyó—. En fin, a ver si ahora logramos darle carpetazo al asunto antes de que suscite el interés de toda la prensa mundial. ¿Una banda?

—Eh... Sí.

—Anda, vete y pregúntale a ese novio tuyo de dónde han sacado tal información.

Blanca salió del despacho de su jefe dispuesta a recoger e irse. Hacía unos meses que había conocido a un chico y pasaba todo el tiempo posible con él. Hasta ahora le había sido fácil compaginarlo con el trabajo, sin embargo, preveía que el caso que se avecinaba iba a exigir un sacrificio extra que, sin duda, pondría a prueba su relación.

Llegó al apartamento del chico y llamó al telefonillo. Guillermo abrió y la esperó en su rellano. En cuanto la vio le preguntó:

—¿Pizza?

—Obvio, ¿es que sabes cocinar otra cosa?

Ambos rieron y se fundieron en un abrazo y un beso juguetón. Entraron y se sentaron en el sofá, uno encima del otro, acariciándose despacio, descansando las horas de trabajo.

—Guillermo —atacó Blanca al periodista—, ¿por qué decís que se trata de una banda?

El chico se rascó la sien con la mano derecha e hizo un ademán de restar importancia.

—Por nada en realidad. El *modus operandi* lo recuerda. Nuestros informantes hablan de mucho desorden en ambos domicilios, de tortura... Lo lógico es pensar que son varios, ¿no?

—Sí... No... La verdad es que no tenemos ni idea, Guille...

—Tranquila, cielo, puedes apostar que eso no saldrá publicado en ningún periódico.

Ambos rieron brevemente y desarrollaron nuevos temas de conversación, acompañados de otros tantos arrumacos.



Norte de España. Jueves, 21 de abril de 2022.

La mujer dejó la cerveza que estaba bebiendo encima de la mesa de centro. Se encontraba sentada en el sofá de una sala de estar de forma rectangular con la televisión encendida. En realidad, estaba demasiado enfrascada en sus pensamientos como para atender al argumento de la película que emitían; sin embargo, el sonido del aparato la relajaba. Los niños dormían ya y estaba sola con sus recuerdos. Y sus temores.

Cogió el teléfono móvil que descansaba en uno de los brazos del asiento, el más próximo a ella y marcó un número. Tras varios tonos le contestó una voz femenina.

—Hola.

—Hola —contestó su interlocutora—, ¿cómo estás?

—Estoy, que no es poco. ¿Y tú?

—No lo sé... Tú crees que...

—No. ¡Qué tontería! Pues claro que no lo creo.

—¿Qué sabes de *la rebelde*?

—Sabes de sobra que no sé nada, que no podemos saber nada. De hecho, esta llamada no debería producirse.

—Creo que estamos en un caso de fuerza mayor.

—¿Le has dicho algo a la policía?

—No, claro que no.

—Yo tampoco.

Hubo una pausa de unos segundos en la que las mujeres se midieron. Sus palabras, sus silencios.

—¿Crees que merece la pena callar? —preguntó al fin una de ellas.

—Claro. Es lo que tenemos que hacer.

—Lo sé. Bueno, pues, te dejo, es tarde. Perdona por las horas. Buenas noches.

—Buenas noches. Estaremos bien.

—¿De veras lo crees?

—Sí. Lo creo. Nuestras hijas son muy pequeñas aún.

—Ya.

La mujer que había hablado por última vez colgó.

Terminó de un trago la cerveza y decidió concentrarse en la película hasta que, del enorme esfuerzo, se quedó dormida.

La otra, que estaba trabajando todavía, siguió tecleando el ordenador, con furia, nerviosa, asustada. No sabía si creer en sus propias palabras. Había dicho lo que tenía que decir. Pero ¿creerlo? Eso era harina de otro costal.

Apagó el ordenador. La conversación la había descentrado por completo. Sería mejor que se fuera a dormir.

Se tumbó junto a su marido, que hacía ya rato que roncaba ajeno a todo porque no sabía nada.

OceanofPDF.com

13

TESTIGO

Sevilla. Jueves, 21 de abril de 2022.

Eduardo y su compañero, Gonzalo, esperaban a que dieran las diez de la mañana, momento en el que estaba citada la primera de los trabajadores de la galería. Eran tres contando con el propio Julio, así que acabarían pronto. Empezaron por Rosario, una mujer de unos cincuenta años, bajita y con sobrepeso. Tenía el pelo corto y gafas de pasta. Venía hecha un flan, pero los inspectores estaban acostumbrados a los nervios que presentaban aquellos con los que hablaban en su rutina laboral. Creían saber distinguir cuándo se trataba de miedo a ser descubierto y cuando, simplemente, era temor reverencial.

La invitaron a sentarse y le ofrecieron un café que ella rechazó.

—¿Quiere mejor una infusión? —preguntó Eduardo, amable.

—Gracias, sí.

El hombre salió a por la infusión y no tardó más de cinco minutos en estar de vuelta.

—Verá —empezó—, trabaja usted en la galería propiedad de Julio González, ¿no es así?

—Sí, limpio la galería. Voy dos veces en semana, siempre cuando está cerrado. Voy los lunes antes de que abran, de ocho a diez de la mañana. Y los miércoles. En ocasiones, si ha habido una presentación o una

exposición, voy también el sábado. Incluso el domingo, para adecentar aquello. No se hace una idea de lo *malaje* que es la gente...

Rosario se sonrojó ante aquel último comentario, que se le había escapado sin querer. Gonzalo le sonrió y asintió.

—Créame, señora, nos hacemos la idea.

—Creemos que la semana anterior a la Semana Santa tuvo allí un cuadro. Probablemente no estuviera expuesto, sino en su despacho —continuó Eduardo.

—Limpio su despacho también.

—Perfecto, pues le voy a enseñar una foto. Disculpe —añadió mostrándole la foto de la galería de su teléfono móvil—, no tiene muy buena calidad.

La mujer negó con la cabeza.

—Nos sería de gran ayuda si lo recordara. Mírelo bien y piense un poco.

—No, no. No recuerdo nada similar —contestó la empleada—. Siento mucho no serles de ayuda, pero yo voy a lo mío, no me fijo mucho en los cuadros, aunque, como siempre son los mismos, cuando hay alguna novedad me suelo dar cuenta. Este no lo he visto nunca. Lo siento.

—Entonces, ¿nunca está usted presente cuando hay clientes en la tienda?

—No, señor.

—¿No ha presenciado ninguna compra mientras estaba allí?

—No. Yo voy cuando está vacío. Limpio y me voy. Tengo mi propio juego de llaves. Si me pregunta, prácticamente no veo ni al jefe. A veces me lo cruzo cuando salgo, si ese día llega temprano. La nómina me la ingresa en el banco. Me tiene asegurada. Todo es legal, de verdad.

—La creo, la creo. ¿Y no se fija en los cuadros ni sabe quién los compra?

—No, ¿para qué? Yo no puedo comprarlos, dudo mucho que los de mi entorno se gastaran las perras en eso. No, no me fijo. Aunque sí le digo que en el despacho del jefe y en un pequeño almacén hay más obras que no están expuestas. Suelen estar embaladas o enrolladas y yo no tengo tiempo para ir curioseando.

—¿Y qué clase de gente va a la galería?

—No lo sé, señor. Ya le he dicho que mientras está abierta al público yo nunca estoy por ahí.

—¿No la invitan a las inauguraciones?

—¿A mí? —Rosario soltó una sonora y sincera carcajada demostrando que aquella posibilidad planteada por el policía le parecía ridícula—. No hombre, no, ¿qué pinto yo allí? Yo solo limpio, lo siento, pero creo que no le voy a ser de gran ayuda.

—Está bien, no se preocupe.

Eduardo se dio cuenta de que por mucho que repitiera las mismas preguntas las respuestas iban a ser las mismas, así que le preguntó la opinión que tenía de su jefe y si alguna vez había tenido algún problema con él. La dejó ir advirtiéndole que la volverían a llamar si la necesitaban.

Rosario se fue, aún algo temerosa, y dejó a los hombres solos en la sala. Apenas hizo falta un breve intercambio de impresiones para constatar que ambos opinaban lo mismo: la mujer no sabía nada, ese camino estaba cortado. Por suerte, aún les quedaba otra carta que jugar.

A las once de la mañana apareció en la comisaría Fabián, pintor y ayudante personal del dueño de la galería. Se trataba de una especie de

protegido de Julio, que no sólo le ayudaba con la gestión del lugar y la atención al público, sino que, además, producía obras que luego se vendían bien. El chico tenía madera y con los años seguramente llegaría a estar cotizado.

Visiblemente nervioso y con cara triste y ojerosa se sentó ante ellos. Le ofrecieron algo de beber y pidió una botella de agua.

—Díganos, ¿desde cuándo trabaja para Julio?

—Pues hace unos tres años o así.

—¿Qué hace allí?

—Atiendo a los clientes, cierro algunas ventas, le ayudo con la gestión, con las exposiciones... Y pinto.

—¿Qué es lo que pinta?

—Fundamentalmente realismo. Arte sacro. Es la especialidad de la galería y en Sevilla tiene salida.

—¿Ha expuesto usted en alguna ocasión?

—No exactamente. Julio me da tiempo para pintar y lo que le gusta lo intenta vender, claro, a través de su negocio. Yo tengo plena libertad, casi nunca me han encargado una obra. Si vende algo mío me da un porcentaje, además del sueldo. Pero nunca he hecho una colección para exponer, no. Todavía no —susurró finalmente.

—¿También le ayuda usted con las restauraciones?

—No, ¡qué va! De eso se encarga él únicamente.

—¿Tiene usted acceso a toda la galería?

—Sí, claro.

—Describámela.

—¿Cómo? Pues tiene una puerta de cristal...

—No. Me refiero a cómo es por dentro, cuantas habitaciones tiene... Esas cosas.

—Ehhh... Bueno, está la tienda, que es la parte abierta al público, que es una sala amplia y con mucha luz, quizá de unos doscientos cincuenta metros. Luego hay otra sala de similar tamaño e iluminación, que es la sala de exposiciones. También está el despacho de Julio y un baño. Una habitación que usamos para pintar, ¡ah! Y una más pequeña que nos hace las veces de almacén. Allí acumulamos tanto material como cuadros que, por lo que sea, no se han vendido.

—Y, ¿entra usted en el despacho de su jefe con libertad?

—Sí.

—¿Tiene acceso a todo lo que hay en la oficina de su jefe?

—Bueno... Casi todos los armarios tienen llave. Para las cosas de mayor valor o el dinero hay una caja fuerte y sólo él conoce la contraseña. Vamos a ver, no entro cada día, no es mi despacho y no se me ha perdido nada ahí, pero, si quisiera entrar, entraría. Sólo cierra con llave la puerta cuando se va.

—Y, ¿qué pasa si necesita entrar para coger alguna cosa y él no ha llegado?

—Pues no lo sé señor, eso nunca ha pasado.

—Vale. Entiendo que conoce bien la galería.

—Sí, señor.

—Y las obras que alberga.

—Como la palma de mi mano. Es mi trabajo.

—Entonces, dígame —atacó Eduardo acercándole el teléfono móvil—, ¿ha visto este cuadro allí?

El chico lo miró por unos segundos.

—No, señor, no lo he visto.

A Gonzalo no le pasó desapercibido que había empezado a temblarle la pierna derecha.

—¿Está completamente seguro? Tómese su tiempo. Creo que esa pintura se aleja mucho de lo que suelen exponer, por lo cual, si hubiera estado allí le habría llamado la atención, ¿no?

—Ehhh sí, sí. Pero no, no la he visto.

—¿Sabe usted que el falso testimonio está penado hasta con dos años de prisión? No creo que valga la pena encubrir a su jefe —. Lo que Gonzalo no dijo es que el artículo del Código Penal se refería al falso testimonio en el juicio oral. La cara de Fabián se contrajo en una mueca de temor, aunque no dijo nada, sólo negaba con la cabeza. Gonzalo siguió apretándole contra las cuerdas.

—Pero eso es poco si lo comparamos con lo que le podría caer por complicidad. Vamos a ver... —Simuló dudar unos segundos, como si no recordara—. El robo serían como mínimo cinco años, ya que contamos con el agravante del 235.1.1º del Código Penal... Y el homicidio ¡qué digo homicidio! ¡Se dan varias condiciones para considerarlo un asesinato!

—¿Asesinato? ¿De qué habla?

—Del de Joaquín Lobato, claro.

—Yo... yo... yo... —titubeó desesperado el joven—, ¡yo no he matado a nadie, ni he robado, ni nada de eso!

—Pero has visto el cuadro en poder de tu jefe.

—¡No!

—Está bien, está bien, Fabián, veo que no quieres colaborar. Creo que le voy a hacer una llamada al juez, te mantendremos aquí setenta y dos horas y luego él te mandará a prisión por todos esos delitos que te he comentado.

Los hombres salieron de la sala. Estaban jugando fuerte. Si el chico insistía de nuevo en que no había visto nada, le dejarían en paz.

Entraron cinco minutos más tarde, con caras circunspectas y se volvieron a sentar frente a él. No les dio tiempo a abrir la boca.

—Vale, la vi —se rindió Fabian—. La vi en su despacho, el... el sábado de pasión. Abrimos la galería todos los sábados y entré en su despacho porque había un cuadro por el que se estaban interesando, pero no tenía el precio en el catálogo. Vi que enrollaba un lienzo pequeño, no mucho mayor que un folio, aunque más cuadrado. Se enfadó porque no había llamado a la puerta y es verdad que suelo hacerlo. Tampoco creí que fuera necesario, no sé... Se dio prisa en meterlo en el tubo de cartón, pero me habían bastado unos pocos segundos para fijar la imagen, ya que no era nada parecido a lo que tenemos por aquí. Pensé que ya me lo contaría. Lo cierto es que no lo ha hecho. ¿Es el cuadro que le robaron a Joaquín?

Fabián estaba al borde del llanto, hablaba lenta y trabajosamente, haciendo un esfuerzo por mantener la entereza.

—Sí, muchacho, probablemente lo es. Te agradecemos mucho tu colaboración, vamos a ponerlo por escrito y firmarás la declaración. Has ayudado a esclarecer un caso muy importante y quizá también estén más cerca de dar con el asesino de Lobato.

—Yo no he hecho nada malo, tienen que creerme. Manuel es como un hermano y su padre siempre se portó muy bien conmigo, me consiguió el

trabajo en la galería. Tenía miedo, tenía miedo de que consideraran que yo tenía algo que ver con eso.

—No, no te preocupes. Tu testimonio es fundamental, pero sabemos perfectamente que tú no robaste nada, porque tenemos las grabaciones que sitúan a Julio en el lugar. A él solo.

El muchacho suspiró. Luego un par de lágrimas cayeron por su rostro.

OceanofPDF.com

14

JOYAS

Norte de España. Viernes, 22 de abril de 2022.

El viernes a primera hora el equipo de Javier Martín se volvió a reunir, en esta ocasión con una invitada inesperada para el resto, la inspectora Mónica Castaño. Aunque el caso era de Javier, este la había invitado a asistir y la policía le estaba agradecida. Desde que volviera de su baja maternal y se viera obligada a renunciar al caso de las trenzas no había llevado ningún caso realmente enigmático y le apetecía medirse. Sin embargo, las órdenes eran asistir a aquella reunión y únicamente seguir colaborando con el equipo del inspector en el caso de que este se lo pidiera. Cuando estuvieron todos sentados, Javier le cedió la palabra.

—Lali Ruiz, de 74 años murió el miércoles día veinte sobre las cinco de la tarde. La encontraron ese mismo día, sobre las diez. A los pocos minutos recibimos la llamada al 112. Sus hijos viven relativamente cerca y van a verla con frecuencia, pero, como el lunes había estado visitándola su hija, no volvieron hasta el día de su muerte. Ese día fue el hijo mayor el que se acercó a la casa de la madre y, como esta no le abría entró con sus propias llaves. Le parecía muy improbable que no estuviera en casa y temió que se hubiera caído y llevara horas sin poder avisar a nadie. Se encontró con una escena de horror que le costaría olvidar.

—¿Qué han declarado?

—Pues el más afectado, lógicamente, era el que había encontrado el cadáver. Todo el tiempo decía: “Creía que se había roto una puta cadera

¿cómo iba yo a imaginarme...?” Y cosas por el estilo. Los otros dos hermanos no aportaron nada de interés. La hija la había visitado un par de días antes, como os he dicho, y la madre se encontraba perfectamente. En cuanto al poder económico de la señora era el mismo que tenía vuestra víctima, quiero decir, el justo para ir tirando gracias a haber pagado la casa en los anteriores cuarenta años y no deber nada al banco. Es más, el pequeño de los hermanos sufre ciertos apuros económicos y la madre le ayudaba todo lo que podía. Eso quiere decir que en el banco no tenía ni un duro.

Mónica calló un minuto y tomó aire para continuar con su pequeña exposición.

—Lo curioso es que coincide el perfil de la víctima y el escenario, quiero decir, casa revuelta y demás. Eso lo vemos muy a menudo en este tipo de delincuencia. Lo más relevante es que la ejecución de la tortura es prácticamente idéntica en ambos casos. Me atrevería a decir, nos lo asegurará el forense, que hasta fue perpetrada en el mismo orden: la oreja, arrancarles las uñas, los cortes en todo el cuerpo... Creo que la única diferencia es el tajo en la yugular. Puede que lo hicieran porque aún no había muerto y de repente tuvieron prisa por irse.

—¿Crees que alguien llamó al timbre o que creyeron que podían verse sorprendidos?

—Es una posibilidad. Quizá solo fue que ya habían reventado toda la casa y de repente les aburrió aquel juego.

—Hablas en plural.

—Suele ser cosa de varios, un par mínimo. Ya sabes, el que vigila, el que se mueve... Sólo nos basamos en la experiencia porque, en nuestro caso,

tampoco ningún vecino recuerda haber visto a nadie que le llamara la atención. Ni tampoco oyeron mucho estruendo.

—Pero tuvieron que hacerlo —dijo Fran.

—Sí, algo de ruido sin duda hicieron, aunque lo supieron camuflar bien de manera que a nadie le llamó la atención... La televisión alta...

—Como en el caso de Marga —apuntó Fran. Los demás asintieron.

—No podemos ir reventando todas las puertas de las mujeres que vivan solas porque tengan la televisión alta... —comentó Adrián para restarle algo de dramatismo al asunto. Apenas logró arrancar una sonrisa de sus compañeros.

—Se ha desatado ya la alarma social —indicó Blanca.

—Era de esperar, ¿no?

—Supongo. Es un asunto difícil, muy pocas pistas que seguir. Dependemos mucho de lo que encuentre la científica.

—En CSI siempre dan con el culpable.

Esta vez sí que rieron para disipar la tensión.

—¿Forense?

—Lo recibiremos en breve. Por ahora nos ha adelantado que no ha detectado drogas en el cuerpo y que el motivo de la muerte fue el corte en la yugular.

—Fran, ¿tú tienes algo?

—Nada. Nadie sabe nada, por ahora.

—Pues vamos a interrogar a los hijos por si tuvieran algo que decir, busquemos cámaras... Y esperemos que aparezca un testigo, o bien, que se encuentre algún rastro en la escena del crimen. Es increíble que no haya

huellas en ninguno de los dos escenarios. Eso no casa con un crimen desorganizado, tuvieron que usar guantes o limpiar luego. Con tanta sangre me parece casi un milagro. ¡Ni siquiera una huella parcial de un zapato! Es increíble.

—En mi escena sucedió algo que lo explicaría. Había un cubo y una fregona en la puerta con agua y sangre. Parte del salón que estaba sospechosamente limpio. Está claro que borraron las huellas. Que las hubo, pero las hicieron desaparecer.

—Joder.

—No lo habría expresado mejor.

—Bueno, chicos, a trabajar. Yo voy a coordinarme con seguridad ciudadana, vamos a incrementar la vigilancia y también vamos a convocar una rueda de prensa para advertir a la población. —Con estas palabras de Javier Martín, todos se levantaron de sus asientos y se dirigieron a sus mesas de trabajo. Estaban animados, aunque tenían poca cosa con la que dar caza a los culpables de aquellos extraños robos y sangrientos asesinatos.

A media tarde Javier se entrevistó con la hija de Lali, la condujo a una de las salas de interrogatorios y le ofreció un café. La mujer, morena y robusta, vestida rigurosamente de negro, lo aceptó. Tenía los ojos vidriosos y sostenía el vaso de papel con un temblor propio de alguien que está nervioso.

—La acompaño en el sentimiento, Lía.

—Muchas gracias. Ha sido un golpe muy duro, mis hermanos y yo no acabamos de creerlo.

—Lo entiendo, cuando pasan este tipo de desgracias cuesta asimilarlo, pero lo hará, con el tiempo, ya lo verá.

—Supongo que sí.

—Dígame, ¿le había comentado su madre si había visto últimamente gente desconocida por los alrededores, si alguien la había seguido...?

—No, no, en absoluto. Mi madre era viuda desde hace ya unos años. Vivía sola porque físicamente estaba perfecta, era una mujer abierta y divertida, tenía muchas amigas. Solía ir a tomar café casi cada tarde con alguna, paseaba con otras por las mañanas, le gustaba el teatro... Nunca se aburría.

Tomó un sorbo de café y continuó.

—Nos ayudaba con los niños, claro. Solíamos ir a verla casi cada día. Desde que enviudó, yo diría que no ha pasado un solo día sin que no viera a alguno de sus hijos. No era porque tuviera miedos o porque estuviera muy triste o no superara la soledad. Era porque en mi familia somos así, una piña. Estamos todos muy unidos. Mi relación con ella era maravillosa, no se imagina cuánto la voy a echar de menos.

—Créame, lo sé. Yo también estoy muy unido a mis padres y a mi hermano. No puedo concebir que algún día falten, pero sé que ocurrirá. Si sigue el orden natural de las cosas.

—Su profesión es peligrosa.

—Sin duda. Dígame, entonces, ¿no había notado nada raro?

—Nada que me comentara, ni a mis hermanos, porque me lo habrían dicho. Sería ese tipo de cosas que habríamos discutido en familia.

—Entiendo. Imagino que no habría recibido amenazas, ni tendría enemigos...

—Para nada. También es la clase de cosas que me habría dicho.

—Vale. Pues sólo me queda preguntarle si han echado en falta algo de la casa.

—En realidad sí —mintió por primera vez la mujer, y cuando lo hizo trató de mostrarse serena, pero le tembló la voz—. Hemos notado que faltan algunas joyas, no de demasiado valor, ni estaban aseguradas. Ya sabe, las típicas esclavas de oro, medallas, los anillos de casados... Todo eso no está. Y mi madre solía guardar bastante dinero en efectivo. Bastante para lo que es una persona normal, pero le gustaba estar prevenida para imprevistos. Lo ponía en la parte de abajo del joyero que hay en su dormitorio. El dinero no está.

Javier acabó de tomarle declaración y la despidió. No quería robarle más tiempo y había obtenido un dato crucial: por fin el móvil del robo empezaba a cobrar sentido. Atribuyendo el nerviosismo de la mujer a su estado de ansiedad, no le dio más vueltas y fue a comentar con sus compañeros la declaración. No podía saber que Lali Ruiz no tenía ninguna joya de oro en su casa, que los anillos de matrimonio eran los mismos que lucían ahora su hija y su marido y que el de ella, al menos, había estado delante de sus narices durante la declaración. Que nunca había habido dinero en aquel joyero rectangular, de color negro y estampado con flores que recordaba vagamente haber visto en el dormitorio. Le cuadraron los datos con lo que no habían encontrado durante el registro. Y no se planteó en ningún momento que aquello podía esconder algo más.

15

DETENCIÓN

Sevilla. Viernes, 22 de abril de 2022.

El viernes, a primera hora, el equipo formado por los inspectores Falero y Trebejo acudieron a la casa de Julio con la esperanza de que se hallara en la misma. Dado que era así, procedieron a su detención y breve registro del domicilio familiar y de su lugar de trabajo, en coordinación con el juzgado de instrucción de guardia, cuyo juez había accedido a regañadientes, pues consideraba que no iban a encontrar indicio alguno, como así fue.

Trasladaron al hombre a dependencias policiales en espera de su declaración judicial y se fueron a comisaría a terminar los informes sobre las entradas realizadas y la detención. Quedaron con el juez en tenerlo todo listo al día siguiente y ponerlo así a su disposición para que decidiera sobre su situación personal.

Mientras dicha escena se producía, Valeria iba subida en un tren. El sol iluminaba el interior del vagón mientras ella miraba por la ventana con un libro en las manos que empezaría a leer poco después. Quería recordar aquel calor reconfortante que le daba en la cara, quería disfrutar de ese momento etéreo, ser consciente de cada uno de los minutos que le acercaban a su destino. Porque su destino no era un lugar, sino una persona.

Cerró el libro y se dispuso a beberse la ilusión que irradiaba, a nutrirse del olor de la anticipación, a no perderse un detalle de cada segundo que el tren avanzaba. Envolverse en la felicidad que le causaba la anticipación de estar acercándose al resto de su vida.



Norte de España. Viernes, 22 de abril de 2022.

Javier Martín aparcó el coche en el parking que tenía alquilado y subió por el ascensor interno al lugar en el que vivía desde que se divorció de Arancha. Se trataba de un piso y no una casa, por lo que era menos espacioso que su anterior domicilio, pero estaba más céntrico y tardaba mucho menos en llegar a la comisaría, que se encontraba a unas pocas calles de distancia. Se componía de dos dormitorios, uno de ellos ocupado de forma ocasional por su hijo, un salón-comedor, cocina, baño y aseo. Los muebles, de una conocida cadena extranjera, eran sobrios y escasos. Sus colores claros daban tranquilidad y una espaciosidad ficticia al hogar.

Abrió la puerta y vio que había luz en el comedor. Sonrió al instante y entró en la estancia.

Valeria se levantó del sofá en el que se había sentado y se tiró sobre Javier, lo abrazó y lo besó con furia. Siguiendo con el ritual que mantenían en cada viaje, no se dijeron ni una sola palabra, únicamente actuaron. Se llevaron el uno al otro al dormitorio y se tumbaron en la comodidad de la cama mientras se desnudaban mutuamente, besándose, tocándose, acariciándose.

Más tarde, ya saciados, se dispusieron a cenar. Pusieron la mesa y se sirvieron una copa de vino dispuestos a disfrutar de la velada.

—Has llegado tarde, ¿no?

—Si hubiera sabido que estabas aquí habría venido hace cinco horas —sonrió con picardía. Valeria también sonrió, cualquier cosa que él dijera la hacía reír, un atisbo sólo de su persona, ya lograba estremecerla. Había pasado un año desde que iniciaron aquella relación tortuosa pero sus sentimientos habían crecido y se sentía aún más enamorada que al principio. La solidificación de aquella primera ilusión había creado cimientos fuertes, aunque también la distancia generaba dudas y ansiedad. Últimamente había sentido cierta dejadez por parte de él y necesitaba aquel viaje para calmar su intranquilidad. Sólo en sus brazos encontraba sosiego, sólo en sus brazos encontraba la ceguera que le permitía acceder a la felicidad en términos absolutos.

—Ha sido un día estresante, mucho trabajo para nada, en realidad. Nada concreto.

—Los robos...

—Sí. Hasta determinar el móvil ha sido complicado, no estaba claro. Por fin parece que a una de las víctimas le faltaban cosas de valor, así que volvemos a lo más evidente, vistas las escenas de los crímenes. Las mujeres habían sido torturadas, sí, pero se ha descartado por el forense ningún tipo de abuso en ambos cadáveres, por lo que vamos a seguir por la primera hipótesis. Los cabrones han tenido una suerte increíble, no han dejado ni un solo vestigio, ni huellas a pesar de la sangre. Nada. Así que estamos vigilando e investigando delincuentes habituales, bandas callejeras... Tú sabes, dando palos de ciego. Hasta que haya otro cadáver y todo parece indicar que lo habrá.

—¡Pues estamos buenos!

—¿Qué hay de lo vuestro?

—Poca cosa, cariño. El caso ya no está caliente, hemos empezado a trabajar en otros asuntos también —contestó Valeria, que ignoraba que pocas horas antes se había producido la detención del pintor.

—Pues habrá que esperar. ¿Qué dice Marta?

—Ya la conoces, es una mujer pragmática, al principio le fastidió, pero ahora se ha centrado en las otras cuestiones.

—Pues vamos a centrarnos en otras cuestiones nosotros también —dijo él abrazándola por la espalda y besándole el cuello—. ¿Vemos una peli?

—¿Sofá y besos furtivos? No se me ocurre un plan mejor —contestó Valeria con voz melosa y se levantó para dirigirse al sofá. Allí, entrelazados, iniciaron la ardua negociación para decidir la película que pondrían en la televisión con la intención de no hacerle el menor caso.



Sevilla. Sábado, 23 de abril de 2022.

Julio declaró el sábado a las diez de la mañana, asistido por su abogado, el cual le recomendó que no se pronunciara hasta que no estudiara bien el caso y todas las pruebas que tenían en su contra. El procedimiento penal permite al investigado solicitar cuantas declaraciones quiera, así que habría tiempo para declarar en otra ocasión lo que les conviniera, por lo que en media hora habían acabado.

Lo que Julio no esperaba era que se hiciera una comparecencia de prisión y menos el resultado de la misma. El juez había considerado todos los factores en un auto larguísimo y muy motivado y había decidido

mantener a Julio encerrado. El valor de la obra sustraída, el hecho de que ésta no hubiera aparecido, el peligro de fuga, la posibilidad de destrucción de pruebas, el agravante no legal de no haber declarado y la posible implicación en un asunto tan turbio como un homicidio en el que, como mínimo, estaba implicada la obra objeto de sustracción, hicieron un coctel peligroso que llevó de bruces al detenido a la prisión de Sevilla 1, debido a la alta fianza que se impuso para poder salir y que, con suerte, tardaría días en reunir.

Julio estaba destrozado, nunca pensó que las cosas acabarían así. Era consciente de que había realizado un acto incorrecto, pero, toda su vida se había movido por la fina línea que separa lo legal de lo turbio y nunca se había sentido ni mínimamente amenazado. Se había creído protegido y había buscado el cuadro, cuya ubicación en la capital hispalense era lo poco que sabían del mismo. El libro, el maldito libro que tenía obsesionado a Joaquín. Él, como amigo, le había insistido en que eran paparruchas. Lobato no le había querido escuchar y le había ofrecido una cantidad indecente si lo encontraba. Julio no había confiado en ello, y, de repente, casi sin querer, lo vio en aquel convento. Estaba casi seguro de que la iglesia no tenía inventariadas aquellas obras, pues, de lo contrario, no habrían tenido un cuadro, nada más y nada menos que de un genio como Goya, en un almacén de mala muerte, sin que le diera la luz del sol en décadas, quizá en siglos. Al parecer se había equivocado.

Vio la pintura y la promesa de dinero fácil lo cegó. Tanto dinero a cambio de nada, de una sustracción que pasaría desapercibida... Aquellas monjitas no tenían ni idea de los tesoros que guardaban sus paredes, eso pensó. Pero sí, sí lo sabían. Alguien lo había sabido y ahora estaba allí.

Le ofrecieron hacer una llamada en cuanto se completó el registro. Su familia estaba al tanto de su paradero y su abogado les daba puntuales

noticias acerca de su estado anímico y de salud, así como procesal. Igual tenía que despedir a aquél imbécil cuyos consejos de no declarar le habían llevado directamente a prisión. Lo que él realmente quería era llamar a Manuel, aunque no se atrevía. Cogió el teléfono lentamente y lo pensó unos segundos más. Hasta que le dio miedo que aquella fuera su última oportunidad y marcó veloz.

—¿Diga? —preguntó Manuel cogiendo aquel número desconocido.

—Manuel, soy Julio. No cuelgues por favor.

—Pero ¿cómo te atreves a llamarme?

—Manuel, yo no he hecho nada, jamás se me pasaría por la cabeza hacerle daño a tu padre, era mi compadre. Te quiero como a un sobrino, tienes que creerme.

—Dicen que estás implicado en su muerte, que discutisteis por el cuadro de los cojones.

—No es verdad, no es verdad. Por favor, ven a verme, escúchame. No me importa lo que los demás piensen, pero sí lo que piense mi familia y tú eres parte de ella. Ven a verme, te lo suplico, déjame explicarte.

Manuel le colgó. Pasó el resto del fin de semana dándole vueltas a la cabeza, no sabía qué debía hacer. Por un lado, quería odiar a ese hombre que, con bastante probabilidad, le había arrebatado la vida a su padre. Por el otro, no podía olvidar el cariño que le tenía, el trato familiar que siempre se habían dispensado.

El domingo por la noche se acostó con una decisión en firme. Iría a verlo, aunque sólo fuera para echárselo todo en cara. Necesitaba resarcirse.

LA CAJA FUERTE

Sevilla. Lunes, 25 de abril de 2022.

Valeria subió al tren para realizar el camino inverso. La invadía un sentimiento agri dulce. Había sido un buen fin de semana en el que había logrado acallar las voces de augurios funestos que martilleaban su cabeza. Por otro lado, sentía la tristeza y el vacío de la ausencia y una pequeñísima voz le decía bajito, casi de forma tímida, que, si ella no iba, si ella no forzaba, aquel encuentro no se habría producido y a Javier le daba igual. Odió esa voz y se odió a sí misma por pensar así.

Marta esperaba el regreso de Valeria de su fin de semana libre. De ordinario no se le habría ocurrido pedir esos días, ni a Marta concederlos, pero, lo cierto era que el caso se estaba gestionando desde otra unidad y su compañera necesitaba aquel descanso. Ahora había recibido los informes de las cuentas del entorno de la víctima y del mismo Joaquín y los estudiaba con detenimiento mientras esperaba que dieran las cinco de la tarde.

El equipo se reunió en la sala acostumbrada para comentar las novedades de la investigación.

—He cerrado ya el informe de las cofradías. Ninguna registró ningún incidente que nos resulte interesante. Alguna trifulca hubo, especialmente por los tiempos dentro de la carrera oficial, como suele ser habitual. Nada que involucre una indumentaria sustraída o similar. De todos modos, ya sabíamos que era una posibilidad muy remota —dijo Verónica.

—Quizá deberíamos plantearnos que el cuadro no es relevante, olvidarnos de ese árbol y mirar el bosque con perspectiva. Buscar otros motivos, relacionarlo con las pasiones que suelen guiar los crímenes: amor, dinero...

—Por dinero no fue —atajó Marta—. He estado mirando todo lo relativo a las cuentas esta mañana y ¡sorpresa! Joaquín no tenía ni un duro. Solvencia prácticamente cero. Lo que no entiendo es por qué Manuel no nos lo confirmó y adujo que lo que nos había contado su madre eran sólo maldades.

—Quizá lo ignora —dijo Valeria.

—Bueno —dudó de nuevo la inspectora—, si fuera así, el difunto no habría podido mantener el secreto mucho más tiempo. Fijaos en esto de aquí. —Les tendió unos folios—. Joaquín había pedido un préstamo. Eso en sí no es sorprendente, la gente pide préstamos continuamente, lo intrigante es que lo hizo por poderes. En realidad, el titular del préstamo es su hijo, que sí es solvente. ¿Lo sabía? ¿Se peleó con su padre por ese motivo? Hay que llamarlo y volver a interrogarle. En cuanto a la sustracción de otros objetos en la casa, todo lo que Manuel nos ha acreditado estar asegurado, seguía en el domicilio.

—Está bien, Marta. ¿Algo más?

—Pues en cuanto al móvil económico, no. Los demás tenían economías normales, acordes con sus vidas. No hay grandes entradas ni salidas de dinero. Rocío, Dolores, Fabián, Manuel... E incluso el propio Julio lo tiene todo en orden, aparentemente. El único que estaba arruinado era la víctima, y, a juzgar por sus movimientos, quizá estafaba a su propio hijo. Endeudarle seguro, eso es evidente. Aunque tampoco me ha parecido que pidiera cantidades desorbitadas a su nombre, merece la pena vérnoslas con el

doctor. También tenemos la triangulación de los teléfonos. Cuando se produjo la llamada de las diez de la noche, Joaquín y Julio se encontraban en sus domicilios respectivos. Pero claro, nada obsta para que se encontraran después. Por la hora de la muerte, sigue siendo una posibilidad.

Una vez terminada la reunión, Valeria entró en su despacho para llamar a Manuel. No podían no interrogarlo sobre lo que habían averiguado acerca de las finanzas del padre, aunque Julio ganara cada vez más puntos en el ranking de sospechosos. El hombre no le cogió el teléfono.

Marta recibió una llamada de teléfono de Eduardo Falero a las seis y media de la tarde. Tras hablar con él llamó a sus compañeras y las instó a reunirse inmediatamente con ella en su despacho. A los cinco minutos ya estaban ambas sentadas frente a ella.

—Me acaban de informar que se ha denunciado el robo de una obra de arte, un cuadro que pertenecía a la Iglesia y que se guardaba en el convento de San Leandro. Según la denuncia es una obra de Goya y se parecería mucho a “El conjuro”. Falero ha logrado reunir indicios más que contundentes y ha detenido a Julio González por el robo del cuadro de San Leandro. —Carraspeó antes de continuar—. Creo que se abre en nuestro caso una nueva línea de investigación. Pudiera ser que la obra robada en casa de Joaquín no tuviera nada que ver con falsificaciones y que fuera la que se ha sustraído en el convento. ¿Qué opináis?

Las dos mujeres, que la escuchaban atentamente, pusieron sendas expresiones de sorpresa.

—Pues me parece una línea más que probable. Si fuera el caso, Julio se lo habría dado a Lobato el día que murió. Las cámaras de seguridad que le filman entrando a la vivienda ese día a las siete de la tarde y el hecho de que antes ninguno de los que usualmente visitaban la casa del difunto hubieran

visto expuesta la obra, así lo avalan. Pero, si se trató de una transacción entre amigos, ¿por qué razón iba a volver más tarde Julio, vestido de nazareno, a robarle el cuadro? ¡Si se lo acababa de dar! ¿Entiendes, Marta? No tiene sentido.

—No lo tiene, así es. Imagínate esta escena: Julio le da la pintura a su amigo y este le hace una transferencia con el pago, digamos, unos días antes. Quizá Joaquín no colgó inmediatamente el lienzo, esas cosas dan pereza. Julio se va a casa. La transferencia no llega, así que lo visita el domingo, con la intención de aclarar las cosas. No solo no las aclaran, sino que discuten: el ladrón quiere recuperar el cuadro, Joaquín se niega a devolvérselo. Julio entiende que su amigo le está mintiendo, que no tiene intención de pagarle, quizá crea que se va a deshacer de la obra. No puede denunciar el robo de algo que él mismo ha robado previamente. Seguramente Joaquín se lo echa en cara y se ríe de él. Julio sabe que no puede hacer nada en ese momento porque todo el mundo sabe dónde se encuentra. Establecerán la hora de la muerte y estará perdido, pero ¿y si vuelve esa noche a recuperar el cuadro? Tendrá una buena coartada y se le ocurre qué hacer para que las cámaras no distingan su rostro.

—Es una hipótesis brillante, Marta —reconoció Valeria—. O podría ser que se lo hubiera dado ese mismo día esperando recibir el pago y que la transferencia no llegara. ¿No lo llamó las diez? Esa llamada no tiene mucho sentido si se acababan de ver, pero, si esperaba el pago para ese entonces y no llegó... Se enzarzan en una pelea y Julio decide ir esa noche y tomarse la justicia por su mano.

—El problema es que, como acabas de decir, son sólo hipótesis. Ahora pongámonos manos a la obra, que hay mucho trabajo que hacer. En el caso de que el cuadro fuera una falsificación de “El conjuro” no podemos hacer otra cosa que esperar un golpe de suerte. Así que dejamos la pintura del

museo al margen por ahora. Me parece que la línea de investigación más verosímil es que el cuadro que se llevaron de la casa de Joaquín era el robado en el convento y que el ladrón y vendedor de dicha obra fue Julio. El sábado lo detuvieron y ha quedado en prisión provisional, con posibilidad de salir bajo fianza.

—¡Bueno! Ya tenemos algo más que apunta a Julio.

Se dirigieron a sus puestos de trabajo con la clara intención de encontrar un resquicio por el que pudieran atribuir al compadre de Joaquín el asesinato perpetrado. Asimismo, Valeria siguió intentando dar con Manuel. Insistió varias veces durante la tarde, con los mismos resultados. Al irse le pidió a Verónica que lo llamara a primera hora del día siguiente. Ella llegaría tarde ya que tenía ciertas gestiones relacionadas con otros asuntos que realizar.

Tras picar algo de forma desordenada en la cocina, se acurrucó en el sofá y llamó a Javier, estaba deseando contarle las novedades del caso.



Sevilla. Lunes, 25 de abril de 2022.

Manuel conocía a gente. El dinero siempre conoce gente. Julio también. Consiguieron verse aquel mismo lunes a las seis de la tarde. Les dijeron que no tendrían más de media hora. Una cárcel es acatar horarios y ahora estaba en una.

En cuanto vio a aquel al que llamaba tío quiso gritar: “¿Por qué?” Pero el hombre apenas le dejó hablar.

—Tenemos poco tiempo, Manuel, ¿quieres recriminarme tonterías o quieres que te cuente la verdad?

Manuel no contestó, incrédulo por el recibimiento del preso, todavía incapaz de procesar aquellas palabras expulsadas a bocajarro. Así que Julio aprovechó la tregua y empezó a hablar.

—Sé que tu madre sabía que Joaquín estaba buscando un cuadro, aunque no sabía cuál, ni por qué. Ella no entendía, porque tu padre tampoco quiso que entendiese, que el valor de esa obra no radicaba en el lienzo en sí. Joaquín no buscaba una pintura de Goya por ser del aclamado pintor, ni por poder alcanzar cuotas altas de mercado. Tan alta como la que me ofreció a mí.

—Ya vamos mal, mi padre no tenía ni un duro.

—No tenía ni un duro legal. Ni un duro aquí. Pero tenía un cojín en una cuenta de un país extranjero. Me lo ofreció todo por el cuadro.

Manuel no se movió. No dijo nada. Su interlocutor lo entendió como una señal para seguir hablando.

—Bien, como decía, tu padre no perseguía una obra de arte, sino una leyenda. Una leyenda que yo no creía y se lo dije mil veces. Él insistía en que buscara y que buscara y lo encontré. Tuve que hacerlo, tuve que robarlo para él. Bueno, y para mí. Era dinero gratis. El dinero nunca sobra. —El hombre sonrió tristemente—. Te aseguro que yo no le hice nada a tu padre. No le hice absolutamente nada, tan sólo robé el cuadro y se lo vendí. Eso fue todo. Fui el domingo a su casa, a eso de las siete de la tarde, llevaba el lienzo oculto dentro de la chaqueta. Se lo di. Él hizo una transferencia, obviamente a una cuenta análoga a mi nombre. Me fui y ya no le volví a ver con vida. Yo no le hice nada, ¿tienes que creerme! —suplicó finalmente Julio.

—Entiende que me resulte difícil. Hay muchas cosas en tu contra y sólo me hablas de una leyenda. Es una versión de una inconsistencia tremenda. No entiendo ni de qué me hablas.

—Es que no conozco los detalles, Manuel, pero todo está escrito en un libro, un libro antiguo que adquirió tu padre. Ahí lo cuenta todo, ahí está la explicación y, posiblemente, también el asesino.

—¿Cómo va a estar el asesino en un libro?

—Búscalo, Manuel, en él tienes la clave. Tu padre se obsesionó con esa historia. ¿Quién dice que no haya copias que cuenten las mismas tonterías? ¿Quién nos dice que no hubiera cualquier otro loco que buscara lo mismo que él?

Manuel se emborrachó aquella noche, solo en su casa, pensando en todo aquello que le había contado Julio. De repente una idea absurda le absorbió el pensamiento. Se dirigió a su dormitorio y se puso unas deportivas. Luego cogió del cajón del recibidor las llaves de la casa en la que había vivido su padre y salió hacía allí. Lo hizo andando, porque no estaba en condiciones de conducir y porque no vivía lejos. Le importaba un carajo que el piso estuviera precintado aún, una cinta no iba a interponerse en su camino.

Cuando llegó al piso de la calle Virgen de Luján se dirigió directamente al despacho de Joaquín y abrió la caja fuerte que ya había examinado la policía. Allí no había ningún libro antiguo. Examinó las estanterías, de nuevo la búsqueda fue infructuosa. Entonces se acordó de que en el dormitorio tenían otra pequeña caja fuerte empotrada en el armario. Se había usado para las joyas de mayor valor de su madre, pero, lo cierto es que, tras el divorcio, allí ya no se guardaba nada, ¿o sí?

Dirigió sus pasos hasta el dormitorio y abrió el armario. Aquella caja, escondida tras una madera que se corría, no había sido registrada tras la

muerte de Joaquín, pues era complicado saber de su existencia si uno no conocía su ubicación. A Manuel se le había pasado mencionarla mientras instruía a la policía que registró el domicilio ya que la creía vacía desde el divorcio. Marcó los números de la contraseña y la caja se abrió.

Envuelto en un embalaje adecuado, un fino libro encuadernado en piel, antiguo y ajado apareció ante él. En su cubierta se leían dos palabras: *Orationis Liber*.

El libro. Lo tenía.

Lo metió en una cartera y se fue raudo a su casa, tenía mucho en lo que pensar. Ahora que tenía aquello entre sus manos, no sabía cuál debía ser su siguiente paso. ¿Debía llevarlo a la comisaría y dejar que las investigadoras se inmiscuyeran en aquel asunto? ¿O el hecho de sacarlo a la luz le podría en el punto de mira de aquellas inspectoras? Mucho que reflexionar, sin duda, y la eterna incertidumbre de si estaría obrando de forma adecuada para sus intereses.

17

MANUEL

Sevilla. Martes, 26 de abril de 2022.

El lunes poco antes de las nueve de la mañana, Verónica recibió una llamada mientras trabajaba. Se trataba del oficial que se encontraba en la recepción, el cual le anunciaba la visita de Manuel Lobato. Se sorprendió, pues, aunque había intentado localizarle minutos antes para citarlo, no lo había conseguido. Menuda coincidencia.

—Como no están ni Valeria ni Marta, se me ha ocurrido decírtelo a ti.

—Claro, llévalo a una sala y dile que en breve lo atenderé.

Verónica llamó acto seguido a Marta.

—Está aquí el hijo de Joaquín Lobato, quiere hablar contigo.

—Pero Vero, ¿cómo le has citado sin decírmelo? Imposible ahora. Voy a la cárcel a interrogar a Julio. ¿Y Val?

—No, Marta, no le he citado, no me respondió a las llamadas. Ha venido por su propio pie, dice que tiene algo que contarnos. Valeria tampoco está.

—Llámalas. Y si no, averigua tú misma que viene a explicarnos.

Cuando la inspectora Jara atendió la llamada de su compañera le dijo que estaba a punto de llegar a la oficina, que le pidiera a Manuel que tuviera la amabilidad de esperar diez minutos. Verónica se dirigió a la sala donde habían ubicado al visitante y le trasladó el mensaje. El hombre contestó que no tenía ningún problema en esperarla.

Valeria aparcó apresuradamente y casi corrió hasta la puerta de la comisaría. Allí preguntó por Verónica y le indicaron que se encontraba en la sala de interrogatorios número 2, por lo que, con las mismas prisas, se dirigió a dicho lugar. Cuando atravesó la puerta encontró a Verónica y Manuel charlando amigablemente sobre operaciones de cirugía estética.

—Disculpe, Manuel, he llegado hoy un poco más tarde de lo habitual, tenía asuntos fuera de la comisaría. Dígame, si es tan amable —añadió sentándose al lado de Verónica.

—Buenos días, inspectora —dijo Manuel—. Me alegro de volver a verla. El motivo de acudir a ustedes es que he registrado las cosas de mi padre y he encontrado algo singular. Verá, como bien saben, porque estuvieron allí, mi padre me instituyó heredero de sus bienes, pero el piso en el que vivía es mío, él lo tenía cedido en usufructo. La cosa es que, a pesar de ello, me da cierto reparo acudir allí.

El hombre suspiró, afectado por las palabras que había pronunciado y que evocaban la pérdida reciente.

—No es fácil dismantelar una vida, pero no quiero vivir en ese piso. No voy a deshacerme de él aún, aunque imagino que acabaré haciéndolo, porque no quiero que nadie viva allí si sigue perteneciéndome. Las casas son caparazones que albergan vidas y, cuando una casa se queda vacía, el orden natural de las cosas es que la ocupen otras personas. Pero también son paredes impregnadas de sueños y de vivencias de los seres que las habitaron. Para mí puede ser muy doloroso volver a ellas para que me susurren los sueños contenidos de los que ya no están. Disculpen —dijo sacudiendo la cabeza en un signo de negación—, me estoy poniendo melancólico y les estoy haciendo perder su tiempo.

—No se preocupe Manuel, tómese todo el que necesite.

—La cuestión —dijo entonces el hombre adoptando un tono más pragmático—, es que pensé en hacer limpieza y acudí un par de veces a inventariar lo que se pueda vender, donar la ropa y otros enseres de uso personal... Tirar todo lo que no sea aprovechable... Y caí en cuenta al cabo de un par de días de que había una caja fuerte en el dormitorio de mi padre. Conocer la contraseña no me supuso el menor problema ya que siempre la había compartido conmigo, soy su hijo. Enseguida me llamó la atención una especie de envoltorio de tela. Lo abrí y dentro había un libro. Tenía aspecto de ser antiguo, aunque estaba bastante bien conservado —levantó las manos en señal de rendición.

—¿Cree que buscaban ese libro? Si hubiera sido así, habrían registrado la casa y habría signos de esa actividad y, desde luego, una caja fuerte no les habría detenido. El hecho de que continúe allí es signo inequívoco de que no lo buscaban, de que, probablemente desconocían su existencia —replicó Valeria—. Me preocupa mucho más que se haya saltado el precinto policial. Ya le dijimos que si quería ir a la casa tenía que avisarnos. Manuel, no puede hacer lo que le dé la gana.

—Disculpe, Valeria —dijo el hombre exhibiendo la más seductora de sus sonrisas. Su rostro quería expresar vergüenza, pero ese sentimiento de culpa no llegaba a sus ojos—. No es eso lo que he venido a decirles. Verá, fui a ver a un amigo, cuyo padre tiene una librería de viejo. El padre nos hizo entrar en su despacho y con meticulosidad y saber hacer ojeó el libro, la curiosidad le podía. Se trata de un manuscrito y el título de la cubierta es: *Orationis Liber*. Hasta yo que soy de ciencias supe traducirlo, por lo que no me llamó demasiado la atención. Sin embargo, él lo estuvo estudiando un rato. No es que sepa latín, me refiero a está ducho en este tipo de materias.

A Valeria cada vez le gustaba menos lo que oía, pues el hecho de que una prueba hubiera sido expuesta a tantos ojos, no suponía buenos augurios.

Obviando esos detalles, se esforzó por ser paciente y no interrumpir a su testigo, que, sin lugar a dudas, había obrado con buena voluntad.

—Al rato me miró y me dijo que aquello no eran oraciones, tal y como rezaba el título. Que no entendía lo que ponía, pero que no encontraba por ninguna parte palabras clave que sí reconocería como Dios, Virgen, Madre... Ya me entiende, y se me ha ocurrido que quizá sea importante.

Valeria tuvo que contenerse para no callar a Manuel, no veía la relación con el caso por ningún sitio.

—Manuel... Tengo que decirle que este fin de semana se ha procedido a la detención de Julio González. Ha sido detenido por el robo de una obra de arte. Barajamos la hipótesis de que sea la misma que sustrajeron de casa de su padre, por lo tenemos órdenes de buscar un vínculo que le relacione también con la muerte. Creo que estamos a punto de darle la paz que se merece y resolver el crimen.

—Estoy al corriente, Valeria —contestó el hombre usando su nombre de pila—. Escúcheme, por favor. El padre de mi amigo me dijo que era posible que hubieran usado la cubierta de otro ejemplar para lo que parecía ser una suerte de diario, aunque ese hecho no le restaba valor, incluso puede que se lo diera. No le parecía un libro de oraciones porque estaba escrito en prosa y seguido. Fue diciendo palabras al azar que supo traducir, y una de ellas fue *pingere*, pintura —aclaró inmediatamente—. Compréndalo, me llamó la atención.

—Ha hecho usted lo correcto viniendo aquí, pero de verdad que no creo que tenga ninguna relación. Esto tiene toda la pinta de ser un desacuerdo por una compraventa de obras de arte robadas que salió mal. Hemos investigado las cuentas de Julio y no recibió ningún ingreso de dinero en el último mes, ni antes tampoco, hasta donde hemos podido llegar. Todo

indica que su padre se quedó con el cuadro y no le pagó. Creemos que se enfadaron por eso, que tuvieron una discusión y acabó de aquella trágica manera. No obstante, le estábamos buscando a usted para hacerle algunas preguntas.

Manuel se dio cuenta de que la había perdido. Al principio había captado su atención, pero aquella invención de un supuesto librero que había visto palabras clave en el libro la habían hecho desconectar. No había sido capaz de urdir una excusa mejor, aunque no pensaba darse por vencido. Puede que, a veces, la verdad sea la mejor opción.

—Espere, Valeria. Deme un minuto más. Le seré sincero.

La inspectora accedió con un gesto de asentimiento.

—Verá, ayer acudí a prisión a ver a Julio. Me dijo que tenía que darme explicaciones. Yo no sabía bien qué hacer, es posible que haya matado a mi padre, pero le conozco de toda la vida, comprendan mis dudas. Supongo que quise verlo en sus ojos, enfrentarme a él. Me dio su versión de los hechos. Me dijo que había robado un cuadro para él, un cuadro que mi padre había buscado con desesperación, pero que no lo había matado. Y yo le creo. Me contó que todo era debido a un libro, un libro que al parecer mi padre había comprado o encontrado o no sé, un libro que explicaba una leyenda sobre dicho lienzo. Que lo buscara, que buscara el origen de todo si quería dar con la verdad. No le hice mucho caso, me pareció un relato fantástico, sin embargo, por la noche, lo encontré y el hallazgo me hizo cambiar de opinión. ¿Cómo demonios iba Julio a saber de su existencia si no tenía nada que ver con el maldito cuadro? Creo que es importante, por eso he venido. Porque si Julio lo ha hecho, que lo pague. Que pague sus delitos. Pero si no ha sido él, si el culpable está todavía campando a sus anchas... No quiero que se cargue su crimen alguien que no ha hecho nada.

Mi padre se merece que se descubra la verdad y que, si hay un asesino suelto, se haga justicia.

La mujer lo meditó unos segundos para finalmente asentir.

—Está bien, ¿dónde está el libro?

—Bueno, ese ejemplar vale mucho dinero... —dijo entonces Manuel Lobato, cambiando el tono de su diálogo a uno fuerte, seguro y pragmático. El tono de un hombre de negocios—. Tengo que velar por su seguridad. He pensado que cuando lo tenga todo dispuesto le traeré el manuscrito aquí. Lo custodiará personal pagado por mí al efecto y, en cuanto termine, me lo llevaré para meterlo en una caja de seguridad de un banco.

—Podemos requisarlo como prueba, Manuel, ¿se da cuenta?

—Pero confío en que no lo hagan.

La expresión del huérfano se había tornado dura, su postura innegociable.

—Lo consultaré con mi jefa.

—Con Concha lo he consultado yo y está de acuerdo.

Valeria se refería a Marta. Manuel se había saltado por la tangente la cadena de mando. Tendrían que lidiar con aquello. Decidió dejarlo correr y hacerle las preguntas para las cuales le habían estado buscando.

—Como le decía, queríamos hacerle unas preguntas. Quiero que sepa que puede que no le gusten y que está en su derecho de llamar a un abogado.

—No lo veo necesario. Pregúnteme lo que quiera.

—De acuerdo, si en algún momento está incómodo, puede pedírmelo cuando quiera.

—No tengo nada que ocultar —aseguró el hombre.

Valeria se decidió a empezar.

—Hemos investigado la situación financiera de su padre.

Manuel miraba hacía el suelo sin poder sostenerle la mirada.

—Las cosas le iban francamente mal. Estaba inmerso en un procedimiento de concurso de acreedores.

Manuel seguía sin mirarla.

—¿Sabía cuál era su situación económica? —le preguntó—. ¿Nos mintió, Manuel?

—Sí. Es verdad. Perdone, no creí que fuera trascendente y no quise manchar su nombre. Quizá me equivoqué.

—Puede tenerlo por seguro. Es más, cuando le comentamos lo que nos había contado su madre, echó balones fuera.

Manuel bajó la cabeza en un signo de vergüenza, pero no contestó.

Valeria siguió atacando.

—¿Sabía que su padre usaba los poderes que usted le había dado para pedir préstamos personales?

El hombre hizo un gesto de resignación.

—Sí —apena musitó—. Sí. Sí lo supe. Lo hizo en varias ocasiones en los últimos meses. Al principio me pasó desapercibido porque, aunque no lo crea, no me preocupó mucho por mis finanzas. Lo lleva todo un gestor y, mientras el cajero me siga dando dinero cuando meto la tarjeta asumo que todo va bien. Hace un tiempo me llamó mi asesor para preguntarme el porqué de esos cargos. Al final en el pago de préstamos se me iba un buen pico.

—¿Lo habló con su padre?

—Claro que lo hice. Discutimos, para serle sincero —levantó las manos y le enseñó las palmas en señal de franqueza. Tenía unas manos bonitas, grandes y masculinas.

—¿Se da cuenta de que eso le da un móvil y no tiene coartada? ¿Por eso no nos dijo nada?

—Me doy cuenta sí. No dije nada porque los trapos sucios se lavan en casa y porque si mi padre quería dinero no tenía más que pedírmelo, pero era orgulloso. Discutimos, sí, aunque le perdoné porque es mi padre. Era. —Hizo un gesto de dolor—. Yo no lo maté ni necesito un abogado, pregunte lo que quiera.

—¿Hasta qué punto se enfadó con su padre? ¿Fue a su casa aquella noche para enfrentarse a él? ¿Lo mató, Manuel?

El interrogado no dijo nada. Valeria siguió provocándole.

—Se estaba riendo de usted. Usando los poderes con fines fraudulentos. Acaparando deudas a sus anchas, creándole poco a poco un agujero que podría amenazar con transformarle en lo mismo que se había convertido él: una persona arruinada.

—¡No! —contestó tajante por fin—. Me parece un motivo más que endeble para matar a una persona, y menos a un padre. Si lo piensa bien, su investigación nos exculpa. A mí y a Fabián, si él hubiera sabido que mi padre le iba a dejar algo, cosa que no sé. A una persona se la puede llegar a matar para obtener dinero. Nunca por lo contrario. Mi padre no nos ha dejado nada porque nada tenía, excepto deudas. Estaba desde hacía tiempo, como usted ha dicho, en concurso de acreedores, y, cuando todo se liquide, nada quedará. De hecho, mi intención es aceptar la herencia a beneficio de inventario, no le digo más. —Manuel reconocía estos hechos con tristeza—.

Lo único que me quedará es la casa en la que me crie y donde aún vivía mi padre, pero porque es mía, cómo le he explicado antes.

La conversación se extendió algunos minutos más, hasta que finalmente despidió al heredero de nada. Antes de que Manuel saliera de la sala, se giró hacia Valeria.

—Supongo que estaría fuera de lugar invitarla a cenar.

Valeria abrió la boca sin poder evitar dar muestras de su estupor. Manuel era guapo, tenía dinero, era agradable y educado. El sueño de cualquier mujer y, ¿le pedía a ella una cita? No pudo evitar pensar que lo hacía por interés.

—Sí, efectivamente. Fuera de lugar —respondió con la voz más grave que pudo.

—Lástima. Igual cuando todo esto acabe...

Se miraron con intensidad unos segundos hasta que el hombre bajó los ojos y, con un gesto de despedida atravesó la puerta, sin dejar que la policía respondiera.

La inspectora Jara se dirigió inmediatamente al despacho de Marta, pero no la encontró. Llegó poco después y, con el bolso aún colgado al hombro, se sentó frente a Valeria.

—¿Qué quería?

Valeria entendió que se refería a Lobato.

—Quería trasladarnos una nueva línea de investigación.

—¿Del asesinato de su padre?

—Sí, agárrate que vienen curvas. Resulta que Manuel fue a ver a Julio tras su reciente detención. —Marta puso cara de sorpresa, aunque no interrumpió a Valeria—. Al principio me ha querido engañar, diciéndome

que había encontrado en casa de su padre un raro ejemplar: un libro antiguo, cuya vinculación con los asesinatos presumía y venía a pedirnos que lo investigáramos. Como yo no le he dado importancia y he rechazado su petición, me ha contado otra versión de los hechos, que creo que es verídica. Al parecer, Julio le habría reconocido la autoría del robo, si bien le ha asegurado encarecidamente que no tiene nada que ver con el asesinato de Joaquín. Le ha contado que su padre buscaba hacía años ese cuadro. Por lo que se ve el interés por esa pintura en concreto no lo es tanto por su valor, que en principio sería bastante, como por una leyenda asociada a él. La leyenda ambos hombres la ignoran, pero Julio le dijo al hijo de la víctima que todo partía de un libro. Manuel lo ha encontrado y ha venido a decírnoslo, por si pudiera ayudar a esclarecer el crimen.

Marta sopesó el relato de Valeria.

—¿Qué tenemos que hacer? —respondió con sorna—, ¿Leernos un libro? Menuda tontería, Valeria, de verdad. Prefiero seguir leyendo a Almudena Grandes.

Valeria sonrió. Sabía que cuando le respondiera el cabreo de su compañera crecería. No se equivocaba.

—Bueno, primero hay que traducirlo, es antiguo. Está en latín.

Marta la miró estupefacta, Valeria rio divertida.

—¡Virgen del amor hermoso! ¡Lo que me faltaba por oír! Mira, de verdad, no tenemos tiempo para tonterías.

—Pues yo creo que no perdemos nada, Marta. Vayamos a ver a Miraflores, a ver si él nos puede ayudar. ¿Quién sabe? Puede ser importante.

—¡Venga ya, Val! No somos niños para embarcarnos en una aventura fantástica. No, no le doy ni un segundo de mi tiempo, ¡leches! —continuó —¡Vamos, *miarma*! ¿De verdad crees que merece la pena investigar un libro del siglo del catapún por un asesinato del año 2022?

—Sí, Marta, sí lo creo —la discusión se estaba tornando algo más seria—. Piensa una cosa, ¿qué tenemos? Nada. Sabes tan bien como yo que sin un solo vestigio encontrado en el lugar de los hechos nos va a resultar imposible resolver el asesinato. No basta con considerar que tal o cual es culpable, hay que probarlo y, ese, es el quid de la cuestión. No tenemos nada, o, mejor dicho, no *teníamos* nada. Siempre son los motivos los que nos llevan al quién. Y en esta ocasión el hijo de la víctima viene con una historia rocambolesca, vale, pero que podría darnos un motivo. ¿Qué vamos a perder? ¿Tres días? ¡Si ni siquiera requiere nuestro tiempo, sino el de un colaborador! Hagámoslo y a ver qué sale de ahí. Si no sale nada, cerramos esa línea.

—Te olvidas de que tenemos a Julio. Y hay que seguir la estela del cuadro para poder vincularle con el asesinato.

—No, no me olvido. Vienes de la cárcel, ¿no? ¿Qué te ha dicho?

—La verdad es que nada —confesó la inspectora.

—Pues lo dicho. No tenemos nada. Estoy de acuerdo en que las órdenes son buscar la prueba que inculpe a Julio. Lo podemos hacer mientras se traduce el libro. Luego será leer un informe, no creo que demasiado extenso. No nos cuesta nada, piénsalo.

—Eso si creemos el testimonio que te ha dado Manuel.

—Tiene coherencia. Gracias a él al menos tenemos una admisión de los hechos, aunque indirecta, y podemos centrarnos en que el cuadro que tenía Joaquín en su casa es el que robó Julio del convento y no ningún otro.

Además, ese es otro motivo para investigar el texto, contrastar esa información que nos ha dado.

—Ya veremos. Ahora cuéntame lo que ha dicho sobre los préstamos...

Antes de las dos de la tarde la comisaria llamó a Marta y le dio luz verde para el asunto de la traducción.

Marta se acercó al despacho de Valeria. Estaba algo insegura en cuanto a aquella línea de investigación que se abrió ante ellas, pero, en su fuero interno sabía que no debían descartar nada de plano y que su posicionamiento inicial había sido precipitado.

—He hablado con Concha. Por ahora accedemos a los deseos del huérfano —refunfuñó con sorna—. Si más tarde es necesario someter a examen el propio manuscrito, su autenticidad, datarlo, someterlo a rayos X o qué sé yo que zarandajas, lo haremos. Por las buenas o por las malas. Anda, vamos a hacerle una visita a Miraflores, supongo que nos podrá recomendar a un filólogo.



Sevilla. Mayo de 2019

Se levantó de la cama. El sol caía a raudales por la ventana. Era un día perfecto para pasear por el mercadillo de viejo, como solía hacer los domingos. Salió de la casa tras ducharse y vestirse y entró a una cafetería de la misma calle en la que vivía. Pidió café con leche y churros y los degustó tranquilamente. Después, se dirigió al lugar en el que se situaban las paradas del autobús.

Ojeó entre el bullicio, algunos libros, todos ellos de segunda mano, pero modernos. Siguió los caminos que dibujaba el mercado mirando y rechazando cuanto veía hasta que, semiescondido en un montón, dio con algo que le pareció peculiar. Se trataba de un cuadernillo fino, encuadernado en piel, cuyo título rezaba, y nunca mejor dicho, *Orationis Liber*. Un libro de oraciones... Lo abrió y comprobó que estaba escrito en latín. Le llamó la atención la redacción continuada que no se parecía en nada a un típico misal. Lo ojeó detenidamente, intentando captar algo de lo que allí estaba escrito. Sin embargo, no tenía ni idea de ese antiguo idioma, así que sus esfuerzos eran en vano. Lo único que entendió fue el número que indicaba el año en el que había sido escrito, en el siglo XVIII.

— A ver, caballero, esto no es una biblioteca, ¿lo quiere o no?

Estaba a punto de contestar al tendero en sentido negativo y de dejar el libro cuando volvió por última vez la vista al manuscrito que tenía abierto por una página cualquiera. Entonces, una palabra le llamó poderosamente la atención, un nombre propio.

— Sí, lo quiero —le contestó cambiando de opinión—, ¿cuánto pide por él?

El tendero le pidió una cantidad desorbitada para lo que acostumbraban a cobrar en esos rastros al ver su interés, más, de alguna manera aquel ejemplar se había apoderado de él por lo que no regateó lo más mínimo. Sacó la cartera y pagó sin discutir.

TRADUCCIÓN

Sevilla. Martes, 26 de abril de 2022.

Marta Arenal y Valeria Jara aparcaron el coche en la misma calle en la que se encontraba la facultad y accedieron al recinto. No habían anunciado su visita. Si no encontraban al profesor seguro que podrían darles allí una referencia como una dirección o un número de teléfono. Subieron a la planta en la que se encontraban los despachos ya que sabían el camino de la vez anterior sin que nadie les parara.

Cuando llegaron a la altura de la puerta vieron que ésta se hallaba abierta. Se asomaron y encontraron a una mujer en el interior, sentada en la silla de Miraflores y revolviendo unos folios con premura.

—Perdón —la interrumpió Marta—. Buscamos al profesor Jacinto Miraflores.

—Siento decirles que no está. La semana pasada debía impartir un seminario en otra ciudad y lleva toda la semana fuera. En verdad tendría que haber llegado hoy, pero no lo ha hecho y me he tenido que hacer cargo de sus clases —explicó la chica con un gesto de fastidio—. Soy profesora adjunta de su departamento. ¿Les puedo ayudar en algo?

—No lo creo. Somos de la Policía Nacional —se identificó Marta enseñando la placa—. No se asuste, no es nada grave, sólo nos estaba asesorando en un caso y precisábamos su ayuda de nuevo.

—¿Se refieren al homicidio de Joaquín Lobato? Jacinto y él eran buenos amigos. Sé que sintió su muerte.

Ninguna de las dos contestó a la pregunta de la profesora.

—¿Sería tan amable de decirle, cuando vuelva, que se ponga en contacto con nosotras? Que pregunte por la inspectora Marta Arenal, o por mi compañera, Valeria Jara.

—Por supuesto —contestó la mujer anotando sus nombres—. Así lo haré, no se preocupen.

Luego se levantó para acompañarlas a la puerta. Era una chica de unos cuarenta años, alta y atractiva. Su cuerpo, no exento de curvas, resultaba voluptuoso y sensual a pesar de no estar excesivamente delgado. Su pelo castaño oscuro y liso, le caía sobre la espalda envolviéndole una cara bonita y proporcionada de ojos grandes y gesto amable.

A la mañana siguiente, la inspectora Arenal recibió una llamada sobre las diez de la mañana.

—Buenos días, soy la profesora Macarena Vázquez. Hablamos ayer en el despacho de Jacinto Miraflores, me pidieron que les avisara si el profesor volvía.

—¿Se ha incorporado ya?

—No. Lamento comunicarles que me acaban de decir que ha solicitado una excedencia, por lo que no trabajará en varios meses... Quizá más, no conozco los detalles.

—¡Vaya! Qué faena... Ahora no sé a quién vamos a acudir —dijo Marta, pensando en voz alta.

—Miren, puede que sea más joven que Jacinto, pero les aseguro que estoy capacitada para mi trabajo, quizá les pueda ayudar. ¿Qué necesitan?

¿Son de la unidad de Patrimonio Histórico?

—En realidad no, y no necesitábamos nada respecto a su especialidad, ya le requerimos al efecto hace unos días. Nos hemos topado con una prueba que podría ser relevante en un caso de homicidio que estamos investigando, el problema es que se trata de un texto en latín. Buscamos a alguien que pueda traducirlo.

—Pues han tenido ustedes suerte porque yo puedo hacerlo, si quieren.

A Marta le gustó la elección de palabras de la profesora, denotaban seguridad en sí misma y en sus conocimientos, pero no resultaban pedantes ni un alarde. Confirmó sus impresiones del día anterior, en el que le había caído bien de inmediato. Así que decidió jugarse el todo por el todo, al fin y al cabo, era la baza que les quedaba.

—Desde luego podrían ustedes buscar a un licenciado en filología clásica —decía la mujer mientras Marta pensaba—. Aunque también pueden ahorrarse esas horas de búsqueda porque yo lo soy. Tengo una doble licenciatura.

—Hecho, Macarena. Muchas gracias por su colaboración. La volveré a llamar en cuanto lo tengamos todo preparado —se decidió—. Lo que sí le digo es que las condiciones van a ser un poco peculiares, pues tendrá que efectuar la traducción en la comisaría.

—Me parece perfecto, nunca he visitado ninguna. Gracias a Dios —añadió, acto seguido.

En cuanto Marta colgó el teléfono le pidió a Valeria que dispusiera lo necesario para poder empezar con la traducción. La inspectora así lo hizo y, tras presionar un poco al heredero, consiguió que Manuel se comprometiera a llevarles el manuscrito a las nueve de la mañana. Después, llamó a la profesora y la citó al día siguiente en comisaría. La mujer accedió ya que,

casualmente, ese día no tenía que dar clases y todo lo que debía hacer era trabajo administrativo que podía esperar, que debería hacerlo.



Sevilla. Jueves, 28 de abril de 2022.

A la mañana siguiente Macarena apareció diez minutos antes de la cita. Vestía unos tejanos ajustados y una camiseta amplia de hilo de color verde. Llevaba en su mano derecha una bolsa de tela. Valeria la condujo a la sala en la que habían dispuesto realizar la diligencia. Era austera, contaba con una mesa, una silla y un ordenador.

—No sé cuánto tiempo le llevará traducir el texto, pero sí puedo decirle que no es muy extenso. El diario cuenta con unas pocas páginas, *a bote pronto* diría que no pasa de las cincuenta.

—Iré lo más rápido que pueda, no se preocupe —contestó Macarena mientras sacaba de la bolsa de tela varios diccionarios de latín.

—Lo que sí le rogaría es que, cada cierto tiempo, nos vaya enviando lo que tenga, a fin de aligerar la lectura por nuestra parte, si es tan amable. Puede írnoslo enviando por *mail*, si le parece...

—Perfecto. Así lo haré.

Y tras estas palabras, Valeria le dio las gracias y la dejó sola en la habitación, pues ya había entrado un hombre alto y corpulento, vestido con traje y con el manuscrito en sus manos. Macarena cogió el libro de cubiertas de piel y, tras admirarlo, se dispuso rápidamente a empezar el trabajo que le habían encomendado, bajo la atenta vigilancia del custodio.

OceanofPDF.com

JUAN DE OURENSE

Ahora que me encuentro en el ocaso de mis días, creo que ha llegado el momento de dejar constancia de cosas increíbles que sucedieron tras estas paredes y también fuera de ellas. De algunos acontecimientos tuve conocimiento directo y otros me los contaron hombres excelsos, piadosos de Dios y que merecen mi absoluta credibilidad y confianza.

Llegué a este monasterio siendo bebé. Mi madre, a las pocas horas de mi nacimiento, me dejó en la puerta de una iglesia esperando expiar así sus pecados. Rezo cada día para que, cuando le llegue la hora, Dios la acoja en su gloria. He sido feliz, he tenido una buena vida y he presenciado hechos extraordinarios. El párroco no sabía qué hacer con un bebé, pero tuve la suerte de que, en esos días, pasaron por la parroquia unos monjes de El Escorial que estaban por estas tierras. Como almas piadosas que eran quisieron ayudar a aquel pobre hombre y decidieron llevarme con ellos, instigados por el hermano Rafael, que los animó a ello con la osadía de la juventud. Por eso, desde siempre, se me ha conocido como Juan de Ourense, único testimonio de mi lugar de origen.

Crecí alimentándome de leche de las cabras y pan migado. El hermano Rafael, casi un padre para mí, siempre dijo que mi supervivencia fue el único milagro que vio obrarse en vida. Que Dios se apiade de su alma. Pronto mi mentor se dio cuenta de mi inteligencia y de mi facilidad para aprender y me acogió bajo su tutela, con el permiso del Prior, enseñándome todo lo que él sabía y facilitándome, tras enseñarme a leer, todo tipo de

libros que se guardaban tras estas paredes y que recogían todo el saber necesario para hombres como nosotros.

Rafael era boticario y quiso que yo le sucediera en el cargo, aunque también, dado mi interés y el suyo propio, me dejaba ocuparme de la biblioteca en los pocos ratos libres que tenía tras mis obligaciones diarias, terrenales y religiosas.

El bibliotecario de aquella importante biblioteca tenía varios ayudantes que se encargaban de las tareas corrientes. A su vez, estos acogían, en caso de necesidad, a pupilos que, presumiblemente les sucedieran en el cargo. El ayudante de bibliotecario con el que trataba yo en esa época era gordo y perezoso, aunque, como tuve ocasión de comprobar, muy inteligente. Era serio y de mal carácter, pero el terrible pecado capital contra el que debía haber luchado, la pereza, fue lo que le hizo darse cuenta del enorme partido que podía sacarme, pues yo era un chico alto, fuerte y ágil. Me utilizó para subirme a las escaleras y alcanzar los volúmenes más altos, para mover ejemplares de un lado a otro, y, en general, para todos aquellos trabajos que requirieran esfuerzo físico.

A la edad de diez años y con motivo de un inventario en la biblioteca, a la que habían llegado numerosos ejemplares de otros monasterios, el hombre descubrió que, además de transportar los libros podía servirle para redactar las listas de ejemplares, por lo que ya únicamente se limitó a hablar desde un cómodo asiento, todo lo cómodo que permitía nuestra orden religiosa, mientras yo hacía todo su trabajo. No me quejo, me permitió tener una soltura en el arte de la escritura que me sirvió de mucho durante mi vida y que ahora me es útil para explicar esta historia y dejar así, de algún modo, mi legado.

Todo apuntaba, tal y como deseaba mi hermano y mentor Rafael, a que yo sería el próximo boticario del monasterio. Tras los maitines, en mi cuarto leía todo lo que mi maestro me iba procurando, tratando de memorizar aquello que percibía útil o llamaba mi atención. Después de desayunar se me solía requerir en el huerto o para realizar algún trabajo pesado que solían encomendar a los más jóvenes. De nona a vísperas me encerraba en el laboratorio de la botica y Rafael, con paciencia, me trasladaba todo su saber y me dejaba realizar algunos de los ungüentos que necesitábamos para este o aquel. Tras las vísperas continuaba mi formación en el scriptorium, salvo que el hermano Anselmo me solicitara en la biblioteca. Tras la cena y después de completas, los hermanos nos reuníamos y solían iniciarse debates religiosos muy instructivos e interesantes. No conocía otra vida, tampoco la echaba de menos. Recuerdo que a los siete años Rafael se refirió al pasaje de Adán y Eva.

—¿Qué es una mujer? —le pregunté inocentemente con ojos ávidos de saber. Nunca había visto ninguna. Entonces supe que todos tenemos una madre que nos expulsa a la vida y que la madre de todos, porque fue la madre de Dios, es la Virgen María. Rafael me enseñó dibujos de mujeres, cuadros en los que aparecían. No me llamaron la atención entonces aquellas caras dulces y serenas, aquellas curvas orondas y cálidas. No entonces, aunque sí después.

Las jornadas se sucedían una tras otras, todas iguales y tranquilas, lo cual nos daba sosiego para la vida contemplativa que llevábamos y deseábamos llevar. Así pasaron años hasta que la fatalidad quiso que una tarde un hecho luctuoso cambiara el curso de mi existencia.

Anselmo había solicitado mi ayuda y, tras darme instrucciones claras sobre lo que debía hacer, se fue durante un buen rato. No me cupo duda de

que había asaltado la cocina, cuanto más, cuando reapareció con un cuenco sorbiendo un líquido amarillento con olor a gallina. Se sentó en una de las sillas de la habitación y empezó a escrutar-me con aquellos ojos pequeños y maliciosos para criticar acto seguido cualquier cosa que yo hiciera, pues, a su juicio, pocas o ninguna cosa hacía yo bien. Al rato empezó a hacer aspavientos tocándose el vientre. Poco después empezó a emitir sonidos lastimeros y sin poder soportarlos más tiempo fue consciente, supongo, de la gravedad de lo que le estaba pasando, ya que me pidió con un hilo de voz que fuera a buscar al hermano Rafael.

Yo corrí por los pasillos de piedra del convento lo más rápido que pude hacia la botica, pero allí no había nadie. Le pregunté a todos los hermanos con los que me iba cruzando. Nadie supo darme razón de su paradero y no acerté a explicarles para qué lo buscaba. Así de confundido estaba.

Finalmente vi cómo mi mentor y el Prior salían del despacho del segundo y, jadeando por el esfuerzo que llevaba haciendo un buen rato, les expliqué lo que ocurría. Salimos todos a la carrera hacia la biblioteca del monasterio, pero cuando llegamos ya era tarde. Anselmo estaba muerto.

Tenía los ojos rojos y le asomaba espuma por la boca. Los dos hombres que me acompañaban se acercaron a él, lo dejaron boca arriba en el suelo y le examinaron atentamente, buscándole el pulso, cualquier indicio de vida, cualquier pista sobre su muerte.

Era la primera persona muerta que yo veía.

Sucedieron entonces varios días de mucho ajetreo y oraciones, hasta que, pasada una semana, el Prior mandó llamarme. Cuando llegué al espartano habitáculo amueblado con una mesa y una silla de madera, vi con preocupación que también se encontraba, de pie, frente al Prior,

Rafael, por lo que pensé que el llamamiento tendría relación con la temprana muerte de Anselmo. Así era, aunque no como yo pensaba.

Tras su muerte, el Prior se había entrevistado con varios monjes, principalmente conmigo por estar presente en el momento en el que le aquejó el mal que le produciría la muerte; con el cillerero, el subcillerero y el custos vini. Igualmente habló con el resto de los hermanos que ayudaban en la cocina y con Rafael, como boticario y encargado de la enfermería del lugar. Nada en claro había sacado salvo la conclusión de que podía haberse tratado de una intoxicación alimentaria producida seguramente por un error fatal. Yo tenía entonces doce años y mi inocencia me impedía vislumbrar que tras aquellas palabras asomaba la sombra de una sospecha: la posibilidad de que la muerte hubiera sido intencionada.

—Pasa hijo —dijo el Prior—. Te he mandado llamar porque tenemos algo que comunicarte. Rafael te ha tratado casi como un hijo y te ha traspasado todo su saber. De entre los oblatos y novicios que le ayudáis, tú siempre destacaste a sus ojos por tu inteligencia y tu bondad. Sin embargo, no le pasó desapercibido, muy a su pesar, que donde realmente te encuentras feliz es en la biblioteca.

—Señor, estoy muy agradecido de todas las enseñanzas que aquí se me han ofrecido. He tratado de aprovecharlas todas y así seguiré haciéndolo, siempre en beneficio de nuestra comunidad.

El Prior torció el gesto ante mis palabras, impaciente y contrariado. No porque hubiera dicho algo inconveniente sino porque no se me había dado permiso para hablar. Dándome cuenta del error que el ímpetu de la juventud me había llevado a cometer, callé.

—A partir de hoy pasas a trabajar bajo las órdenes del bibliotecario. Puedes retirarte.

Me presenté ante el hermano Guillermo acto seguido. Se trataba de una suerte de encargado del resto de bibliotecarios que servían al titular. Empecé a trabajar bajo sus órdenes directas, aprendiendo, con los días, todo lo relativo al orden de una biblioteca y a la conservación de los manuscritos, así como a su manufactura si era menester. Aunque en un primer momento, únicamente me encargaba de mover los pesados volúmenes y de apuntar en el registro el préstamo de tal o cual libro.

Aquella misma noche me acerqué, tras las vísperas, a la botica para despedirme de Rafael, con lágrimas en los ojos. Él sonrió. Yo, que lo conocía bien, me di cuenta de que se había emocionado.

—Juan, no te aflijas, seguimos siendo hermanos y habitando en el mismo lugar. Tiempo habrá de seguir compartiendo mis experiencias contigo y el poco saber que haya podido acumular. En mí siempre tendrás un amigo. —Y me dio una palmada en la espalda en señal de afecto, lo cual era un gesto, por infrecuente, muy valorado por mí.

Pasaron los años lentos, iguales, ordenados, serenos. El único cambio que se produjo en mi vida fue que me ordené. Aunque no debí decir cambio, porque mi existencia transcurrió igual de predecible y tranquila, hasta aquella noche, en la que, sin yo saberlo, empezaría todo para mí.

En ocasiones me costaba dormir. No importaba lo duro que hubiera trabajado o que las tareas hubieran sido pesadas, me costaba conciliar el sueño. Adquirí entonces la costumbre de prender una vela y atravesar los pasillos flanqueados por gruesos muros de piedra hasta la biblioteca, en la que me quedaba leyendo un libro hasta la hora Prima. Buceé por aquel entonces en ejemplares en los que no había reparado, que me mostraron una vida muy diferente a la que yo llevaba. También empezaron a captar mi interés textos esotéricos que no comprendía. Tímidamente comenté con

Rafael, pues seguía siendo el monje con el que mayor confianza tenía, la existencia de estos volúmenes, aun con cierto temor, ya que no sabía cuánto de herético contenían.

—No todo está en la biblia —contestó enigmático. Y zanjó el tema.

Aquella noche la oscuridad de la sala me pareció especialmente tenebrosa. El titilar de la luz del candil provocaba sombras con las más diversas formas, todas ellas me causaban pavor. El silencio del lugar sobrecogía. Quizá se debiera al libro que tenía entre manos, pero empecé a temblar de miedo, por lo que decidí volver a la seguridad de la celda compartida.

Salí de la biblioteca temeroso, llevando la vista continuamente a uno y otro lado, controlando las sombras y las formas que se sucedían en los muros de piedra. Me sobrevino un pensamiento hostil y paralizante: el diablo me acechaba. Pensé que, si el diablo se atrevía a cruzar aquellos muros, a invadir aquel lugar sagrado, estaríamos perdidos. Casi sin darme cuenta apreté el paso y acabé a la carrera por un largo pasillo que conducía al ala en el que se encontraban las celdas de los monjes. En el silencio sepulcral, el propio ruido de mis pasos me asustaba. Volvía hacía atrás una y otra vez la cabeza, sentía como si se abalanzaran sobre mí entes incorpóreos. Estaba aterrado cuando, frente a mí, a pocos metros, apareció una figura espectral.

El haz luminoso que envolvía la figura plantada ante mí me deslumbró impidiéndome ver por unos segundos lo que encerraba, hasta que mis ojos se acostumbraron y me pareció ver que se trataba de un perro de gran tamaño, de color negro y aspecto feroz. Con la boca abierta enseñaba los colmillos y gruñía. El gruñido retumbaba en el eco de las paredes y no entendí cómo era posible que aquel ruido infernal no despertara a todo el

monasterio. El miedo me paralizó, y seguro de estar ante el final de mi vida, le di las gracias a Dios por haber puesto a Rafael en mi camino y cerré los ojos con fuerza esperando la agonía. Debo reconocer que me oriné encima.

Pasaron no sé si segundos o minutos en los que ni me atreví, ni pude moverme, pero, pasado ese tiempo impreciso y al ver que nada sucedía, abrí mi ojo derecho poco a poco, seguro de tener al can a mis pies. Casi podía sentir como me olisqueaba, como se relamía dispuesto a acabar conmigo de un bocado que degustaría con placer. Sin embargo, ante mí no había nada. Tras un breve momento de incompreensión, acerté a entender que, fuera lo que fuera lo que había visto, ya no estaba y era la ocasión para escapar de allí. Así que corrí con todas mis fuerzas hasta llegar a mi catre y allí me tumbé, todavía temblando hasta que la llamada a la oración me hizo entender que debía levantarme y cambiar mi hábito mojado.



Macarena aprovechó que la página que tenía entre las manos terminaba para tomarse un descanso, pero antes, se demoró dos minutos para grabar en un documento Word lo que tenía traducido hasta el momento y enviarlo al correo de Marta y de Valeria.

20

BARES

Sevilla. Jueves, 28 de abril de 2022.

Fabián entró en el bar del centro donde había quedado con Manuel. Llegaba algo tarde porque la visita al médico de la que venía se había alargado más de lo esperado. Eran días duros tras la pérdida de un ser querido para ambos y el chico, cinco años menor que Manuel, sabía que tenía que apoyarlo. Que estar a la altura.

Habían estado muy unidos siempre, salvo en el periodo de la adolescencia de Manuel, en el que la distancia de los cinco años de diferencia había resultado insalvable. Como adultos, se habían vuelto a reencontrar y eran inseparables. Eran familia.

—¿Cómo estas, tío? —saludó Fabián, sentándose en un taburete de la barra, a su lado.

—Vamos tirando, muchas cosas...

Dejó que le diera un largo trago a la cerveza y aprovechó que el camarero se acercaba para pedir otra.

—He ido a la cárcel a ver a Julio.

Fabián levantó una ceja, sorprendido.

—¿Qué te ha contado?

—Yo qué sé. Me habló de un viejo manuscrito que tenía mi padre. Creía que en él encontraría respuestas para su muerte.

—¿En un libro antiguo?

—Sí, suena a locura, lo sé. Lo he puesto en manos de las inspectoras.

—Has hecho bien, supongo. Quizá ayude a resolverlo todo y podamos seguir con nuestras vidas.

—Estoy mal. Lo echo de menos. Todavía no entiendo cómo ha podido acabar así.

—Lo sé, Manuel, todos lo echamos de menos. Todos queremos que se esclarezca el caso. Yo he hecho lo que he podido.

—¿Qué quieres decir?

—Me he quedado sin trabajo —contestó, lacónico.

—Ya... Lo siento. Seguro que saldrá algo, tienes madera.

—Eso espero.

Volvieron a beber, ambos a la vez, y a mantener unos segundos demasiado largos, demasiado espesos, en silencio.

—Fui yo el que hizo que detuvieran a Julio.

Manuel lo miró. No dijo nada.

—Vi el cuadro, Manu, el cuadro. No sabía qué hacer. No quería perjudicar a mi jefe... Pero por otro lado me reconcomía el hecho de que quizá... Quizá él mató a tu padre. —Aquellas palabras cayeron como una losa sobre el hijo de la víctima—. Quizá sepa más de lo que dice saber. De hecho, a las pruebas me remito.

—¿Y si sólo estuvo en el momento inadecuado en el peor sitio posible?

—No podía callarme.

—Lo sé. Y te lo agradezco.

—A lo mejor estamos más cerca.

—En cualquier caso, Julio es culpable de robo. Aunque robara por y para mi padre.

—No te engañes tampoco, lo hizo por dinero —replicó Fabián.

—Sí. El dinero B. El dinero que ya no está en la cuenta de Andorra.

—Bueno, a ti la vida te va bien, tienes todo lo que necesitas. El dinero era de tu padre y lo invirtió así.

—A ti también te irá bien, ya lo verás. No te preocupes, encontrarás otra cosa.

—Pero es que he encarcelado a mi jefe. ¿Quién se va a fiar de mí ahora?

—¿Alguien honrado?

Los dos hombres prorrumpieron en una sonora carcajada que también ayudó a liberar tensiones.

Pidieron una segunda cerveza y siguieron conversando, intentando animarse, compartiendo desgracias. Lo que hacen los amigos, escucharse.

—De todos modos, esas policías no paran. Han descubierto que mi padre pidió préstamos a mi nombre.

—¿Sin decirte nada?

—Sin decirme nada.

—Y eso es un móvil —casi susurró Fabián dando un trago.

—Eso piensan.

—Tú no has sido, tío.

—¡Claro que no! —exclamó Manuel

—Claro que no —repitió su amigo.

—Esa Valeria me va a perder.

—Tú y las faldas —rio Fabián—, en un cuarto de hora la has olvidado.

—¿Y a ti cómo te va con esa novia tuya?

Sobre las doce de la noche decidieron irse a casa. Se despidieron en la puerta y cada uno tiró por una calle diferente.

Manuel se alejó pensando que al menos no se había quedado solo del todo. La relación con su madre no era mala, aunque sí algo fría. El calor siempre lo encontraría con Dolores. Y con su hijo.

Fabián se marchó pensando en su amigo y en la conversación mantenida. Entendía la pena de este, a pesar de que sabía que saldría adelante. Manuel siempre había caído de pie. Se había labrado una buena carrera, tenía dinero, era guapo y no le faltaban mujeres que quisieran estar a su lado. Tenía un carácter zalamero y abierto y las facilidades que la vida le había puesto en el camino le habían hecho también un hombre egoísta, que antepone su propio bienestar al de cualquier persona. Fabián no lo detestaba por eso, admiraba el carácter de Manuel, tenía claro que esa era la mejor forma de proceder en la vida. Él había sido un niño apocado, temeroso, débil, pero era el momento de coger las riendas de su propio destino y forjarse aquello que creía merecer. Nadie iba a venir a dárselo.

Pensó en Julio y en el papel que él había jugado en su detención. Quizá al final logaran pruebas suficientes para imputarle el crimen de Joaquín y la familia pudiera descansar por fin y rehacer sus vidas.

SUELTO

Todavía asustado, acudí a la oración y luego a mis ocupaciones, pero estaba distraído y me gané alguna que otra reprimenda. Por la tarde Rafael se acercó a mí mientras paseaba por el claustro y se puso a mi altura con la intención de acompañarme. Al cabo de unos minutos, rompió su silencio.

—Muchacho, ¿qué te pasa hoy? Te noto atribulado y me han llegado rumores de que andas algo despistado, ¿hay alguna cuestión que te aflija?

Tras unos segundos vencí mis reticencias y me sinceré ante él, temeroso de estar cometiendo un sacrilegio. Mis temores no se aplacaron cuando, tras unos minutos de reflexión, mi maestro asintió levemente, y se fue, tomando una de las puertas que daban al claustro.

Pasé el día aún más preocupado si cabe, temiendo una llamada al orden tras mi relato a Rafael y asustado porque llegara la noche y con ella trajera no sólo oscuridad.

Tras la cena, no me di cuenta de que algunos de los monjes se habían retirado hasta que, sigiloso, el hermano Tomás se acercó a mí y con gestos me invitó a que lo acompañara. Al tratarse de uno de los bibliotecarios, no me extrañó que me condujera a la biblioteca, aunque yo nunca hubiera trabajado directamente con él. Lo raro fue que, lejos de pararse en el habitáculo, se acercó a una de las estanterías y, ante mi sorpresa, tocó con la mano un resorte invisible y esta se separó de la pared, dejando una oquedad oscura que me estremeció. Indiferente a la impresión que aquello me había causado, el hermano me requirió seguirle, así que lo hice obediente, a lo largo de un pasadizo oscuro, únicamente iluminado por una

vela que él portaba y que había surgido de su hábito, sin que hubiera yo reparado antes en ello.

Al final del angosto pasillo entramos en una estancia más amplia en la que, un grupo de personas sentadas en sillas de madera dispuestas en círculo, nos esperaban. Me asusté y tentado estuve de huir, pero reconocí entre ellos a Rafael, que, con una sonrisa apenas esbozada logró tranquilizarme.

—Muchacho, ven aquí.

Le obedecí, pues era lo único que sabía hacer en la vida, a pesar del temor que me envolvía por dentro y me situé a su lado con la cabeza gacha, sin atreverme a mirar a la cara al resto de comparecientes.

—Cuéntales lo que me has contado hoy, por favor.

Le miré con espanto ante tan ocurrencia; aunque no tuvo que repetírmelo. Lo hice, seguro de que se trataba de algo así como un concilio que me expulsaría de la orden para siempre, por hereje, por brujo, por adorador del demonio.

Después de mis palabras, se hizo un silencio hondo, espeso. Esperaba el momento de la condena. Mas, Rafael se limitó a pedirme, con gestos, que tomara asiento en una silla vacía a su derecha.

—¿Crees en Dios?

—Sí, hermano —respondí.

—¿Juras lealtad a Él y a esta comunidad?

Le miré sin comprender, aunque asentí.

— Pues atento muchacho, te voy a contar una historia de la que formarás parte tras escucharla. Puedes irte ahora, si quieres. Si no lo

haces, recuerda que has jurado y que no hay que contravenir los mandamientos de Dios.

No me moví. A continuación, Rafael empezó a hablar.

—Felipe II fue un rey contradictorio. Bajo su reinado se persiguió ferozmente la brujería, la hechicería, la conducta herética. Sin embargo, él, en secreto, se rodeó de los más poderosos magos del mundo en busca del poder a través de la magia. No se podía, si pertenecías al pueblo llano, saber de plantas o remedios para las peores enfermedades. Era Dios el que las daba y el mismo Dios el que las apartaba de tu camino, si tenía a bien. No se podía paliar el dolor, no había cura más que en la oración y el credo. Sin embargo, él no actuaba bajo el mismo rasero. Él, un hombre poderoso, al mando de un imperio heredado, el más grande sobre la tierra... Pero no era suficiente, siempre quiso más, buscó más desesperadamente. Acumuló riqueza, acumuló bienes. Envió a ejércitos poderosos a cruentas batallas para engrandecer su poder. No podía dejarlo todo en manos de una divinidad que él representaba en la tierra. Trajo a los mejores y experimentó secretamente, hasta abrazar artes oscuras y poderosas. Magia que no provenía de la luz, sino de las tinieblas del mismísimo infierno. Construyó este monasterio con fines más que perversos y se hizo de la biblioteca más rica de todos los países conocidos, rica en todo tipo de textos, los permitidos y los prohibidos para el resto de las gentes de su reino.

>>Una noche todo acabó en tragedia. Era una noche tormentosa y negra, sin luna. Se encerró en su laboratorio y estuvo estudiando antiguos textos. En esta ocasión estaba él solo, no había ningún colaborador a su alrededor salvo el boticario del monasterio. Un hombre que a todas luces no era un hombre de fe, sino un infiltrado de Su Majestad para lograr sus más enrevesados propósitos. Y lo hizo. Dispuso todos los elementos del

hechizo, pronunció los salmos con maestría, y esperó. En la oscuridad, una luz roja empezó a manifestarse, era la luz del mismísimo infierno. Una risa, malvada e inhumana, inundó la habitación, y, cuando el rey osó dirigirse a la criatura que apenas se manifestaba físicamente, pero cuya presencia era palpable en el ambiente, le ordenó obediencia a él, el rey más poderoso del mundo. Le aseguró ser su amo y señor al haberle liberado del inframundo y le propuso un pacto de poder y servitud.

Pronunciaba estas palabras gravemente. Yo le escuchaba atento sin atreverme a mirar a otro lugar que no fuera el suelo. Sin poder entender bien todo lo que mi amigo me estaba exponiendo, sin poder dar crédito a sus palabras.

—Nadie sabe a ciencia cierta lo que allí ocurrió esa noche. Unos monjes oyeron los gritos despavoridos del monarca y lo auxiliaron. El boticario había muerto con una horrible mueca de espanto en la cara, su gesto retorcido, sus ojos abiertos de terror. Felipe II estuvo varios días en estado de letargo, sin pronunciar palabra. Al cabo de varias semanas acudió a su confesor y le reveló lo que había ocurrido. Pero eso no fue lo peor, ni mucho menos, lo peor fue su confesión final: el diablo había escapado, andaba suelto y temía que volviera para cobrarse su vida.

Grité con auténtico pavor sin poder evitarlo. Rafael apoyó su mano sobre mi hombro, intentando insuflarme serenidad. Al cabo de unos minutos retomó su relato. El resto de los presentes restaban callados e inmóviles, atentos a la historia que ya conocían, pendientes de mis reacciones. Aquello realmente era una prueba para mí, aunque todavía no alcanzaba a darme cuenta de su propósito, ni de su magnitud.

—El monarca ordenó doblar su guardia personal. El castigo para aquellos que se distrajeran en su labor de vigilancia era tan severo como la

muerte. Pero aquello no era suficiente, desde luego. Era necesario capturar al maligno, devolverlo al infierno del que nunca debió salir. Con el paso de los días sus manifestaciones eran más que evidentes. Felipe II no dormía, no vivía, temía el momento del reencuentro con aquella siniestra criatura. Sin embargo, a nadie se le ocurría ningún plan. Hasta que, una noche Benito Arias Montano, secretario privado del rey y encargado, entre otros menesteres de nutrir su proyecto más personal, la biblioteca de El Escorial, acudió con tres poderosas brujas que le aseguraron conocer un hechizo lo suficientemente poderoso como para atrapar de nuevo para siempre al señor de sus tormentos. “No sabemos cómo devolverlo a su mundo, pero creemos que podemos vincularlo a un objeto, de forma que quede atrapado en el mismo y no pueda nunca más salir de ahí”. Felipe II en su desesperación, estuvo de acuerdo, y, desde aquel momento, las tres mujeres durmieron en palacio, esperando el temido momento por el monarca. Finalmente, una noche, sucedió. Ante el rey se formó una masa gaseosa, más negra y oscura que la mismísima noche que, de forma imposible, porque no tenía boca ni forma aparente, le susurró que era la hora de acompañarle. Felipe II había dispuesto hacer sonar una campanilla si sucedía el terrible encuentro. No contaba con encontrarse paralizado, como sucedió, sin movimiento posible por acción del maligno. Sin embargo, las tres hechiceras aparecieron por la puerta segundos después, ya que, una de ellas había tenido una visión. Buscaron un espejo en la habitación, mas el Rey los había hecho quitar todos por temor a que la criatura viviera dentro de ellos. Buscaron algún frasco de cristal, pero tampoco lo hallaron. En su premura, habían olvidado coger el que tenían preparado para el acontecimiento.

>>Al fondo de la habitación, yacía, casi olvidado, un lienzo en blanco con el que Felipe pretendía practicar su afición y, con un gesto de la

cabeza de una de ellas, sacaron el libro negro que portaba la más joven, y empezaron a cantar palabras ininteligibles en una melodía singularmente macabra y aguda.

>>Las risas del ente se fueron apagando y, con una ráfaga de aire el humo negro y espeso de la manifestación se posó en el lienzo inmaculado.

Rafael guardó silencio unos instantes.

—El resultado está aquí.

Rafael señaló un armario cerrado con candados que abrió lentamente para enseñarme su contenido. Meforcé a levantar la vista y lo que vi fue el rostro más espantoso que he visto en la vida. Mis piernas flaquearon de puro miedo y, a la vez que comprendía que lo que me había contado mi maestro era verdad, me caí al suelo.

OceanofPDF.com

MAYTE

Norte de España. Miércoles, 27 de abril de 2022

Mayte se había mudado lejos de casa hacía dos años. Antes había vivido con su abuela en un pueblo pequeño, pues su madre había muerto siendo ella aún una niña. La mujer seguía viviendo allí, en una casita campestre a la que Mayte acudía siempre que podía, lo que era, a decir verdad, muy poco.

Tenía veintiún años y estaba cursando el penúltimo año de ingeniería informática, para lo cual se había trasladado a una gran ciudad a tres horas en coche del domicilio familiar. Para pagar los estudios trabajaba mucho el fin de semana. Durante el día de dependienta de una tienda de accesorios para que la dueña pudiera disfrutar de su familia y, durante la noche, siempre que la llamaban, de camarera en un local de ocio nocturno.

Aquel fin de semana pasado había trabajado viernes y sábado, lo cual le venía muy bien económicamente, pero estaba agotada. Tanto que hasta el domingo por la tarde no había reparado en que no había llamado a su abuela, como solía hacer un par de veces por semana. Teniendo en cuenta cómo estaban las cosas se recriminó duramente a sí misma y se dispuso a enmendar el descuido. Nadie contestó. Su abuela solo contaba con ella, no podía ver a nadie más. Se había negado a salir de su casa, a molestar, en sus propias palabras. ¿Qué podía haber hecho ella?

El lunes había sido un mal día. Su coche, de quinta mano y con más kilómetros de los que el contador podía reconocer, se había negado a funcionar. El motor de arranque, le dijo el mecánico al que acudió para que

lo remolcara. Se cabreó con el mundo, no le venía nada bien aquel gasto extra, así que llamó a su abuela para que la calmase y de paso saber cómo estaba. No contestó. Se dijo que habría ido a comprar y se prometió llamarla más tarde mientras corría a alcanzar el autobús por si podía llegar a alguna de las clases que tenía aquella mañana.

Por la noche volvió a intentar contactar con su abuela sin éxito. Se maldijo a la vez que empezaba a temerse lo peor... Y entró en la página de RENFE para sacar un billete. Las clases tendrían que esperar, aquello estaba tornándose demasiado urgente. No las llamó, no quiso alarmar a nadie.

Finalmente viajó aquel miércoles, ya que el martes había huelga de trenes. Llegó al pueblo hacia mediodía, tras alquilar un coche que le permitiera el desplazamiento a la apartada casa.

Su antiguo domicilio le pareció más vacío y solitario que nunca desde fuera. Llamó a la puerta repetidas veces y, como no contestaba nadie, sacó sus propias llaves y accedió. Tras atravesar un pequeño recibidor amueblado profusamente con estilo rural, cruzó el vano de la puerta del comedor, y allí cayó al suelo, sin poder dar un paso más. A unos cuatro metros de ella yacía en una silla el cadáver ensangrentado de una anciana. Sus ojos, dos cuencas vacías, la miraban sin ver.



Norte de España. Miércoles, 27 de abril de 2022.

Una hora después la policía había invadido toda la casa. Un grupo de cuatro o cinco personas se desperdigaron por las habitaciones en busca de

huellas e indicios; otros dos, vestidos de paisano, la sacaron del domicilio y empezaron a hacerle toda clase de preguntas, cuestiones a la que ella no sabía contestar.

Su abuela había muerto. Mayte solo pensaba en que tenía que hacer una llamada.

Y huir. Huir lo más lejos posible.



Norte de España. Viernes, 22 de abril de 2022.

¡Mierda! La última vieja se ha quedado inconsciente. No está muerta, aún, pero así no me sirve para nada. Son duras, no he sido capaz de hacerlas hablar. A ninguna.

Me pongo a registrar la casa metódicamente. Tengo tiempo de sobra, no va a aparecer ningún vecino por aquí. Se trata de una casa a las afueras de un pueblo de mala muerte, no creo que a nadie se le haya perdido nada en este lugar y la vieja vivía sola. Estoy tranquilo. El domicilio tiene dos plantas, no son grandes. Eso sí, hay muebles por doquier, registrarlo todo me va a llevar un buen rato. Intuyo que no voy a encontrarlo, aunque ya no sólo busco eso, intento dar con algo que me ayude a seguir el rastro.

Registro toda la planta baja, salón, cocina, baño... Subo las escaleras dispuesto a acabar con mi propósito. Empiezo por el baño en el que tampoco hay nada. Luego me voy a las habitaciones, dejo la suya para el final. Nada en las dos de invitados. Una de ellas está decorada por una chica joven, debe ser la de la nieta. La otra, muy aséptica, está prácticamente

vacía... ya solo me queda una oportunidad. Las cosas siempre están en el último lugar en el que las buscas.

Registro el armario. Registro la estantería: “Cien años de soledad”, “La casa de los espíritus”, “Cumbres Borrascosas”, “Malena es un nombre de tango”... Novelas. Veo que se me acaban las opciones y estoy empezando a ponerme nervioso. Nunca creí que fuera tan difícil.

Me siento en la cama y abro el cajón de la mesilla. Unas gafas de cerca, una crema de manos... Otra biblia.

¡Otra biblia! Me doy cuenta en ese momento que todas tenían una biblia en la mesilla de noche. No tengo las otras dos y ya me es imposible hacerme con ellas. No voy a poder compararlas, pero, quizá...

Cojo la biblia y salgo de la casa. Podría ser importante.



Norte de España. Miércoles, 27 de abril de 2022.

Mayte tenía miedo de las implicaciones de aquella llamada, mas sabía que no podía postergarlo. En cuanto la policía se lo permitió, volvió a su casa y, desde allí llamó a la mujer con la que había hablado hacía no mucho, tras la muerte de la madre de esta.

Le explicó lo que había pasado y, tras la narración, ambas quedaron unos minutos en silencio. Finalmente dijo:

—De acuerdo, niña, hay que actuar con cautela. Tenemos que reunirnos y pensar qué debemos hacer. No podemos descartar que venga a buscarnos.

Ninguna de las tres habrá hablado. Igual que no hablaremos nosotras. ¿Has tenido alguna visión?

—No.

—Ven el sábado. Nos reuniremos a las diez de la mañana en mi casa. Te espero.

Y colgó. Dejando a Mayte debatiéndose entre el deber y la necesidad de justicia para su abuela.

OceanofPDF.com

LA ORDEN

Por primera vez me permití mirar a las seis personas reunidas en aquel sótano secreto. Me sorprendió comprobar que uno de los asistentes era el Prior. También estaba el hermano Tomás, el bibliotecario y, para mi estupefacción, bajo las capuchas de los hábitos del resto de presentes, aparecieron tres rostros de mujer. Rafael dijo sus nombres a la vez que yo iba posando mi mirada en ellas, y en la última de ellas descubrí a la criatura más hermosa que había visto nunca.

—Así nació La Orden —tomó la palabra el Prior—. Protegemos el lienzo, como puedes ver, y el libro que contiene el hechizo necesario por si, con el paso del tiempo la magia perdiera su fuerza y la criatura encerrada fuera capaz de vencerla. Si ese fuera el caso, únicamente las que lo encerraron podrían volver a realizar esa magia poderosa que lo vuelva a retener.

—Pero... Eso es imposible... —me atreví a murmurar.

—Como bien dices, con el paso de los años aquellas tres mujeres se hicieron mayores y posteriormente murieron. Sin embargo, siempre, inevitablemente, tendrán una hija cada una de ellas, a la que deberán poner su nombre y será ésta la que continúe la estirpe de hechiceras hasta el fin de los tiempos.

—Con todos mis respetos... No soy más que un simple ayudante, no soy nadie ¿qué puedo hacer yo por La Orden?

—Tú lo has visto —aclaró Rafael—, sabes que sus huestes nos rondan. Quizá vienen a liberarlo. Tu visión no fue un sueño, Juan, no fue una

fantasía ni un delirio provocado por la fiebre, fue muy real. Lo viste, y eso me indicó que eres el apropiado para continuar protegiendo este terrible secreto.

—Eso y que yo ya estoy viejo y enfermo —tomó la palabra el bibliotecario—. Alguien tiene que sucederme. Y ese has de ser tú. Dios nos ha guiado y te ha puesto en nuestro camino. Nada es casual nunca, nada es azaroso. Todo es parte de un plan. Y la criatura viene a buscarme, lo sé, lo presiento. Igual que acabó con la vida de Anselmo. Pero también sé que contigo dejo un digno sucesor. Me voy tranquilo.

—Porque te hemos visto en nuestros sueños —añadió una voz escondida bajo una capucha negra, la cual respondía al aciago nombre de Amargura.

Con aquellas palabras dieron por terminado el encuentro y se levantaron de las sillas para salir, con calma y en silencio, de aquella guarida secreta. Los hombres lo hicimos por el acceso que yo ya conocía y las hechiceras por un túnel subterráneo que conectaba aquella cámara con el exterior del monasterio.

Las mujeres tenían un largo camino al pueblo, nosotros únicamente teníamos que acceder a nuestros aposentos y fingir que todo era como siempre. Pero no lo era. Me habían hecho partícipe de un secreto hondo y oscuro y me hallaba estupefacto y asustado. No sabía qué decir, no me atrevía a formular las preguntas que debía hacer, no me atrevía ni a pensar en la realidad de todo aquello, en el peligro al que nos enfrentábamos y en el papel que yo tendría en esa extraña Orden en la que, sin saber cómo, me había metido.

Rafael, mi mentor, mi hermano, mi amigo, me guiaba hacia la celda en la que yo dormía con un leve toque de su mano. En cuanto nos alejamos de los demás se atrevió a darme unas breves palabras de aliento.

—No te preocupes Juan, hallarás la fuerza para hacer lo que tengas que hacer. Nadie sabe cómo tendríamos que actuar en el caso de que escapara, de que lograsen liberarlo. De hecho, no creo que nuestro papel fuese relevante en absoluto. Estamos aquí para proteger el lienzo, para que no caiga en manos indeseadas, y el libro del conjuro. Si alguien con ideas oscuras los robara, estaríamos en problemas. Ya sea por esa cuestión, o por cualquier otro motivo, las únicas que podrían deshacer el desaguizado, serían ellas, a las que también hay que proteger, con nuestra vida, si fuera necesario.

Asentí y me despedí de él, que enfiló el pasillo hasta sus aposentos. Me tumbé en el catre mientras las ideas se me agolpaban en la cabeza sin orden aparente y, por encima de todas ellas, su rostro. El rostro de Teresa.

Durante los días siguientes las presencias y los fenómenos extraños se fueron sucediendo, de forma espaciada pero perceptible. Teníamos una reunión al mes, en la que comprobábamos que todo estuviera bien, que todo siguiera donde siempre. El cuadro en la habitación secreta, el libro en la biblioteca, escondido entre los miles de ejemplares que la poblaban.

—Creo que deberíamos hacer algo —dijo el Prior al final de una de aquellas reuniones, mientras andábamos, todavía juntos, por los largos pasillos que nos llevaban hasta la parte habitada del monasterio—. Algo antes de que sea demasiado tarde. Pero no se me ocurre qué puede ser.

Fueron las últimas palabras que pronunció. A la mañana siguiente, cuando al despertar el día nos reunimos para entonar las oraciones correspondientes, el hombre no acudió a la obligada cita. Fueron a buscarlo, preocupados, el subprior y el boticario, los cuales, al llegar al dormitorio comprobaron que estaba muerto. Un rictus de horror le dibujaba la cara.

Esa muerte, como es lógico, nos asustó y lo desencadenó todo.

Nos reunimos al cabo de tres noches, cuando el cuerpo sin vida de nuestro director hubo sido velado y recibido cristiana sepultura. El desconcierto de casi todos era palpable, las únicas que mantenían la cabeza fría eran las mujeres.

—Tenemos que alejar el cuadro de aquí una temporada, ocultarlo. Podríais llevarlo a otro monasterio, con cualquier excusa, un regalo, por ejemplo —sugirió Eulalia, con decisión.

—Creo que tienes razón, pero no podemos alejarlo con una excusa así, pues en ese caso, nos sería imposible recuperarlo. Por otro lado, no creo que sea prudente hacer a más gente partícipe de nuestro secreto... Me parece temerario.

—He estado pensando estos días —dijo entonces Rafael—. Y creo haber hallado la solución. Como sabéis mis ocupaciones me llevan muchas veces fuera de estas paredes, de esa manera he hecho buenas amistades también fuera de este monasterio. Uno de mis amigos más preciados es un artista muy reconocido en el reino y con múltiples encargos... Se me ha ocurrido pedirle que pinte cualquier cosa encima de este lienzo, para ocultarlo y que lo venda. Eso nos permitirá alejarlo de aquí y además tenerlo controlado. En su momento, cuando creamos que ha pasado el peligro, lo recuperaremos.

Tras unos minutos meditando la idea, votaron todos a favor. Y así se dispuso que, al cabo de dos días, Rafael y yo partiéramos a entrevistarnos con dicho pintor, llevando con nosotros la peligrosa tabla. Corría el año del señor 1798.

El viaje a Madrid no fue largo. Sin embargo, para mí, que no había salido jamás de las paredes de aquel monasterio desde que me trajo Rafael,

fue una experiencia abrumadora. Tan sólo mi carácter templado me impidió demostrar la sorpresa que sin duda sentía a cada paso. Igualmente, no se nos olvidaba la gravedad de los tiempos que estábamos viviendo, así que, en silencio llegamos a Madrid, bulliciosa y magnífica. Nunca había visto tantas personas agolpadas. Las calles sucias y ruidosas me asustaron un poco y suspiré aliviado cuando entramos en el portal de una casa señorial que, al parecer, pertenecía a la persona a la que íbamos a ver.

Un criado nos condujo por la casa hasta llegar a un salón en el que nos sirvió la comida. Estaba realmente hambriento tras el viaje, así que apuré los platos que nos ofrecían mientras descubría, maravillado, sabores que nunca había probado.

Nuestro anfitrión nos recibió aquella misma tarde. En contra de lo que pensaba fui testigo de la conversación entre los viejos amigos.

—Necesito que pintes un cuadro, Francisco —dijo al fin el hermano Rafael tras un par de conversaciones bilaterales de cortesía. El pintor no evitó una carcajada.

—¡Hombre! ¡Pues precisamente a eso me dedico!

Rafael también sonrió entre dientes y prosiguió.

—Amigo, déjame que te sea lo más franco posible, dentro del sigilo que debemos guardar. Lamento mucho involucrarte en esto, pero, realmente, me parece la opción más viable...

—¿De qué me estás hablando, Rafael? No me asustes.

—Necesitamos ocultar una tabla, quizá para ti lo que veas en ella no tenga ningún valor, aunque te aseguro que tiene uno muy alto para la Iglesia. Es preciso ponerla a buen recaudo y ocultarla lo máximo posible. Se me ha ocurrido que podías pintar alguna cosa encima y venderla.

—Déjame verla —ordenó.

Rafael sacó el grotesco grabado y se lo enseñó.

—Es hiperrealista —comentó el pintor, examinándola con interés—. ¿De quién es la obra? ¿Tengo que ocultarla?; Pero si es una maravilla! Da miedo, pero su ejecución es magistral.

—Debes ocultarla, Francisco. Porque es obra del mismísimo demonio.

Entonces, bajo mi asombro, mi maestro decidió hacerle partícipe de la historia.

—Esto que ves aquí no es un dibujo cualquiera, este lienzo no es un pobre e insignificante cuadro. Se trata de un objeto de poder, y las huestes del mal vienen a buscarlo. En su interior, se haya atrapado el mismísimo diablo, en una de sus más terribles advocaciones. Para deshacer el hechizo es necesario pronunciar las palabras de un hechizo escrito en un libro que también se haya bajo nuestra custodia.

—¿Nuestra?

—Sí. No soy el único responsable del cuadro y del libro que puede desatar el mal. Hasta ahora siempre habían permanecido juntos. Sin embargo, consideramos que debemos alejarlo por un tiempo de su escondite, pues nos sentimos amenazados.

—¿Corro peligro?

—No lo creo. No creo que nos hayan seguido hasta aquí, pero sin duda hay que esconderlo mejor. Para ello hemos decidido ocultar incluso el horrible dibujo que contiene, y ahí es donde entras tú. Sólo será por un tiempo, amigo, te prometo que pronto te liberaremos de esta terrible carga.

—¿Cómo llegó ahí?

—Hace mucho tiempo, practicando la magia negra, lograron invocarlo. Para volverlo a detener hizo falta el poder de tres increíbles brujas que lograron vincularlo a este objeto. Guardaron el hechizo en un libro por si, con el tiempo, la magia perdía fuerza y de alguna manera lograba liberarse.

—De acuerdo, vamos a hacer una cosa, déjamelos. Curiosamente estoy realizando una serie de pinturas de temática esotérica, óleos sobre lienzo —y añadió en un tono mucho más bajo, como para sí—. Pintaré todo el cuadro en negro y el dibujo quedará oculto. Después, ya veremos...

—Perfecto. Gracias, amigo. Yo debo partir mañana mismo, al alba. Mis quehaceres me reclaman. El chico se queda aquí. Cuando acabes la pintura me lo mandas para que pueda decirme dónde ha acabado.

Ahogué un grito de asombro y me dispuse a iniciar un extraño periodo de mi vida, vivir al cobijo y bajo las órdenes de un señor completamente desconocido para mí: Francisco de Goya.

Durante el tiempo que permanecí bajo el techo del pintor, éste pasaba las mañanas, las tardes y las noches en su estudio de pintura mientras creaba la obra. Ante mí, se fueron dibujando sombras, pájaros de mal agüero y criaturas fantasmales. Entre todo aquello, destacaban tres mujeres de temible aspecto y tocadas de negro, sosteniendo una de ellas un libro negro entre las manos mientras se hallaban en pleno trance.

Cuando estuvo terminada, Goya se giró hacia mí, como si fuera la primera vez que reparaba en mi presencia y me dijo:

—Lo llamaré “El conjuro”, muchacho.

Al cabo de aquellas interminables semanas pude volver a El Escorial, como era mi deseo. Al llegar le comuniqué a La Orden que el cuadro estaba a buen recaudo en una de las casas de los Duques de Osuna, a

quienes, curiosamente, había tenido la oportunidad de conocer. Había aprendido mucho durante mi estancia en Madrid. Sin embargo, mi carácter recogido y mis costumbres me acuciaban a volver al monasterio. Y volver a verla a ella. Ella, siempre.

Con los meses los fenómenos paranormales que habíamos vivido fueron disminuyendo hasta desaparecer por completo. El perro negro al que yo me había enfrentado, y que había sido avistado, a lo lejos, u oído por algunos hermanos del monasterio, dejó de rondar por el recinto monástico; la opresión que los miembros de la extraña agrupación sentíamos también desapareció. Y una noche, en la que todos estábamos reunidos, después de casi dos años de espera, Rafael, que había adoptado una suerte de papel dominante, comentó que ya era hora de recuperar el cuadro.

La operación fue sencilla. Le pidió por carta a su amigo que convenciera a los dueños para que le dejaran restaurar el cuadro y, al devolverlo, les entregara el duplicado que había realizado a la vez que la obra enajenada. De esta manera, el cuadro maldito volvería a nuestras manos. Los Duques accedieron, aunque a sus ojos, los defectos que alegaba el pintor eran imperceptibles. Mi hermano Rafael y yo volvimos a viajar a casa del artista cuando hubo recuperado el cuadro y lo trajimos de vuelta al día siguiente. Francisco de Goya y sus ayudantes, se encargarían de completar el engaño, dándoles el otro cuadro en lugar del que llevaba colgado en las paredes de su casa largo tiempo ya.

Celebramos, la misma noche de la vuelta, otro concilio para mostrar que habíamos recuperado aquella especie de reliquia maldita y, al acabar, Rafael añadió unas muy temidas palabras para mí.

—Queda disuelta La Orden y, por lo tanto, se suspenden las reuniones que veníamos celebrando estos últimos tiempos. Dios quiera que el peligro

haya pasado y no tengamos que vernos más. En cualquier caso, pasaremos como siempre el testigo a nuestros sucesores que, si Dios quiere, tampoco tendrán que verse nunca.

—Se vuelven a quedar los dos objetos bajo el mismo techo —afirmó una de las mujeres.

Como quiera que ninguno de nosotros respondiera, salieron del recinto y así fue como dejé de ver a Teresa. Mi corazón se paró un poco desde ese momento. Seguí viviendo a ralentí, una vida que me parecía vacía y hueca, casi insufrible.

—Entonces, volveremos a vernos —apenas musitó Amargura antes de abandonar el monasterio.

Y quiso la voluntad del señor que muchos años después nos volviéramos a encontrar. Para separarnos de nuevo.



Sevilla. Viernes, 29 de abril de 2022.

Macarena acabó aquel párrafo y decidió, acto seguido, mandarles el último trozo traducido a las inspectoras. Mientras enviaba el email recordó que hacía no mucho había entrado en el despacho de su jefe y había encontrado en la mesa un par de diccionarios de latín. Le había extrañado entonces y no estaba segura de por qué lo recordaba ahora, desechó la idea y siguió trabajando. Ya le quedaban muy pocas páginas del manuscrito.

DOS CONJUROS

Sevilla. Viernes, 29 de abril de 2022.

Valeria había recibido mientras cenaba una llamada de su madre. Como la conocía como la palma de su mano, no en vano era su madre, la había notado triste y había insistido hasta saber cuál era la causa. La inspectora le había contado que estaba preocupada por su relación, ya que, aparentemente todo iba bien, pero no podía evitar que las dudas la consumieran, a lo que la madre había sentenciado: “Hija, ¿qué quieres? Eso no podía ir bien de ninguna de las maneras”. La frase había dejado en Valeria el poso conocido del dolor de no ser nunca suficiente para que nadie se quedara. Porque no tenía una historia especialmente trágica, sólo un cúmulo de relaciones con las que se ilusionaba y que luego se deshinchaban como un globo tras tocar la punta de una aguja, poco a poco, dejando finalmente un cuerpo arrugado y desechable. Así es como se sentía ella tras cada ruptura. Una vida normal, un desenlace esperado. Unas cicatrices que escocían. Una inseguridad latente, un miedo crónico.

Para dejar el bucle al que la conversación la había llevado, se concentró en la última entrega del manuscrito de Juan de Ourense.

En cuanto Valeria acabó de leer aquella última parte de la traducción que tan eficientemente estaba realizando Macarena, corrió al despacho de Marta.

—¡Hay dos cuadros iguales! —exclamó.

Al fin se había resuelto aquel misterio.

—Siéntate, anda —la invitó Marta, acompañando un gesto y una sonrisa cansada—. Al final tenías razón con lo de traducir el librito...

Valeria sonrió mientras se sentaba frente a su compañera.

—¡Vaya historia, Marta! Primero pensábamos que había un cuadro y una falsificación. Luego que había dos cuadros parecidos, uno en el museo y otro en un convento. Y ahora resulta que hay dos cuadros idénticos. Eso explica muchas cosas. El del museo Galdiano es verdadero y es que el que conoce todo el mundo. La cadena de custodia está perfectamente documentada: Los duques de Osuna primero, después el duque de Tovar... y finalmente en 1928 lo adquirió José Lázaro Galdiano. El otro tiene que ser el que guardaban en San Leandro, el que robó Julio para Lobato. Aunque no sabemos todavía cómo llegó a dicho lugar. Me inclino a pensar que el cuadro que Julio robó es el que escondía la secta de la que nos habla Juan. Lo que me extraña es el carácter de la denuncia que formuló la Iglesia. O ha mentido o no sabe lo de los dos cuadros.

—¿Te tragas el cuento, Val?

—Bueno, sí. Piensa que nos está facilitando una explicación que nos cuadra, que nos ayuda a comprender todo lo que está ocurriendo.

—No me negarás que es una historia rara, llena de misterio y de cosas paranormales... No sé, creo que quizá todo se deba a la mente imaginativa, delirante o sugestionada de un monje en una época pasada.

—Es cierto. Pero no es una invención, ya que hay hechos materiales que lo avalan. Dejemos de lado las implicaciones esotéricas y veámoslo como un documento histórico. Nos da igual si la historia paranormal es cierta o no. Lo que nos importa son sus implicaciones. Quiero decir, no hace falta que creamos que el cuadro tiene al diablo encerrado en su interior. Sin duda

hay gente que lo cree, gente que está dispuesta a matar por ello. Desde ahí debemos partir.

—¿Cuál debe ser nuestro siguiente paso, según tú?

—Investigar. Ese es nuestro trabajo, al fin y al cabo, ¿no?

—¿A quién? ¿A un monje del siglo XVIII? —respondió Marta, sarcástica.

—Sí, Marta, sí, a un monje. Veamos si existió, si las personas que menciona existieron, si hay otras menciones en otros lugares de dicha sociedad... Intentemos contrastar todo lo contrastable. También hay legos en la historia: las tres chicas, médiums, brujas, lo que fueran. Tenían que ser de allí, o estar censadas allí. ¿Cómo se llamaban? Teresa...

—Amargura y Eulalia. Está bien, podemos hacer unas cuantas llamadas. No será rápido.

—Pongamos a trabajar a Verónica junto con un pequeño equipo de documentación. También debería investigar sobre Felipe II y El Escorial, e incluso sobre Goya. Cuando pensábamos que sólo había un cuadro, con lo superficial nos valía, pero ahora creo que deberíamos escarbar.

—Está bien, si Concha lo aprueba, lo intentaremos. Juguemos a ese juego, ¿qué es lo que nos sirve para nuestra investigación? ¿Qué podemos extraer?

—Que en tiempos de Felipe II tres mujeres atraparon al diablo en un cuadro. Para su custodia se creó una sociedad. En el siglo XVIII sintieron que corría peligro e inventaron un ardid para alejarlo un tiempo del monasterio donde lo guardaban, de ahí que sobre el lienzo se pintara una famosa obra que, tiempo después, volvió a manos de los monjes dejando dos cuadros idénticos y verdaderos, pero uno con una maldición que el otro

no tiene. No sé cómo han llegado a la conclusión de que el “bueno” es el del convento... Tal vez planeen robar el otro también. Hay que volver a llamar al museo y advertirles que tengan cuidado.

—Y, ¿cómo pasa de estar escondido en un monasterio de las afueras de Madrid a un convento de monjas de Sevilla?

—Bueno, para eso no tenemos explicación todavía. Queda parte por traducir, quizá lo cuente en la parte que nos queda.

—Si todo va bien, Macarena acaba mañana —reflexionó Marta en voz alta—. Sin embargo, ya podemos hacernos conjeturas acerca de la implicación del cuadro y del propio manuscrito en todo esto.

—Sí. Continúo: en la actualidad, Joaquín, arruinado y con un montón de problemas, da con el diario de Juan. Lo compra, lo traduce, y se obsesiona con la idea de poder cumplir sus deseos a través de un pacto con el diablo.

Marta se echó a reír, sin poder evitarlo.

—Por el amor de Dios...

Valeria siguió hablando, ignorando deliberadamente el comentario de su compañera.

—A pesar de la evidente dificultad, consigue que su amigo Julio encuentre y robe el cuadro para él...

—Sí, e invoca al diablo y lo mata —añadió Marta irónicamente acompañando, de nuevo, una carcajada que Valeria imitó.

—Un poquito de seriedad, coño —protestó entre risas Valeria—, ¡que estamos ante una investigación de asesinato!

—Sí, sí, pero no me fastidies, *miarma*... Vernos así...

—Bueno, ya acabo. Antes de que Joaquín pueda invocar al diablo —añadió con sorna Valeria—, se comete un robo en su casa y resulta muerto.

—Y, según tú, ¿se trata de un robo casual?

Valeria reflexionó.

—No lo creo. Hemos pensado hasta ahora que Julio por cualquier desacuerdo, en el precio probablemente, lo acabó matando. Pero cada vez veo más probable que el móvil fuera el supuesto poder del lienzo.

Marta se quedó callada unos instantes.

—Es una perspectiva interesante, hay que recordar que Joaquín no fue precisamente discreto con el tema, así, *a bote pronto*, nos han hablado de la búsqueda del cuadro Rocío, el propio Julio, y creo que Manuel también, ¿no? —Luego cambiando el tono, añadió—: ¡La exmujer era una bruja de cuidao! Apuesto por ella, vamos, que hay que investigarla fijo.

—Fijo —admitió Valeria guiñándole el ojo y riendo también—. Por cierto, volviendo a lo que has dicho antes, no creo que Joaquín invocara al diablo.

—Evidentemente que no, ¡hija de mi vida!

—No, pero no lo digo porque nos parezca absurdo, sino porque falta un elemento... Según he entendido yo, hay un libro de hechizos y ese no estaba en poder de la víctima. Quizá en este momento, alguien lo esté buscando.

TERCERA VÍCTIMA

Norte de España. Viernes, 29 de abril de 2022.

Javier y su equipo estaban a pleno rendimiento. Un nuevo caso de robo con violencia con un resultado de muerte se había producido en una población cercana y pequeña, con una dotación escasa. Por ese motivo, pero, especialmente, por la evidente conexión con el caso que llevaban, les habían endosado también ese último crimen.

El equipo se encontraba algo desesperado por la falta de pruebas e indicios que los llevaran a conclusiones válidas y eficaces para dar caza a la banda que estaba efectuando los robos.

A las diez de la mañana se reunieron en la sala de costumbre para poner en común todo lo que habían averiguado.

—Buenos días —les dijo, mientras se sentaban Blanca, Fran y Adrián—. Tenemos el informe de la autopsia de la tercera víctima, fallecida el día veintidós, es decir, hace ya una semana, pero hasta el miércoles siguiente no fue hallado su cadáver. El hecho de que viviera alejada de la urbe y sola facilitó no sólo la labor del asesino, sino también que se mantuviera oculto el hecho más tiempo del debido. María Gálvez. Mujer de 71 años, caucásica, sin marcas previas de operaciones y con una historia clínica impecable, salvo por el desgaste propio de la edad: la vista... Ese tipo de cosas. Presenta laceraciones y escoriaciones por todo el cuerpo. Moretones le cubren, en su mayor parte, la zona lumbar, la barriga y los pechos. Los ojos estaban hinchados y morados también por contusiones de un objeto

romo, con la mayor probabilidad el puño de una mano humana. Con un cuchillo de hoja dentada, como los de caza, de dimensiones algo más grandes que uno doméstico, le produjeron heridas por todo el cuerpo. Con esa misma hoja le seccionaron los dedos índice y meñique de la mano izquierda y los tres contrarios de la mano derecha, además del pabellón auricular derecho. Los pies no presentan uñas en ninguna de sus falanges. Igualmente se aprecian quemaduras en la barriga, fundamentalmente, y en los pechos. Por su tamaño y su estructura, han sido producidas por un cigarrillo. Inciso: se ha buscado arduamente la colilla por nuestro equipo de la científica y no se ha encontrado. Presenta también rotura de tres costillas. Una de ellas, al romperse, le perforó el pulmón izquierdo que provocó un colapso pulmonar. Los cortes más profundos, en tórax y abdomen, alcanzaron el hígado, el bazo y algunos vasos, ese desangramiento interno le produjo una sepsis y una peritonitis que desembocaron en la muerte.

—A raíz de lo que has contado parece que el *modus operandi* es el mismo que en las otras dos, el modo de torturarlas es muy semejante. Igual, diría yo —apuntó Fran.

—Lo que nos lleva a pensar que se trata del mismo autor o autores —admitió Javier.

—Lo que me parece increíble es las pocas huellas o vestigios que dejan... Creo que nos estamos equivocando en nuestro planteamiento inicial y puede que únicamente lo esté haciendo una persona. Pensadlo: son potencialmente fáciles de reducir. Personas mayores a las que, probablemente pillan desprevenidas, con lo cual sus posibilidades de defensa se reducen drásticamente. Es mucho más fácil controlar que una sola persona no deje vestigios de su paso que un grupo: pelos, huellas, ADN... No hemos encontrado nada.

—En este caso te equivocas, Blanca. No quiero decir que te equivoques en que sea solo una persona o un grupo muy reducido, una pareja, por ejemplo. Me refiero a que te equivocas porque en esta escena del crimen sí hemos encontrado un indicio. No hemos hallado la colilla, aunque hemos encontrado rastros de ADN en el dormitorio de la víctima. Parece ser que, antes o después de matarla, registró su casa con meticulosidad, como hacía siempre. Por suerte para nosotros, en este caso ha dejado rastro en el tejido de la colcha de la cama, en la que, probablemente se sentó, y cabellos. Estamos a un paso de cogerlo, si estuviera fichado. Si no, sin nadie con quien compararlo, por ahora no nos servirá de nada. Si bien, en cuanto tengamos sospechosos, nos será muy útil para inculparlos o desecharlos.

—¡Eso son muy buenas noticias!

—Pues yo no las tengo tan buenas —tomó la palabra Adrián—. He mantenido largas y continuas conversaciones con mis informantes y nadie sabe nada. Ningún rumor sobre alguien que vaya presumiendo por ahí de desvalijar a ancianitas inocentes. Igualmente me he paseado por casi todas las tiendas de compraventa de oro y no he encontrado ninguna joya que pudiera pertenecer a las otras dos fallecidas. Pueden haberse deshecho en cualquier otro lugar de la mercancía. Por ahora, no tenemos rastro.

—Lo malo es que la casa de esta tercera víctima se encontraba a las afueras del pueblo —continuó Javier—, por lo que no había cámaras cercanas al lugar. Hemos pedido que revisen las del pueblo, por si pudiera aparecer alguien que nos pareciera de interés, pero, sin saber a quién busquemos, creo que va a ser perder el tiempo. Por delante de esa cámara pasarán cientos de personas a lo largo del día, y ni siquiera tenemos clara la franja horaria. No sabemos la hora de la muerte, ni el lapso de tiempo que duró la tortura, ni tampoco si después se quedó en el domicilio mucho o poco rato. Además, el pueblo tiene los suficientes habitantes como para que

no sea posible identificarlos a todos y descubrir de forma rápida quiénes puedan ser forasteros.

—¿Qué podemos hacer entonces, jefe?

—Bueno, por ahora interrogar a las personas cercanas a la víctima, vecinos, por si alguien ha visto algo sospechoso y a familiares. Quizá ella hubiere visto algo raro y lo hubiera comentado con alguien, no sé. Hay que intentarlo. Una vez terminemos y tengamos los resultados de la científica, ya veremos qué líneas de investigación podemos seguir. Con esta muerte también se ha ampliado considerablemente el radio de acción de la banda o persona que esté tras todo esto, pues, aunque esta ciudad es condenadamente grande y tiene más de un millón de habitantes, no les ha bastado con cambiar de barrio. Han cambiado de población.

—La población no es muy lejana, igual alguno de ellos vive por allí. Puede que en las anteriores ocasiones se haya desplazado para cometer los golpes y ahora hayan aprovechado esta oportunidad por parecerles algo fácil.

—Desde luego, no estamos en posición de descartar opciones todavía. En fin, tenéis trabajo. ¡Vamos todos! Cuando vayamos obteniendo resultados, lo vamos hablando. Fran y Adrián, daos un paseo y hablar con los vecinos más próximos al domicilio, después encargaos de buscar a los familiares y citadlos para declarar. Blanca, tú y yo nos pasaremos por la comisaría para intercambiar impresiones con los agentes que atendieron la llamada en primer lugar. Es un fastidio que no pudiéramos estar allí desde el principio. Habrá que ir a inspeccionar la zona del crimen.



Norte de España. Sábado, 30 de abril de 2022.

A las diez de la mañana Lía andaba a vueltas por su salón. Los nervios le impedían estarse quieta mientras esperaba a sus invitadas. Tenían muchas cosas de las que hablar, aunque lo importante era ponerse de acuerdo en un plan y temía que no iba a ser sencillo. De las tres, dos, entre las que se incluía, eran mujeres maduras, educadas para la causa y conscientes de sus obligaciones, pero la tercera... Ese alma díscola la preocupaba. Bajo una fachada de dureza que acababa en su ropa, se trataba simplemente de una chica solitaria, tímida y asustadiza. Sólo había tenido en su vida una persona que sostuviera sus raíces y ahora se la habían quitado. Era consciente de que tenían una bomba de relojería en las manos y no estaba segura de si entre ellas dos iban a ser capaces de convencerla, de hacerle entender que aquello las trascendía.

Diez minutos pasada la hora en la que habían quedado, apareció Mara. Vestía una sencilla camisa blanca sobre un pantalón azul tejano y unas botas de caña corta de color marrón. Le dio dos besos en el dintel de la puerta y la invitó a entrar.

—Perdona, el tráfico... Ya sabes —se disculpó con la anfitriona.

—Está bien, no eres la última. Mayte no ha llegado. Pasa, tomaremos un café y charlaremos en tanto llega.

La invitada se acomodó en una silla de la cocina mientras Lía hacía rápidamente dos cafés de cápsula, a los que añadió leche y azúcar. Sacó un bizcocho casero del horno y lo depositó en la mesa junto a los cafés.

Estuvieron hablando un buen rato, conociéndose, midiéndose. Apenas se habían visto en una ocasión hacía ya muchos años, en un entierro. Estaban tan abstraídas que apenas se dieron cuenta de lo rápido que pasaba el

tiempo hasta que una llamada de teléfono del marido de Lía hizo a esta mirar el móvil y darse cuenta de que ya era casi la una de la tarde.

—¿Qué hacemos? —preguntó a Mara en cuanto colgó.

—Esperemos un poco más. Confiemos en ella.

A mediodía llamaron a la única que no había acudido a la reunión. No contestó. Temieron por lo que podía haber pasado. Estar pasando. Pero no tenían forma de dar con ella porque nunca había querido proporcionarles su dirección.



Norte de España. Sábado, 30 de abril de 2022.

Mayte estaba presa de un ataque de pánico. Había meditado ampliamente su decisión y estaba convencida de que era lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias. El viernes justo antes de que cerraran el supermercado de la esquina, se había aprovisionado bien de todo aquello que necesitaba para parapetarse en su casa todo el fin de semana. Desconectó el teléfono. El lunes sería un día clave para ella y esperaba estar obrando bien, aunque contraviniera las directrices que su abuela se había encargado con tanto mimo de inculcarle. Estaba muerta de miedo. No lo iba a saber gestionar.



Norte de España. Sábado, 30 de abril de 2022.

Javier había pasado toda la mañana en comisaría. Ese fin de semana su hijo no estaba. Llegó a casa a eso de las tres de la tarde y se apresuró a preparar la comida que ese día, no degustaría solo. Se puso un pantalón cómodo y una camiseta, tras ducharse y se dirigió a la cocina. No le gustaba demasiado cocinar, pero, para acompañar un espumoso blanco hizo a la plancha un lomo de salmón, que acompañó con unas patatas al microondas. Luego, se sentó a la sencilla mesa de madera, se sirvió una copa generosa y llamó. Últimamente había estado algo desconectado de su compañera y, tras la enésima proposición de Valeria no había sabido negarse. Tras una brevísima espera, la policía apareció tras la pantalla, con su melena suelta y un plato de macarrones por delante.

—Hola cariño —saludó.

—¡Hola! ¿No me vas a acompañar con el vino?

—¡Claro! Sírveme, porfa —contestó la mujer, y ambos rieron por la broma.

Empezaron a comer mientras se contaban sus respectivos días.

—¿Estuviste hasta muy tarde ayer en comisaría?

—Sí. El texto está casi traducido por completo.

El hombre hizo un gesto expresivo y no le hizo falta preguntar.

—No veas qué historia... Ay, Javi, no sé qué pensar... Es confuso. Es tan fantasioso... pero a la vez nos cubre agujeros en el asesinato, o, mejor dicho, en el robo.

—Cuéntame, y te diré qué pienso.

—A ver, como sabes, se trata de un libro antiguo. Hemos intentado acreditar que sea auténtico y todo parece indicar que sí lo es, a falta de unas pruebas más exhaustivas que se van a hacer por parte de Manuel, el dueño, posteriormente a la traducción. No me gusta cómo hemos accedido a esta pista, ya que involucra al hijo de la víctima hasta un punto perjudicial. Nos reclama conocer el contenido del manuscrito. ¿Cómo negarnos? Él mismo puede contratar a cualquiera para hacerlo. Dejando de lado esa cuestión, la historia que explica es fantástica. Increíble. Pero como mezcla personas reales en la trama... ¡Tan reales como al mismísimo rey Felipe II! —Añadió haciendo un juego con el doble sentido de la palabra. Javier sonrió—. Pues no sé qué pensar, la verdad.

—¿Me vas a contar la historia o qué? —preguntó el hombre haciendo un amago de hastío con los labios, cansado en parte de la cantidad de rodeos que daba Valeria para todo.

—Por supuesto. A ver, hace mucho, mucho, tiempo —empezó con sorna—, un bebé abandonado llegó al monasterio del Escorial. Allí se hizo mayor sin conocer otra cosa que la vida monástica. Lo que nos indica el alto nivel de sugestión y de religiosidad que debía poseerlo. La cuestión es que, una noche en la que no puede dormir acude a la biblioteca a leer y, al volver, tiene una experiencia paranormal que le altera profundamente. Siente una presencia fantasmal, luces, sonidos inexplicables, le embarga una parálisis y se enfrenta con la aterradora figura de un gran perro negro.

—Simbólicamente el perro negro siempre ha representado al diablo...

—Ahí voy, Javi. Cuando se atreve a decírselo a su mentor, éste le conduce hacía un lugar en el que se reúne una sociedad secreta cuya misión es no dejar escapar al diablo, al que mantienen en un lienzo mediante un hechizo de vinculación.

—Hasta ahora todo me parece el argumento de una buena película de terror, pero no entiendo cómo vas a ir a parar a Joaquín con todo esto.

—Pues justo ahora llego a eso. Este monje escribe la historia en 1845, momento que pensamos que está próximo a su muerte. Los hechos que relata suceden durante su juventud, a finales del siglo XVIII y se remontan al reinado de Felipe II en mil quinientos y pico... Por lo que cuenta, este Rey era muy aficionado al esoterismo. Un día una invocación salió mal..., o bien, la verdad es que no sé cuál es la expresión correcta —ambos hicieron un gesto expresivo a la vez—, y tuvo que contratar a tres poderosas hechiceras para que le quitaran el mal rollo de encima. Creía que el diablo iba a por él y lo atraparon en una tabla.

—Una tabla... Quiero pensar que sé por dónde vas, pero no veo cómo vas a llegar.

—Sí. Una tabla que una secta de monjes y hechiceras ha estado custodiando desde ese tiempo, junto con un libro que contiene el conjuro.

—Va, termina, me tienes en ascuas —añadió Javier.

—Si no paras de interrumpirme no voy a terminar nunca —rio Valeria—. Pues a raíz de estos hechos que no sólo experimenta el autor del manuscrito sino todos los miembros del recinto y que culminan en la muerte de varios miembros de la congregación, deciden poner el lienzo a buen recaudo y esconderlo por un tiempo. Y, ¿adivina qué? Uno de los monjes es amigo de Francisco de Goya y le pide que pinte sobre él.

—“¡El conjuro!” —exclamó Javier, uniendo los cabos.

—“El conjuro”. Pero, espera. El cuadro, como sabemos va a parar a manos de los Duques de Osuna, que estaban decorando uno de sus palacios, y permanece allí hasta que a los monjes se les ocurre que ha pasado el peligro. Entonces hacen una maniobra asombrosa: le piden de nuevo al

pintor que, so pretexto de restaurar el primero, le dé el cambiazco a los Duques endosándoles una réplica idéntica. De esa forma, la obra maldita vuelve a estar en poder de los monjes. —La policía esperó unos segundos para que su pareja asimilara lo que le había dicho, luego exclamó—: ¡Hay dos cuadros, Javier!

—Hay dos cuadros... —repitió él—. Eso os ayuda a comprender por qué el del Museo Galdiano está allí tan flamante. El que le robaron a tu víctima fue el otro. Y no se trata de una copia o falsificación. Es un auténtico Goya.

—Sí, Javi, sí. ¿Qué te parece?

—Flipante, niña.

—En fin, que eso unido a lo del robo en San Leandro nos abre una nueva vía. Ambos cuadros son auténticos pero el cuadro maldito podría muy bien ser el que custodiaba la Iglesia, aunque no sabemos como diablos ha llegado allí. En cualquier caso, parece muy probable que el cuadro sustraído sea el que robó Julio y, por tanto, hay un nuevo indicio contra él.

—¿Tenéis ya al asesino?

—No. Tienen al ladrón del cuadro. Nosotras no tenemos asesino porque no hemos podido demostrar que Julio estuviera con Joaquín en el momento de su muerte. Estaba en una reunión de amigos y muchos lo confirman, así que, más o menos, tiene coartada. Tenemos órdenes de seguir indagando y encontrar un vínculo, pero, a la vez, no podemos no investigar la historia que nos cuenta el monje, ¿no crees?

—La verdad es que me parece un terreno complicado. Basar una investigación de asesinato en una historia del siglo XVIII de tintes tan fantásticos y surrealistas no trae razón de ser, no os lo van a aprobar de ninguna manera. ¿Qué pasos vais a dar?

—Pues por ahora verificar todo lo verificable, seguir confirmando la antigüedad del manuscrito, investigar la existencia de los personajes que menciona, verificar la existencia del narrador, de los demás monjes, de Teresa, Eulalia y Amargura... Sabemos que el cuadro por sí mismo no es suficiente, se necesita de un hechizo guardado en un libro cuya ubicación desconocemos.

—Al parecer hay alguien, un asesino que anda suelto, que se ha tomado la historia a pecho y que, igual que vuestro muerto, quiere invocar al diablo.

—Eso es, Javi. Eso parece ser.

OceanofPDF.com

REENCUENTRO

Pasaron muchos años tranquilos, de recogimiento y oración. Las tribulaciones me abandonaron e igualmente, en cierta forma, el recuerdo de Teresa. Murieron los componentes de la orden y únicamente quedé yo. Dado que todo estaba tranquilo, no me pareció necesario buscar nuevos aliados y así fue pasando el tiempo, como el recuerdo de un ensueño lejano, como una memoria diluida en el paso del tiempo. Hasta que un día, el hermano Teodoro, primer ayudante del bibliotecario Francisco Pérez Bayer, vino a mi celda en plena noche.

Los golpes en la madera de la puerta me despertaron. Me levanté y, asiendo la única vela que daba luz a la estancia y que seguía prendida en la mesilla de noche, junto a una biblia, fui a abrir asustado.

—¿Qué ocurre, hermano?

Teodoro entró en la habitación, con el rostro circunspecto y cerró la puerta.

—Tienes que acompañarme ahora mismo.

—¿Qué pasa?

—Acompáñame, te lo ruego, hay cosas que es mejor ver por uno mismo.

Para mi sorpresa lo seguí hasta la biblioteca y, ante mis ojos, atónitos, la entrada a la cripta secreta, aquella que hacía décadas que no pisaba, se abrió para nosotros tras un gesto del hermano Teodoro. Con un gesto comprensivo, me invitó a entrar y allí nos esperaba el hermano Lucas.

—Pero... ¿Cómo...? —apenas balbucí.

—Sé que pensabas que La Orden estaba extinta. Creímos que era lo mejor para ti, tras el papel tan importante que jugaste la última vez. No pensamos en revelarnos hasta que ocurriera algo. Y así ha sido.

Mi alma se fue agitando mientras me contaban que, antes de sus respectivas muertes, habían sido designados por los anteriores miembros de La Orden, para continuar con el legado, al igual que hiciera Rafael. Yo creía que era el único superviviente del anterior conciliábulo y no se me pasó por la cabeza que hubiera más monjes enterados. Obviamente así era, y ambos, al igual que yo lo había hecho a solas, habían vigilado el cuadro cada cierto tiempo y comprobado que todo siguiera en su lugar. De nuevo, una serie de visiones y apariciones horrendas habían asolado nuestra comunidad, de lo cual yo no tenía conocimiento. Eso había hecho que ambos monjes aumentaran su celo y, justo cuando estaban a punto de convocarme para restaurar el grupo, había bajado el hermano Lucas y se había encontrado con aquello: ante mí, el armario que guardaba la tabla aparecía arañado, principalmente en la zona de apertura y un reguero de sangre se perdía en la oscuridad para desaparecer en un punto cualquiera, sin explicación posible. Me entró el mismo pavor que asolaba a mis hermanos y caí vencido en las antiguas sillas que antes ocupáramos, vencido por la angustia.

Pasamos largo rato así, hasta que, resuelto, Teodoro tomó la palabra.

—Tenemos que hacer algo.

—Sin duda —repuse yo minutos después—. Sin embargo, faltan ellas. No sé si estáis al corriente de que el grupo lo formaban en su día también tres mujeres...

—Por supuesto —atajó el hermano Lucas con aire de suficiencia.

—Claro, claro que lo estáis —repuse yo disculpándome—. En ese caso, antes de decidir, deberíamos contactar con ellas, ¿no os parece? —Y luego, añadí—: ¿alguno de vosotros sabe cómo dar con su paradero?

Lucas afirmó con un gesto de cabeza y resolvimos reunirnos a la noche siguiente para no demorar más la decisión y poder evitar así que el mal consiguiera sus claros propósitos.

Pasé el resto de la noche y todo el día siguiente pensando en la mejor solución para aquello. Y, al anochecer, con las vísperas, creí tener una idea clara de lo que debía hacerse. Ahora ya únicamente me quedaba esperar hasta que el monasterio se durmiera y pudiera reunirme con mis inesperados compañeros. Y con ella.

El hermano Teodoro y yo llegamos prácticamente a la vez a la entrada secreta, así que nos internamos juntos hasta llegar al habitáculo que albergaba el objeto de nuestros desvelos. Allí comprobamos que el hermano Lucas ya se encontraba sentado junto a otros tres cuerpos tocados con una capa negra, en completo silencio. Al vernos, Lucas tomó la palabra.

—Hermanos, haremos bien de temer al mal. Sobradas pruebas tenemos de que de nuevo nos acecha. Hemos oído cuchicheos de que un gran y negro can ronda el monasterio al dar la media noche. De eso seguro sabe el hermano Juan. No podemos ignorar que algo ha sido capaz de penetrar en este lugar y ha intentado, afortunadamente sin éxito, robar los dos objetos que aquí se encuentran. Debemos considerar que este sitio ha sido profanado.

—Lo único que me tranquiliza es pensar, que, si logran obtener el cuadro y el libro, es necesario que vosotras realicéis la invocación para que algo suceda.

— Eso no es del todo exacto, hermano —repuso la mayor de las mujeres—. Si bien es necesaria nuestra fuerza para volverlo a retener, tras tanto tiempo esperando, existe la posibilidad de que el demonio encerrado pueda canalizar la energía de cualquier persona que intente liberarlo cantando el salmo al revés. Como digo, no lo sabemos, ya que no ha ocurrido nunca, pero es una posibilidad que no debemos desechar. Y si eso ocurre, será libre.

Estas palabras me produjeron un escalofrío de angustia. Me permití por primera vez buscar a Teresa con los ojos. Ella me devolvió la mirada, de la misma manera intensa que antes, hacía tanto tiempo, y descubrí en el mismo rostro de entonces, pequeñas señales del paso de los años y una expresión mucho más triste, decepcionada.

—Me parece evidente que debemos separar los objetos, para que su reunión sea mucho más complicada. Hemos pecado de cándidos. Y de imprudentes.

—Sí, así es. Tenemos que separarlos y dividirnos nosotros también. ¿Qué sugieres, Juan?

—Por razones evidentes tenemos que quedarnos con el libro. Debemos de partir del supuesto de que ellas son las únicas que pueden deshacer el hechizo, aunque no estamos seguros parecería lo lógico, por eso no pueden quedárselo ya que el hechizo está unido a ellas. Son las partes de un todo y, por tanto, deben dividirse.

—Entonces... ¿Nos quedamos el cuadro? —preguntó una de ellas.

—No veo como lo vamos a custodiar —dijo otra.

—Ni yo, ni yo —repuso rápidamente Teodoro—. Esa no es la solución. Debemos alejarlo de aquí, quizá buscar otra orden lejos que pueda hacerse cargo de su cuidado. Tengo un amigo...

—No. —Se hizo escuchar, contundente, Teresa, que hasta entonces no había abierto la boca—. No involucraremos en esto a nadie más. Me lo llevaré yo.

Todos la miraron expectantes.

—Creo que es importante que siga en manos de la Iglesia. Pero, evidentemente no puede estar aquí. Hace tiempo que pienso en el camino que debe tomar ahora mi vida y creo que ha llegado el momento de dar el paso. Me casé, tal y como se me ordenó. Tuve hijos. Luego enviudé y esperé largo tiempo a que alguien viniera a buscarme.

Levantó los ojos hacia mí y los mantuvo apenas una fracción de segundo. Recordé entonces una vieja promesa que había deslizado en forma de nota una de las noches en el bolsillo de Teresa. Una promesa de amor, una promesa de valentía. Una promesa baldía que se había llevado el tiempo como si jamás hubiera sido escrita.

—Voy a ordenarme. Marcho a un convento en Sevilla, dentro de dos días. Antes de partir vendré a por el cuadro. Tenedlo preparado —terminó de decir Teresa.

Nadie se atrevió a llevarle la contraria. En verdad, a todos les parecía una solución muy satisfactoria. Yo no podía levantar mis ojos del suelo. Me sentía el hombre más estúpido de la faz de la tierra. Aún me siento así.

—Falta algo. Uno de nosotros debería velar siempre por el cuadro.

Tras aquellas palabras Lucas meditó unos minutos en silencio, mientras los demás nos debatíamos entre esperar pacientes o pensar en una solución para poder cumplir la premisa del hermano.

—Está bien. De alguna manera lograré reunirme contigo, y ayudarte a soportar la carga. Sé que es un convento de monjas, pero bien deben

necesitar un párroco... Vosotros dos —nos dijo a Teodoro y a mí—, quedáis desde ahora liberados de vuestros deberes. Mucho habéis hecho ya. Será más seguro cuanto menos gente participe.

Asentimos, pues estaba claro que Lucas había asumido el mando de La Orden.

—Queda el libro —dije yo después.

—Quizá lo correcto es que se quede aquí —afirmó de nuevo el hermano—. No en vano yo me iré del monasterio para no volver. El libro permanecerá en este lugar. Escondedlo pero que nadie, nunca, sepa dónde está, que el conocimiento sobre su paradero muera con vosotros. Nunca lo revelaréis, ¿queda claro?

— ¿Y si lo necesitamos? —repuso una de las mujeres.

—Pensaré una solución —dije—. Tendréis noticias mías.

Y así se disolvió aquella misma noche la hermandad secreta que durante siglos había guardado tan temible secreto.

Una semana después envié tres cartas, una a cada una de las mujeres que habían formado parte de La Orden hasta su disolución, en ellas les pedía que, tanto ellas como sus sucesoras, se hicieran un tatuaje y les enuncié exactamente el mensaje que debían transmitirse en cada generación para que con ellas se perdiera también el sentido concreto de aquel mensaje, pero no lo suficiente como para no dar con el libro en caso de necesitarlo.

Un nuevo orden de cosas se imponía para la mejor custodia de los objetos. Tras el fin de aquella reunión nada volví a saber de ninguna de las componentes ni nunca volví a referirme a aquel asunto con mis compañeros. Dos años después, el hermano Lucas abandonó el monasterio.

Sé que todo lo que aquí relato puede parecer fantástico o una invención del demonio, que arda yo también en el infierno si así fuera. Porque ayer volví a escuchar su aullido en la noche, y veo sus arañazos en la puerta de mi celda cuando me levanto para acudir a la primera oración. Se qué viene a por mí y que es cuestión ya de poco tiempo. Tan sólo espero que me dé el suficiente para poder poner estas memorias a buen recaudo.

Junio, 1845

Juan de Ourense



Sevilla. Lunes, 2 de mayo de 2022

Macarena Vázquez imprimió los últimos folios que había traducido y se los llevó a Marta personalmente con la intención de despedirse.

—¿Se puede? —preguntó tras llamar a la puerta brevemente con los nudillos de la mano derecha.

—Adelante.

—Toma, Marta —le dijo tendiéndole los papeles que portaba en la otra mano—. He acabado. “El armario” —añadió refiriéndose al hombre de Manuel—, ya se ha llevado el libro. Te agradezco mucho que hayáis confiado en mí para este trabajo, me lo he pasado en grande. Hacía tiempo que no me entretenía tanto.

No tuvo el mal gusto de preguntar nada al respecto, ni de hacer ningún otro comentario que la inspectora no habría podido responder. Marta le tendió la mano a la profesora.

—El placer ha sido nuestro. Has sido muy eficiente. La verdad es que me alegro de que te ofrecieras a ayudarnos. Tu diligencia ha sido ejemplar. Y tu discreción.

—No podía ser de otro modo. Hasta la vista. Voy a pasar a despedirme también de Valeria. Si volvéis a necesitarme para lo que sea, no dudéis en decírmelo.

Marta se quedó sola segundos después. Tras ojear los folios se dio cuenta de que no le había preguntado a Macarena si había hecho copias para sus compañeras. Verónica, tras unos días de baja por una pequeña indisposición, se acababa de reincorporar al trabajo y estaba poniéndose al día del contenido del diario.

Se levantó y se dirigió a su mesa. Tras intercambiar unas breves palabras con ella, fue hasta la fotocopidora para hacer dos juegos más. Acto seguido, volvió sobre sus pasos y le tendió una copia.

—Leedlo. En una hora os quiero en mi despacho.

Verónica asintió y Marta se dirigió a la mesa de Valeria para citarla igualmente, así como entregarle el último pedazo de manuscrito traducido.

Eran las seis de la tarde cuando las tres mujeres se sentaron alrededor de la mesa de madera que invadía el centro de la estancia rodeada de sillas de plástico blancas. Ambas llevaban un dossier con la traducción imprimida y las notas que habían estado escribiendo en sus márgenes o en *post-its* de colores adheridos al papel. Verónica fue la última en llegar y tenía mala cara.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Valeria, preocupada.

—No, nada. ¡Menuda historia! ¿No? —contestó la sevillana cambiando de tema.

—Desde luego. Ya no sé si esto es mi vida o me he metido en una película de terror.

Rieron forzadamente mientras Marta, que había permanecido callada y con la cabeza entre los papeles mientras las otras se acomodaban en sus respectivos asientos, levantaba la cabeza.

—Empecemos, chicas. ¿Quién hace los honores?

—Esta parte del diario es muy interesante. Nos indica cuál es el paradero de cada uno de los componentes de la invocación —dijo Valeria.

—Tenemos el cuadro ubicado en Sevilla, por fin. No indica el convento, pero, gracias a Joaquín y a Julio, y a la información que ha compartido con nosotras Patrimonio Histórico, sabemos que era San Leandro. Lo malo es que Julio y Joaquín se nos adelantaron y alguien se lo arrebató a ellos. Ahora esa pista no conduce a nada, solo nos confirma qué cuadro tenía el difunto y que vamos por buen camino.

—En cuanto al libro que las ancianas sostienen en la pintura, ya sabemos que existe —dijo Verónica, recalcando un hecho que aún les costaba creer.

—Y, según el diario, sigue en El Escorial.

—Lo que yo he entendido es que dejan el libro abandonado a merced del tiempo y sus vicisitudes y que La Orden pasa a contar con un único miembro custodio del cuadro aquí en Sevilla.

—¡Pues no lo ha hecho muy bien, que digamos! —exclamó Valeria.

—De esos polvos vienen esos lodos —rio Marta—. Es posible que en la actualidad el sentido mágico del cuadro, para la Iglesia, se haya perdido y únicamente quede el hecho de tener una obra de arte cuyo valor radica en su autor. Quizá ignoren la existencia del manuscrito con el que contaba Joaquín y del que presumiblemente disponga el asesino. —Luego añadió—:

Lo que has dicho no es del todo exacto, Verónica. Nadie sabe dónde está el libro exactamente pero no debemos desechar que tres mujeres se tatuaron algo que nos ayudará a encontrarlo... Y si esos tatuajes han sobrevivido a nuestros días... Quizá no estaría de más que las buscáramos.

Se hizo un silencio espeso tras la afirmación de la inspectora. Les daba carta blanca para buscar tres brujas cuya existencia aún navegaba entre lo real y lo ficticio.

—Pues empezaremos por ellas. Aunque no tenemos apenas referencias, va a ser buscar una aguja en un pajar.

— Yo me encargaré de las hechiceras —organizó Marta—. Pero no abandonaremos las demás comprobaciones porque seguramente necesitaremos disponer de la máxima información posible para interpretar los tatuajes. Dudo mucho que sean concretos. Verónica, personajes reales e historia del monasterio. Valeria, los monjes... Mañana pondremos en común lo que hayamos averiguado. ¡Quien no me conozca que me compre!

Y salieron de la sala de reuniones, había mucho que hacer y no iba a ser fácil.

En un breve receso, Valeria le escribió un mensaje a Javier en el que le contaba los últimos avances del caso entusiasmada. “Creemos que el asesino, tras obtener el cuadro, podría estar tras la pista del libro. Suponemos que maneja la misma información que nosotras, es decir, la del manuscrito. Del libro sabemos poca cosa, solo que se oculta en el monasterio y que el lugar preciso se haya encriptado en unos tatuajes que se hicieron las brujas. Así que vamos a la caza de unas brujas ¡jajaja! De locos, ¿no?”

Esperó en vano una respuesta hasta que, por fin, sonó el teléfono. En contra de sus deseos, no era Javier, era su hermana. Tras las preguntas de

cortesía pasaron a temas más personales.

—¿Pero es que todavía sigues con él? —le preguntó la hermana en referencia a Javier con auténtico escepticismo—. Valeria, eso no va a ninguna parte.

Lo que dejó en ella la mella de no ser suficiente para retener a ningún hombre a su lado. Tarde o temprano todos se iban, eso había sido siempre así y, por lo tanto, él también se iría. Espera lo esperable, lo normal, lo que ocurre siempre, se dijo, porque eso es exactamente lo que ocurrirá. Y lo que pasaba siempre era que inevitablemente se iban.

OceanofPDF.com

LA NIETA

Norte de España. Lunes, 2 de mayo de 2022.

A primera hora el equipo de Javier se reunió. Esperaban aún los análisis de la científica y les estaba resultando imposible dar con la nieta de la última víctima, la única familia que le quedaba a la mujer, tras el fallecimiento de su hija, madre de la chica.

No creían que la joven, de unos veinte años, tuviera nada que ver con la muerte de la abuela, aunque Fran había apuntado esa posibilidad tras su sospechosa desaparición. Contaban con una dirección y un número de teléfono. Este último se hallaba desconectado, sin batería o fuera de cobertura, y los intentos de citarla en su propio domicilio habían resultado infructuosos también. Como siguiendo una corazonada, Blanca había llamado a los hijos de las otras dos asesinadas y les había preguntado si se conocían o había algún vínculo entre ellos, cuestión que estaban investigando también, pero todos se lo habían negado. Por la lejanía no frecuentaban los mismos lugares, tampoco compartían médico o alguna afición o club. Ni siquiera las edades de las tres ramas de descendientes eran coincidentes. Lo único que unía a las señoras era que todas ellas estaban jubiladas y eran pensionistas, como tantas otras mujeres y hombres de edades similares.

Se preparaban para el siguiente asalto, que podía darse en cualquier momento. Les seguía asombrando el poco tiempo que había transcurrido

entre uno y otro, lo cual les hacía pensar que se trataba de delincuentes extremadamente peligrosos y descontrolados.

Del registro del domicilio había resultado que en la casa no había ninguna joya ni dinero, lo cual reforzaba la teoría de los robos con violencia, sin embargo, seguía quedando el dinero en las carteras que todas las víctimas tenían en los bolsos, lo cual les despistaba sobremanera, pues todos ellos estaban a la vista y el acceso a su interior era cosa de niños, ¿por qué el asaltante no se lo llevaba cuando, de ordinario, el dinero era lo más fácil de enajenar, lo que buscaba todo ladrón? Muchas preguntas sin respuesta y una misteriosa desaparición, la de la nieta.

Del interrogatorio al vecino más próximo, que se encontraba fácilmente a medio kilómetro de distancia, no habían sacado ninguna información, apenas la conocía. Más locuaz había sido la mujer septuagenaria que regentaba el colmado del pequeño pueblo en el que vivía María, la tercera en morir. Se conocían desde hacía un montón de años y tenían una relación superficial pero bastante cordial. También conocía a su nieta, ya que la había acompañado en numerosas ocasiones a comprar y, a veces, había ido sola. Se había referido a ella como una chica rara, callada y con unas pintas horribles. Cuando la policía le preguntó a qué se refería, la tendera había contestado “Pues de esa juventud que siempre va de negro, con camisetas anchas y pantalones estrechos, maquillados como un oso panda y con un montón de pendientes en cada oreja y pulseras con pinchos... ¡Hasta un anillo con una calavera lleva! Qué mal gusto, por Dios, si ustedes vieran a mi nieta, esa sí que va monísima siempre”.

Los prejuicios de la mujer se habían transferido a los agentes que la interrogaran, que en sus informes habían insinuado la posible pertenencia de la nieta a la banda de asaltantes y su falta de escrúpulos para con su propia sangre.

Una vez puestos en común los escasos avances, el inspector se dirigió a su despacho. Allí sacó varias carpetas con informes para analizarlas en profundidad; pero antes, echó un vistazo a su correo electrónico. Lo primero que vio fue un correo de Valeria que contenía un único emoticono con unos labios rojos que simulaban un beso. Era típico de Valeria tener a lo largo del día una o dos muestras de cariño. Lo borró sin darle más importancia ni contestar, concentrado ya en el trabajo que tenía por delante y que iba a ocuparle el resto de la tarde salvo causa mayor.

A mediodía fue a comer con su hermano, al que cada vez veía menos a menudo y volvió a comisaría pasadas las cinco de la tarde. Se sentó y empezó a ojear de nuevo los folios y fotografías que tenía sobre la mesa, al cabo de una media hora llamaron a la puerta.

—Jefe —dijo Blanca sin sobrepasar la entrada del despacho—, tenemos visita.

—¿Qué pasa?

—Adivina quién está esperándonos en la sala de interrogatorios.

—No lo sé y no tengo ganas de jueguecitos.

—La nieta, Javi —respondió la muchacha sin darle importancia a la pulla anterior, se conocían sobradamente—. La nieta.

No hizo falta que le especificara de quién. Estaba claro que se refería a la chica que llevaban días intentando localizar, la nieta de María Gálvez.

Cuando entraron en la sala, encontraron de pie a una chica joven y extremadamente pálida, con el pelo muy negro y los ojos pintados con maestría pero completamente de negro, lo cual resaltaba su color verdoso. Llevaba unos pantalones de cuero y una camisa con el nombre serigrafiado de una banda de música. Unas botas con una gran plataforma y una

gargantilla que era una cinta de raso. Todo negro. Su aspecto concordaba con lo poco que les habían hablado de ella.

—Mayte, ¿verdad? —se adelantó a preguntar Blanca, a lo que la chica asintió.

—Buenas tardes, Mayte. Nos ha costado localizarte. Soy el inspector Javier Martín y ella es Blanca Cabrera. Siéntate, por favor.

—Disculpen. Apagué el móvil y me encerré en casa. Tenía miedo. No sabía que me estaban buscando. Como ya declaré cuando ocurrió lo de mi abuela... Pero esta mañana he ido a la comisaría del pueblo y me han comentado que ya no llevaban el caso. Les he preguntado quién se encargaba ahora y me han dado su nombre.

—Entonces, ¿has venido voluntariamente, no te hemos llegado a citar?

—Sí. O sea, no. No me han citado, no.

Javier pensó a penas un segundo la cuestión. Si la chica no estaba allí por haber sido llamada a prestar declaración, es que había ido a contarles algo de forma voluntaria. ¿Qué había dicho? pensó: que tenía miedo. ¿De quién? Concluyó que lo más probable era que Fran y otros oficiales que habían intervenido en el caso tenían razón, la chica estaba allí para confesar. Quizás se había peleado con el resto de la banda y había pensado que acudir a la Policía primero. Era posible que hubiera pensado que una confesión en toda regla, con las inculpaciones pertinentes al resto, incluso tal vez, con pruebas físicas, le daría ventaja.

—Vale, pues te escuchamos, Mayte, Cuéntanos lo que hayas venido a decirnos.

La chica se encogió aún más en la silla en la que se había sentado frente a ellos, dubitativa. Blanca le mostró una sonrisa de ánimo, intentando

conectar con ella, facilitarle las cosas, hacerla sentir cómoda, dentro de lo posible, dada la situación.

—¿Por qué llevan ustedes el caso de mi abuela? —preguntó, sin embargo, en vez de empezar a explicarles lo que fuere que la había llevado allí.

—Bueno, como sin duda sabrás por las noticias —contestó Blanca, con más paciencia que el inspector y tuteándola—, se han producido una serie de robos con similares características últimamente. Se trata de asaltos en casas en la que viven personas mayores solas, como en el caso de tu abuela. Por cierto, siento mucho tu pérdida. Lo llevamos nosotros porque el primer asalto ocurrió en nuestra zona, y, al estar relacionados entre sí, o al menos, creer que así es, le corresponde la investigación, de ordinario, a los que la han iniciado.

—Entonces, ¿creen que están relacionados?

—Sí, claro, el *modus operandi*, la falta de algunos objetos de valor... Todo lo indica.

—No falta ningún objeto de valor —aseveró la chica inesperadamente.

—¿Cómo dices?

— Que no falta nada.

—¿No has echado de menos nada en casa de tu abuela? Algunos pendientes, pulseras... Ya sabes, cosas de oro que todos tenemos en casa, algo de lo que se sintiera orgullosa, aunque más por su valor sentimental que monetario.

—No. No falta nada. Pero no me refiero únicamente a mi abuela. No falta nada en ninguna de las otras casas.

—Disculpa, en los otros casos sí se han denunciado la falta de objetos de valor. En cualquier caso, las víctimas no se conocían, los familiares no os conocéis. Lo sé porque hemos intentado localizarte también a través de ellos —repuso Javier, intrigado por la chica. Todavía no alcanzaba a entender muy bien qué estaba haciendo allí.

—Ya. Eso les han dicho a ustedes. Pero no es verdad. No falta nada *material* —repitió resaltando la última palabra—. Y sí. Nos conocemos.

—Espera, espera, por favor. Necesito que empieces por el principio. ¿No falta nada material? ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no falta dinero, ni joyas, ni objetos de valor. Pero estoy convencida de que faltan sus orejas.

Javier se quedó estupefacto. ¿Cómo podía aquella chica conocer dicho dato si no lo había hecho ella? Fingió repasar los informes de las inspecciones oculares, aunque sabía muy bien lo que iba a encontrar. De hecho, se había debatido intensamente si tal vez no se trataría de un fetichista, pero el hecho de que no se había producido en todos los casos de igual manera esa falta, les había hecho desecharlo. La primera muerta, Marga, había aparecido con la oreja izquierda diseccionada. Como quiera que se encontraron partes del pabellón auditivo arrancado en el amasijo de sangre y vísceras que era el suelo del escenario del crimen, no se le había dado mayor relevancia. El cadáver de la segunda víctima, Lali, apareció igualmente sin una de sus orejas, esta vez por completo. Se buscó su rastro hasta la saciedad, pero no se encontró. En el informe se especulaba con que quizá se lo hubiera comido el perro que convivía con ella.

Al desaparecer la tercera sin oreja, se pretendió haber encontrado un patrón, pues falanges y uñas arrancadas, habían acabado apareciendo en todos los escenarios. Como fuera que, en ese tercero en concreto, se había

encontrado un trozo de dicho cartílago, aún se estaba tratando de entender qué sentido tenía aquello si era un trofeo.

—¿Cómo puedes saber tú eso? ¿Vienes a confesar tu participación en sus muertes? —preguntó el inspector con un tono de voz muy duro, que hizo estremecer hasta a Blanca.

—No, señor. —Y acto seguido, Mayte se llevó la mano a su propia oreja izquierda enseñándoles, con ese gesto, algo que debía clarificar lo que estaba pasando—. Será mejor que empiece por el principio.

Superando su timidez inicial, la joven vestida de negro, empezó a relatar con voz dulce y con un punto de tristeza en el tono, la historia de su abuela. Su propia historia.

Blanca, a medida que crecía el relato, miraba a Javier con ojos inquisitivos, sin saber cómo parar aquella confesión sin sentido que estaba llevando a cabo su interlocutora. Pero Martín, en vez de mirarla a ella, de posicionarse con su compañera en términos de incredulidad, no podía apartar sus ojos de la chica a la vez que se iba poniendo blanco. Acababa, mientras escuchaba el disparatado relato, de leer un mensaje de WhatsApp.

— Por favor, ayúdenme. Tengo mucho miedo —terminó Mayte. Ninguno de los dos policías supo qué contestar a aquello. Finalmente, el hombre tomó la palabra.

—Está bien, Mayte, ve a tu casa y no salgas de allí. Me pondré en contacto contigo tan pronto como pueda y, si te ocurre o ves algo sospechoso, llámanos. Tendrás a una patrulla en la puerta de casa, por si necesitaras de ayuda. Ellos te vigilarán en todo momento.

Le tendió una tarjeta.

—Blanca, despide a nuestra testigo. Tengo cosas que hacer. ¡Ah! Y Blanca —añadió Javier acercándose a ella para no ser oído por nadie más—. Ni una palabra de esto a nadie, ¿entendido? A nadie. Ni de fuera, ni de dentro. ¿Estamos?

—Estamos Javier —contestó la mujer. Tenía claro que, por extrañas que le pareciesen, no podía sino seguir las órdenes de su superior si no eran manifiestamente ilegales.

Antes de salir del despacho, Javier ya estaba marcando un número en el móvil para pedirle a un viejo amigo, que seguiría sus órdenes sin preguntar y de cuya discreción se fiaba sobradamente; que aparcara el coche patrulla frente a la casa de la chica y no le quitaran la vista de encima. Cuando acabara su turno, él mismo contactaría con otro agente del que pudiera responder.

CONEXIÓN

Norte de España. Martes, 3 de mayo de 2022.

Javier llegó más temprano de lo habitual a comisaría. Tras unas horas de frenética actividad y llamadas al Registro Civil y a la Iglesia, había logrado dar con la información que buscaba en un tiempo record y estaba satisfecho de que no le hubieran puesto demasiadas trabas y de que los funcionarios con los que se había topado hubieran sido tan diligentes, sin obviar que había echado mano de contactos que le habían facilitado el trabajo. En cuanto al Registro Civil, la informatización global que propugnaba la nueva ley, le había ayudado mucho a dar con todo de una forma rápida.

Miraba los papeles que tenía diseminados por el escritorio, intentando ordenar ideas y darle sentido a aquel sorprendente descubrimiento. Acto seguido, llamó a Valeria.

—Hola, cariño —le contestó su pareja tras coger la llamada.

—Val, recuérdame cómo se llaman tus brujas —espetó, sin un saludo inicial, sin una palabra de cariño.

Valeria rio ante la construcción que Javier le había soltado a bocajarro.

—¿Mis brujas?

—Sí, joder, las del manuscrito. Dime como se llamaban.

—Vale, vale. Eran... Amargura, Eulalia y Teresa.

—¡Me cago en la leche, Val! —exclamó el hombre—. Tus brujas son mis viejas.

—¿Qué estás diciendo, Javi?

—Exactamente lo que has oído. Tuvimos el otro día una testigo inesperada. Una testigo que nos contaba algo muy parecido a otro relato que yo había oído ya. Tu relato, Val. Mis casos de robo con violencia. Hasta ahora van tres: Marga, Lali y María. Pues bien, resulta que Marga, no es Margarita. Es Amargura. En su DNI figura como Marga, no así en su partida de bautismo. Lali es Eulalia. También se cambió el nombre bautismal. Y María... María fue bautizada como María Teresa. Al igual que las otras, no constaba en su documentación ya que a nivel civil fue inscrita como María.

—¡Qué dices!

—Hay más, Valeria. La primera tiene una hija, que se nos presentó como Mara. Siempre pensé que se refería a Maravilla, me equivoqué. Lo que hizo fue perder la ge de Marga, porque fue bautizada como Amargura. Lía, la hija de la segunda víctima... Nunca me planteé que escondiera otra cosa, todos conocemos la canción de Ana Belén... Pero en realidad se llama Eulalia. Falta Mayte, la nieta de la última. También es Mayte a efectos civiles, aunque, por supuesto, en la pila de bautismo le fueron asignados dos nombres: María Teresa. —Javier respiró hondamente—. Tus brujas son mis muertas.

Valeria tardó casi un minuto en comprender, era lo más descabellado que podía ocurrirle a un caso ya de por sí irracional.

—No voy a tener más mujeres asesinadas, Valeria. Tu nazareno se las ha cargado a todas.

—¿Y las descendientes?

—Les vamos a poner vigilancia. Hay que extremar precauciones.

Volvieron a callar durante unos largos segundos.

—¿Qué significa esto, Javier?

—Significa que me voy a Sevilla. Ahora mismo hablo con Piedrahita, él lo arreglará.

Cuando colgó el teléfono, Valeria estaba contenta. Obvió el carácter formal de la llamada de su novio, tal vez le quedaba aún una oportunidad. Tal vez su hermana y su madre se equivocaban. Quizá no estaba todo perdido. Si había alguien por quien merecía la pena luchar, era por Javier.



Norte de España. Martes, 3 de mayo de 2022.

El comisario le recibió a las tres de la tarde dada la urgencia que le había transmitido Javier. El escaso tiempo que había tenido para comer le había puesto de mal humor. La conversación con Piedrahita no fue fácil. Se tornó tensa en más de una ocasión. Javier trataba de explicarle detenidamente ambos casos y las conexiones entre ellos, pero el carácter esotérico del asunto no ayudaba a la comprensión de un hombre racional como era su comisario. Además, estaba el hecho de la lejanía entre ambas ciudades. Aquello parecía cosa de locos.

—Exactamente, ¿qué es lo que quieres yendo a Sevilla? ¿Qué vas a hacer allí?

—Para empezar, acceder a toda la investigación que están llevando en esa comisaría. Necesito saber exactamente todo lo que ellos sepan, necesito entender por qué están muertas, por qué pueden matar a sus descendientes.

Qué pretende el asesino. Veo claro ahora lo que une a mis víctimas, no hay nada más. Si queremos coger al asesino tenemos que imbuirnos en esa historia.

—No lo veo, Javier. No lo veo. Entiendo tu hipótesis, pero no es más que eso. Y, además, se trata de una línea de investigación demasiado cara. ¿No puedes hacerlo desde aquí?

—Comisario, tiene que confiar en mí. A esas mujeres las han matado porque guardan un secreto ancestral que el asesino trata de averiguar. Cada una de ellas tenía un tatuaje tras su oreja. Ordenándolos, todavía no sé bien de qué manera, nos llevará a alguna parte. La testigo no dónde, yo, con la información que tengo, sé que se trata de la ubicación del libro que el asesino busca. No hay más opciones. No trato de evitar que invoque al demonio, ¡joder! Lo que intento es saber quién ha hecho esto y que pague por sus crímenes. El hecho de que no vaya a matar a más personas no significa que tengamos que dejarlo libre. Además, no sé hasta qué punto podría tratar de atentar contra las siguientes en la línea sucesoria. Y, en todo caso, ha matado ya a cuatro personas. Estoy convencido de que el asesino que buscamos es el mismo que buscan Marta y Valeria en Sevilla. Tiene que serlo. Déjeme ir, comisario. Blanca y yo. No le pido nada más.

—Vuélveme a explicar lo de los tatuajes.

—A todas mis víctimas les falta una oreja. Creíamos que era un fetiche, pero la nieta de la última muerta ha revelado que las tres ocultaban un tatuaje. Me ha enseñado el suyo: el número diez. Se lo hacen cuando se vuelven mujeres, ya me entiende. Aunque se conocen, ignoran lo que esconden las otras, pues evitan el contacto por seguridad y tienen prohibido ponerlos en común. Yo supongo que son números también. Mayte no sabe exactamente por qué los llevan ni a dónde las lleva. Sólo saben que es

importante, que, si alguna vez son “convocadas”, no tienen idea de por quién, será porque el diablo anda suelto, dice y esas pistas las llevarán hacia lo que necesitan. Ese es el críptico mensaje de la abuela. Lo bueno es que nosotros contamos con el manuscrito. Bueno, nosotros no, Valeria. Y gracias a eso sé exactamente adónde nos conducen esos tatuajes.

—¿Y las otras? ¿Qué han dicho?

—No las hemos interrogado aún.

—¿No cree que es lo primero que debe hacer? Igual se ahorra un viaje... O tiene algún interés especial... —terminó el comisario con sorna.

—No, comisario. Creo que hay que darse prisa. Interrogarlas es importante, pero lo pueden hacer desde aquí. Nosotros debemos irnos cuanto antes. Piense que hay tres personas que potencialmente podrían estar en grave peligro. Seis quizá, pues todas ellas tienen hijas, estoy convencido. Me parece más factible, aunque nosotros tengamos más víctimas que ellos, que el asesino provenga del entorno del que fue el primero en morir, pues es el que tiene el manuscrito. Por eso tengo que ir.

—Déjame pensarlo, Javier.

En cuanto Javier salió del despacho, el comisario llamó a Concepción Lázaro, la mujer que ostentaba la jefatura de la comisaría en Sevilla. No la conocía e intuía que iba a ser una conversación complicada. Tras esperar varios tonos, cogió el teléfono un agente que le dijo que no le podía pasar la llamada porque estaba reunida, que le dejaba el recado para que, en cuanto pudiera, se pusiera en contacto con él. Como Piedrahita sospechaba, justo en ese mismo momento, Marta y Valeria se hallaban con la comisaria explicándole aquella extraña conexión entre dos casos tan lejanos y dispares que habían encontrado.

Cuando las mujeres abandonaron el despacho, Concha devolvió la llamada a su colega y mantuvieron una conversación larga y formal. Finalmente se avinieron en la forma de actuar y colgaron satisfechos, pero algo preocupados, ambos, por la situación en la que aquello les iba a dejar si salía mal. Podrían ser el hazmerreír de la policía nacional los próximos meses.

Piedrahita llamó a Javier.

—Tú solo —le dijo—. Y te alojarás en casa de Valeria. Te pagaremos los billetes de tren y puedes darte con un canto en los dientes. No se reflejará el carácter de la colaboración en la solicitud de desplazamiento. Tienes una semana. Haz lo que puedas. Y, sobre todo, mantenme informado.

—Pero Blanca...

—Tú solo —le interrumpió, serio, el comisario—. Blanca tiene mucho trabajo aquí. Que interrogue a Lía y a Mara y coordine su protección. No hay más que hablar.

Javier recogió la mesa, metió toda su investigación en el elegante maletín portafolios de color negro que Valeria le había regalado para Reyes, y se fue, tras poner a Blanca en antecedentes y encomendarle la coordinación de la vigilancia de las tres mujeres que se quedaban allí. La policía refunfuñó al oír la decisión del comisario. Le daba coraje tener que perderse el final de una investigación que ella había llevado hasta ahora junto a su jefe. Sin embargo, así eran las cosas y no podía hacer nada al respecto sino acatar órdenes. En su fuero interno entendía que el comisario escatimara recursos, pues lo que enlazaba ambos casos, aunque a todos los que se hallaban dentro les parecía lógico, desde fuera podía parecer una auténtica locura colectiva. Se estaban dejando llevar por un manuscrito que tenía siglos de antigüedad y dándole no solo visos de veracidad sino,

además, la responsabilidad de la comisión de unos asesinatos en pleno siglo XXI.

Se dispuso a llamar a las hijas de las dos primeras víctimas para citarlas lo antes posible. Algún día llegaría su momento, se consoló.

OceanofPDF.com

SEVILLA

Sevilla. Miercoles, 4 de mayo de 2022.

La noche anterior Javier había cogido un avión que llegaba a Sevilla a rozando la madrugada. Tras hablarlo con Piedrahita este había accedido ya que, haciéndolo así, ganaba una mañana de trabajo. Hizo la maleta con lo imprescindible, pues no sabía cuánto tiempo iba a poder quedarse y llamó a Valeria para confirmarle el viaje.

Valeria estaba contenta. Para ella aquello era un regalo inesperado, caído del cielo. Había aprendido a crear intimidad por medios telemáticos, era feliz con los pocos momentos compartidos, en la proximidad o en la distancia, pero aquello no era óbice para que muchas tardes se sintiera sola en su casa. Para que algunas noches añorara una caricia o un beso furtivo. En ocasiones se había dormido abrazando el teléfono móvil, como extensión de un novio ausente. Ahora sentía a Javier lejano, empezaba a temer que se hubiera empezado a ir aun sin él saberlo. Por todo ello, el hecho de que aquel caso les diera la oportunidad de trabajar juntos de nuevo, la oportunidad de vivir unos días juntos, la entusiasmaba. E hizo planes tan simples como velar el sueño de Javier. No sabía si el amor puede reavivarse, si aún quedaba un rescoldo del que rescatar llama. Si lo encontraba no habría gasolina en el mundo con la que ella no lo rociara. Si había alguien por el que mereciera la pena luchar, era por Javier. Lo quería.

Aquella mañana se despertaron juntos y, tras desayunar brevemente en casa, se dirigieron a la comisaría en coche. Mientras Valeria cogía unos

papeles de su despacho, Javier fue a saludar a Marta. No era la primera vez que entraba en aquel edificio y conocía su distribución. Algo más tarde se encontraron todos en la sala de reuniones, alrededor de la mesa central. Además de las tres mujeres que componían el equipo, estaba la comisaria Concepción Lázaro, que fue la que dirigió el encuentro.

—Expónganos su caso, Javier. Intuyo que usted conoce el nuestro infinitamente mejor que nosotros el suyo.

Aquello sonó como un claro reproche a la inspectora Jara, pero la aludida no se lo tuvo en cuenta, pues sabía que la comisaria era consciente de que todo el mundo hablaba de sus casos en mayor o menor medida con sus parejas, y más si eran del cuerpo. Estaba segura de que ella misma lo hizo antes de ascender, mientras tuvo a alguien a quien contárselo.

—Por favor, tutéeme. He traído un dossier con la información básica para cada una de vosotras —dijo el hombre extendiendo una carpeta delante de cada una de las presentes—. En mi caso se han producido tres muertes. Tres mujeres de entre setenta y setenta y siete años: Marga Reina, Lali Ruiz y María Gálvez. Las tres aparecieron en sus casas, torturadas hasta la muerte. Los pisos aparecieron revueltos, registrados amplia y meticulosamente. Aquello y la declaración de sus descendientes en el caso de las dos primeras víctimas, que echaban en falta algunos objetos de valor, nos hizo pensar, en principio, en una banda de ladrones que asaltaban a personas que vivían solas e indefensas, de una edad avanzada y, además, mujeres. El perfil escogido favorecía las intenciones del agresor, sin lugar a dudas. El ensañamiento era patente: miembros arrancados, cortes y quemaduras por todo el cuerpo... Sufrieron mucho, lo que nos hizo pensar en que debían ir drogados o algo similar. No cuadraba con el grado de premeditación o labor de vigilancia que debía haber previamente, tampoco el hecho de que no encontráramos una sola huella en los escenarios, pero fue nuestra principal

hipótesis durante la investigación. Debo decir, además, que la rapidez con la que actuaba no nos dejaba casi espacio para analizarlo todo concienzudamente.

Javier tomó un sorbo de agua y continuó su exposición.

—Extremamos las precauciones en la calle, alertamos a la ciudadanía, poco más podíamos hacer. No contábamos ni con testigos, ni con vestigios materiales con los que seguirles la pista. Habían sabido tapar muy bien sus huellas o habían tenido una tremenda suerte hasta que, con la tercera, hallamos algunos restos que, tras analizarse, no pertenecen a nadie que haya sido fichado, por lo que no sirven de nada sin un sospechoso con quien contrastar el ADN. Creíamos que aquello seguiría hasta que, en algún momento, cometieran una equivocación. Sin embargo, apareció una testigo inesperada que nos desveló el verdadero móvil que, a su entender, estaba detrás de todo aquello.

Las cuatro mujeres le escuchaban con atención, pues si algo se le daba bien al hombre era embelesar a cualquier público que tuviera.

—Vino a vernos voluntariamente a pesar de que, hasta ese momento, se había ocultado haciéndonos imposible su citación. Estaba llevando a cabo una lucha interna entre aquello que tenía que hacer y el miedo o el deseo de encontrar al culpable de lo que le había pasado a su abuela. La nieta de la tercera víctima, Mayte, de unos veinte años, apareció en la comisaría con miedo visible y nos sorprendió dándonos un dato que no sólo no había trascendido. Es más, para nosotros no había tenido apenas importancia. Me refiero a la ausencia del pabellón auditivo en los tres casos. A continuación, con toda nuestra atención focalizada en ella, nos contó lo siguiente: su abuela y las otras dos muertas sí se conocían. Hasta ahora nuestros intentos de encontrar algo en común entre ellas habían sido inútiles y los

descendientes de las mujeres habían negado cualquier vínculo entre ellas. Al parecer, tanto eso como que faltaban joyas o dinero en sus domicilios no habían sido más que mentiras para ocultar lo que realmente creían que estaba pasando. Según la nieta, las tres eran portadoras de un secreto: unos tatuajes que las llevarían a algo que podrían necesitar en un momento dado. Lo único que sabía es que en algún momento podrían “convocadas”, y cito textualmente, pues no sabía por quién. Que si las reunían era porque el diablo se habría escapado y esos dibujos en sus cuerpos las llevarían hacia algo que lograría hacerlas vencer en la lucha contra dicho ser. Al parecer, tenían poderes, al igual que la primera mujer de cada generación en una línea sucesoria que, como mínimo se remonta al siglo XVI. La chica no sabía mucho más de la historia, ya que el tiempo había diluido el conocimiento que poseían y que, hasta el momento se había transmitido, supuestamente, de forma que ella únicamente conoce una parte sesgada. Por ahora sólo conocemos el tatuaje que llevaría María ya que es el mismo que lleva la nieta, el número diez. Sin embargo, todo lo que dijo fue suficiente para que yo lo relacionara con vuestro caso.

—Debido a lo que te había contado Valeria. En las bases informáticas no aparecen esos datos, por recientes y porque aún no sabíamos cómo se vinculaban con nuestra única víctima.

—Bueno, sí, pero estoy seguro de que, tarde o temprano habría sonado una alarma. El hecho de que Jara y yo nos conociéramos solo ha acelerado el proceso, lo cual, en verdad es, para todos, una ventaja, pues nos permite tener un rastro mucho más fresco.

—Continúe, inspector.

—En cuanto a lo que llevan tatuados las otras dos fallecidas no nos pudo decir nada porque lo ignora. Por lo que dijo, incluso entre ellas guardan el

secreto con celo. Quizá María murió antes de contarle a su nieta toda la historia, quizá no sabía más que ella, eso nunca lo sabremos. Uniendo esa extraña historia a lo que relata vuestro manuscrito, parece obvio que a lo que conducen esos tatuajes es al libro de hechizos de la leyenda que se vincula al cuadro desaparecido en la casa de vuestra víctima.

—Usted ha deducido, por el detalle de los tatuajes, que se trata de las mujeres que descenderían de las primeras hechiceras. Las que pintó Goya en el cuadro.

—Sí. Pero no sólo porque lo que me contaba se parecía poderosamente a lo que cuenta el manuscrito que ustedes han traducido —contestó Javier sin reiterar la petición de que se tutearan—. Antes de decir nada, quise comprobar un dato que me parecía crucial, algo que probara de alguna manera que las mujeres eran las mismas. Resulta que, desde aquellos tiempos, las elegidas para custodiar el secreto deben tener el mismo nombre. Le pregunté a la inspectora Jara el nombre de las tres supuestas hechiceras. Luego busqué tanto las inscripciones del Registro Civil como las partidas bautismales no sólo de mis víctimas sino de sus descendientes femeninas. Coinciden perfectamente. Son Amargura, Eulalia y Teresa. Creo que, si eso es una casualidad, es la casualidad más grande que he visto en mi vida.

Las asistentes asintieron casi simultáneamente. Puede que todo aquello fuera un choque con sus esquemas y mentalidades racionales, mas, no podían obviar que lo que explicaba Javier Martín tenía una gran coherencia.

—Está bien —dijo la comisaria tras unos segundos de asentar ideas—. Ahora vamos a exponerte lo que tenemos nosotras. Marta, por favor.

—Sí, claro. Por supuesto. Te he hecho una copia del manuscrito para que lo leas por ti mismo, aunque más o menos tienes conocimiento de su

contenido. —En su voz no había sarcasmo ni reproche. De hecho, Pepi, su pareja, estaba igual de enterada que Javier de todo lo que acontecía en el caso—. Tras descubrir el destino de cada objeto necesario para la invocación y la existencia de los tatuajes, pensamos que lo importante era verificar qué podía haber de cierto en la historia que nos cuenta Juan. Así que hemos investigado sobre los lugares y sobre los personajes que aparecen. Yo me encargaba de las hechiceras para seguir su línea sucesoria hasta la actualidad. Afortunadamente ya no es necesario, pues ya las tenemos gracias a ti.

—Gracias —musitó el policía casi sin dejar salir su voz.

—Hasta que vosotros no interroguéis al resto de las descendientes y averigüéis qué dibujos esconden —continuó Marta—, no podremos avanzar; pero de momento, podemos ir empapándonos de los datos que ha ido recopilando Verónica. Pueden ser importantes para la interpretación de lo que quiera que se esconda detrás de esas orejas. ¿Te parece?

—Claro. Sé que Blanca iba a hablar con Mara y Lía a lo largo del día de hoy. En cuanto sepa algo, me llamará.

La mujer cogió unos folios que había depositado sobre la mesa frente a sí, y empezó a relatar lo que había averiguado.

—Se mencionan dos lugares en el diario, uno es el monasterio de San Lorenzo del Escorial y, el otro, un convento indeterminado de Sevilla que ahora sabemos que es San Leandro. Respecto al primero, hay que distinguir entre el propio monasterio y su biblioteca, un lugar que es importante en el libro ya que el propio autor trabajó en la misma durante casi toda su vida. El monasterio fue promovido por el Rey Felipe II y construido en el siglo XVI. Su arquitecto fue en un inicio Juan Bautista de Toledo, aunque posteriormente intervinieron otros, como Juan de Herrera. Se trata en

realidad de un complejo arquitectónico que incluye un palacio real, que fue residencia de los Reyes de España, una basílica, un panteón, un colegio, el propio monasterio y, por supuesto, una biblioteca. Fue fundado por los monjes de San Jerónimo. Actualmente se encuentra ocupado por frailes de la Orden de San Agustín. En cuanto a la biblioteca fue fundada por el propio rey y proyectada por Juan de Herrera.

La policía hizo una breve pausa para tomar aire, y continuó.

—Voy a enlazar ahora con personas que salen en el diario y cuya existencia está confirmada. Saltándome al rey, pues es de sobra conocido para todos nosotros ya que todos hemos estudiado Historia de España en el colegio, se mencionan dos nombres significativos: Benito Arias Montano y Francisco Pérez Bayer. El segundo es menos conocido, así que lo dejaré para el final. En cuanto a Benito, era secretario personal del propio Felipe II y un personaje muy popular. Creo que lo que aquí nos interesa es que estuvo muy implicado en la creación de la biblioteca, a la que el propio Rey donó numerosos códices. Felipe II encargó a Benito la reunión de todo el saber que pudiera atesorarse en los libros, así que este fue adquiriendo para la biblioteca manuscritos árabes, judíos, tratados de botánica... entre otros. Arias Montano, de hecho, elaboró el primer catálogo de la biblioteca. Otro hecho curioso y significativo para nosotros es que también recibió del rey el encargo de reunir en ella ejemplares sobre de ciencias ocultas. Basta una pequeña búsqueda en Google, para saber que, efectivamente, el rey era muy aficionado a este tipo de cosas, al ocultismo, y que quiso hacerse con los más importantes volúmenes acerca de esta pseudociencia. Ahora, si queréis, hacemos un brevísimo repaso por los bibliotecarios, para enlazar con el segundo personaje.

Asintieron todos con la cabeza, atentos a las palabras de la chica.

—Lo que he podido averiguar, a falta de confirmación específica del propio monasterio, al cual me he dirigido para que contraste estos apuntes, pero del que, obviamente, aún no he obtenido respuesta, es que los primeros bibliotecarios fueron Fray Juan de San Jerónimo y el propio Arias Montano. De 1575 a 1577 —continuó leyendo ya sus apuntes para no errar las fechas ni los nombres—, lo fue Fray José de Sigüenza, el cual volvió en 1587 y ayudó a los dos que antes os he mencionado a catalogar la biblioteca. Del orden que estableció destaca una cosa. He encontrado textualmente esta cita “*En las filas altas situó libros prohibidos que venían de la Inquisición y los duplicados, por su menor uso*”. Creo que esto nos podría dar una pista de donde encontrar el libro que buscamos, ¿no?

Como nadie contestó, la mujer continuó con la exposición de sus averiguaciones:

—En 1783 pusieron al frente a la persona que menciona Juan de Ourense: Francisco Pérez Bayer, que la dirigió hasta 1794. Era valenciano y un hombre importante en la época. No os voy a dar más datos sobre él ya que no he encontrado nada en su biografía que me haya parecido de interés. —Volvió a hacer una pausa por si alguien replicaba—. En cuanto a los periodos posteriores, hay que recordar que se produjeron las guerras carlistas y fue un periodo convulso para la historia de España. La biblioteca pasó a ser gestionada por La Real Academia de Historia. Estuvo al frente durante un tiempo José Quevedo. En 1854 volvió a manos de los jerónimos, en cuyo periodo sufrió un incendio, al igual que se había producido en 1671, cosa que ya sabíamos pero que la historia confirma. Evidentemente, otro personaje de cuya existencia no dudamos es de Francisco de Goya. —Verónica dudó unos segundos—. En cuanto al convento de San Leandro, ya existía en 1260. Fue fundado como un monasterio agustino y ha cambiado de emplazamiento en varias ocasiones. Se trata de un convento con una

iglesia que posee un retablo extraordinario. La verdad es que se guardan en él numerosas obras de arte y es un sitio precioso para visitar. Actualmente está habitado por monjas agustinas y un dato curioso es que elaboran unos dulces con una receta original que se remonta al siglo XVI.

—Todo lo que has contado —dijo Marta—, cuadra con el relato que se nos cuenta. Los monasterios existían, los personajes conocidos que mencionan tuvieron relación con la biblioteca... Buen trabajo, Vero.

—Gracias.

—Continúa tú, Jara.

—Bueno. Yo me he encargado de los monjes, de las personas que no han sido relevantes para la historia de España pero que aparecen en el manuscrito como personas reales. Juan de Ourense nos menciona dos grupos diferenciados, e incluso tres. Yo los catalogaría como aquellos que conoce en su infancia, que serían: el hermano Rafael, que era boticario y también una figura paterna para él, pues fue el que promovió su acogimiento en el monasterio y el hermano Anselmo, que trabajaba en la biblioteca y que fue uno de los primeros en morir en vida del protagonista. No sabemos si de muerte natural o, como se insinúa en el diario, asesinado por obra del demonio.

Los asistentes a la reunión esbozaron una sonrisa irónica.

—Después estaría el hermano Guillermo, bajo las órdenes de quien pasa a estar cuando se le asigna el trabajo en la biblioteca unos años después. No quiero decir con eso que no fuera contemporáneo de los anteriormente mencionados, sólo que tanto él como el hermano Tomás, aparecen en su relato años después. Tomás también trabajaba en la biblioteca y era uno de los miembros de la Orden, junto con Rafael y con el Prior del monasterio, que muere poco después pero cuyo nombre no menciona en ningún

momento. Y por último están los dos miembros de la Orden en sus últimos tiempos: los hermanos Teodoro y Lucas. Del segundo debemos suponer que se ordenó sacerdote según el relato y se mudó a San Leandro con el objetivo de fundar allí una Orden similar para custodiar el cuadro que habían trasladado. —Valeria hizo una pausa para tomar aire—. Siento decirles que no he podido averiguar mucho desde ayer. Me puse en contacto con el monasterio y me dijeron que iban a contrastar en los libros de registro y que ya me contestarían, sin que hasta ahora lo hayan hecho. No tener fechas de nacimiento o defunción de ninguno de ellos dificulta mucho su seguimiento. Entonces pensé que del único que tenemos una fecha cierta es del propio autor del texto que firma el diario, 1845. Por probar, les di ese año como el de su muerte y ¡bingo! Resulta que así fue. Me han podido confirmar su defunción y, *a contrario sensu*, su existencia.

—Tener la confirmación de la existencia del narrador es tener mucho ya —dijo Marta—. Para el resto tendremos que esperar.

LAS HECHICERAS

Sevilla. Miércoles, 4 de mayo de 2022

Decidieron hacer un breve receso que aprovecharon para refrescarse y sacar cafés de la máquina expendedora de la propia comisaría. Diez minutos más tarde, con vasos de plástico humeantes, ya estaban de nuevo sentados en sus anteriores lugares.

—Continuemos —empezó Marta—. Yo debía encargarme de rastrear a las tres mujeres y seguir sus pasos hasta nuestros días. En un margen tan breve de tiempo no había conseguido averiguar nada todavía. Afortunadamente ya no importa, porque Javier Martín las ha encontrado de un plumazo.

—Tanto como encontrar... —protestó Javier entre dientes.

—En cualquier caso, lo que sí había confirmado es la existencia de Teresa, pues es de la única que tenemos un dato. En algún momento ingresó en un convento de Sevilla. Si no fuera por Julio, no sabríamos qué convento era y seguramente todavía seguiría buscando, pero me bastó una llamada y una monja amable y servicial para encontrar un breve apunte del momento de su unión a San Leandro.

La comisaria tomó la palabra.

—Asumiendo que la historia del diario es cierta y que el cuadro al que se refiere es el que robó Julio para Joaquín, todo apunta a que el propósito de nuestra víctima era reunir ambos objetos para hacer la invocación. Como

mínimo, encontró el cuadro y alguien se lo robó. Mi hipótesis es que había más gente, además de él, que conocía el contenido del manuscrito. Puede que lo revelase él mismo o bien se enteraran por otras fuentes. Lo que está claro que lo mataron por eso y que, de ser cierto que el asesino se enteró de todo a través del propio Joaquín, este tiene que ser de su entorno.

—Sí —afirmó Marta—. Aunque podría no serlo si ha accedido a la información por otro lado. No sabemos si hay más copias del diario de Juan. Lo que sí creo es que debemos partir de que la persona que mató a Joaquín es la misma que ha matado a las presuntas descendientes de las hechiceras. Parece una locura, pero alguien que asesina a cuatro personas tiene que estar loco.

—En ese caso, desde la muerte de la última de ellas cuenta con toda la información. Información que, en parte, a nosotros todavía nos falta. Lo único que no sabemos es si habrá logrado ya interpretar el acertijo y dar con el libro.

—Eso es —confirmó Javier—. Y eso fue el 22 de abril, por lo que nos lleva una gran ventaja. Tenemos que actuar deprisa. Las mujeres están muertas, Joaquín también. El cuadro está desaparecido y, a pesar de que la unidad de Patrimonio Histórico lo está buscando, nada se sabe. Me parece que está claro que no lo van a encontrar porque nadie va a venderlo. No lo han robado para eso sino para “utilizarlo”, por lo que debe encontrarse en un domicilio privado. Lo único que nos queda es el libro de hechizos. Tenemos que encontrarlo antes que él.

—¿Y cómo lo hacemos?

Marta tomó la iniciativa.

—Si leemos textualmente el manuscrito de Juan de Ourense, dice: *“El libro permanecerá en este lugar. Escondedlo pero que nadie, nunca, sepa*

dónde está, que el conocimiento sobre su paradero muera con vosotros.”. A mi entender, ninguno de los monjes reveló nunca donde lo habían escondido. Sólo Juan, tiempo después, dejó una pista en manos de las brujas que, llegado el caso, necesitarían encontrarlo. Así que, una vez muerto Juan, sólo tenemos los tatuajes para dar con él. Sin embargo, dice: “en este lugar”, lo que me lleva a pensar que el libro se quedó en el monasterio de El Escorial o en su biblioteca.

—Sí. Yo también lo creo, aunque como acaba de contarnos Verónica, es un lugar inmenso, podríamos buscarlo toda una vida sin éxito. Necesitamos esas pistas. No sólo eso, necesitamos saber interpretarlas.

Todos los asistentes a la reunión asintieron.

—Lo que me sigue sorprendiendo es cómo ha dado el asesino con las mujeres en la actualidad.

—Bueno, si lo piensas bien, tiene la misma información que nosotros, e incluso puede que más, y ha tenido bastante tiempo. No sabemos cuánto, lo que sabemos es que Joaquín llevaba tras el cuadro unos tres años. Puede ser que acudiera a alguien para que le ayudara a encontrarlas, y que ese alguien, una vez las hubo encontrado, decidió quedarse con todo. No sé, es una posibilidad. Pensadlo bien, cuando se trata de buscar personas ajenas a uno, ¿qué recurso le queda a un civil? Únicamente contratar a un profesional.

—Nunca me ha gustado partir de una teoría preconcebida —dijo Concha para acabar—, pero reconozco que en este caso es lo único que podemos hacer. Le pasaré a la unidad de Montesinos la investigación respecto a Julio y os dejaré seguir esta línea de investigación. Javier, contacte cuanto antes con su equipo para conocer el contenido de los otros dos tatuajes. En cuanto a lo que has dicho de que quizá contrató a alguien para buscar a las mujeres, me ha sonado muy bien, Verónica. A ver si das con él. Venga, ¡a trabajar!

Todos se levantaron de sus sillas y se dirigieron a sus mesas de trabajo. La comisaria, que iba en primer lugar, antes de salir por la puerta se giró y le dijo al hombre:

—Por cierto, hay alguna mesa vacía en la oficina, si te quieres instalar. Si lo prefieres, puedes compartir con Valeria su despacho.

Javier le tomó la palabra y se acomodó en el despacho de Valeria. Sin duda, esa denominación era ser hartamente generoso, ya que, mientras Marta sí gozaba de un auténtico despacho, lo de Valeria era más un cubículo, una mesa rodeada de paredes de metacrilato, excepto la trasera que era de pladur, con estores de plástico para darle una falsa ilusión de intimidad. Pronto ambos se dieron cuenta de que aquella decisión había sido poco práctica, pues sólo contarían con un ordenador. Sin embargo, la inspectora se guardó de decírselo a Javier. Le encantaba tenerlo cerca, aunque fuera por pocos días y por trabajo.



Norte de España. Miércoles, 4 de mayo de 2022.

Blanca esperaba a Lía sobre las doce de la mañana. Había tenido suerte y ambas mujeres habían accedido a pasarse ese día por la comisaría para prestar declaración, según las palabras de la propia policía. Mara no podría ir hasta esta tarde, al salir del trabajo. A Blanca no le hacía gracia tener que quedarse hasta después de su turno, pero Martín, su jefe, se lo había pedido y había pocas cosas que no haría por él, ya que tanto como superior como cómo persona era un diez. Aunque era algo mayor para ella, debía admitir había fantaseado con él en alguna ocasión. No obstante, el inspector nunca

había visto en ella más que una compañera de trabajo. Luego apareció Valeria y vivió la historia de ambos de cerca, a pesar de la discreción de su otrora compañera y la de él, por supuesto. Pocas cosas escapaban al olfato de Blanca, quizá más por mujer que por policía, cuando de relaciones amorosas se trataba. Se alegró por ambos, ya que le había cogido mucho aprecio a la inspectora Jara, y siguió disfrutando de su compañía como mentor. Después conoció a Guillermo y la atracción física que sentía por Javier se desvaneció también, como se desvanece todo aquello que no se alimenta.

Lía apareció por comisaría, puntual y Blanca la acompañó a una sala de interrogatorios por discreción. Muchas veces tomaban las declaraciones testificales o las denuncias en sus propias mesas, sin importarles la afluencia de gente ni el ruido, pero en aquella ocasión había considerado que los hechos de los que tenía que hablar con la mujer eran lo suficientemente relevantes e íntimos como para hacerlo con cierta privacidad. Lía movía las manos constantemente, atusándose el pelo, la ropa y cualquier cosa que encontrara a su alcance, claro síntoma de su nerviosismo.

—Buenos días, Lía. Siéntese, por favor. Verá, hay ciertas cosas que hemos averiguado sobre el caso que atañe a su madre y que nos parece imprescindible comentar con usted.

—Usted dirá.

—Como sin duda sabrá, han matado a una tercera mujer en una población cercana. Por el *modus operandi* todo parecía apuntar a que estaba relacionado con el homicidio de su madre y de otra señora, por la que ya le pregunté, Amargura... Marga Reina. —Fingió mirar el expediente y errar el

nombre. A continuación, miró a la interrogada, la cual no pudo reprimir un gesto de sorpresa y de disgusto al escucharla.

—Sí, sí. Lo sé, es horrible. ¿Y en qué le puedo yo ayudar?

—Verá, hemos hablado con su nieta, Mayte... No sé si la conocerá. — No aguardó respuesta, pues la sabía muy bien—. Nos ha contado cosas muy interesantes.

—Ah, ¿sí? —dijo la interrogada fingiendo indiferencia.

—Sí. Hay algo muy importante que tengo que preguntarle.

Dejó pasar unos segundos para dar énfasis a sus palabras. Lía le hizo un gesto con la cabeza que indicaba que la escuchaba atentamente.

—¿Puede usted enseñarme su oreja?



Octubre, 2019

Joaquín no tenía claro cómo continuar buscando. Había leído muchas veces el manuscrito e intentado extraer conclusiones, pero no era fácil. Planteaba más incógnitas que realidades. Sin embargo, se había obsesionado con ello, para él se tornaba su única posibilidad.

Estuvo sopesando opciones y se dio cuenta de que necesitaba ayuda profesional, de que él solo no lo iba a conseguir.

Buscó un detective privado, pues le pareció la mejor manera de empezar a buscar a tres mujeres que eran tres fantasmas de las que apenas sabía el nombre. Tecleó en un documento Word todo lo que sabía de ellas e

imprimió el folio, que contaba apenas con unas líneas. Después cogió su teléfono móvil y llamó para concertar una cita.

Tenía en la mente las películas de los años cincuenta cuando cruzó el umbral del despacho del detective con el que había contactado, Germán Padilla. Para su asombro, no encontró ni un despacho con un aire turbio por la concentración de humo de un cigarro ni un señor con gabardina. Germán era un hombre de mediana edad, alto, canoso y en buena forma. Su oficina era luminosa y estaba ordenada y pulcra.

—Usted dirá —dijo una vez efectuadas las presentaciones de rigor.

—Necesito que encuentre a tres personas. Todo lo que sé de ellas está en este folio.

—No entiendo —repuso una vez leídas las líneas que le había extendido Joaquín un par de veces.

—Necesito encontrar a las descendientes de estas mujeres, que vivieron en el siglo XVIII. Le pagaré lo que me pida.

—No es cuestión de dinero solo, lo que me pide es complicado, tiene poquísimos datos, ¿no hay apellidos?

—No los tengo.

—Intentaré ayudarlo, pero no le prometo nada.

Al cabo de varios meses el detective llamó a Joaquín.

—Hola —le dijo—. Tengo varias candidatas a ser las mujeres que usted busca, lo malo es que seguir su rastro hasta el día de hoy no será fácil. He recordado que hace algún tiempo una familia que conozco contrató a un historiador para que me ayudara y sus servicios fueron muy eficaces. Se trata de un profesor de universidad, Jacinto Miraflores. ¿Le supondría algún problema?

Joaquín no quiso delatar que conocía al tipo.

—No, ningún problema en absoluto, mientras usted no revele mi identidad.

—Eso por descontado.

Sin embargo, unos cuatro meses después de aquella llamada, Joaquín se encontraba tomando unas cervezas con unos amigos cuando se encontró con Jacinto, que hacía exactamente lo mismo. Se unieron todos y siguieron tomando cañas. A Joaquín el alcohol le aflojó la lengua.

—Dime, amigo —le susurró a Jacinto en un aparte, aprovechando que lo tenía al lado—, ¿cómo llevas la búsqueda de las tres mujeres para la que te ha contratado Germán? Tengo gran interés en ello.



Diciembre de 2020

Tenía la mosca detrás de la oreja. Hacía ya muchos meses que Joaquín Lobato, a quien le había confiado la tenencia del manuscrito, le había prometido encargarse de todo; sin embargo, cada vez que le preguntaba echaba balones fuera indicándole que no tenía resultados. Tras cavilar unos días, decidió espiarlo y, para ello, contactó con alguien en la *web*.

Entrar en el despacho de Joaquín sin que él lo supiera fue una tarea relativamente sencilla. Una vez dentro, insertó un *pen* que hizo que el ordenador se encendiera sin necesidad de conocer la contraseña. Una vez lo tuvo encendido, insertó el otro *pen* que había comprado, que contenía un programa para descifrar todas las contraseñas que Lobato tuviera

guardadas. Pronto vio la que buscaba. Salió del piso en pocos minutos con el trabajo hecho.

Estuvo más de un año entrando en el correo electrónico de Joaquín sin encontrar nada de relevancia. Por fin, un día cualquiera, vio un *e-mail* que le llamó la atención. Lo abrió y, con satisfacción, comprobó que se trataba de un informe que contenía la identidad de las presuntas descendientes de las brujas que se mencionaban en el manuscrito que él mismo había comprado. Se lo descargó en su ordenador y salió de la página web sin dejar rastro, satisfecho de haberlo visto antes de que el destinatario real lo borrara, como había observado que hacía con todos los *e-mails* de contenido sensible que recibía.

Al cabo de unos días quedó con él para tomar unas cañas en un bar de la calle Betis. Entre comentarios sobre fútbol y política, temas recurrentes, le preguntó:

—¿Y de lo nuestro? ¿Sabes algo más? ¿Has dado con alguna pista sobre el cuadro o el libro?

—Nada. Creo que debemos ir planteándonos que es un imposible.

Fue exactamente en ese momento cuando se dio cuenta de que Joaquín Lobato iba a traicionarle.

Tomó otro sorbo de cerveza para disimular la mueca de disgusto que, sin querer, se le había dibujado en la cara.

BRAINSTORM

Sevilla. Jueves, 5 de mayo de 2022.

Se levantaron juntos, se vistieron y desayunaron en casa. Valeria pensó que podría acostumbrarse a eso, a abrir los ojos y que su rostro fuera lo primero que viera, a que su boca le buscara para hallarlo, a que sus calzoncillos estuvieran tirados en el suelo del cuarto de baño.

Le miraba de reojo mientras se tomaba el café con leche muy caliente y sin azúcar sin poder creer aún que un jueves cualquiera estuviera compartiendo piso con su pareja. Es extraña la vida, nunca pasa nada, pero cuando pasa todo se vuelve del revés. El trabajo les había vuelto a unir. Pensó que, por feliz que estuviera en aquel destino, debía volver a pedir un traslado, debía volver a Javier, porque vislumbraba con meridiana claridad que él era su todo.

Se subieron en el coche y condujo hasta la comisaría. Aparcó e inmediatamente se dirigieron al despacho de Concha para informarle de las novedades que le habían llegado de parte de la oficial Blanca Cabrera. La noche anterior, ambos habían mantenido una conversación larga y esclarecedora con la policía, que había reunido toda la información.

—Buenos días —empezó el inspector Martín una vez todos estuvieron acomodados en la misma sala de reuniones del día anterior. No ha sido fácil para mi compañera, pero ha realizado un magnífico trabajo y hemos obtenido frutos del mismo. Como suponíamos, las mujeres eran reticentes a confesar el secreto que guardaban. Afortunadamente, los acontecimientos

terribles que han sufrido en la figura de sus respectivas madres y la perspectiva de estar en peligro, las ha hecho entrar en razón. Seguramente la paciencia y la mano izquierda de Blanca han contribuido. En cualquier caso, la información que tenemos sigue siendo sesgada, pues ambas afirmaron no tener ni idea de cómo descifrar la incógnita. Sin embargo, sí que nos dejaron ver lo que guardaban tras la oreja: son números, tal como suponíamos, un dos y un ocho. Se despidieron con la promesa de que, si se les ocurría alguna cosa, nos lo harían saber. No obstante, mi compañera ha prometido llamarlas hoy a media mañana e insistir.

—Muy bien, pues supongo que es el momento de dar ideas. Que cada uno diga lo primero que se le pase por la cabeza.

—Coordenadas —dijo Marta.

—Bien pensado, vamos a verlo.

Encendieron el ordenador y buscaron en *Google Maps* en el navegador para probar distintas combinaciones. La mayoría de ellas daban lugares inexistentes o un lugar en Nigeria. Tras varios minutos intentando dar con algo, estuvieron de acuerdo en que era una idea fallida.

—Esto no nos conduce a ningún sitio. Además, creo que estamos de acuerdo en que se encuentra en El Escorial. No es eso, sigamos pensando —atajó la comisaria.

Se hizo el silencio de nuevo.

—¡Puede ser cualquier cosa! Número de escalones, número de pasos, izquierda, derecha, ¿desde dónde partir? Puede que sean números que tengan algo que ver con el monasterio... —Se lanzó Verónica.

—¿Y si es una clave?

Todas miraron a Javier con atención.

—Como en las películas de espías —explicó—. Podría tratarse de un código para descifrar un texto. No sé... Podríamos intentarlo con el manuscrito de Juan de Ourense. Teniendo en cuenta que ellos escondieron el libro e inventaron la manera de reencontrarlo en caso de necesidad, tendría sentido que hubieran ocultado algo en ese texto.

—Me parece una buenísima idea —dijo Marta—, vamos a ver... Si empezamos por el inicio y vamos buscando palabras ordenando las secuencias de formas distintas obtenemos...

Examinó rápidamente las primeras palabras del diario.

“Ahora que me encuentro en el ocaso de mis días, creo que ha llegado el momento de dejar constancia de cosas increíbles que sucedieron tras estas paredes, y también fuera de ellas. De algunos acontecimientos tuve conocimiento directo y otro me lo contaron hombres excelsos, piadosos de Dios y que merecen mi absoluta credibilidad y confianza...”

—2, 8, 10: Que días de increíbles fuera otro lo que mi monasterio mí me esperando cuando llegue gloria...; 10, 8, 2: Días dejar de también conocimiento y y llegué este de de iglesia...

Aquello no tenía sentido. Verónica la interrumpió.

—¿Y si intentamos con las palabras que inician cada línea? O tal vez no sea una secuencia de palabras, sino de letras. Quizá no debemos empezar por el principio, sino por el final... ¡Hay demasiadas posibilidades!

La comisaria les interrumpió.

—Escuchad. Es una buena idea, pero no estamos teniendo en cuenta una cosa, no podemos trabajar sobre la traducción, tendríamos que hacerlo sobre el texto original y evidentemente hay que hacerlo con la ayuda de un traductor. Por exacto que sea el texto que nos ha pasado Macarena Vázquez,

el orden de las palabras en uno y otro idioma varía seguro, la forma de escribir en latín era muy concreta, tenía reglas precisas. Lo más práctico será que le cedamos el trabajo a una unidad especializada en descryptar y, si consiguen algo, nos informarán enseguida. De todos modos, en mi opinión no tiene sentido que la clave esté en un diario personal que presumiblemente nunca debía ver la luz. Tal cosa habría sido indescifrable para las interesadas. Tiene que ser algo más próximo a ellas. ¿Alguna otra sugerencia?

Todos callaron afirmando con la cabeza, la comisaria estaba en lo cierto.

—Vale —continuó la mujer en vista de que pasaban los minutos y nadie hablaba—, creo que estar aquí plantados no va a conducirnos a nada, necesitamos más información. Bucead en la red... Cada uno a su mesa. Pensad e investigad todo lo que se os ocurra. Si alguien ve posibilidades en alguna de sus ideas, que nos convoque, ¿entendido?

Se levantaron de los asientos y se dirigieron a sus respectivos lugares de trabajo. Aquello no iba a ser nada fácil.

Marta no quiso abandonar su idea inicial. Javier optó por estudiar a fondo todo lo relacionado con el Monasterio. Valeria, indecisa, decidió leer otra vez los últimos interrogatorios a las dos hijas de las víctimas que les había enviado Blanca por correo electrónico. Verónica, sin embargo, siguió buscando al hipotético investigador privado que habría ayudado a Joaquín.

Rozando el mediodía, Blanca les llamó para decirles que ninguna de las mujeres había aportado nada más a sus declaraciones anteriores.

—Ayer les preguntaste de nuevo si faltaba algo en los domicilios, algo de lo que no se hubieran percatado hasta ahora —dijo Valeria, que era quien había cogido el teléfono. Había llamado al terminal de su despacho y no al móvil de su jefe.

—¡Ah! Sí —afirmó sin darle importancia—. No supieron decirme. Hoy he hablado con Mayte, que se ofreció ayer a ir a casa de su abuela. Me ha dicho que no encuentra un ejemplar antiguo de una biblia que María guardaba siempre en la mesilla de noche, pero que seguramente es por el revuelo que hay en la casa, que seguirá buscando.

Cuando Valeria colgó el teléfono, se quedó reflexionando sobre las palabras de su excompañera y una idea empezó a formarse en su cabeza. Volvió a leer los interrogatorios y, tras ello, como Javier estaba usando el ordenador, decidió emplear su teléfono móvil para iniciar una búsqueda errática.

A las dos de la tarde fueron los cuatro a comer a un bar cercano. Dejando el trabajo de lado, mantuvieron una conversación amena y divertida. Marta insistía en que tenían que pasarse por la Feria de Abril en mayo. Verónica se excusó y Javier afirmó que no le iban ese tipo de juergas. Al parecer la única dispuesta a acompañar a la inspectora y a su pareja era Valeria.

—Pues te vienes tú, *miarma*. Deja a estos sosos en casa.

Y quedaron así, en ir una de esas tardes si el trabajo lo permitía. Pagaron sus respectivos menús y se dirigieron de nuevo a la comisaría a seguir trabajando en la resolución de un acertijo que se les había atragantado.

—He estado investigando el monasterio desde el punto de vista esotérico, ¿sabes, Val? Hay cosas interesantes por la red.

—Ilumíname.

Javier rio.

—Resulta que la ubicación del monasterio, y, por ende, de la biblioteca, tiene una explicación esotérica. Felipe II decidió su construcción en dicho

lugar tras escuchar los consejos de un grupo de expertos que le dijeron que allí supuestamente se encontraba una entrada al infierno.

Valeria dejó de prestar atención a la página web en la que navegaba, y que rezaba “Colosenses 2:8, la nueva biblia latina”, para escuchar a su novio.

—Al parecer su emplazamiento sigue conceptos de magia y religión. ¿Sabes que en la zona en la que se sitúa el magnetismo terrestre hace que las brújulas se alteren? Al parecer todo apunta a un vórtice energético. Además, hay una silla que ocupaba el monarca que está construida sobre un altar vetón en el que, en la antigüedad, se realizaban sacrificios humanos. Igualmente he encontrado referencias a una leyenda que cuenta que en el monasterio se aparecía un perro negro. Eso entronca perfectamente con el manuscrito de Juan de Ourense. —Calló unos segundos—. Es interesante, pero no veo como puede ayudarnos ahora... ¡Mira esto! —exclamó señalando la pantalla—. En la misma biblioteca hay inscrito un texto en hebreo, dice “Todo tiene un número, peso y medida”. ¿Y si se trata de eso: un peso, una medida?

—¿Un peso y una medida de qué? ¿Del libro? Crees que puede pesar diez gramos y tener ocho centímetros de longitud y dos de grosor... No sé, Javi, yo creo que los números nos conducen a una ubicación.

—Sí, sí. Tienes razón.

El hombre siguió relatando sus averiguaciones.

—Más cosas: dice aquí que era *vox populi* en la corte que existía una “biblioteca escondida” en la que se guardaban libros relacionados con la magia. Uno de ellos era el «*Enchiridion Leonis Papae*», un incunable de hechizos y conjuros. Sin embargo, su existencia es incierta, dado que jamás llegó a ser encontrado.

—Mmm —carraspeó Valeria—. No sé... El Papa León... Pues quizá sea lo que buscamos, o quizá no. No me importa tanto qué libro buscamos, sino que lo encontremos.

—¡Muchacha! —rio Javier—, si no sabes lo que buscas, ¿cómo vas a saber que lo has encontrado?

Valeria había tomado nota de dos conceptos que había relatado su compañero en sus pesquisas, pero no había dicho nada, en la búsqueda de algo que diera sentido a lo que rondaba sus pensamientos.

—Javi. ¡Javi! —gritó al cabo de unos minutos—. Cariño, creo que lo tengo.

El hombre dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella con la silla de ruedas giratorias en la que se hallaba aposentado.

—¡Dime! Jolín, me tienes en ascuas.

—Blanca me dijo que en una de las casas faltaba una biblia, o al menos, eso creía la nieta de la víctima, que aún estaba tratando de hacer un poco de inventario mientras ponía orden. Eso me llevó a pensar en lo que tú tuviste que hacer para encontrarlas, para relacionarlas. Lo único que no han variado son sus nombres bautismales. Por lo que la religión católica tiene una gran importancia para ellas, aún hoy en día y a través de los siglos. Así que he revisado las declaraciones y Mara, en la suya dice textualmente: *“Lo único que me dijo mi madre tras hacerme el tatuaje fue lo que su propia madre le había transmitido a ella: con los tatuajes y con la fe, daréis con lo que os hace falta”*. ¡La fe! ¿Te das cuenta? Lo que buscamos tiene que ser un pasaje de la Biblia.

Tomó aire y continuó.

—He encontrado dos referencias. La primera sería un texto que aparece en Macabeos 10:82 y que dice: “*En aquel momento hizo Simón que sus tropas avanzaran y atacaran a la infantería enemiga, porque la caballería estaba ya extenuada. De ese modo los derrotó y los obligó a huir*”. No veo ninguna relación plausible con el texto de Juan. No hay ningún personaje que se llame Simón, ni se habla de ninguna guerra. Lo segundo que he encontrado pinta mejor, sobre todo después de todo lo que me acabas de contar. Mira, Mateo 10:28: “*No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo, en el infierno*”. —Se quedó callada unos segundos para que su interlocutor asimilara las palabras que acababa de declamar para después preguntar—: ¿No te parece perfecto?

Javier asintió mientras seguía con la mirada clavada en la pantalla del teléfono.

—Habla de destrucción de alma y cuerpo, lo que a mí me parece una clara referencia al diablo. Y señala una ubicación, Javi: el infierno.

—El infierno. Según lo que yo he leído el monasterio tapa una entrada al infierno, al inframundo, y se habla de una biblioteca escondida.

—Sí, pero lo que no me has dicho es que dicha biblioteca oculta era conocida como *Inferno*. Javi ¡Infierno! Lo tenemos, gordo.

—No, cariño. Lo has encontrado tú solita.

Se abrazaron ilusionados y se rozaron los labios en una mueca que más que un beso fue una señal de afecto. Después, rápidamente, fueron a buscar al resto de componentes de la unidad y a la misma comisaria, que quería estar enterada de todo cuanto aconteciese en el caso.

Se reunieron, cafés en mano, por la hora y el cansancio, de nuevo en la misma sala, ya que era el espacio más adecuado para albergarlos a todos.

Una vez aposentados, escucharon como Valeria les contaba entusiasmada lo que había descubierto.

OceanofPDF.com

VAMOS PA MADRID

Sevilla. Jueves, 5 de mayo de 2022.

Todas escuchaban a Valeria con la boca abierta, les parecía que había dado en el clavo. Obviamente podría no ser así. Quizá los números no tuvieran nada que ver con aquello, quizá estaban montándose una película a lo Dan Brown y finalmente no hallaran nada o no hubiera nada que hallar. Era un riesgo que debían correr, pues el tiempo les apremiaba. No descartaban que se produjeran más muertes entorno al caso y sólo podrían evitar si actuaban rápido.

Debatieron ampliamente sobre la veracidad de aquellas conexiones que había establecido la inspectora y sobre la conveniencia de seguir aquella pista. Sus compañeras apoyaron entusiasmadas las conclusiones de su amiga. A Javier, obviamente lo tenía ganado, pero el hombre, optó por mantener un perfil bajo durante la reunión ya que quería evitar más puyas de la comisaria dirigidas a Valeria.

Concha era una mujer fría a la que no le importaba dar órdenes. Lo hacía con sequedad y dureza. Escondía su empatía, aunque la tenía. Pocas veces la habían visto flaquear, y los golpes de la vida, en lugar de tristeza desataban su ira. Era una forma muy diferente de enfrentarse al mundo si se comparaba con Valeria. Sin embargo, siempre le había gustado aquella inspectora, discreta, tímida e inteligente. Una mujer que tras su sonrisa escondía toda la tristeza de una vida difícil, que sabía bien que su felicidad actual era tan efímera que debía afanarse en disfrutarla; mas, no podía evitar

entristecerse por lo que husmeaba en el ambiente, a pesar de que aún no hubiera sucedido. Valeria guardaba lágrimas para el futuro, se dolía de lo que aún no había acontecido. Añoraba como pasado, un presente muy vívido. Porque en eso sí se parecían. De alguna manera ella había logrado endurecerse con los años, hacerse roca, inquebrantable, inmutable. Valeria no, y la compadecía por ello, ya que le recordaba una versión joven de sí misma que hacía años había desterrado.

Quizá por esa simpatía que le despertaba Valeria Jara, acabó claudicando y contagiándose del optimismo del equipo, que sostenía su teoría como si fuera propia.

—Les seré franca: no creo en fantasmas. No creo en espíritus, ni en la magia, ni en trucos o brujos. Ni siquiera creo en Dios, a decir verdad, por lo que me cuesta muchísimo entender que alguien pueda matar a una o a cuatro personas..., dependiendo de si aceptamos la versión que me dais o no, por algo tan difuso como una invocación. Pero no soy tonta. Existen las sectas, el fervor religioso, la credulidad, la fe y, especialmente, existe la desesperación. Si analizamos las pruebas físicas, en nuestro caso, no obtenemos nada; de las testificales, tampoco. Creo que únicamente una confesión o un encubridor arrepentido nos podría llevar a resolver este homicidio. Ha resultado ser demasiado perfecto. Y, hasta ahora, aislado. Casi todas las personas que podían tener algo contra Joaquín tienen coartada. Respecto a los que no la tienen, sin evidencias físicas sería muy difícil conseguir tan siquiera una imputación. Mucho menos una condena. Si no me equivoco, inspector Martín, le ocurría lo mismo en su caso.

Javier asintió con la cabeza.

—En resumen, no hay explicación sencilla para ninguno de ambos. Sin embargo, parece haber una muy estrambótica si los unimos. Llevo días

estudiando los casos y la vinculación entre ellos que me habéis proporcionado. Por increíble que me parezca, debo reconocer que también es lo más sólido que tenemos. Así que voy a darle a Jara un voto de confianza, pues ya poco hay que perder salvo recursos. Me parecería mucho más irresponsable no hacer nada cuando, de ser cierto lo que contáis, hay un loco suelto buscando un libro que no sabemos si existe, pero en el que él cree a pies juntillas. Dicho sujeto ha matado ya, asumamos la totalidad, a cuatro personas. ¿Cuánta más podría matar en adelante si no es capaz de encontrar lo que busca? No descarto nada. No descarto ni un brote esquizofrénico y que se ponga a matar a diestro y siniestro. Así que, partiendo de ahí, mucho me temo que me vais a pedir ir a Madrid.

Marta miró a Valeria, cediéndole el turno con los ojos y la chica cogió el testigo.

—Tras leer ese versículo de la Biblia, Mateo 10:28: “*No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo, en el infierno*”—repitió—, así como el manuscrito, creo que tenemos un lugar: el monasterio o, más concretamente, la biblioteca, y una ubicación: la parte de esta que permanece escondida y que es conocida como el *Inferno*. Dice la leyenda que se encontraba en los pisos superiores, aunque también que el monasterio tapa una entrada al infierno, por lo que quizá se ubique en esa entrada y de ahí reciba su nombre. Lo cierto es que no lo sabemos. Mi intuición me dice que el sujeto al que buscamos tampoco. Lo malo es que nos lleva mucha ventaja. Hay que irse cuanto antes y cruzar los dedos para que no haya dado ya con él.

— Eso que sugieres no es fácil —tomó la palabra Concha de nuevo—. Para empezar, habría un conflicto de cuerpos, pues allí tiene competencias la Guardia Civil. Por otra parte, probablemente el soporte, en el caso de

necesitar personal especializado, nos lo tendría que dar Madrid. Me va a costar organizarlo, pero no hemos llegado hasta aquí para parar ahora. Necesito un informe bien detallado con todo lo que tenemos para ayer. Empezaré a hacer llamadas y a organizarlo todo. ¿Hay algún avance con lo del detective?

Verónica negó con la cabeza.

—¿Algún otro avance?

Marta tomó la palabra.

—He estado hablando con el monasterio. Les he preguntado por el libro. Aunque no sabemos cuál es su nombre, lo cual dificulta mucho las cosas. Les he descrito el contenido y el siglo del que procede, a ver qué podían decirme con esa información. He recibido un *mail* del actual encargado de la biblioteca. Dice que no tienen nada ni remotamente parecido en su inventario y que éste es exhaustivo. Después hace alusión a diversas enajenaciones de ejemplares por parte de la biblioteca, así como a dos incendios, uno 1671 y el otro la noche del 1 al 2 de octubre de 1872. Por lo que termina afirmando que, si bien, es posible que el ejemplar que buscamos estuviere en algún momento en El Escorial, puede que ya no se encuentre allí.

—Bueno, es posible que el de 1872 tuviera alguna repercusión en su desaparición, está claro que el de 1671 no, porque Juan de Ourense nos habla en 1845.

—Es cierto.

—Si escondieron el libro, lo normal es que ni esté inventariado ni ninguno de ellos tenga idea de dónde se encuentra. Esas fueron las directrices de Lucas —dijo Valeria, poniendo en voz alta lo que todas pensaban—. Por eso hay que ir allí, y buscar nosotros.

Salieron de la sala para dirigirse cada uno a su mesa de trabajo. Mientras andaban aún por el pasillo, Verónica las interpeló.

—Disculpa, Marta, quisiera comentarte una cosa.

—Tú dirás —contestó la inspectora. Como quiera que Verónica sujetó brevemente a Valeria por el codo, esta también se paró.

—No puedo ir a Madrid, no puedo ir con vosotras.

La mujer empezó a llorar, silenciosamente, y las dos compañeras, extrañadas, se acercaron a ella, la acompañaron hasta el despacho de Marta, que era el más próximo, y le preguntaron cariñosamente el porqué de sus lágrimas.

—¿Os acordáis de la baja de hace unos días? No era gripe, ni gastroenteritis, ni nada de eso en lo que me excusé. En realidad, es una buena noticia, aunque estoy muy asustada.

—Estás embarazada —dijo Valeria, comprendiendo.

—Sí. Me muero por estar en este caso, pero no puedo. Mi hijo es lo primero, y me han recomendado una vida lo más reposada posible.

—¡Felicidades Vero! ¡Qué gran noticia!

Las mujeres se abrazaron alegres porque su compañera había conseguido algo que llevaba mucho tiempo intentando. La relación laboral pronto había dado pie a la amistad y la amistad, a la confianza. Muchas habían sido las tardes en las que, con una caña en la mano, habían escuchado la tristeza de su amiga hecha palabras de desaliento. Muchas las mañanas en la que, en el baño, se había revelado el fracaso y se había echado a llorar sobre el hombro de cualquiera de ellas. Porque las personas somos así, sólo fijamos nuestra atención en aquello que no tenemos. Sólo nos medimos por nuestras carencias.

Era un momento de celebración, y el trabajo, por apasionantemente extraño que fuera el caso que estaban investigando, quedaba relegado en beneficio de un bien superior. Porque una vida se abría paso y la madre de la futura criatura, aun cuando era apenas un conjunto de células informe, ya estaba dispuesta a protegerla por encima de su propia existencia e intereses. Quizá el sentimiento menos egoísta sea el de protección maternal, cualquier otro quiere cobrarse un precio.

Una vez se hubieron secado las lágrimas de emoción, llegó el momento de volver a plantearse el curso de la investigación y el modo en el que seguir sin la ayuda del tercer miembro del equipo.

—No te preocupes. Nos las arreglaremos. Además, tú nos darás apoyo logístico desde aquí. Seguro que continuamos necesitándote. Lo más importante es que te cuides y cuides tu estado. Yo se lo diré a Concha, no habrá problema —sentenció Marta y, tras aquellas palabras, cada una fue a hacer la tarea que tenía prevista.

INVESTIGADOR PRIVADO

Sevilla. Viernes, 6 de mayo de 2022.

Como miembro de un Cuerpo de Seguridad del Estado, Verónica Fuentes conocía a algunos investigadores privados. Había empezado a llamarlos a ellos ya que la cantidad de profesionales que se anunciaban a través de la red era infinita. Muchos eran los que operaban desde la capital de Andalucía, pero el número era inabarcable si se extendía a toda la comunidad autónoma, y eso sin plantearse que Joaquín Lobato podría haberse puesto en contacto con una agencia de detectives de Madrid o de cualquier otro lugar de España. Pronto trazó un plan de acción y se repartió las llamadas con dos compañeros.

La tarea era tediosa. En muchas ocasiones no contestaban al teléfono, en otras les atendía una secretaria que no podía responderle a sus preguntas y la emplazaba a una cita con su jefe. Y así fue pasando la mañana, entre llamadas y náuseas matutinas, hasta que la casualidad quiso que le tocara a ella marcar el teléfono de Germán Padilla a eso de las doce de la tarde.

—Germán Padilla, investigación privada. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, mi nombre es Verónica Fuentes, Policía Nacional. Necesito que me responda a unas preguntas.

—¿En el curso de una investigación criminal?

—Por supuesto. En una investigación por homicidio.

—Adelante.

—Necesito saber si un hombre llamado Joaquín Lobato contrató sus servicios.

—Sí —respondió Padilla sin rechistar y Verónica tuvo que reprimir un grito de júbilo—. Así es. Sé por las noticias que murió por causas violentas, pero no creí que tuviera nada que ver con la investigación que me encargó.

—Bueno, no lo sabemos. Necesitamos que nos hable de la naturaleza de la misma. Oiga, Germán, ¿podría acercarse a comisaría? Así le tomaremos declaración.

—Vale. No hay problema, puedo estar allí en una hora, si le va bien.

—Me va perfecto.

Verónica corrió al despacho de Marta y le dio la noticia. Marta andaba muy ocupada todavía, pues estaba ultimando ciertos detalles por petición de Concha. Sin embargo, aseguró a Verónica que, tanto ella como Valeria, asumirían el peso de la entrevista con el inesperado testigo.

A la una, con puntualidad británica, apareció el detective y preguntó por Verónica. Fue conducido por ésta a la sala de interrogatorios en la que, minutos más tarde se reuniría con las dos inspectoras. Cuando volvía a su mesa la interceptó Concha para decirle que había hecho un buen trabajo y podía volver a su casa. Su jornada había finalizado ya hacía rato y, ahora que conocía su estado, había que cuidarla. A Verónica le extrañó esa amabilidad por parte de su jefa, que, aunque justa y diplomática, no solía prodigarse en muestras de afecto, por mínimo que fuera. Le agradeció sus palabras. Cuando iba a girarse en busca de su bolso para marcharse, la comisaria volvió a hablar.

—Y no se preocupe por no poder viajar, estoy segura de que desde aquí también les podrá ser útil. Como usted comprenderá para mí es mucho mejor, no puedo prescindir de tantos agentes.

Valeria y Marta se sentaron frente al hombre que ya había reconocido haber sido contratado por el difunto Joaquín Lobato. Habían hecho una breve búsqueda sobre él y parecía un buen profesional a juzgar por los informes que encontraron.

—Díganos, ¿cuándo le contrató Joaquín y para qué?

—Hace más o menos tres años. Me contrató para buscar a tres mujeres. —¡Bingo! Pensaron ambas, aunque se cuidaron de exteriorizar sus sentimientos—. La tarea era muy complicada, me costó mucho, mucho tiempo dar con ellas, y, a pesar de haberle hecho un informe sobre las mismas, tampoco estoy muy seguro de si acerté en la búsqueda. En cualquier caso, nunca se volvió a poner en contacto conmigo.

—¿Cuándo elaboró el informe?

—Hace unos meses, pocos.

—Dado que tiene usted la obligación de guardarlos durante tres años según la ley, lo tendrá todavía.

—Lo conservo, sí.

—Lo vamos a necesitar. Pero, antes, díganos todo lo que recuerde del encargo, por favor. El tiempo apremia.

El hombre se acarició la barbilla, como intentando recordar los detalles. Tenía unas manos de dedos finos y largos con los que se mesaba una barba incipiente.

—Verá, quería encontrar a tres mujeres de las cuales únicamente sabía los nombres. ¡No tenía ni los apellidos! Además, no eran contemporáneas nuestras. Desde luego recuerdo muy bien el encargo porque es el más raro y difícil que me han hecho hasta ahora. Eran señoras que habían vivido en el

siglo XVIII, y, lo peor es que tenía que buscar a sus descendientes en la actualidad. ¡Imagínese! Todo un reto.

—¿Recuerda sus nombres?

—Pues lo cierto es que sí. Me llevó mucho tiempo dar con ellas. Se llamaban Amargura, como una de mis marchas favoritas, Eulalia y Teresa.

—¿Cómo las encontró?

—Verá, tenía que encontrar a tres mujeres con nombres tan comunes para la época como Amargura, Eulalia y Teresa o María Teresa. No sabía su lugar de residencia, que podría ser el propio pueblo de San Lorenzo del Escorial, fundado por Carlos III en el siglo XVIII, o pueblos colindantes, como Guadarrama al norte o Zarzalejo, Peralejo o Robledondo al sur... Aunque podría irme más lejos... Al propio Madrid. Como ven, se trataba de buscar una aguja en un pajar. Al principio, me puse en contacto con los Juzgados de Paz de todos esos pueblos para que ahondaran en sus libros del Registro Civil, pero ninguno me lo puso fácil. De hecho, algunos me dijeron que era imposible obtener aquella información aduciendo destrucciones o pérdidas. Entonces pensé en el único dato extra que tenía sobre una de ellas: la tal Teresa había ingresado en un convento en Sevilla. Tiré de ese hilo. No sabía a ciencia cierta el año, sólo que fue bastante después de 1798 y, desde luego, antes de 1845. Acoté un rango de diez años, de 1820 a 1830 y me puse a indagar por todos los conventos. No son pocos. Finalmente obtuve resultados en el monasterio de San Leandro.

Hallé un registro que me cuadraba con esa chica, pues indica su nombre y su procedencia que era, precisamente, el municipio de Guadarrama. El apunte era breve, únicamente recoge esa información, así como que cambió su nombre al ingresar por Soledad. La cuestión es que tenía un apellido: Rodríguez y un municipio, por lo que, a partir de ahí, busqué a las otras mujeres desde el prisma de que debían ser de la misma localidad o colindantes y contemporáneas a Teresa, pero algo mayores. A continuación, me quedaba seguir el rastro hasta el día de hoy. Debía buscar la línea femenina y descartar las que no tuvieran ninguna descendiente mujer, o varias de ellas. Joaquín estaba interesado únicamente en las que sólo parieron una hija. Recuerdo que me pareció raro que, aunque algunas de las que investigué tuvieron muchos hijos, únicamente había una niña entre ellos. Así llegué hasta la actualidad. Si no recuerdo mal sus descendientes vivos de la línea anterior se llaman Marga, Lali y María. Son señoras ya de cierta edad. Es el encargo más extraño que he tenido, por eso recuerdo bien los pormenores. Pensé que igual las estaba buscando por alguna especie de reliquia familiar... No sé, quizá estaba haciendo su propio árbol genealógico, o buscando un parentesco o escudo de armas. Eso es típico. De hecho, fue lo que me dio la idea para buscar un colaborador que entendiera de historia y de genealogía.

—Ah, ¿sí? —le instó a continuar Valeria, guardándose para sí que las señoras a las que acababa de referirse el investigador privado en presente ya no estaban vivas.

—Sí, sí. Tengo un amigo que siempre había escuchado que era de noble cuna. Un día decidió incorporar a su casa en el pueblo el escudo de la familia, pero no lo conocía. Total, que acudió a un profesor de historia para hacer el árbol y encontrar así dicho escudo de armas. Pensé que me podía ser muy útil y lo llamé para que me diera el nombre del profesor. Luego llamé al historiador y le propuse contratarlo para ayudarme. Me dijo que sí y estuvimos mano a mano en una empresa que nos duró mucho más tiempo del que habíamos previsto.

—¿Nos diría su nombre?

—Sí, sí, por supuesto, disculpe. Jacinto. Jacinto Miraflores.



Tras despedir a Germán y darle las gracias por su colaboración, Marta fue al despacho de la comisaria para contarle lo sucedido.

—Acabamos de interrogar al detective que Joaquín contrató para encontrar a aquellas mujeres y que, presumiblemente, a juzgar por lo sucedido, las encontró. Pero lo más significativo es que tuvo que contratar a un historiador para ayudarlo en la tarea. Concha —enfaticó la inspectora—, contrató a Jacinto Miraflores. El hombre que, muy oportunamente, ha desaparecido y del cual no tenemos ni idea de su paradero. Estuvo de viaje mientras mataron a las tres mujeres y, después, cogió una excedencia por

asuntos personales *sine die*. Nadie sabe dónde está y él sabe demasiado sobre esto.

—Conozco a Jacinto desde el instituto y siempre hemos mantenido la amistad. Nos seguimos codeando con el mismo núcleo de personas. Realmente no creo que haya tenido nada que ver, no puedo imaginar tal cosa. Sin embargo, entiendo que tengáis que investigarlo. Adelante. Lo que pasa es que tendréis que hacerlo desde Madrid. He movido todos los hilos habidos y por haber dado el retraso que llevamos respecto al asesino. Os vais mañana. No debemos esperar. Soy muy consciente que poca cosa se podrá hacer siendo fin de semana, pero al menos, ya estaréis allí, habréis conocido a los policías con los que vamos a colaborar. Les podréis poner al día de la investigación. Y ellos, sobre el terreno, os indicarán cómo proceder, las puertas a las que llamar. En resumen, tendréis que conseguir de ellos todo el apoyo que podáis. Todavía no sé si llevaremos el caso en exclusiva o tendréis que colaborar con la Guardia Civil. Estoy en ello, os lo diré en cuanto sepa algo. Ahora id a casa y haced la maleta. Os enviaré los billetes de tren en cuanto los tenga y también las reservas del hotel.

—De acuerdo, gracias, Concha.

Marta salió del despacho y se dirigió al de Valeria para darle las nuevas instrucciones. Todos se fueron a sus respectivos domicilios a cumplir las órdenes de la comisaria. Al día siguiente se reunieron en la estación de Santa Justa con los billetes descargados en sus teléfonos móviles y una maleta llena de ropa cada uno. De alguna manera eran conscientes de que aquella investigación tocaba a su fin, de que les quedaba una sola bala en la recámara para atrapar al culpable de cuatro sangrientos asesinatos. Si no conseguían dar con el libro, si no lograban detener al que andaba tras su búsqueda, probablemente se enfriaría su rastro y nunca darían con el culpable. Habrían fracasado.



Sevilla. Sábado, 23 de abril de 2022.

Cuando llegué a casa, con la oreja de la última de las mujeres que yo mismo había matado en la guantera del coche, estaba tan cansado que me tiré en la cama y me quedé dormido. Al día siguiente tiré el trozo de carne en un contenedor cualquiera, pues, apuntado el número que tenía tatuado, aquel despojo no me servía para nada.

Seguramente los policías que estaban investigando sobre los robos en casas de ancianas pensaban que los culpables se llevaban trozos de sus víctimas como trofeos: orejas, uñas, dedos... Eso en el caso de que se hubieran percatado de que faltaban miembros. Aunque, seguramente, tras un análisis científico y forense de toda la escena de cada uno de los crímenes, se hubieran dado cuenta. Pero estaban muy lejos de la realidad, no tenían ni idea de por dónde pillar aquello, y estaba bien, me daba ventaja.

El fin de semana no pude rechazar salir con amigos y alternar como hacía toda la ciudad en cuanto llegaba el buen tiempo. Logré evadirme de mis problemas a ratos con la dosis adecuada de alcohol, y, por qué no decirlo, de otros estimulantes. El domingo por la tarde volví a pensar en aquello con toda la concentración que me permitía el cansancio y la resaca. Tenía unos números: diez, ocho y dos y una Biblia. Podía ser mucho o no ser nada. Tal vez únicamente un detalle típico de gente de cierta edad, todavía anclados en una religiosidad que yo compartía en parte. En la parte que me interesaba.

El lunes establecí una pauta de trabajo, disponía de poco tiempo porque debía continuar con mi rutina diaria, no levantar sospechas, no dar pie a que nadie me preguntara. Tenía sentido pensar que era un patrón para desentrañar algún texto oculto en el libro, en aquella Biblia. No en vano era una edición antigua y, sin poder saber si era la misma que guardaban las demás, quise creer que sí. Busqué durante días entre sus líneas, leí todo lo que encontré en la red sobre criptografía y métodos de cifrado, que si la Escitila Espartana, que si el cifrado César, métodos que intenté seguir con las cifras que se habían tatuado.

Probé después los mismos códigos con el manuscrito de Juan de Ourense. Tenía una copia de él en casa. En un descuido de Joaquín lo había llevado a una copistería de universidad, de esas que te dejan manejar la máquina a ti solo y lo había fotocopiado, no eran muchas páginas. Tampoco obtuve ninguna frase coherente o que me sugiriera algo. Pasaban los días y nada servía. Tenía que significar otra cosa, pero no sabía qué.

Una tarde, harto ya de que ninguno de los métodos que había probado diera resultado, pensé que aquellos hombres no podían haber sido tan sofisticados. Al fin y al cabo, no eran militares ni matemáticos, eran simples frailes que vivían aislados del mundo y probablemente no tenían ni idea de la maldad que albergaba. Quizá la explicación más sencilla era la correcta. Igual aquellos números llevaban a un versículo, pues esto sí era algo que aquellos monjes dominaban. Me había obcecado con la interpretación más complicada y había perdido un tiempo precioso.

Volví a sacar la ajada Biblia que había robado en la última casa y probé distintas combinaciones. Apunté cada uno de los versículos que me iba encontrando y los estuve leyendo hasta bien entrada la noche.

Leí y busqué todo lo que se me ocurrió, inventando combinaciones imposibles que me ayudaran a darle un sentido a aquellos números. Buscando versículos sólo con dos de las cifras e intentando descubrir una palabra clave con la que faltaba, y así fueron pasando los días, hasta que, pasada una semana de intentos frustrados sin que ninguna de las posibilidades halladas me convenciera lo suficiente como para apostar por ella, tomé una determinación.

Había leído un millón de veces el texto del monje, pero lo leí una vez más y me di cuenta de que las cifras debían conducir a una ubicación concreta dentro de un lugar que ya marcaba el propio Juan: el monasterio, quizá la biblioteca. Así que no lo pensé dos veces y dejé de hacer elucubraciones absurdas. Me iría a Madrid e investigaría sobre el terreno. Tenía que estar allí y lo encontraría, tardase lo que tardase. Quizá una vez en el sitio encontrara algo que me llevara al lugar correcto. Lo que estaba claro es que no había llegado hasta allí, no había matado con mis propias manos, para pararme ahora. Ni para dejarme vencer. Esa no era una opción.

Entré en la web del monasterio y vi que ofrecían un tour con guía en español por 31,50 euros. La visita duraba unas dos horas y comenzaba a las 12 de la mañana todos los días, por lo que, si viajaba el sábado, tendría que salir muy temprano de casa, pero no importaba, luego ya habría tiempo de buscar una habitación donde quedarme unos días, los que hicieran falta. Seguí leyendo distraídamente la web con el propósito de reservar una visita cuando me encontré con un escollo: debían ser grupos de al menos tres personas. Llamé por teléfono para que me ofrecieran alternativas y me confirmaron que, efectivamente tenían un grupo de personas para aquel sábado y que me podía unir a ellos. Acepté y reservé en ese mismo momento por teléfono. Luego entré en la página de la biblioteca para ver que los domingos y los lunes estaba cerrada. Al parecer, el tour al

monasterio incluía un paseo por su salón principal. Fuera de una visita guiada, lo cual me interesaba porque creía que era una muy buena forma de aproximarme a la historia oficial del monasterio, la biblioteca permanecía abierta de diez de la mañana a siete de la tarde. Y allí, entre aquellas paredes iba a pasar casi todas las horas de mis próximos días.

Conduje cinco horas para llegar a las once de la mañana a Madrid. La logística de encontrar aparcamiento, entre otras cosas, no debía desdeñarse, por lo que me levanté muy temprano aquel día. Siempre pensaba que ya descansaría cuando estuviera muerto, lo cual, si no daba con el cuadro, sucedería demasiado pronto.

Me paré en un bar del pueblo para desayunar antes de dirigirme al monasterio, pedí un café con leche muy caliente, a pesar de que las temperaturas en aquellos días de mayo ya eran muy agradables pese a las horas tan tempranas, y una tostada. Si hay algo que define los lugares son sus desayunos. Parecería que es lo mismo en cualquier lugar de España, pero no. Yo estaba muy acostumbrado a mis desayunos andaluces, las tostadas con tomate y jamón, el aceite abundante... En aquel bar me ofrecieron mantequilla y mermelada en unas terrinas individuales. También tenían otra terrina que decía que era tomate crudo. No quise comprobarlo. Me ofreció hacerme un bocadillo de cualquier embutido. Finalmente acabé aceptando uno de atún. Bollería no tenían, no les llegaba hasta más tarde. Quizá además de las diferencias motivadas por la zona, había errado en el lugar. Al menos la camarera era agradable, bonita y más o menos de mi edad. Mientras desayunaba tonteeé con ella, básicamente por aburrimiento. Cuando me levanté del taburete que ocupaba en la barra, se despidió con un “hasta pronto”. Asentí, sonriendo. No creía que hubiera un pronto; ni un tarde, de hecho.

Llegué al lugar de la cita cinco minutos antes de que se iniciara el tour. La guía era una mujer madura, de voz agradable, aunque algo aguda, y de pelo canoso que no creía necesario teñir. No obstante, su porte atlético y delgado y su cara de cutis suave y poco arrugado, le contrarrestaba el aspecto maduro que, sin lugar a dudas, le daba el cabello.

Me uní al variopinto grupo de personas que esperaban el inicio de la visita, algunos de ellos con molestos niños incluidos, y me dispuse a disfrutar de aquello y a estar bien atento, ojos y oídos. Sentía que, ahora sí, se iniciaba la recta final de aquella larga búsqueda y que, quizá sí, esta vez sería yo el que ganara.

Las dos horas siguientes fueron transcurriendo pausadamente, a lo largo del recorrido nos íbamos parando en distintos lugares para escuchar un retazo de historia del lugar. Todo me parecía interesante pero no lograba extraer nada útil de todo aquello. Estaba impaciente por llegar a la Biblioteca. Cuando por fin lo hice me quedé extasiado ante aquella belleza, dominado por algo similar al síndrome de Stendhal; al fin y al cabo, el arte era mi vida y nada de aquello podía serme ajeno.

El salón principal era magnífico, sus frescos, fascinantes. Pensé que iba a ser una pena tener que ignorar todo aquello y centrarme en la búsqueda del incunable...

—En la biblioteca se guardan más de 40.000 volúmenes de los cuales hay más de 600 incunables...

¡Ah!, La explicación de la guía había hecho que se colara aquel sustantivo en mi mente. Volví a centrarme en sus palabras.

—Ahora vamos a explicaros algo de la historia misteriosa del lugar..., subamos al salón alto.

Escuché con avidez todo lo que contaba: la leyenda negra de El Escorial, la leyenda de un perro negro avistado por sus moradores, la obsesión de Felipe II, la recopilación de manuscritos heréticos... Y entonces una palabra hizo que lo conectara todo, una palabra que aparecía en uno de los versículos que yo ya sabía de memoria. Uno de los que había desechado porque no lograba ver la conexión con el lugar que buscaba. Y, sin embargo, había estado allí todo el tiempo. La palabra era la más obvia para un libro de tal calibre: se encontraba en el *Inferno*.

OceanofPDF.com

EL ESCORIAL

Madrid. Sábado, 7 de mayo de 2022

Una de las tareas que se le asignaron a Verónica Fuentes había sido visionar todas las cámaras de seguridad cercanas a los domicilios de las tres mujeres asesinadas en el distrito de Javier Martín.

El inspector, antes de su partida, había dispuesto que Blanca transfiriera todas las horas grabadas por cámaras existentes en las inmediaciones de las viviendas de las víctimas ya que, en su día, ellos no habían encontrado a ningún sospechoso. En aquel entonces no sabían qué buscaban, pero, quizá ahora, suponiendo que el asesino fuera el mismo que el de Joaquín, la policía sevillana viera a alguien que le resultara familiar, a alguien que no tendría que estar allí. Y entonces lo habrían encontrado.

Durante el trayecto de tren Verónica llamó a Marta para contarle que ya había terminado de ver todas las grabaciones sin éxito, pues no eran muchas. Tenían frente a sí, tanto ella como otros dos policías que le habían ayudado en la pesada tarea, las imágenes de todas las personas que rodeaban la vida de Joaquín: Manuel, Rocío, Dolores, Fabián, Julio... Todos aquellos que habían sido interrogados y que, en uno u otro punto de la investigación se habían considerado sospechosos. De hecho, todavía no se había descartado claramente a ninguno de ellos.

Comprobaron con meticulosidad los rostros que aparecían en las cámaras en una tarea tediosa que no dio frutos. Les llamaron la atención algunos personajes, claro, los que iban cubiertos. En todas las horas que

visionaron aparecieron ante sus ojos varios sujetos, fundamentalmente hombres, con sudaderas con capuchas que les cubrían la cabeza o mascarillas y gafas de sol, por lo que había sido imposible lograr establecer una similitud entre aquellos y los personajes próximos a Joaquín en los que habían centrado su atención.

Marta recibió la noticia con resignación. Realmente había sido una muy buena idea y, quizá el criminal, sintiéndose impune en una tierra lejana a la suya, habría sido descuidado. Sin embargo, no había sido así. Les transmitió a sus compañeros de viaje la ausencia de novedades y siguieron con charlas banales que amenizaran el trayecto.

Una vez llegados a Atocha lo primero que hicieron fue dirigirse al hotel para descargar sus pertenencias.

La logística y la coordinación policial, incluso dentro del mismo cuerpo, no había sido sencilla. Concha había hecho gala, una vez más, de su competencia y rapidez, no en vano ostentaba ese cargo, para, en tiempo record, dirigirse a todos los implicados y obtener de ellos, no sólo una respuesta, sino la respuesta que ella quería escuchar.

Así había sido, por ejemplo, en el caso de la Guardia Civil. Lo normal hubiera sido que no resistieran la tentación de inmiscuirse en el caso y apuntarse el tanto de atrapar al asesino de nada menos que cuatro personas. Sin embargo, esa colaboración no le interesaba a la comisaria, la cual consideraba que mientras más gente estuviera en el ajo, más difícil iba a resultar ser discretos, lo cual convenía no sólo al buen resultado de la investigación sino al prestigio de la propia policía.

Finalmente, tras hablar con algunos mandos y explicarles someramente las pistas del caso, el cuerpo militar se había echado a un lado y le había permitido continuar con la investigación que ya les pertenecía procedente

de dos grandes ciudades españolas, por si una no bastaba. No obstante, con amabilidad, le habían ofrecido el cuartel y el apoyo que requiriesen en caso de necesidad. A Concha le había parecido leer entre líneas que, si iban a marcarse un tanto, más les valía llamarlos para aparecer en la foto..., ¿qué importaba? Una cosa era prometer y otra cumplir. Siempre había sido así y así sería hasta el fin de los tiempos.

Otra cuestión no baladí, había sido la comisaría desde la cual operarían, pues no les había parecido de recibo ocupar el espacio de un cuerpo de seguridad diferente al suyo. La solución pasaba por Madrid. San Lorenzo del Escorial se encontraba en la sierra, al noroeste de Madrid, por lo que intentó solicitar la colaboración del distrito más cercano. La distancia entre la urbe y el monasterio era de aproximadamente una hora de camino, pero tendrían que apechugar con ello.

Los tres inspectores apenas permanecieron en las respectivas habitaciones del hotel cinco minutos. Lo suficiente para descargar el equipaje e ir al aseo. Habían decidido ir a la comisaría lo antes posible, presentarse, ocupar sus puestos, empezar con la burocracia, poner al día al compañero que les asignaran como enlace... Sería perfecto si pudieran dejarlo todo listo aquel sábado y empezar el lunes con la investigación *strictu sensu*. Los días se les echaban encima y no olvidaban que probablemente estaban viviendo una carrera contrarreloj contra el asesino, el cual pugnaría hasta el final por hacerse con el libro para lograr sus espermáticos fines.

La comisaría que les habían asignado era la que se encontraba en el distrito de Chamberí, en la calle Rafael Calvo. Se trataba de un edificio deslustrado y gris, con rejas en las ventanas, pero muy cercano al Museo Joaquín Sorolla. Desde luego, de arte iba la cosa.

Entraron en el edificio y se identificaron ante el oficial sentado en la recepción. Este llamó por teléfono interno al comisario y en unos minutos los hicieron pasar.

El comisario era un hombre mayor, algo tosco en sus formas, aunque en todo momento se dirigió a ellos con respeto. Se le notaba algo incómodo ante la situación, pero se ofreció a ayudarles en aquello que necesitasen, dejando muy claro que, desde aquel momento se encontraban bajo sus órdenes.

—Trabajarán con el inspector Castro y me darán cuenta de todo aquello que averigüen. En verdad esta es una investigación poco ortodoxa... ¿Cuáles son los pasos a seguir?

Marta le explicó que hasta el momento no habían logrado identificar al sujeto que había ejecutado los cuatro homicidios, pero que sí tenían claro que era un hombre. La idea era vigilar la biblioteca, a la que estaban seguros de que acudiría, pero, además, tenían pensado iniciar una búsqueda en hoteles, hostales, pensiones y cualquier tipo de alojamiento para determinar si alguno de los sospechosos del entorno de Joaquín se había desplazado a Madrid o sus alrededores, lo cual sería ciertamente significativo. Igualmente tenían la intención de pedir una entrada y registro del monasterio y la biblioteca, pero que ello se haría al juzgado de Instrucción de Sevilla que llevaba la causa y que, si lo conseguían ya lo pondrían en su conocimiento, aunque las órdenes las daría el juzgado de Madrid que recibiera el exhorto.

—Claro, claro, hasta ahí llego —dijo el hombre con un deje desagradable—. Interpreto que esa búsqueda de uno de sus sospechosos en cualquiera de los múltiples alojamientos que se ofrecen en la comunidad de Madrid lo harán también desde Sevilla, o ustedes mismos. Les deseo suerte.

—Un rictus irónico asomó a los labios—. Ahora vayan y pregunten por Castro, él les indicará dónde pueden ponerse a trabajar.

Diego Castro era bastante joven y acababa de ascender. Les pareció simpático y voluntarioso, pero sin duda muy falto de experiencia.

Les condujo hasta unas mesas en un rincón de la oficina y les indicó que ese sería el lugar de trabajo. Luego, les enseñó las instalaciones y las salas de interrogatorio, así como las de reunión. En una de estas últimas les invitó a que se sentaran.

—Veréis —comentó adoptando rápido el tuteo—, voy a acompañaros en esta investigación y no tengo ni idea de qué va ni de qué estamos buscando. Si fuerais tan amables de explicarme...

Marta tomó la palabra, pero a los pocos minutos le sonó el teléfono. Al ver que era la comisaria se excusó y salió de la habitación. Javier continuó con la exposición de los acontecimientos del caso.

Una vez fuera de la sala, Marta se alejó de la puerta y mantuvo la conversación mientras daba pequeños pasos a uno y otro lado del pasillo, que, por fortuna, se hallaba vacío.

—Dime, Concha.

—Hola, Marta, ¿cómo va todo?

—Bien, bien. Estamos en la comisaría. Ya hemos hecho casi todo el papeleo y hemos tenido el placer de conocer al comisario.

—¿Ha sido un placer?

—Obviamente no.

La mujer al otro lado de la línea rio quedamente. Conocía a Marta hacía muchos años y, aunque supiera mantenerse en su papel, no obstaba para que pudieran decirse algunas verdades en confianza.

—Pues tengo novedades sobre el caso.

—Toda oídos.

—Me quedé con la mosca detrás de la oreja después de nuestra conversación sobre Jacinto. Te di carta blanca para investigarlo, si bien, como amiga, me sentí en la necesidad de saber de él. Así que le he llamado por teléfono varias veces desde entonces. No es usual que nos llamemos, a pesar de conocernos hace tantos años, porque no existe tanta intimidad o amistad entre nosotros, pero bueno, tampoco es tan extraño como para que no me coja el teléfono.

—¿No te lo ha cogido?

—Ni una sola vez. Es más, casi todas las veces que lo he llamado lo ha tenido apagado. Tanto es así que pensé que se había cambiado el número por cualquier cosa y llamé a otros amigos en común que tienen más confianza con él. Todos me dijeron que desconocían que se hubiera cambiado de teléfono y que, si lo hubiera hecho, ellos lo sabrían. Alguno en concreto trató de llamarlo y después me comunicó que había obtenido el mismo resultado.

—Es raro, sin duda. Y sospechoso. ¿Has probado con Macarena?

—Sí. Ya en última instancia me puse en contacto con la universidad. Allí nadie me supo decir el motivo de la excedencia ni su paradero. Al parecer, todas las cuestiones administrativas para pedir la excedencia han sido realizadas por *e-mail*. Hablé con Macarena, por si mantenía algún tipo de contacto, no en vano se ocupa de sus clases... Pero me dijo que no había vuelto a saber de él, que, de hecho, supo de su excedencia por el decano de la facultad, ni siquiera se lo dijo él mismo. También lo ha llamado y le ha ocurrido lo mismo que a todos los demás.

—¿Qué hacemos?

—Espera. Le dije a Verónica que lo buscara entre los pasajeros de tren o de avión o que tratara de averiguar si se había movido su coche. No le costó mucho encontrar que había comprado un pasaje de ida en el AVE. Sin retorno. A Madrid.

Se hizo un silencio entre las dos que duró espesos segundos.

—Buscadlo —concluyó la comisaria. Y acto seguido cortó la llamada.

Marta entró en la sala de reuniones y, por las palabras que escuchó comprobó con satisfacción que estaba concluyendo el resumen a Diego Castro.

—Tenemos novedades —les dijo—. Me acaban de comunicar que uno de nuestros principales sospechosos viajó a Madrid hace ya unos días. A lo peor no llegamos a tiempo, pero hay que buscarlo. Castro, ¿te importa que nos pongamos manos a la obra?

—En absoluto Marta, aunque viendo la hora que es... Más de las dos de la tarde, ¿no queréis comer?

Justo en ese momento los inspectores se dieron cuenta del hambre que tenían, y dejaron que Castro les guiara a un bar cercano donde pidieron un menú mientras continuaban hablando del caso de forma discreta.

Aquella misma tarde averiguaron que Jacinto Miraflores tenía una hermana cinco años menor afincada en Madrid. Obtuvieron la dirección y Castro, que conocía la ciudad y Marta se personaron en su domicilio. Javier y Valeria se quedaron realizando otros trámites. Así fue como consiguieron varias citas para el lunes, a pesar de que el recinto estaba cerrado al público. La primera, con una guía, otra, con el responsable de la biblioteca y la última, la que más les costó concertar, con el actual Prior del monasterio.

En cuanto dejaron atados aquellos cabos, se fueron al hotel a descansar, pues había sido un día muy intenso entre el viaje y el acomodo en el nuevo lugar de trabajo. Allí recostados en la cama del hotel, esperaron a que llegara Marta para salir a cenar algo antes de caer rendidos por el sueño.

Pensaban que el domingo iba a ser un día tranquilo, que podrían descansar y tomar fuerzas para la siguiente semana. Se equivocaban.

OceanofPDF.com

LA HERMANA

Madrid. Sábado, 7 de mayo de 2022.

Aparcaron el coche en una calle estrecha de un barrio obrero. A pesar de ser un día soleado y festivo no había demasiada gente transitando las calles. Quizá se debiera a que, en aquella en concreto, no había comercios, sino únicamente edificios destinados a vivienda. Entraron en el portal número 8 y se dirigieron al tercer piso. Se trataba de un edificio sin ascensor, por lo que tuvieron que subir las escaleras. Se encontraban en un barrio modesto, si bien estaba limpio y bien conservado. Tocaron al timbre de la letra A, en cada rellano había cuatro puertas. Nadie contestó.

Insistieron, aporreando la puerta, hasta que, antes de llamar ellos mismos a los vecinos, la de la puerta de al lado salió de su casa. Era una señora de unos setenta años vestida con una bata azul de boatiné.

—¿Puedo ayudarles?

Los policías se identificaron y le preguntaron por Rocío Miraflores.

—Aquí no la van a encontrar. Hace bastante tiempo que la ingresaron en el hospital.

—¿En qué hospital?

—Pues imagino que en La Paz, que es el que más cerca queda de aquí. Le dio algo en la cabeza, ¿sabe? Le dio en el trabajo, por lo que yo sé, y se la llevaron en ambulancia. Es una chica joven sin familia, igual que yo. Por lo de no tener familia no por lo de joven —rectificó con humor—. Vive ya

hace bastantes años... Más de diez... Un día, me atreví a pedirle si podía dar su contacto en el caso de que me pasara cualquier cosa y, fíjese mi sorpresa cuando ella me pidió a mí lo mismo. En ese momento pensé que se referiría a, si de repente, se le rompía una cañería y se le inundaba el piso, pero ¡Fíjese!

—¿La llamaron entonces? —La cortó Marta.

—¡Ah! No, no. Qué va, a mí no. Supongo que debía haber alguien en su trabajo con quien tuviera amistad y se encargara de ello. Pero... —Calló un momento, mirando a Marta y Castro como sopesando su fiabilidad—, lo cierto es que he visto varias veces a un hombre entrar en la casa. No sé quién es ni tampoco me ha dado la oportunidad de cruzar una palabra con él. Es todo lo que les puedo decir.

Cuando salieron del edificio era ya bastante tarde y Marta estaba cansada, así que pensó que no era tan urgente esa visita y podría dejarlo para el día siguiente. Subió al vehículo policial y Castro, amablemente la llevó al hotel. Se despidió del inspector hasta el lunes, asegurándole que no era necesario que acudiera con ellos al hospital al día siguiente, se apañarían solos y, si por cualquier cosa, tuvieran que proceder a una detención, le avisarían.

Comprobó con agrado que sus compañeros la estaban esperando para salir a cenar, así que los acompañó para explicarles cómo les había ido en la diligencia con la hermana del sospechoso y, en cuanto hubo satisfecho su apetito, dejó a la pareja para irse a dormir.



Madrid. Domingo, 8 de mayo de 2022.

Marta se levantó temprano y algo desorientada. Echó la mano hacia delante buscando el tacto de su mujer y no encontró nada más que vacío. En veinte años apenas se habían separado unas pocas noches salteadas en el tiempo y siempre por trabajo, por lo que amanecer sola no entraba en su esquema vital. Poco a poco fue recordando dónde estaba y tomando conciencia de la situación. Se desperezó y buscó el móvil con la otra mano sobre la mesilla de noche. No le sorprendió ver un mensaje de Valeria preguntándole si bajaba a desayunar. Probablemente el sonido del móvil había sido lo que la había despertado, aunque no había sido consciente de oírlo. Eran las nueve de la mañana. Contestó el mensaje pidiendo que la esperaran diez minutos y, puntual, salió de su habitación y tocó la puerta de la de ellos.

Una vez acomodados en una cafetería cercana que formaba parte de una cadena y con bebidas y comida frente a ellos, abordaron la cuestión de ir al hospital, para ver si localizaban allí a Jacinto. Decidieron hacerlo justo después de desayunar y así poder disfrutar del resto del día libres de trabajo, salvo que la cosa se complicara.

Llegaron al Hospital de la Paz alrededor de las 12 de la mañana. Desconocían si era horario de visita. Tampoco era relevante dado su autoridad y el hecho de estar investigando una causa criminal. Deambularon por distintos edificios del recinto y diversas plantas hasta que dieron con el lugar en el que se encontraba ingresada la paciente Rocío Miraflores. Pidieron entrar en la habitación.

—No van a poder interrogarla. Está en coma.

—No importa. Por favor, díganos en qué habitación está.

La enfermera a la que se habían dirigido les contestó y se ofreció a acompañarlos a la puerta, pero ellos rechazaron la ayuda y enfilaron el pasillo encontrando el número con facilidad. La puerta estaba cerrada, así que la abrieron y entraron. Una mujer de una edad indefinida entre los treinta y los cincuenta se hallaba tendida en la cama. Los ojos cerrados y algunos mechones de pelo castaño, húmedos del calor, pegados en las mejillas. A su izquierda había una butaca ocupada por un hombre que también tenía los ojos cerrados.

Jacinto Miraflores se había quedado medio dormido, por lo que, a pesar de oír el ruido de la puerta, dio por hecho que se trataba una enfermera y no se apresuró en salir de su sopor. Luchó contra su cansancio y entornó los ojos para confirmar su suposición. Su sorpresa fue que, en lugar de a una de las trabajadoras de la planta, vio a tres personas ajenas al servicio del hospital. Abrió ya los ojos definitivamente y tomó conciencia de la situación, para percatarse de que los que habían irrumpido e interrumpido su sueño no eran tres completos desconocidos, a las dos mujeres las había visto con anterioridad.

—¿Inspectoras? —preguntó, dubitativo.

—Buenos días, Jacinto —contestó Marta—. Es usted un hombre escurridizo. Llevamos tiempo buscándole y mire qué lejos de su casa le hemos encontrado.

—No sabía que no pudiera abandonar Sevilla sin avisarlas —repuso el hombre, claramente molesto.

—Tenemos nueva información acerca del caso de Joaquín Lobato. Información que le concierne. ¿Quiere que hablemos aquí?

—No puedo imaginar un sitio en el que tengamos mayor intimidad.

—Está bien. Él es Javier Martín, también inspector. A Valeria Jara ya la conoce.

—Muchos inspectores. ¿Qué ocurre?

Marta inició la conversación preguntándole acerca de su hermana, qué le había pasado, cómo se había enterado, cuándo había ocurrido, desde cuando estaba en Madrid. Una vez hubo establecido una cierta confianza con el profesor, cambió el rumbo de sus preguntas.

—Tenía usted conocimiento de la búsqueda que estaba realizando Joaquín, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—No se haga el tonto, por favor, ni nos tome por tales. Sabemos que se vio involucrado por un detective en una investigación a cargo de Joaquín Lobato, en la que buscaba a tres mujeres.

—Sí. Es verdad. ¿Qué importancia tiene eso?

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros, si no le importa. Cuéntenos qué implicación tuvo en ello.

El hombre se movió en la silla, incómodo. Los inspectores se habían quedado de pie por lo que, para mirarlos a la cara, tenía que levantar levemente la cabeza. Su situación física, por tanto, era de clara inferioridad. Los policías lo sabían, por eso habían elegido aquella posición. Tampoco había más sillas para haber tomado otra decisión.

El profesor empezó a hablar, un leve temblor en su voz denotaba nerviosismo y también cansancio.

—Un día me llamó Germán Padilla, detective al que conozco, para pedirme colaboración en una búsqueda de tres mujeres de las cuales sólo tenía datos de sus antecesoras. Tenía que remontarse al siglo XVIII y dar

con posibles descendientes en la actualidad. Los datos que tenía de ellas eran realmente escasos, pero Germán es muy bueno en su trabajo y enseguida encontró hilos de los que tirar. Desconozco los pormenores, me suena que la pista más fiable era el ingreso en un convento en el caso de una de ellas. En cuanto hubo identificado algunos nombres susceptibles de ser las que buscaba, seguir sus líneas descendentes hasta nuestros días no fue una tarea sencilla. Pero, principalmente, lo que se necesita para llevarla a cabo por un especialista como yo, es paciencia. En realidad, no sólo investigamos a tres personas, sino a unas cuantas más. En cuanto algunas de las investigadas no tenían descendientes o habían sido varones, descartábamos esa opción y probaba otro nombre de los que me daba Germán, hasta que el resultado le pareció satisfactorio.

—¿Sabe por qué las buscaba?

—Al principio no, claro. Al principio ni siquiera sabía quién las buscaba. Germán me dijo que estaba haciendo un árbol genealógico, pero a mí esa explicación no me cuadró, puesto que las mujeres no estaban emparentadas. Sus líneas nunca se cruzaron. Sin embargo, no pregunté más, porque no era de mi incumbencia. Me pagaban por hacer un trabajo y eso es lo que hice.

—¿Y después?

—Una noche en la que coincidí con Joaquín tomando unas cervezas, en la plaza del Salvador, se dirigió a mí para confesarme que él estaba detrás de todo aquello. Estaba impaciente porque llevábamos ya muchos meses con aquella empresa y no le dábamos resultados. Aunque nunca me aclaró qué objetivo tenía aquello.

—¿Qué relación tenía usted con Joaquín?

—Éramos amigos.

—¿Por qué nos dijo, cuando fuimos a verle a la universidad, que no se conocían?

—Yo qué sé. Fue un impulso. Lo acababan de asesinar. No quería verme implicado... Lo siento.

Aquella explicación distaba mucho de ser satisfactoria para los policías, pero no ahondaron más en ello. Ya habría tiempo y no querían que se enrocara en un silencio que de nada les serviría.

—¿Conoce el manuscrito de Juan de Ourense?

—No. —Se quedó callado unos segundos—. Es decir, sí. Ahora sí, quiero decir, estuvimos más de un año investigando, puede que dos... Al principio Joaquín no me dijo nada. Después, empezamos a compartir las pesquisas, casi le daba más cuenta de lo que iba obteniendo a él que a Germán. Al cabo de algún tiempo me habló del libro, me explicó, someramente, lo que andaba buscando y por qué.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Bueno... —Jacinto pareció dudar, buscando las palabras adecuadas—. Me dijo que las mujeres eran brujas poderosas. Yo me reí al oír aquello, aunque enseguida vi que lo estaba diciendo muy en serio. Me contó que el documento del que me había hablado se refería a sus antecesoras y que la magia se transmitía generación tras generación. Que las tres unidas eran poderosas y que si las encontraba podría lograr que todos sus problemas se terminaran. Miren, no creo en videntes ni en conjuros, pero no soy quién para juzgar a nadie. Cada uno se aferra a lo que puede.

—¿Le habló del cuadro?

—No me habló de ningún cuadro, sólo del libro. Me dijo que ellas eran la clave, que con sus conjuros lograría saldar sus deudas y volver a la

posición social y económica que siempre había tenido. Comprendí que aquella situación le había superado: la ruina, el divorcio... Y pensé entonces que hay personas que, cuando se encuentran descendiendo por un precipicio se agarrarían a un clavo ardiendo, como él estaba haciendo. Me dio pena, aunque también me dio algo de miedo, miedo por involucrar a tres mujeres que igual alucinaban con la petición de Joaquín. Sin embargo, no temí que les pasara nada malo, mi amigo era buena persona, inofensivo. Sólo un hombre hundido por una mala racha.

—¿No había usted previamente traducido el libro para él?

—No, no. De hecho, nunca he visto el manuscrito, las únicas referencias que tengo de él es lo que me contaba Joaquín. ¿No estaba en castellano?

—Está escrito en latín. ¿No se lo ha dicho Macarena?

—Mi conocimiento del latín es limitado, no me veo traduciendo un texto, pero nunca me lo pidió. ¿Qué tiene que ver Macarena en todo esto?

—Nada, olvídelo.

Marta dirigía el interrogatorio mientras sus dos compañeros estaba atentos a las palabras de Jacinto, su tono, sus reacciones, el lenguaje no verbal.

—Entonces, ha dicho que no sabía nada del cuadro.

—¿A qué cuadro se refiere? ¿Al que le robaron? Que yo sepa no tiene nada que ver una cosa con la otra.

—¿A qué ha venido a Madrid?

El hombre abrió mucho los ojos.

—¿No le parece evidente? Es mi hermana —señaló a la mujer que yacía en la cama—. No tenemos más familia, y ahora, tengo que decidir si la dejo morir... —Se echó a llorar, discreto, avergonzado.

—Le vendría bien ahora cualquier ayuda, ¿eh? —dijo Javier, y el hombre le dirigió una mirada furiosa.

—Si se refiere a la ayuda de una bruja, inspector, pues no lo sé, supongo que sí. Si creyera en ello, que no es el caso. Entiendo que están investigando un asesinato, pero creo que deberían respetar mi dolor y mi intimidad. No me he negado a atenderles, por favor, tengan un poco de respeto.

El inspector le sostuvo la mirada mientras el hombre se desahogaba, no pensaba recular. La tensión podía cortarse con un cuchillo. Marta prosiguió la conversación.

—Si lo único que le mueve es la familia, ¿por qué no le ha dicho nada a nadie acerca de dónde iba?

—Soy una persona muy celosa de mi intimidad. A nadie le importa lo que haga o deje de hacer. Y no quería llamadas de preocupación o de compasión. Sé arreglarme yo solito, no necesito a nadie.

Siguieron unos minutos más preguntando a Jacinto acerca de todo lo que envolvía la muerte de Joaquín, pero su historia era más que creíble, estaban en la habitación con ella. Le pidieron que mantuviera el teléfono encendido por si necesitaban volverse a poner en contacto con él y que no abandonara la ciudad sin informarles. Igualmente le preguntaron dónde se alojaba, a lo que respondió que, en aquella habitación, si bien, para ducharse acudía al piso de su hermana, del cual tenía una copia de las llaves.

Cuando salieron de la habitación buscaron a la enfermera que les había atendido al llegar para preguntarle si llevaban un registro de visitas. Ella les comentó que eso se hacía desde la entrada al edificio y bajaron a la recepción para solicitar una copia del registro. Como se remontaba a pocos días atrás, la administrativa que les atendió les dejó ver por encima las hojas

y confirmaron que lo que les había contado Miraflores cuadraba con los datos que los papeles que tenían delante arrojaban.

No obstante, no se atrevieron a descartarlo. Un hospital es un lugar con múltiples puertas, una vigilancia fácil de burlar.

OceanofPDF.com

LA BIBLIOTECA

San Lorenzo del Escorial. Lunes, 9 de mayo de 2022.

A las diez de la mañana la guía les estaba esperando. Los tres se habían levantado temprano y habían conducido hasta el monasterio. De alguna manera sentían que aquello tocaba a su fin y que pronto tendrían la resolución de aquel complicado caso, teñido de tintes sobrenaturales, que los había llevado por derroteros tan extraños e intrincados.

Se trataba de una señora de unos cincuenta y tantos años, con gafas y pelo corto de un color caoba muy artificial. En cuanto los vio llegar se dirigió a ellos presentándose. Su nombre era Luisa Martínez.

—Ustedes dirán, ¿en qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría conocer la biblioteca y que nos contara su historia.

La mujer asintió y pidió que la siguieran. Mientras entraban en el edificio les fue contando cómo se creó aquel monasterio y su biblioteca impulsada por el rey de España Felipe II. Cuando entraron en la sala principal del edificio la guía calló unos minutos para que pudieran contemplar aquel lugar con tranquilidad e impregnarse de su belleza.

Los inspectores, que ya habían visto fotos por internet, igualmente quedaron sobrecogidos por la espectacularidad de aquel espacio.

Se trataba de una gran sala de techo abovedado con estanterías de madera oscura en sus laterales. La disposición de los libros, con los cantos dorados hacía afuera, hacía que las estanterías refulgieran y les daba una

uniformidad y un colorido distinguido y señorial. Impresionaba el techo lleno de pinturas de colores vivos e impactantes, que recordaban a la Capilla Sixtina.

—La biblioteca de El Escorial se formó en su origen con cuatro mil volúmenes de la biblioteca personal del monarca. A partir de entonces empezaron a llegar volúmenes de todos los lugares imaginables, por ejemplo, de los monasterios de San Jerónimo de la Mutra o el de Poblet, en el afán del rey por crear una biblioteca pública que aunara todo el saber. Seguro que os han impresionado los frescos del techo, son realmente hermosos. Los pintó Pellegrino Tebaldi. Las librerías son de maderas de indias y las diseñó el arquitecto Juan de Herrera. ¿Veis esa figura? Es Euclides, que sostiene una tabla con tres figuras herméticas. Se trata de las claves de los constructores de El Escorial. Ese fresco de ahí representa a la reina de Saba —prosiguió señalando con el dedo índice—. Contiene un texto en hebreo, lo cual es inaudito dada la moral y la religiosidad de la época. El texto dice: *“Todo tiene su peso, número y medida”*.

Javier y Valeria reconocieron las palabras con el que él había topado en su búsqueda del significado de los números tatuados.

—En los frescos se representan las Siete Artes Liberales: Astronomía, Geometría, Música, Aritmética, Dialéctica, Retórica y Gramática. También vemos a Orfeo descendiendo al infierno o al Rey Salomón, aquí, en este fresco situado en el centro. —Mientras la mujer hablaba iban recorriendo los cincuenta y cuatro metros de longitud del salón—. Hay escrito un texto hebraico curioso, vendría a decir que *“Todo está encerrado en el lugar adecuado”*.

Los tres policías prestaron una atención especial a aquellas palabras e hicieron preguntas acerca de su significado, cuestiones que la guía no supo

responder, ya que, lo que conocía del lugar, se limitaba a la historia ortodoxa y a algunas de las leyendas que circulaban, pero en las cuales no se había adentrado.

Les llamó la atención una gran esfera de madera. Luisa les explicó que se trataba de la esfera armilar, construida por Antonio Santucci y que había sido un regalo de Fernando de Medici a Felipe II en 1582, cuya función era didáctica y representaba el universo.

Por fin se pararon en un punto del recorrido desde el cuál la trabajadora prosiguió explicándoles la distribución del espacio, en el cual estaban realmente interesados, pues, aunque la estancia era maravillosa, no veían cómo les podía ayudar aquello en su real cometido: encontrar el texto del conjuro.

—Además de esta estancia, la biblioteca se compone de otros salones. Por ejemplo, está el llamado Salón alto, sobre el salón principal. En este salón permanecieron todos los libros de la biblioteca hasta que se terminó la estantería del salón principal, en 1593. Posteriormente se destinó a guardar los ejemplares duplicados y los prohibidos —insufló un aire tétrico a esta última palabra—. En la actualidad tiene un uso académico. El actual Salón de Manuscritos era la antigua ropería del monasterio. Tras el incendio de 1671, el padre Antonio María Claret, responsable del Monasterio durante la década de 1858 al 1868, ordenó trasladar los libros a dicho lugar.

—¿Podemos ver esas estancias?

—Sin duda. Síganme.

Mientras caminaban Marta preguntó:

—¿Se perdieron muchos libros en el incendio?

—Lamentablemente. Además, no es el único incendio sufrido en este lugar, pero sin duda fue muy importante. De todos modos, debemos pensar en todo lo que aún conservamos, y no en aquello que se perdió.

Los policías sonrieron educadamente mientras estaban pensando si el libro que buscaban no habría sido pasto de las llamas y toda aquella locura en la que se habían dejado envolver no estaría siendo sino una gran pérdida de tiempo.

Una media hora después se unió a ellos un señor alto y desgarbado que se presentó como uno de los responsables de la biblioteca y los invitó a su despacho, para facilitarles copia de toda la información que le había solicitado.

Una vez acomodados en el despacho, el bibliotecario les tendió un pliego muy grueso de folios.

—Este es el inventario de la biblioteca que me han pedido. Me he permitido sacar una impresión además de enviarles copia al *mail* que me facilitaron.

—¿Todos los libros están catalogados?

—Claro, todos. ¿Qué es exactamente lo que están buscando?

—Un libro de hechizos. Sólo sabemos que sus cubiertas son negras.

—Un libro de hechizos... —repitió el hombre, pensando—. Como ya le dije por teléfono, no conozco todos los ejemplares que tenemos, evidentemente, aunque no me suena nada parecido.

—Necesitaríamos también saber todas las personas que han visitado el recinto, ¿guardan un registro?

—Supongo que de las visitas sí, pero no olviden que se trata de una biblioteca pública a la que acuden, en horario de apertura, miles de personas

libremente. No se les exige ninguna identificación, salvo que sean personas que realicen algún estudio por el que pidan acceso a ciertos volúmenes.

—Claro, ya. De todos modos, quisiéramos los registros de los que dispongan digamos... desde el día catorce de abril—. El día trece había sido el último día que podían situar a Jacinto Miraflores en Sevilla.

—Está bien, dejen que hable con las personas competentes.

—Gracias. ¿Sabe usted si ha venido alguna persona preguntando por algún libro que les haya parecido extraño?

—No entiendo muy bien la pregunta. Cuando alguien busca un ejemplar en especial, si necesita permisos y los tiene, se le facilita su estudio. Todos los que acuden preguntan por libros catalogados, por lo que no hay nada extraño en ello.

Siguieron charlando un rato más, pero pronto los inspectores se dieron cuenta de que no iban a extraer ninguna información relevante más que el catálogo de aquel lugar. Así que se despidieron amablemente del hombre y se dispusieron a continuar con las entrevistas que habían programado para aquel día.

EL LIBRO

San Lorenzo del Escorial. Martes, 10 de mayo de 2022.

No puedo dormir. Haber hecho un descubrimiento tan importante para mis propósitos de una forma tan simple me ha puesto muy nervioso. Apenas he podido ingerir bocado durante la cena. He bebido, eso sí, había que celebrar.

He pasado toda la tarde dando vueltas y pensando. Quizá ha sido algo temerario, pasear por las calles de Madrid, atestadas de gente atraídas por el sol. Las terrazas llenas, el ambiente estival que ya se respira. Entre todo el ajetreo no me había dado tiempo de pensar un plan, de formarme una estrategia. De alguna manera tengo que sacar el libro de allí. No va a ser fácil, pero nada me va a parar ahora, ¡estoy tan cerca!

Doy vueltas en la cama a uno y otro lado. Me pongo a escuchar un *podcast* de misterio, pronto desconecto. Lo que tengo que hacer mañana revolotea una y otra vez sobre mi cabeza. Me levanto y doy vueltas por la habitación de una punta a otra, pero los doce metros cuadrados que me albergan se me hacen pequeños. No estoy cansado, la adrenalina fluye en mi cuerpo, la noto por las venas, subir y bajar. La bombea mi corazón, un músculo que ya no va a pararse porque lo voy a conseguir. La vida, la fama, el dinero, las mujeres. Todo lo tendré en cuanto tenga el libro; ya falta poco... Tan solo unas horas me separan de él. No puedo esperar a que abran la biblioteca, estoy impaciente. El tiempo me quema, los minutos pasan demasiado lentos. Solo son las tres de la mañana. Tengo que calmarme.

Me vuelvo a acostar. Doy vueltas de nuevo. De repente tengo unas ganas imperiosas de contemplar el cuadro. Lo llevo conmigo, no podía dejarlo en casa. No sé si voy a poder resistir la espera. Tanto tiempo buscando, tantas dificultades, tantos obstáculos. Los he burlado todos, lo he conseguido. Lo sé, puedo sentirlo.

Enciendo la tenue luz de la mesilla de noche y saco el paño de la maleta. ¡Es tan pequeño! ¿Cómo puede contener tanto? Mis esperanzas, mis sueños, mis ilusiones. Todos contenidos en unos trazos negros. Negros como mis peores temores, que ahora se disipan ante su visión. Negros como él. Óleo sobre negro.

Es magnífico. Es el objetivo y la solución. El todo.

Cuando suena el despertador, me doy cuenta de que al final caí en una modorra agitada y lúcida. He tenido un bonito sueño. No lo recuerdo su contenido, simplemente lo sé. Lo sé porque siento la felicidad, me estalla en el pecho, me agudiza los sentidos.

Estoy a unos kilómetros del libro, a unas horas de conseguirlo.

Me visto tranquilamente. De repente, quiero ser consciente de todos los pasos que doy, es como si estuviera inmerso ya en un ceremonial. Me abrocho el botón de los vaqueros y estiro la camiseta de Iron Maiden hacia abajo. Sonrío ante el espejo.

Me espera un trayecto de aproximadamente una hora en coche, pero me gusta conducir, será un placer hacerlo mientras canto a pleno pulmón mis canciones de rock favoritas.

Paro en una cafetería de camino al parking donde tengo el vehículo estacionado. Pido un café con leche y una tostada. La degusto con fruición y me doy cuenta de que los sabores ahora son más vívidos, más reales. Pago y dejo una propina generosa. Pronto el dinero no será un problema. Si no lo

consigues será aún menos problema, se envalentona una vocecilla irónica dentro de mí. La callo enseguida. No puedo permitirme flaquear.

A pocos metros está el coche. Me subo a él y salgo del aparcamiento. Conduzco disfrutando del día, cálido y soleado. No excedo los límites de velocidad, no quiero llamar la atención y el tráfico tampoco me lo permite.

Llego a los alrededores de la biblioteca y busco un lugar donde aparcar. Lo hago en un par de maniobras y me bajo. Camino a un ritmo normal, sin destacar. Llevo una gorra puesta y unas gafas de sol. Estoy tranquilo, pero no soy estúpido. Me he dejado la barba crecer. Hay que fijarse muy bien para reconocerse y nadie me esperaría allí. Tal vez llevar mi propio vehículo haya sido temerario, pensé que era peor registrarme para comprar un billete de tren o de avión, sin duda medios de transporte mucho más rastreables. Es un riesgo que tengo que correr, si tengo cuidado, si no me ponen ninguna multa, no tengo nada que temer.

Son las diez de la mañana. La biblioteca está abierta al público ya.

Me aproximo a la puerta de entrada y de repente me invaden los nervios, sin querer veo como me tiemblan las manos, me cuesta respirar. Estoy entrando en pánico. Cálmate, cálmate, no puedes detenerte ahora. No puedes fallar.

Me apoyo contra una pared, respiro hondo y despacio varias veces. Me tomo unos minutos para recuperar la calma, me visto en un traje de frialdad impostada. Seré un actor, esto no es más que una función, cuando entre a escena los nervios se evaporarán. Voy a entrar.

Una vez en el interior me siento mucho mejor, la armonía del lugar tiene algo tranquilizador. Intento serenarme mientras deambulo por la sala procurando no mirar a nadie a los ojos, pasar desapercibido entre la gente. Todavía no hay muchas personas, lo que me permite moverme por la sala

con fluidez. Cuando pasan diez minutos me doy cuenta de que no puedo demorarlo más. No he visto nada ni a nadie sospechoso. Nadie me mira ni me hace caso, tengo que empezar ya.

El libro no está allí, en la sala principal. Está en el infierno.

No me ha costado mucho averiguar que el infierno lo constituye en realidad la sala de la planta de arriba. Se puede acceder a ella sin restricciones, así que no supondrá un problema. Pienso de nuevo en que debía de haberse llamado el cielo, por su situación física. Me río de mi propio chiste. Hace apenas un mes nada me hacía gracia, ahora mismo, la cosa más tonta me hace estallar en sonoras carcajadas. Tengo que contenerme para no hacerlo allí. Supongo que es fruto del nerviosismo, tengo que relajarme.

Subo por las escaleras que conducen al lugar que me interesa, me cruzo con varias personas durante el trayecto. No miro a ninguna, ninguna se fija en mí.

Estoy en la sala. Hay algunos individuos sentados en las amplias mesas consultando gruesos volúmenes, pronto yo seré uno de ellos.

Recorro las estanterías sin prisa, fijándome en todos los libros apilados en las repisas, unos al lado de los otros, formando un bello conjunto. Puedo apreciar su belleza, aunque en estos momentos no me importe. Sólo quiero encontrarlo. Pasan los minutos, otra vez lentos y espesos pero llenos de promesas, de deseos que transmiten las puntas de mis dedos mientras los paso por uno y otro lomo.

¿Cómo lo reconoceré? No lo sé, sólo sé que lo haré.

Es negro. Tiene que ser de cubiertas negras, como en el cuadro. Esa es la pista que tengo, y será suficiente.

Repaso las estanterías una y otra vez, cojo casi todos los libros por si algo se hubiera colado en su interior, intento decirme que tengo tiempo, que no debo precipitarme ni ser presa de la angustia por no encontrarlo a la primera. Es lógico que esté escondido, sólo debo tener paciencia. Abajo del todo, detrás de unos tomos de unos treinta centímetros, gordos y en un idioma incomprensible, hay, apoyado en el fondo, un libro pequeño. Veo que he hecho bien sacándolos todos, uno a uno, pues, si es el que busco, no estaba bien colocado, en paralelo a los demás, sino enterrado en el fondo del mueble, tratando, con su color oscuro, de pasar desapercibido. Quizá, dada su escasa envergadura, se cayera hace tiempo de la estantería y nadie hubiera reparado en ello. Probablemente esos tomos tras los que se encontraba hayan sido consultados muchas veces, sin que el interesado se hubiese percatado del pequeño trozo de cuero oscuro que se ocultaba detrás.

Las manos empiezan a temblarme. Apenas puedo controlar el movimiento frenético y errático. Debo sacar fuerzas para abordar esta última parte, es crucial mantener la sangre fría. Ejecutar lo que debo perfectamente, sin dudas, sin demoras innecesarias. Respiro de nuevo, me voy calmando. Cuando me siento preparado agarro el libro con las dos manos y lo acerco a mí para observarlo. Sus cubiertas son de cuero negro, tal y como imaginaba. Miro delante y detrás para leer el título. No tiene. Cada vez tengo más claro que es el objeto que busco. Que ya es mío. Que la agonía de estos años ha acabado y lo ha hecho para bien.

Intento disimular mi euforia. Parecer sereno, aunque esté gritando por dentro. Me siento en una mesa y lo ojeo. “Conjuros” pone en la segunda hoja. La primera en blanco. Está en castellano, con letra ornamentada y espigada. Sigo leyendo, es castellano antiguo, pero puedo entender lo que pone, al menos casi todo. Pienso en cuando me hicieron leer todos esos clásicos en clase de literatura.

Busco entre sus páginas hasta toparme con unas letras que dicen: “Conjuro para encerrar al mismísimo demonio”. Y en ese momento tomo conciencia con una abrumadora claridad de que lo tengo entre mis manos. Sé que no me he equivocado. Ahora sólo tengo que salir de allí, con el libro. Miro a mi alrededor y me cercioro de que nadie me observa. En un rápido movimiento, ágil y certero, lo introduzco dentro de la camiseta. Lo acomodo en la espalda, sujeto por la cinturilla del pantalón y me pongo la cazadora.

Bajo de aquella sala y vuelvo a la principal. Doy un paseo hasta el final de la misma. Cincuenta y cuatro metros. Vuelvo sobre mis pasos. Nadie me para, nadie me pregunta. No le intereso a nadie y eso es justamente lo que me interesa a mí.

Tengo que afrontar la parte más delicada del somero plan que he trazado. Me dirijo con paso firme a los servicios y me encierro en un cubículo. Me siento encima de la tapa del inodoro, nunca antes lo habría hecho en un lugar público, pero ahora me importa todo más bien poco. Todo salvo lo que tengo entre las manos. No me he atrevido a entrar una navaja o cualquier objeto punzante para arrancar las páginas, confío en la precisión de mis manos, son mi medio de vida.

Efectivamente, ese es mi plan, ¿cómo voy a sacar un libro de la biblioteca? Es imposible, lo detectarán. Existe el improbable caso de que no lo hagan, sin embargo, no puedo arriesgarme, por lo que he decidido cortar las páginas que me interesan e intentar irme sin que me detengan.

Es verdad que es un momento de máxima tensión, el ambiente que se crea en aquel espacio es tan denso que podría cortarse con el cuchillo que no llevo. Debo confiar en mí. Rasgo la primera de las páginas, el sonido del crec-crec se amplifica tanto por el silencio que se respira, que creo que me

han oído hasta en Madrid. Paro un momento para respirar y volver a concentrarme. En cuanto considero que estoy listo sigo con la tarea.

Cuando acabo con la última de las hojas tengo la frente perlada de sudor. No lo veo, pero siento que la tela de la camiseta está mojada bajo las axilas. Miro el trabajo que he hecho y me siento satisfecho. Me descalzo del pie derecho e introduzco las hojas cuidadosamente dobladas entre las suelas y mi pie.

Salgo de los servicios y dejo el libro en una mesa al azar. Ha llegado la hora de irme, otro momento crucial. En cuanto me haya marchado, ya nada me separará del futuro que merezco.

Me dirijo a la puerta. No tengo nada preparado, sólo cruzarla. Intuyo que no va a pitar ninguna sirena. Intuyo que está fuera de catálogo, que incluso me lo habría podido llevar entero. Lo habría buscado por internet, pero no sabía qué buscar. ¿Cómo se relaciona un libro sin título? Un libro escondido entre todos los demás. Un libro que no existe. Uno en el que nadie ha reparado en siglos...

Es el momento de la verdad, cruzo la puerta y me preparo para correr. Para que suenen mil alarmas, para que salgan diez hombres del personal de seguridad dispuestos a darme caza, armados hasta las cejas. No sucede nada. Estoy sudando otra vez, pero intento que no se note. Camino despacio hasta el coche, lo abro, me subo al asiento del conductor. Enciendo el motor. Me pongo en marcha. La vuelta se me hace larga, las calles parecen interminables. Cuando dejo el coche de nuevo en el mismo parking del que lo saqué esta mañana, miro el reloj y apenas ha transcurrido una hora. El tiempo es tan relativo, tan elástico. Y es lo que ahora voy a tener. Tiempo.

Decido ir a comer antes de entrar en mi habitación del hotel. De repente tengo un hambre atroz. “El conjuro” se viene conmigo. Nada me va a

separar de él.

OceanofPDF.com

LA INVOCACIÓN

Madrid. Martes, 10 de mayo de 2022

Era de noche. Las temperaturas en Madrid habían caído considerablemente, pero él estaba dentro de la habitación del hotel, aquella precaria habitación, con un armario empotrado de noventa, una cama individual y una mesilla destartalada. El único lujo de aquel lugar era que poseía un pequeño aseo propio, con una placa de ducha en la que apenas cabía a pesar de su delgadez.

Había elegido aquel sitio porque era un lugar discreto, modesto, casi escondido en una calle cualquiera de aquella gran urbe. Se registró, sí, pero si daban con él, cosa que creía poco probable, pues la policía estaba muy ocupada estrechándole la soga a Julio, aquella reserva sería tan solo una circunstancia. Si le atrapaban con el cuadro, diría que había ido a buscarlo para entregárselo a la policía, que Julio le había confesado su paradero.

Había sentido el impulso de convocarlo justo cuando llegó de comer, entonces pensó que era un momento demasiado relevante como para dejar que saliera mal por su precipitación. Recordó entonces el cuadro, la luna desdibujada en el cielo azul añil, y se dijo a sí mismo que debía esperar. Que lo haría a medianoche.

Se echó en la cama y se quedó dormido, no se había dado cuenta de lo cansado que estaba hasta ese momento. Se despertó alrededor de las seis de la tarde. En cuanto se orientó recordó que tenía todos los elementos precisos y le embargó una placentera sensación de triunfo.

Se levantó y decidió bajar para tomarse un café bien cargado que le despejara por completo. Pasó ante una tienda de decoración y menaje y sintió el impulso de entrar para comprar unas velas. Pagó en efectivo y al salir se sintió ridículo, ¿qué pretendía? ¿Montar un altar? Luego se dijo que un poco de escenografía no podía ser malo.

Pasó la tarde como pudo, nervioso, atribulado, colocando objetos: el cuadro, las velas, las hojas que contenían el hechizo... Cerró las ventanas con las cortinas opacas, retiró la cama para gozar de un mayor espacio. Comprobó que, con la sola luz de las velas, era suficiente para leer el texto.

Repasó las memorias de Juan de Ourense. No decía casi nada sobre la ejecución del conjuro. Probablemente lo ignoraba, no tuvo, durante su vida, que presenciar ninguno.

Salió a cenar. Esta vez caminó un poco más, osó acercarse al centro y entró en un restaurante con aspecto elegante.

El camarero le echó una mirada extrañada e inquisitiva, pero tuvo el buen gusto de no preguntar y le acomodó en una mesa. Se situaba algo alejada del resto de clientes, mucho mejor vestidos que él y con aspecto de tener carteras abultadas. Seguramente lo había hecho para no incomodarlos. Él, en lugar de agraviado, se sintió agradecido.

Le trajo la carta y aprovechó para pedir una botella de vino. Eligió después un tartar de bacalao y un entrecot con guarnición. Comió despacio, sin prisa, disfrutando del momento, saboreando en cada gota de alcohol su futuro éxito.

Pagó la cuenta en efectivo y salió del local para internarse de nuevo en las callejuelas estrechas y oscuras de la capital.

Llegó tras el paseo al hotel y subió las escaleras que le conducían a la habitación.

Una vez dentro, encendió todas las velas dispuestas sobre los escasos muebles y en el suelo. Había improvisado una especie de altar, colocando el cuadro sobre una mesa de madera, apoyado en la pared y rodeándolo de velas. Todo estaba oscuro y en silencio. Se acercó a la escasa luz que daban las mechas prendidas y de pie, frente a la obra, serio y concentrado, asió los folios de color crema que contenían el ensalmo y que había arrancado toscamente del libro negro.

Había llegado el momento solemne, la auténtica ceremonia. El momento en que todas las cartas quedarían descubiertas. La hora de la verdad. Le entraron ciertas dudas. Si no pasaba nada, si todo había sido un delirio, si todas aquellas muertes no servían finalmente para salvarlo a él... Si todo aquello careciera de sentido, tanto esfuerzo y dedicación, todo el tiempo perdido. Pero no podía ser. Trató de autoconvencerse, de confiar en sí mismo, de insuflarse esperanzas.

Empezó a recitar el conjuro, nervioso, asustado, expectante. Y entonces ocurrió algo absolutamente inesperado.



La puerta de la habitación se abrió de golpe y una serie de personas, uniformadas y armadas, entraron en la estancia, lo rodearon y gritándole frases que no alcanzaba a entender lo prendieron y esposaron.

La situación era caótica: gente gritándole, otros registrando la habitación... Le costaba comprender lo que estaba ocurriendo, ¿era aquello lo que tenía que pasar? ¿Esa era la forma que tenía el demonio de manifestarse? Intentaba ordenar los sucesos en su cabeza para distinguir lo que era real de todo aquello. Nadie había encendido ninguna luz y la

oscuridad seguía impregnando el ambiente, dándole un toque de irrealidad a lo que estaba aconteciendo. El débil resplandor de las velas apenas daba para distinguir los numerosos rostros y cuerpos que habían invadido el habitáculo. Los miraba con los ojos muy abiertos, esperando encontrar la cara del diablo en alguna de aquellas facciones, sin éxito. De repente, todas las velas se apagaron por efecto de una corriente de aire imposible, que no podía provenir de ningún sitio, la temperatura de la habitación bajó varios grados, y todos los presentes se estremecieron. Una risa estridente y estrambótica se oyó en la habitación. Después un grito, agudo y penetrante, espeluznante, les llenó los oídos sin permitirles escuchar otra cosa que aquella nota y el vacío.

La voz, que nadie sabía de donde provenía, se fue extinguendo poco a poco. Alguien atinó a encender la luz y los presentes pudieron darse cuenta de que los unos y los otros estaban sobrecogidos, sintiendo que acababan de vivir algo inexplicable de lo que no volverían a hablar por miedo al ridículo o la incomprensión. Por temor a volver a nombrarlo y por la inquietud de no saber si había sido cosa de su propia sugestión.

Entonces reconoció, entre todos los rostros que abarrotaban aquel caos, a las dos policías sevillanas y Fabián rompió a llorar.

TODO TIENE UN FINAL

Madrid. Miércoles, madrugada del 11 de mayo de 2022.

La noche había sido frenética, no habían parado de trabajar. Llevaron al detenido a comisaría en aquella vorágine de locura. Estaban todos todavía impactados por los sucesos que habían presenciado, pero únicamente en la intimidad de aquellos que se tenían confianza, se atrevieron a insinuar que habían sentido una presencia oscura en aquella habitación, que el frío les había agarrotado los miembros y que sabían con meridiana claridad que aquella risa y aquel grito no había procedido de ninguno de ellos.

En dependencias policiales habían empezado a elaborar el atestado en una operación en la que había intervenido finalmente sólo policía nacional ya que se había efectuado en la capital.

Apenas tres horas después, cuando la abogada de oficio se hubo leído los informes y entrevistado con su cliente, pudieron tomarle declaración al chico. Aquel pobre infeliz que, en su determinación, se había llevado por delante tantas vidas ajenas.

Fabián estaba derrotado y cabizbajo. No percibían tanto el arrepentimiento como el dolor. Los agentes decían que había pasado toda la noche gritando en el calabozo, insultándolas, culpándolas. En aquel momento ya no mostraba enfado, ni odio, tan solo cansancio y resignación.

—Fabián, hemos encontrado el cuadro que robaron en casa de Joaquín Lobato en tu poder. Asimismo, entraste en la biblioteca del Escorial

dispuesto a robar y a mutilar un libro de su colección y se encontraron unas páginas arrancadas en tu habitación de hotel. ¿Qué puedes decirnos al respecto?

La abogada de oficio que le habían asignado le había aconsejado que no dijera nada.

—¿Qué viniste a hacer a Madrid?

Silencio.

—¿Mataste a Joaquín Lobato?

—¿Estuviste involucrado en la muerte de tres mujeres los días dieciocho, veinte y veintidós de abril?

Esta vez contestó la abogada.

— El día veintiuno de abril se tomó declaración a mi cliente en Sevilla. Se le había citado el día anterior. Entre el lugar donde ocurrieron las muertes y Sevilla hay más de mil kilómetros de distancia. ¿Cree usted que tiene el don de la ubicuidad?

—Ese fue el motivo precisamente de que le descartáramos en un primer momento. Pero cuando empezamos a tener otros indicios que apuntaban a él lo comprobamos y hemos averiguado que la citación el día veinte se hizo de forma telefónica y no presencial, por lo que su cliente podía estar en ese momento en cualquier punta del país. Al fin y al cabo, es un trayecto que se puede realizar en coche en menos de diez horas. Los tiempos cuadran.

—¿Fabián, mató usted a esas mujeres? ¿Por qué lo hizo?

Silencio.

—¿Por qué mató a Joaquín Lobato?

—¿Cómo supo de la existencia del manuscrito de Juan de Ourense?

—¿Joaquín Lobato le habló de sus planes de invocar al diablo?

Estuvieron más de media hora lanzando una batería de preguntas, seguidas, sin tregua, intentando apabullar a Fabián, ponerle nervioso, hacer que cantara. El chico sudaba, lloraba a ratos, emitía sonidos graves ahogando gritos, temblaba, enfurecía el gesto. Pero no hablaba.

Marta, Valeria, Castro y Javier se iban turnando en el interrogatorio, refrescándose, cogiendo fuerzas; Fabián no podía irse a ninguna parte. Su cansancio iba haciendo mella en su físico.

Los policías decidieron cambiar de estrategia y lanzar pequeñas teorías para asegurarle que lo tenían todo bien atado. Tenían causa contra él, pruebas tan contundentes como haberle encontrado en posesión del cuadro sustraído, en posesión de unas hojas extraídas de un libro encontrado en la biblioteca. A pesar de todo ello, si conseguían su relato, lograrían ponerlo todo en su lugar de una manera más rápida y certera. Y en el arte de la provocación consistía también un interrogatorio, en tocar las teclas precisas para que el inculpado se derrumbe, ceda, desista. Explique.

—Verá Fabián, lo tenemos todo claro —dijo Valeria—. Usted de alguna manera averiguó lo que intentaba hacer Joaquín. Igual oyó alguna conversación entre él y otra persona, igual confió en usted mismo para contarle lo que había encontrado. En un momento dado se dio cuenta de que no eran simples teorías, de que la idea era muy real y plausible. Tanto es así que Lobato había dado con el cuadro. Seguramente se dio cuenta al ver el lienzo en el despacho de su jefe, Julio. Lo siguió y cuando vio que lo dejaba en casa de Joaquín, subió al piso, mantuvo con él una discusión y lo mató para quedarse con la pintura y emprender la búsqueda de ese conjuro usted solo. ¿No le da vergüenza hacerle algo así al que ha sido como un padre para usted? ¿Al que ha empleado a su madre todos estos años para que

pudiera cuidarle? ¿Al que le ha dado estudios y le ha procurado un trabajo? ¿A alguien que toda su vida ha velado por usted? ¿A quien le ha cuidado, le ha atendido, le ha dejado entrar en su casa como un miembro más? ¿Al padre de aquel al que usted llama hermano? ¿Qué clase de persona es usted? Desagradecido, hipócrita, malvado, depravado...

—¿Desagradecido yo?! ¡Yooo! —gritó por fin Fabián abriendo mucho los ojos llenos de sangre y rabia. Valeria había conseguido darle al resorte—. ¿Yo? Que encontré el libro, yo que le pedí ayuda, yo que de forma inocente acudí al que creía un padre, pero no era más que un lobo. —Fabián escupía las palabras sin que los aspavientos de su abogada lograran hacerlo callar. Las palabras rebosaban rencor, y en la sonrisa irónica con la que pronunciaba algunas de aquellas frases asomaba la decepción, se vislumbraban los ecos de su tragedia—. Yo, que en mi ignorancia le propuse compartir las concesiones hipotéticas de aquel ser si lo invocaba. ¡Yo! Yo que lo hice todo y lo di todo por él, yo que siempre le acompañé y le fui fiel, yo que confiaba en su cariño y en su amistad. Yo, que acudí con mi descubrimiento a él antes que a ningún otro. Yo, que sinceramente creía en él. Yo le ofrecí esta historia, es verdad. En realidad, la culpa de todo es mía, ¡Échenmela! ¡Sí! ¡Lo maté yo! ¡Lo maté yo! Ya lo saben. Cuando vi que Julio le llevaba el cuadro, algo en mi cabeza hizo clic. Supe que no había nada que hacer, que no iba a contar conmigo. Me fui a casa, y me puse la túnica y el capirote de mi padre, que aún conservábamos, y volví a Virgen de Luján dispuesto a tomar las riendas costara lo que costara, y si era su vida, mucho mejor que si era la mía.

Fabián soltó aquellas palabras a bocajarro consciente de estar mintiendo de nuevo. No podía hacer otra cosa. La mentira es en muchas ocasiones la única salida. La mentira te envuelve, te enreda en sus tentáculos invisibles y te obliga a huir hacia adelante porque recular deja de ser una opción viable.

La mentira, una vez dicha, pertenece al campo de lo posible, construye una realidad paralela. Se convierte en verdad.

—Cállese, Fabián. Recuerde lo que hemos hablado antes. No responda a ninguna pregunta más. Y deje de decir cosas de las que se arrepienta — recomendó la letrada de oficio que le habían asignado. Y luego, dirigiéndose a las inspectoras, añadió—Está muy nervioso, no sabe lo que dice.

—No, no me voy a callar. Ya no importa. Al menos quiero que esta gente sepa quién era Joaquín. La verdad de todo —le gritó Fabián de malos modos.

Ante aquella falta de respeto, la mujer accedió sin decir nada, acomodándose en la silla y con los brazos cruzados. Estaba allí para procurar la mejor defensa a su cliente, por más culpable que fuera, mas no podía ayudar a quien no quería ayudarse a sí mismo.

Las policías observaban la conversación sin sorpresa, satisfechas. No es que fuera algo frecuente, pero en ocasiones los interrogados sentían la necesidad de explicarse sin importarles los consejos de sus asesores legales. Esa era la mejor de las opciones, porque, cuando hablaban bajo las instrucciones el relato carecía de interés. No era veraz y solo les hacía perder el tiempo.

—Yo encontré el libro, en un rastro. Lo tenían de cualquier manera y me costó relativamente barato. Está claro que por diversos avatares había ido a parar a unas personas que no sabían lo que tenían entre las manos. Se deshicieron de él como de cualquier otra de las antiguallas que exponían. Por supuesto yo tampoco sabía lo que había adquirido, solo me llamó la atención, me pareció antiguo.

Fabián hablaba lentamente, intentando ordenar las ideas en su cabeza.

—El primer escollo era que estaba en latín. Los primeros días lo ojeé atentamente por puro placer, sin intentar entender nada. Sin embargo, algunas palabras empezaron a captar mi atención, especialmente un nombre que aparecía y que me impulsó a comprarlo: Francisco de Goya. Eso lo entendí y me entró curiosidad. Uno de esos muchos días en los que iba a ver a Joaquín, solía visitarle como visitamos a un tío, se lo comenté y él me dijo que conocía a alguien, que se lo dejara. Al cabo de unas semanas me llamó y me dejó leer una traducción. Estuvimos hablando mucho rato, con una copa de vino en la mano, bromeando, fantaseando con que aquello fuera cierto. Entonces me llamaron del médico y me dieron los resultados de un análisis rutinario. Me abrumaron con pruebas a la vista de las alteraciones que presentaba hasta que dieron con el peor de los diagnósticos. Cuando uno teme perder la vida todo toma otro cariz, se analiza cualquier cosa de otra forma, se vuelve uno supersticioso, si lo quiere ver así. Me di cuenta de que era mi única oportunidad. Acudí a Joaquín de nuevo y le expliqué lo que me pasaba. Lloramos juntos. Le dije que estaba dispuesto a perseguir aquella historia como el último reducto de esperanza para mí. Entonces él puso cara de contrariedad. En aquel momento pensé que era por lástima, pero ahora creo que él ya había pensado en hacerlo solo y para su beneficio. Sin embargo, en aquel momento Joaquín era la figura más parecida a un padre que yo tenía, así que, cuando me dijo que lo dejara todo en sus manos, creí que lo hacía por mí. Y le dejé hacer.

—¿Empezaron una búsqueda activa?

—Bueno, se podría decir así. Del manuscrito extrajimos que el cuadro había ido a parar a Sevilla, a uno de sus conventos. Empecé a investigar la historia de los conventos, su antigüedad, ubicaciones... Y así surgió el segundo escollo: uno no puede pasearse por los conventos como Pedro por su casa. Y yo visité todo lo visitable de cada uno de ellos. Sin embargo, la

obra no se encontraba expuesta. Entonces pensé en Julio, ¿no me podía creer que no se me hubiera ocurrido antes! Él era restaurador y eso le daba acceso a zonas vedadas para los legos, los que no pertenecíamos a la congregación. Le expuse a Joaquín la idea y me dijo que yo no le dijera nada, que lo haría él. Le ofrecería una buena cantidad de dinero y le explicaría lo justo. Yo no podía ofrecerle nada. Entendí sus razones y accedí. Podrían haber pasado muchas cosas, podría haber estado en cualquier lugar, pero al final lo encontró Julio en San Leandro. Para entonces yo ya sabía que Joaquín me había traicionado.

—Explíquese.

—Él me decía que me ayudaba porque me quería como a un hijo, porque lo que me estaba pasando era antinatural y que haría todo lo que estuviera en su mano para salvarme. Sin embargo, lo que realmente hizo fue engañarme. Decirme que no había dado con las mujeres, que no sabía nada del cuadro... No sólo me mintió, sino que me tomó por estúpido. Y, desde luego, me demostró que nunca había sentido ese cariño que decía tener por mí. Que yo le tenía... ¡Por dinero! Por dinero... Pretendía dejarme morir a cambio de dinero.

—Según he entendido, usted quería ese cuadro por su salud.

—Me muero. Me han diagnosticado una enfermedad terminal. No me queda mucho tiempo de vida. Él lo sabía, sabía que estaba viviendo una vida prestada, que se me acababa el plazo. Que yo sólo quería vivir. Por eso ya no me importa, ¡a la mierda todo! Pueden ustedes condenarme a pena de muerte, porque ya estoy muerto.

—Podría decirse que actuó en estado de necesidad... Fabián, no diga nada más —le aconsejó de nuevo la abogada.

—¿Mató usted también a las mujeres? ¿Cómo las encontró? —
contraatacó Javier.

—Sí. No tiene sentido mentir ya —contestó Fabián haciendo caso omiso al consejo de su abogada, la cual se estaba cubriendo las espaldas porque su representado le importaba poco ya.

Calló unos segundos, se limpió de la cara las lágrimas que le surcaban las mejillas y continuó.

—Joaquín me propuso poner la búsqueda de las mujeres en manos de profesionales y de nuevo me dijo que se encargaría él porque era el que podía pagarlo. No vi nada raro en ello, ¡le estaba agradecido! —Fabián hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Lo que yo no sabía es que él tampoco tenía dinero, que aquella investigación iba a pagarse con un préstamo personal que pidió en un banco a nombre de su hijo, aprovechando que él le había firmado unos poderes para temas de la empresa. Me lo contó Manuel una noche. La cuestión es que empecé a emparanoiarle porque cada vez que le preguntaba me daba largas. No quería creer que me estuviera traicionando, pero la paciencia se me acababa. Así que entré en su casa un día con la llave que tiene mi madre y *hackeé* su ordenador. A partir de entonces empecé a espiarle. Tuve suerte de que no tuviera activada la verificación en dos pasos. Un día vi que le llegaba un correo de un investigador privado con tres nombres y tres direcciones. Lo copié, claro. Al cabo de pocos días le pregunté si sabía algo de lo nuestro. “Nada —me dijo—. Creo que debemos ir planteándonos que es un imposible”.

—Y ahí lo supo —confirmó Valeria.

—Sí. De todos modos, en mi fuero interno quería creer que me equivocaba, que en cuanto lo reuniera todo me llamaría para decírmelo, que

no me dejaría en la estacada. Hasta que otro golpe de realidad me chocó en la cara: Julio encontró el cuadro, se lo dio a Joaquín y ninguno de los dos me dijo nada. Comprenda mi dolor y mi frustración cuando vi entrar a Julio en casa de Lobato con la pintura. Sabía que lo llevaba encima ya que le había seguido desde la galería. Sumé dos más dos y me di cuenta de que acababa de realizarse la transacción. Joaquín tenía el cuadro y a las mujeres. Ellas tendrían el libro y en un pis pas me robaría la única oportunidad que tenía de vivir. No se lo merecía. No tenía nombre lo que me había hecho. Lo maté. Tomé lo que era mío.

El interrogatorio siguió con los detalles de las muertes de las tres señoras a las que había intentado hacer confesar el paradero del libro. Finalmente, no había conseguido nada de ellas, por lo que había buscado los tatuajes y se los había llevado. No tenía la intención de matarlas en un principio, sabía que podría necesitarlas, pero no había tenido más remedio. Pensó que, si el plan a solas no funcionaba, volvería a buscar a sus descendientes.

Se había trasladado a El Escorial, donde suponía que se hallaría el libro, sin ningún plan. Sólo buscar. Tenía vagas suposiciones de lo que podían significar los tatuajes, algún pasaje de la Biblia quizá, pero nada concreto. Al hacer la visita con la guía turística y oír aquella leyenda sobre el infierno, había atado cabos.

—Lo cierto es que tuve mucha suerte, lo encontré enseguida. Luego llegaron ustedes y todas mis esperanzas se vinieron abajo. ¡Lo tenía! Saben que lo tenía, ¿No? ¡Ustedes lo oyeron! ¿Es que, acaso, no sintieron su presencia?

—No tuvo suerte al encontrar el libro, Fabián. Nos tuvo a nosotros —contestó Valeria.

Fabián la miró a los ojos, intentando descubrir qué había querido decir con aquello.

OceanofPDF.com

EL PRIOR

San Lorenzo del Escorial. Lunes, 9 de mayo de 2022.

Javier y Valeria habían quedado con el Prior del monasterio de El Escorial. No iba a ser una entrevista fácil y habían discutido durante parte de la noche cómo enfocarla. Decidieron ir a las claras y exponerle al monje la investigación que llevaban a cabo, pedirle su colaboración e intentar allanar el terreno para una entrada y registro exhaustivo lo más pronto posible, aunque significara tener que cerrar las puertas todo un día. Marta hablaba en ese momento con Concha y le explicaba el plan para que ella en persona visitara a la juez que llevaba el caso y le solicitara un auto de entrada y registro del monasterio. Coordinar juzgados y efectivos policiales no iba a ser tarea fácil, por lo que habían decidido dividirse las tareas y, mientras Marta y Castro realizaban otras diligencias, la pareja de inspectores entró en el despacho del Prior. El hombre, corpulento y de pelo blanco, pasaba sobradamente de los sesenta. Sobre su nariz aguileña se posaban unas gafas negras de pasta que se le resbalaban continuamente, lo que le daba un aire simpático y campechano.

Les hizo pasar, les acomodó en unas sillas austeras frente a una mesa grande de madera y les ofreció un café, que ambos aceptaron. Mientras esperaban que les trajeran las bebidas se presentaron e intentaron crear un clima agradable con las típicas preguntas de cortesía y las alabanzas al recinto, que realmente merecía. Tras varios minutos de charla insustancial, entraron en materia.

—Como le hemos dicho por teléfono, estamos siguiendo una investigación criminal en la que ya contamos cuatro muertos. La cadena de acontecimientos nos ha traído aquí desde otras ciudades españolas persiguiendo al asesino.

—No veo como puede ocultarse un asesino entre nosotros. —El Prior negaba con la cabeza—. Y menos si, como dice, los asesinatos se han cometido en otros lugares. Los monjes no salen del monasterio salvo en casos muy puntuales. Los trabajadores tienen todos bastante antigüedad y una solvencia acreditada que hemos confirmado. ¿Es que creen que hay alguien que se esconde aquí?

—No, padre —dijo Javier que no tenía mucha idea del tratamiento que debía dispensar a su interlocutor. El hombre sonrió sin corregirle.

—Llámeme Lucas, por favor.

—Claro, disculpe. Le vamos a contar algo... Algo que... ¿Le suena el nombre de Juan de Ourense?

—¿Debería? —preguntó el monje, sin variar su expresión.

— Bueno, fue un monje que... ejerció... aquí.

—Este monasterio tiene varios siglos de existencia y tras sus paredes han vivido cientos de monjes. Desde luego, no se trata de un contemporáneo mío, porque lo recordaría.

Valeria decidió tomar la palabra.

—Juan de Ourense fue un monje del siglo XVIII que vivió durante toda su vida en este monasterio, aunque su origen, como su propio nombre indica, es de otras tierras. Prácticamente en el lecho de muerte escribió una especie de confesión en la que relata la historia de una orden que protegía un secreto atroz. Lo cuenta como uno de los protagonistas e involucra a

personas reales en el relato, por lo que se le podría dar verosimilitud. La cuestión es que alguien se la ha dado e intenta encontrar un objeto ligado a la leyenda. ¿Le suena algo de lo que le cuento?

—No. No sé de qué me hablan. ¿Qué secreto? ¿Qué objeto busca el asesino aquí?

Entre los dos policías, le fueron relatando al hermano Lucas toda la historia. Cómo se entroncaba con los asesinatos y cómo habían acabado allí, en el origen de todo. El hombre los miraba con los ojos muy abiertos e iba mudando el semblante entre la sorpresa y el estupor.

—¿Y dicen que ha encontrado el cuadro de Goya?

—Sí. Sabemos que lo tiene en su poder, por lo que creemos que su próximo paso es venir a buscar el libro de hechizos que, según el relato, se encuentra entre las paredes de este monasterio. Aunque su localización exacta es algo difusa. Las tres mujeres que guardaban el secreto tenían un tatuaje con un número, en el mismo lugar: tras la oreja, un sitio accesible pero oculto. Se trataba de tres números que, si hemos interpretado bien nos lleva a un versículo de la Biblia que menciona el Infierno. Eso nos trae aquí y nos dice exactamente dónde debemos buscar. Siempre que se refiera, claro, al lugar que se denominaba así en tiempos de Felipe II.

—¿Y dice que están muertas?

—Muertas, sí. Creemos que las ha matado él, que ha adivinado el mensaje oculto en esos números y que va a venir a buscar lo que le falta.

—Dígame, esas mujeres, ¿tienen descendientes?

—Sí, sí. Están a salvo, custodiadas por nuestra gente.

—¿Y han admitido ser las guardianas de ese libro?

—No han tenido más remedio. Intentaron ocultárnoslo un tiempo, luego se dieron cuenta de que sus vidas corrían peligro. Conseguimos convencerlas para que colaboraran con nosotros.

—Eso significa que... Ustedes creen que lo que explica Juan es... ¿real?

—Cuando todas las opciones lógicas se descartan, la que queda, por inverosímil que parezca, tiene que ser la correcta —arguyó Javier.

Lucas calló un largo minuto, digiriendo todo lo que le acababan de revelar, intentando ordenar sus pensamientos y decidir sus próximos pasos.

—Inspectores, ¿creen ustedes que estamos en peligro? —preguntó finalmente.

—Sí —contestó Valeria—. El asesino ha actuado ya cuatro veces, no creo que tenga reparos en seguir matando si lo considera necesario.

—Está bien —dijo el hombre. Y dejó la frase en suspenso unos segundos más, mientras se rendía ante la evidencia. Después, añadió—: Juan cometió una imprudencia, desde luego, dejándolo por escrito. Eso era algo que desconocíamos.

Javier y Valeria levantaron la vista y la dirigieron a su interlocutor, sorprendidos. Su interlocutor les devolvió la mirada con unos ojos llenos de verdad y de cansancio.

—La orden no se disolvió —explicó el Prior, lentamente—. Desde hace más de un siglo, al Prior del monasterio le es revelado un secreto. Desde luego oí los asesinatos de los que me hablan en las noticias, leí los periódicos, pero nunca lo relacioné con nada de esto... Porque desconocía que dicho secreto formara parte de una historia mucho más grande y compleja. Mientras me contaban los hechos, no podía dejar de pensar que todo estaba relacionado, y creo que verdaderamente lo está. Verá, estoy,

disculpen la palabra, alucinando, pues, cuando mi antecesor me reveló el secreto creí que no era más que una superstición, una tradición que se mantenía desde tiempos remotos y, aunque pensaba continuarla, nunca le di más valor que ese, una mera leyenda.

—A ver —dijo Valeria, que no salía de su asombro—. Si no sabía ni que existía un libro, ni que estaba aquí, ¿qué es lo que sabe usted?

—Yo sé, inspectora, el lugar donde se hayan las puertas del *Inferno*.

OceanofPDF.com

EL HECHIZO

San Lorenzo del Escorial. Lunes, 9 de mayo de 2022

Cuando el caso parecía no poder ser más retorcido, se complicaba aún más, pensó Javier. Por mucho que hubieran conseguido la orden de registro, nunca habrían dado con el lugar en que se encontraba el libro que buscaban, dado que partían de la suposición de que el infierno era otro lugar, una sala de la biblioteca. Pronto iban a darse cuenta de lo equivocados que habían estado.

—¿Nos puede llevar a él?

—Desde luego. No tengo mucho que perder y, desde luego, lo único que quiero preservar a toda costa, es la vida.

El Prior les condujo por varias estancias del monasterio. Lo hacían veloz pero silenciosamente, y, aunque no fue así, se notaba que el anfitrión no deseaba cruzarse con ningún otro habitante del recinto. Entraron en una sala claramente en desuso que estaba a camino entre un armario y una alacena y cerró la puerta. A continuación, levantó una trampilla que apareció como por arte de magia, pues, hasta entonces, y a pesar de que la luz estaba encendida e iluminaba correctamente la estancia, había sido completamente invisible a ojos de los policías.

Entraron tras su guía, iluminándose el primero con una linterna que había cogido del lugar, y los segundos, con las que poseían sus teléfonos

móviles. Descendieron por una precaria escalera de madera, llena de polvo y humedad, que parecía cualquier cosa menos segura.

Acabaron en el inicio de un pasadizo estrecho con paredes de piedra y tierra a duras penas contenida, por el que se dispusieron a andar. Avanzaron lentamente, dado que las inclinaciones del terreno y la estrechez del corredor les dificultaba el camino. Al cabo de unos treinta metros el pasillo se ensanchó, pero, al iluminar las paredes, descubrieron con horror que estaban rodeados de huesos. Humanos. Estaban en el osario del monasterio.

—Vamos. No se preocupen. No pueden hacernos nada y, a juzgar por quienes fueron, tampoco esperaba nada malo de ellos.

A pesar de que aquellas palabras habían querido sonar tranquilizadoras, lo siniestro del lugar no se le escapaba a ninguno de los presentes. Javier y Valeria pensaron, sin decírselo más que con los ojos, que, si había un infierno, era seguro que se parecía mucho a aquello.

Sin embargo, no tenían más remedio que continuar y parapetados en sus mentalidades modernas y escépticas, intentaron racionalizar sus sensaciones que les advertían que se marcharan de allí lo antes posible. Continuaron tras el Prior, que, tras unos metros más, se paró. Al iluminar al frente, los dos policías vieron que se trataba de una pared. Pero de nuevo ocultaba una puerta que el hombre encontró, sin decirles cómo, y abrió para ellos.

Tras unos segundos de duda y temerosos de encontrar más horror, los inspectores traspasaron el umbral. Lo que vieron allí no era, para nada, lo que habían esperado, aunque, en verdad, no sabían qué debían esperar. Se encontraban en una sala que se conservaba como un *scriptorium* de épocas pasadas. Mesas, plumas, tinta y en las paredes, estanterías repletas de volúmenes. En ninguno de sus lomos, ni cubiertas, había una sola letra.

—Bienvenidos al auténtico *Inferno*. Se dice que esta era la biblioteca personal de Felipe II y todos estos manuscritos son de hechicería. El monarca los hizo encuadernar todos iguales y sin ningún signo distintivo que revelara su interior. Si han interpretado bien las pistas, el lugar en el que escondieron el libro que buscan es este.

Mientras lo decía, encendía algunas velas que estaban desperdigadas por la estancia y que les procuraron algo más de luz.

—¿Cómo vamos a encontrar el que es? —Se lamentó Valeria.

—No lo sé... Parece que tenemos mucho trabajo por delante. Y si todos son textos de conjuros, o cuanto menos varios de ellos, nunca podremos estar seguros del que buscamos realmente.

—Esperen —dijo el fraile—. Pensemos un poco. Si las mujeres llevaban la ubicación exacta del libro... Si eran un testimonio perpetuo de su localización... ¿No les parece que, si lo han descifrado correctamente, es muy poco concreto?

—A no ser —completó Valeria el razonamiento—, que los números también nos indiquen donde está exactamente.

Asintieron sopesando las infinitas posibilidades por segunda vez para los inspectores.

—Vale... 10-2-8... ¿Por dónde empezamos?

—Bueno, veamos... Tienen que ser indicaciones de estas estanterías, que les aseguro que no han vuelto a tocarse nunca, aunque, yo al menos, cada cierto tiempo, limpio un poco —dijo el Prior.

—Columna, fila y libro —dijo Javier tras unos minutos—. Tiene sentido que vaya de más a menos, es un orden lógico. Y no hay diez estanterías en total, por lo que deben ser columnas.

—Pero el versículo es 10.28... Siguiendo tu lógica, que me parece bien, creo que es la décima columna y el libro que hace veintiocho. Desde arriba.

—Vale, probemos ambas formas, veamos qué encontramos.

Probaron diversas combinaciones según se les iban ocurriendo. Siempre les quedaría revisar los tomos uno a uno. Por fin, en el tercer intento, dieron con uno que les atrajo. No podían estar seguros al cien por cien de si era el correcto, pero les pareció que cumplía todos los requisitos. Tenía que ser aquel y no tenían mucho tiempo. Lo cogieron y volvieron a emprender el camino de regreso hasta que entraron de nuevo en el despacho del Prior. Justo entonces sonó el teléfono de Valeria.

—¡Por fin lo cogéis! —dijo la voz de Marta desde algún punto impreciso de Madrid—. Llevamos llamándoos a ambos como un millón de veces desde hace más de media hora. ¿Dónde os habíais metido?

Javier, que oía perfectamente a la mujer por como gritaba, comprobó su teléfono y vio que, efectivamente, tenía más de diez llamadas perdidas. Probablemente igual que su compañera.

—Esss... Estábamos en un sitio sin cobertura —respondió Valeria Jara dudando si revelar por teléfono lo que habían descubierto.

—Da igual. ¡Lo tenemos! Como las pesquisas en cuanto al lugar de alojamiento iban a tardar mucho y el transporte público no daba resultado; como ninguna patrulla callejera ha logrado descubrir un coche con la matrícula del vehículo de ninguno de los sospechosos, hemos decidido probar suerte mediante el reconocimiento facial de toda la vida. Fuimos a ver a todos los guías que realizan el recorrido de El Escorial con fotos de las personas los que formaban parte del círculo de Joaquín y han cantado bingo. Tenemos a una mujer que reconoce una de las fotos como uno de los visitantes de hace unos días.

—Pero... ¿A quién? —preguntó Valeria emocionada.

En cuanto colgó el teléfono, salió del despacho un momento, para hablar a solas con Javier, antes de continuar la entrevista y le contó las novedades.

El inspector se quedó perplejo. Aquel golpe de suerte les había ahorrado mucho trabajo y, por primera vez, se sentía por delante del criminal.

—Vamos, Val. Tengo un plan.

Entraron al despacho de nuevo y agradeciéndole al Prior su ayuda le dijeron que tenían que marcharse porque habían logrado un rastro caliente en cuanto al caso que les concernía a los tres. Y, a continuación, con todos los dotes de persuasión que poseía, le pidió al hombre algo complicado de conceder: la custodia del libro.

El Prior lo pensó detenidamente. Las razones que había esgrimido Javier le parecían coherentes. Aquel era un objeto peligroso y nadie mejor para custodiarlo que las Fuerzas de Seguridad del Estado una vez que el secreto oculto por tantos siglos había saltado a la luz. A cambio les pidió protección, y Martín le aseguró que así sería.

Los inspectores volaron a la comisaría de Madrid donde les esperaban Castro y Marta ávidos de novedades. Les contaron brevemente lo que habían logrado averiguar y les enseñaron lo que llevaban consigo. Marta coincidió en la sensación de Javier: tenían todos los elementos para lograr una detención y la recuperación del cuadro sustraído.

En cuanto Javier les dijo que tenía un plan, Castro les advirtió que no podían ocultárselo al comisario, lo necesitaban. Los tres policías foráneos, muy a su pesar, estuvieron de acuerdo e irrumpieron los cuatro, minutos después, en el despacho del superior, que les atendió enseguida, pues, aunque no se hubiera mostrado muy amistoso, no era estúpido.

—Tenemos que tenderle una emboscada y pillarlo con las manos en la masa. Suponemos que, a estas alturas, cree saber, como lo creíamos nosotros, qué es el Infierno. Bien. Sirvámoselo en bandeja. Encontrará el libro y, pueden pasar dos cosas: que se vaya corriendo a Sevilla o bien que haya traído el cuadro hasta aquí, para no perder ni un segundo más de tiempo. Sea como sea, lo perseguiremos y lo atraparemos.

Después pormenorizó un poco más lo que proponía.

—Necesitamos una imitación, un señuelo. Algo que se parezca a lo que él espera encontrar. Y luego, un equipo de asalto. ¿Podemos contar con ello? —Se dirigió directamente al comisario, el cual, ante la espectacularidad de la detención que proponían, y en un caso tan mediático, no pudo por menos que aguantarse las ganas de saltar de alegría, y, con un gesto comedido, asintió. Veía su nombre en portada de todos los diarios nacionales e incluso extranjeros. Aquello le catapultaría.

—Si hay algo que tiene Madrid —contestó—, son medios.

Y así, un equipo especializado trabajó hasta altas horas de la madrugada para reproducir un libro que nadie sabía cómo debía ser exactamente, pero cuyas características principales quedaron indicadas por los investigadores del caso. Una vez acabado el trabajo, alguien lo llevó al monasterio y un bibliotecario, ante la presencia de un policía, lo depositó en el lugar que les habían indicado desde la coordinación del seguimiento antes de abrir las puertas de la biblioteca.

Aquella noche el equipo durmió poco. Tenían mucho trabajo que hacer al día siguiente. La tensión y la emoción les embargaba al vislumbrar un cierre positivo de aquel caso que los había llevado al límite de sus conocimientos y de sus creencias.

Un par de horas antes de la apertura de la biblioteca todos los asignados a la operación estaban en sus posiciones. Todos de paisano, simulando ser turistas o trabajadores de aquel lugar. Entre ellos, en labores de vigilancia en la retaguardia, se encontraban Valeria y Marta, pues el sospechoso las conocía. No así a Javier, que quiso participar de primera mano en todo aquello.

Fabián apareció poco después de que se abrieran las puertas. Tras unos minutos de exploración y reconocimiento del terreno, se dirigió al lugar en el que todos habían pensado en un inicio. Después, alguien le vio ocultarse el libro entre las ropas, pero no le interrumpió.

Cuando entró en el servicio, los policías intuyeron con pleno acierto, lo que estaba haciendo, pero le dejaron actuar. Al fin y al cabo, en realidad no estaba dañando ningún bien del patrimonio histórico de la biblioteca ya que el libro que se encontraba mutilando en ese momento, era falso.

Tras largos minutos, Fabián salió sonriendo, probablemente, por no poderse creer lo bien que le estaba saliendo todo. Se montó en el coche y se dirigió al hotel en el que se hospedaba.

El equipo tardó un buen rato en asegurar el perímetro y coordinarse para la detención, de suerte que, cuando estaban a punto de dar la orden de entrada, vieron al sospechoso salir del lugar. Decidieron esperar a que volviera salvo que se subiera a su vehículo. Seguido, sin saberlo, por Javier Martín entre otros, Fabián paseó por Madrid y entró tranquilamente en un buen restaurante.

Volvió a la habitación tras cenar copiosamente y se encerró en ella de nuevo, dispuesto, ahora sí, a no demorar más el sortilegio.

Asimismo, desde la calle, el equipo de la policía nacional se dispuso a no demorar más la detención.

OceanofPDF.com

LECHO DE MUERTE

Diciembre de 1845

Juan supo que era el final. No fue una visión ni tampoco una visita espectral. Era solo que lo sabía, que su alma inmortal conocía el fin de aquel ciclo vital.

Había tenido un día relativamente normal. Su edad avanzada había mancillado su vista y en ambos ojos una catarata incipiente le impedía leer. Ya no trabajaba en la biblioteca, ya no trabajaba en nada. Rezaba. Día y noche. Por Teresa y por su perdón. Por el descanso de su infeliz alma. Por los hermanos Teodoro, que Dios ya había acogido en el cielo, y Lucas, del que hacía tantos años que no sabía nada. Por Amargura y Eulalia, donde quiera que estuviesen, y por el secreto que se llevaría a la tumba. Entonces, había agarrado el pomo de la puerta para acceder a su celda y lo había sabido. No habría un mañana, se le había acabado el tiempo.

Se sentó en su jergón de paja con dificultad, las rodillas artríticas lo martirizaban desde hacía años, y asió su biblia.

Pocos hermanos tenían posesiones materiales, él había sido bendecido con el permiso de tener un objeto propio distinto de las vestiduras. Había elegido aquel y de él, la idea del escondite.

Pensó en el cuadro y se preguntó si aún seguía en buenas manos. El hecho de no tener noticias de lo contrario era una buena señal, pero quien

sabía qué batallas se estaban desatando en lares lejanos a aquel cubículo. Él estaba librando su propia batalla, la final.

Una idea acudió a su mente. Era una idea disparatada y lo sabía. Contravenía todas las promesas que había hecho hasta aquel entonces. Lo sopesó brevemente y se decidió. Necesitaba paz para su alma.

Se levantó despacio y atravesó de nuevo el dintel de la puerta en sentido contrario. Dirigió sus pasos hasta la habitación en la que dormía el Prior del monasterio y llamó con los nudillos. Un ruido de movimiento al otro lado le hizo entender que el hermano acudía a abrir. Cuando lo tuvo enfrente expresó su sorpresa con el gesto, entre preocupado y extrañado.

—¿Puedo ayudarte en algo? ¿Te encuentras bien?

—Disculpa las horas. He tenido un mal presagio. No sé si despertaré mañana.

—¿Qué te ocurre? ¿Llamo al boticario?

—No. No interfiramos en la obra de Dios, si él me llama acudiré presto. Pero necesito la extremaunción, te lo ruego. Y que me oigas en secreto de confesión.

—Está bien hermano, vayamos a tu celda.

El Prior entró de nuevo en su dormitorio y recogió cuantos enseres necesitaba para después seguirle. Allí, con sigilo, empezó a recitar palabras que reconfortarían el espíritu de Juan para el traspaso.

—Y ahora, confiésemi, Padre, porque tengo secretos... Ave María Purísima.

El Prior le miró visiblemente alterado y con la voz temblorosa dijo:

—Sin pecado concebida.

Santiguándose contestó:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

—El Señor esté en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados.

—Padre —repuso Juan sabedor de la carga que iba a dejar en él y sus sucesores—. Tengo que explicarle dónde está el Infierno...

OceanofPDF.com

NUNCA LO SABREMOS

Sevilla. Jueves, 12 de mayo de 2022.

El Juzgado de Instrucción nº 2 de Sevilla dispuso la conducción de Fabián a una cárcel de la ciudad donde quedaría en prisión provisional en espera de juicio. Había sido la misma que alojara al que fuera su jefe, Julio, pero no iban a encontrarse ya que este había logrado reunir el dinero de la fianza y esperaba con cargos en su casa.

Marta, Valeria y Javier, se despidieron de Castro con palabras amables y un fuerte apretón de manos. El inspector había sido de gran ayuda y les había tratado con respeto y compañerismo. Sería difícil que sus caminos se volvieran a cruzar. Esperaban que la vida lo tratara bien.

Recogieron en el hotel sus escasas pertenencias y descansaron hasta la hora en la que salía el tren rumbo a Sevilla. Los mandos habían decidido que Javier terminara el trabajo junto con sus inesperadas compañeras y, una vez tuvieran cerrado el caso en Sevilla, volviera a su ciudad para finalizar el que pendía allí.

El viaje fue silencioso, todas las conversaciones que iniciaban morían al poco, estaban exhaustos e impresionados por lo acontecido. Necesitaban todavía digerir todo aquello. Lo que había pasado. Lo que habían sentido en aquella habitación. Olvidar aquella energía funesta que se reía de ellos para después plañirse.

Estaban casi convencidos de que la liberación no había tenido lugar. El asesino apenas había tenido tiempo de recitar unas pocas frases del ensalmo y, sin embargo, habían percibido el aliento de algo maligno en sus espaldas, el timbre de aquella risa perforándoles las orejas. Demasiadas emociones para procesarlas en tan breve lapso de tiempo, en el que, además, la actividad, había sido frenética. Necesitaban descansar y asimilar.

Asimilar que una fantasía se había llevado la vida de cuatro personas. Sopesar que podría no serlo.

A pesar de todo, aquella noche los tres durmieron profundamente, tal era el cansancio y la tensión que acumulaban. Javier y Valeria se levantaron sobre las ocho de la mañana. Desayunaron un café rápido en la cocina para que no se les echara el tiempo encima y se dirigieron a comisaría. Unos minutos después llegó Marta, mientras Verónica ya les había asaltado y les conminaba con entusiasmo a que se lo contaran todo.

El humor de los tres, tras el sueño reparador, había mutado a mejor así que se dispusieron a darle los pormenores del caso a su amiga, que había tenido que perderse el trabajo de campo por motivo de un bien mayor.

Esperaron a la comisaria reunidos de forma improvisada en el despacho de Valeria y, cuando esta llegó a comisaría, pasadas las diez de la mañana, los vio allí plantados todavía de pie.

—¿Ya habéis acabado de ponerlo todo por escrito? —preguntó cortante.

La reunión entre compañeros se diluyó y cada uno se ocupó de diversas tareas con el fin de dejarlo todo atado y debidamente documentado. Pasadas las dos de la tarde, Concha, acompañada de Marta y Verónica, se asomó al despacho de Valeria.

—Vamos, chicos, a comer, os lo habéis ganado.

Pese a su saludo matinal, seco y tosco, pragmático, Concha estaba de buen humor. Habían logrado resolver dos casos por el precio de uno, ambos muy mediáticos y con un desenlace sorprendente y espectacular.

En esos momentos, toda la prensa, española y extranjera, estaba haciendo un hueco en sus noticiarios para hablar de ellos. La propia Concha había llegado más tarde de lo habitual porque estaba atendiendo a los medios y aquella tarde habían programado una entrevista para dar a conocer de viva voz lo acontecido.

Ninguno admitía claramente que aquella expectación les hacía algo de ilusión, no dejaba de ser un reconocimiento a la labor bien hecha. Cuando entraron en el bar todo el mundo se giró a mirarlos y se oyeron algunas voces que les aludían. Intentaron hacer oídos sordos y pidieron una mesa que previamente Concha había reservado.

Ante una copa de vino y una buena comida, el ambiente se distendió y, enseguida, pasaron a relatar de nuevo y por primera vez a la jefa todo cuanto había ocurrido. Javier, con su ironía habitual, insertaba graciosos comentarios sobre los personajes con los que se habían cruzado en Madrid y pronto acaparó la atención de las mujeres, e incluso de Concha, que, a pesar de no haber empezado con buen pie, acabó rindiéndose a sus encantos.

La rueda de prensa discurrió como esperaban. Los nervios iniciales se evaporaron en cuanto empezaron a hablar y las preguntas de los periodistas fueron amables y en algunos casos casi reverenciales. Eran los héroes del país, aunque esa fama se dispersara rápidamente en un mundo en el que la globalización lo había tornado todo volátil y efímero.

En cuanto terminaron, los compañeros de la comisaría, contagiados del buen ambiente y la alegría que les embargaba, casi los empujaron hacia el

bar en el que acostumbraban a tomarse una cerveza tras la jornada y allí, entre risas y alcohol, acabaron el día, agotados pero contentos.

El amanecer de Valeria, tras aquel primer día de vuelta a la ciudad que la había acogido, no fue tan feliz como el anterior. Ya acusaba la certeza de que Javier partiría al día siguiente, en apenas veinticuatro horas, y aquel oasis de roce y tiempo compartido tocaría a su fin, si bien ignoraba hasta qué punto.

Llegaron a comisaría y terminaron de redactar el último informe y clasificar todo el material gráfico para almacenarlo en una caja que acabaría marchitándose entre el polvo y el tiempo. Después, se reunieron en el despacho de Marta, que estaba hablando por teléfono.

—Nos falta por registrar el cuadro para llevarlo al juzgado como prueba —le dijo Valeria a su compañera en cuanto esta colgó.

—Sí, espera... Creo que lo tiene Concha.

Marta se levantó para acercarse al lugar de trabajo de la comisaria y los otros dos policías la siguieron. Justo antes de llegar, se pararon al ver que abría la puerta y se despedía de un señor alto, elegante, vestido con un traje gris oscuro. Al darse la vuelta para salir del despacho los tres compañeros vieron que llevaba un alzacuello y un paquete cuadrado, de unos 43x30 centímetros bajo el brazo.

—Concha le ha devuelto el cuadro al cura —afirmó Marta, poniendo palabras a lo que todos pensaban—. Tiene que haber habido presiones desde arriba para que vuelva bajo su custodia. Supongo que las órdenes vienen directamente del Juzgado.

Miraron al hombre pasar sin disimular. Él no les devolvió la mirada. Se limitó a salir de la comisaría con la mirada al frente y la cabeza alta, pensando sin duda en cómo iban a proteger un secreto que ya no era tal.

—¿Creéis que la leyenda es cierta? ¿Qué el cuadro contiene al diablo en su interior? —apenas se atrevió a preguntar Valeria en un susurro.

—Ahora ya nunca lo sabremos —repuso Javier por toda respuesta.



Sevilla. Sábado, 14 de mayo de 2022.

Se levantaron temprano. Javier intentó que se quedara en la cama, no tenía por qué molestarse. Tonterías, le dijo Valeria, como si fuera una molestia para mí cualquier cosa que tenga que ver contigo.

La tarde anterior le había insistido para que se quedara unos días, para que se tomaran unas pequeñas vacaciones y viajaran a algún lugar de la costa, aunque fuera un simple fin de semana. Él se negó continuamente aduciendo todo tipo de argumentos que a Valeria le sonaron huecos. Finalmente, ante su silencio, le preguntó qué le pasaba y Valeria le dijo que nada. No volvió a preguntar. Como si no supiera que ese nada tenía tanto contenido que se ahogaba en él tan solo nombrarlo. Porque el problema que tiene el afecto es que todo puede reducirse a la nada en décimas de segundo.

Así que ahí estaban, frente a la puerta del piso de Valeria, despidiéndose con un abrazo torpe y desordenado, con un beso rápido e insípido.

—Adiós, cariño, ten buen viaje. Dime algo cuando llegues para que sepa que estás bien.

—Adiós, niña, quédate tranquila.

—Te quiero —respondió ella. No obtuvo respuesta.

Y así, conteniendo una vida en su gesto, Javier abrió la puerta y se fue.

OceanofPDF.com

44

...O DOS

Sevilla. Miércoles, 29 de junio de 2022.

Rocío murió en junio. Los médicos le dieron el pésame a Jacinto y se callaron que les sorprendía lo mucho que había durado su hermana en aquel estado.

El hombre lo dispuso todo junto con la funeraria para el traslado del cadáver a Sevilla y su entierro en el cementerio de San Fernando. Sin estridencias, sin lágrimas, como se actúa cuando ya no tienes más dolor que arrojar y solo queda la soledad de un cuerpo arrugado y enjuto. Desarraigado.

No acudió mucha gente al sepelio. Jacinto, a pesar de ser un seductor y una persona sociable, no establecía relaciones duraderas, era cerrado y celoso de su vida privada.

No tenía padres ni tíos directos. No obstante, algunos primos de su madre le acompañaban en los primeros bancos, fingiendo cierto disgusto por haberse enterado del estado de Rocío cuando ya era demasiado tarde; pero aliviados en su fuero interno de no haber tenido que inventar excusas para no ayudar.

Atrás se encontraban algunos compañeros de la universidad. El rector, algunas profesoras de otras asignaturas con las que había tenido un breve escaqueo y todos los componentes de su área al completo.

El cura empezó a hablar y el leve murmullo que recorría la iglesia cesó. Escuchaban las palabras que pretendían ser de alivio con rostros circunspectos y sosiego. Ninguna amiga de su hermana en Madrid había acudido. Jacinto se dio en ese momento cuenta de la soledad que había acompañado la vida de Rocío y se dolió de que, cuando le llegara la hora, no habría nadie a los pies de su cama, como él había estado para ella. El orden natural de las cosas no se había cumplido en esta ocasión, la muerte le había arrebatado a un familiar más joven que él, a la única que supuso que le lloraría en la tumba. No era justo y lo sabía, sabía que había una mujer que lo quería y a veces se preguntaba qué le impedía refugiarse en ella, pero no lo hacía.

Jacinto lloraba quedo, casi como un trámite. El dolor ya había sido asimilado durante la espera de lo inevitable. No se esperaba que nadie más lo hiciera. Sin embargo, oyó un llanto a su espalda que apenas era silenciado pese a los esfuerzos de la chica que lo emitía. Se giró curioso, vio a su compañera, alta, morena, guapa y de un negro riguroso y le extrañó su pena.

Al acabar la ceremonia, los asistentes pasaron a dar sus condolencias a Jacinto. De nuevo vio el rostro demudado por una pena húmeda e incomprensible de una de las asistentes.

Macarena le dio la mano brevemente y salió apresurada del templo. Anduvo un par de calles hasta donde tenía el coche y condujo presurosa hasta su apartamento. Como siempre, al entrar estuvo a punto de caer debido a que Sombra se enredó en sus pies cariñosa. Se deshizo de la gata alejándola con suavidad con la pierna y se dirigió a su dormitorio a cambiarse. No había parado de llorar, aunque no conocía a Rocío de nada.

Había entrado en la iglesia y algo se había activado en ella, algo que había dado de lleno en sus sentimientos y que los había hecho regurgitar a pesar de creerlos en lo más hondo de su pensamiento. Había dado rienda suelta al llanto, no encontraría un lugar mejor para lamentarse.

Lloraba por una ruptura antes de tiempo que no entendía. Lo había dado todo por él y la había despreciado, dejándola en la estacada con palabras huecas que no entendió. Sin decirle donde iba ni cuales iban a ser sus siguientes pasos. Ella lo había dado todo por él, se había arriesgado a abrirle las puertas de su vida y sin querer había dejado que él ocupara todo su espacio. La primera vez que durmieron juntos pensó que no iba a pasar de ahí, una copa de más en un bar de moda, cosas que pasan. Pero él había insistido, con galantería e interés, con esfuerzo. Se había preocupado por ella, por conocer todas sus facetas, por amarlas todas, por entender sus modos y sus tiempos. Sus miedos y sus decepciones. Tuvo siempre la palabra justa, el gesto apropiado. Ese cariño inusitado, inesperado, había hecho mella y poco a poco se había dejado arrastrar por aquella vorágine de sueños compartidos y se había enamorado hasta decir basta. Como creía que ya no era posible enamorarse. Él estaba todo el tiempo en su cabeza, lo copaba todo. Era su vida entera, su presente, su futuro. La poderosa fuerza que la anclaba a una vida que antes de él no sabía si quería.

Y la había dejado.

Se había ido a pesar de todo lo que ella había hecho por él.

Cuando le contó lo que le ocurría ella había gritado encolerizada, había maldecido, había tirado objetos, había desatado toda la furia que contenía. Había llorado mucho. Después, de forma pragmática, había trazado un plan y se lo había expuesto.

La cara de él mientras la escuchaba fue de asombro e incredulidad. Nunca pensó que alguien pudiera sugerirle aquello. Le dijo que no, que era una locura.

Entonces ella lo había hecho. Había iniciado una cadena de acontecimientos imparable que los habían llevado al punto en el que estaban ahora. Él había pensado, tras el primer acto, que nadie podría quererle más que ella. Después, la había dejado aun amándola por motivos obvios que ella no había entendido. Cuando se le dio la ocasión, no pudo no asumir para siempre una responsabilidad ajena.

Macarena abrió el armario para buscar el pijama harta de llorar lo que ya no tenía remedio. Mientras cogía la prenda, no pudo evitar que sus ojos se posaran en la ropa blanca que colgaba de una de las perchas. Sus bajos estaban manchados de sangre, pero no importaba. Nadie, nunca, iría allí a buscarla. Sombra se enredó de nuevo en aquel ropaje que tanto la atraía. Sacó a la gata del armario y lo cerró, dejando la túnica blanca que otrora usara su padre y con la que había matado a Joaquín, en su interior, incapaz de deshacerse de lo único que la vincularía a Fabián para siempre.

EPÍLOGO

Fabián vio entrar a Macarena en la habitación de hospital que ocupaba. La mujer dio sus últimos pasos a la carrera y se aferró a él llorando.

—Gracias por venir, amor mío.

—Nunca pensé que me llamarías, gracias por permitir que me despida de ti.

—¿Cómo no iba a llamarte? Si hay alguien a quien quiera ver antes de... irme, es a ti.

—¡Lo siento tanto! Siento haberte puesto en una situación límite, yo no quería que pasara esto. Yo sólo quería estar contigo.

—Lo sé, lo sé. Y yo siento haberte apartado de mí. Creí que era mejor que me olvidaras, por si no salía bien. Que es lo que finalmente ha ocurrido.

—¿Por qué no les has dicho que yo maté a...?

—¡Shhht! ¿Qué sentido tendría, Macarena? Tú eres una buena persona y tus pecados en realidad son los míos. Todo lo que has hecho lo has hecho por mí. Está bien así.

El hombre tosió. Su voz cansada denotaba que el final estaba próximo.

—Te he llamado para verte. Para pedirte perdón por el daño que te he causado. Todo está bien ahora que estás aquí. Gracias por no dejarme solo, sé que yo no puedo decir lo mismo. Quería protegerte y me equivoqué. Tú nunca me has fallado. Mi último deseo es que seas feliz.

Macarena lloraba sin poder poner freno a todos los sentimientos que se agolpaban en su cabeza. Miró a Fabián con determinación.

—No pienso irme de aquí.

—Ni yo quiero que te vayas.

Macarena se tumbó en la cama abrazando a Fabián. El hombre tiritaba. Se dispuso a pasar en aquella posición lo que le quedara de vida. Si eso era ya lo único que podía hacer por él, eso es lo que haría.

OceanofPDF.com

NOTA DE LA AUTORA

No sé nada de historia del arte, vaya por delante. Pero siempre me han dado miedo los cuadros. No es un temor irracional. Es más, admiro mucho a los artistas capaces de plasmar personas y animales con tanta exactitud. Pero, exactamente igual que cuando miro un espejo, temo que la figura que observo de repente se comience a mover.

De esa fascinación nació la idea de este libro. Quería hablar sobre un cuadro. Pero no cualquier cuadro, sino uno que tuviera vida, como todos lo que imagino yo. De lo poco que sé de pintores, me sonaban las Pinturas Negras, de Goya, y para allá me fui. Enseguida me atrajo “El conjuro” y, casi sin querer, la historia se fue formando en mi cabeza. Esta ha sido una historia llena de tentáculos, de matices, de sugerencias. Todo gracias a lo que en mi preliminar investigación me iba a encontrando y lo que me aconsejaba gente a la que quiero y a la que me atreví a mostrar, aún de palabra, pequeños esbozos de mi proyecto.

Desde luego el cuadro de “El conjuro” existe, está expuesto en el museo que cito y su autor es Goya. Los datos que doy sobre la obra y el pintor también son ciertos, excepto, claro está, en cuanto se refiere a su amistad con Juan de Ourense o a todo aquello que tenga que ver con un doble lienzo de dicha pintura.

Antes de empezar a escribir, cuando las frases se enredan en tu cabeza e imaginas párrafos maravillosos que, cuando tienes la oportunidad de escribir, eres incapaz de reproducir, estuve un tiempo buceando por la historia. Me topé con leyendas maravillosas y personajes fascinantes que decidí incorporar al servicio de la ficción.

Las ubicaciones de este libro son reales. Existen cada uno de los emplazamientos de Sevilla o Madrid que menciono, así como el convento de San Leandro, que os recomiendo visitar, y el monasterio de El Escorial.

Respecto de este último, la leyenda sobre las apariciones del perro negro es cierta y no pude no incorporarla. Igualmente, lo que cuento acerca de su construcción y cómo parece estar sobre un vórtice energético o que se diga que tapa una puerta al inframundo. Lo que hay de cierto en ello no lo sé, quizá mucho.

Igualmente incorporo personalidades históricas que tuvieron que ver con su biblioteca y con el rey Felipe II, como son Benito Arias Montano, Francisco Pérez Bayer, Fray Juan de San Jerónimo, Fray José de Sigüenza, José Quevedo o Antonio María Claret. Algunos de ellos más conocidos que otros. En cualquier caso, todos los datos que doy acerca de los mismos son reales excepto en aquello que tenga que ver con los objetos misteriosos sobre los que pivota esta novela.

También son personas reales e incorporo en este relato sus curiosas historias, Han Van Meegeren o Manuel Tobaja.

Siguiendo con la biblioteca, con cuyos intervinientes y descripción he querido ser lo más exhaustiva posible a pesar de no haberla visto en persona, es cierta la leyenda que ubica el «*Enchiridion Leonis Papae*», un libro de hechizos y conjuros, en la misma. Si bien, nunca se ha encontrado, por lo que quizá siga perdido entre sus paredes.

En cuanto monasterio, también he querido ser lo más exacta posible, sin poder evitar crear espacios en él, como el osario, que no sé si existen pero que me venían perfectos para la novela.

En resumen, de la aleación entre la realidad y la ficción surge esta narración que espero que hayáis disfrutado.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

De nuevo tengo mucho que agradecer a muchas personas, todas las que con su paciencia han ido dándome pequeñas pautas para la creación de este libro.

No quiero dejarme a nadie en el tintero y vosotros, los que habéis estado ahí, sabéis quiénes sois y lo muy agradecida que me encuentro.

Gracias a todos los que me habéis ayudado.

Gracias a todos los que habéis creído en mí.

Gracias a todos los que, con su contribución, han engrandecido esta obra.

Gracias a todos los que me habéis leído y habéis sobrevivido para contarlo.

Gracias, Valeria.

Gracias, Javier.

OceanofPDF.com

ÍNDICE

- [1 JOAQUÍN](#)
- [2 EL CUADRO](#)
- [3 INTERROGATORIOS](#)
- [4 EL CONJURO](#)
- [5 JACINTO](#)
- [6 UNA VISITA](#)
- [7 PATRIMONIO HISTÓRICO](#)
- [8 MARGA](#)
- [9 DENUNCIA](#)
- [10 TORTURA](#)
- [11 JULIO](#)
- [12 OTRA MUERTA](#)
- [13 TESTIGO](#)
- [14 JOYAS](#)
- [15 DETENCIÓN](#)
- [16 LA CAJA FUERTE](#)
- [17 MANUEL](#)
- [18 TRADUCCIÓN](#)
- [19 JUAN DE OURENSE](#)
- [20 BARES](#)
- [21 SUELTO](#)
- [22 MAYTE](#)
- [23 LA ORDEN](#)

[24 DOS CONJUROS](#)

[25 TERCERA VÍCTIMA](#)

[26 REENCUENTRO](#)

[27 LA NIETA](#)

[28 CONEXIÓN](#)

[29 SEVILLA](#)

[30 LAS HECHICERAS](#)

[31 BRAINSTORM](#)

[32 VAMOS PA MADRID](#)

[33 INVESTIGADOR PRIVADO](#)

[34 EL ESCORIAL](#)

[35 LA HERMANA](#)

[36 LA BIBLIOTECA](#)

[37 EL LIBRO](#)

[38 LA INVOCACIÓN](#)

[39 TODO TIENE UN FINAL](#)

[40 EL PRIOR](#)

[41 EL HECHIZO](#)

[42 LECHO DE MUERTE](#)

[43 NUNCA LO SABREMOS](#)

[44 ...O DOS](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[1] El término levantá hace referencia en el argot cofradiero al momento en que los costaleros, izan el paso. Es costumbre que, con anterioridad a accionar el llamador, el capataz del paso se lo dedique a alguien.

[2] En Semana Santa de Sevilla se conoce como vestidor a la persona que asume la misión de vestir externamente el aderezo de una Virgen (dolorosa, de Gloria o cristífera), asumiendo la realización del tocado, colocando la saya y dando forma al manto y la toca que cae sobre el mismo y cubre la cabeza de la imagen a modo de sobremanto.

OceanofPDF.com